

MARTÍNEZ COLOMER, VICENTE (1762-1820)

LOS TRABAJOS DE NARCISO Y FILOMELA:

(Una novela cervantina del siglo XVIII)

ÍNDICE

ARGUMENTO GENERAL

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Vence Felisinda socorrida de Lisardo las fuerzas de Idomeneo y mátanse éstos mutuamente

CAPITULO II

Piérdese Felisinda en la espesura de un bosque, pasa la noche en él, hasta que por la mañana es socorrida de Lenio

CAPITULO III

Llegan a la quinta, y dase noticia del buen acogimiento que halló Felisinda

CAPITULO IV

Donde se dice quiénes eran los dueños de la quinta

CAPITULO V

De la discreta plática que pasó entre los dichos

CAPITULO VI

Encuentran en el recuesto de un bosquecillo a un hermoso joven que hablaba consigo a solas, y queda conocido por mujer

CAPITULO VII

De la cuenta que dio de su vida el pastor Lenio a sus amos y a la huéspedea Felisinda

CAPITULO VIII

Donde Lenio da fin a su comenzada historia

CAPITULO IX

De lo que sucedió a la afligida Felisinda la noche que acabó Lenio de contar su historia

CAPITULO X

Propone Felisinda a doña Clara el intento de marcharse

CAPITULO XI

Propone doña Clara a sus hijos la romería que quiere hacer a Zaragoza por visitar la Santísima Virgen. Dícese el sentimiento que ellos hicieron y como quiere Constanza acompañarla en su peregrinación

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Salen de la quinta vestidos a lo peregrino y dan principio a su viaje

CAPITULO II

Donde se cuenta lo que les paso con un pobre mendigo

CAPITULO III

Prosiguen su camino, extraviáanse de él y van a parar a una cueva donde les acoge gratamente un ermitaño que la habitaba

CAPITULO IV

Donde el ermitaño dice la ocasión que tuvo para serlo

CAPITULO V

Continúa Peregrina sus trágicos sucesos

CAPITULO VI

Concluye peregrina su historia

CAPITULO VII

Llegan a Valencia , encuentran a Lisandro a tiempo que estaban para darle la muerte y sucede un portento

CAPITULO VIII

Donde Lisandro da principio a su historia

CAPITULO IX

Prosigue Lisandro su agradable historia

CAPITULO X

Salen nuestros peregrinos a ver las grandezas de Valencia, y dase cuenta de la que dio de su enfermedad el conde don Faustino

CAPITULO XI

Donde se prosigue la notable historia de nuestro enamorado caballero

CAPITULO XII

Vuelve Lisandro a proseguir su comenzada historia

CAPITULO XIII

Refiere Lisandro el modo con que entró en Trípoli y lo que le sucedió en aquella ciudad

CAPITULO XIV

Donde todavía prosigue Lisandro su historia

CAPITULO XV

Del razonamiento que pasó entre Lisandro y Felisinda

CAPITULO XVI

Cuenta Lisandro el modo con que escapó del poder de Halima y llegó a Valencia. Muere el conde a la fuerza de un desmayo y disponen nuestros peregrinos su partida

LIBRO TERCERO

CAPITULO I

Salen de Valencia para Zaragoza y acontecenles nuevos sucesos

CAPITULO II

Donde se cuenta quién era y lo que dijo el ahorcado

CAPITULO III

Prosiguen su viaje y continúan los sucesos extraños

CAPITULO IV

Cuenta el estudiante su historia

CAPITULO V

De lo más notable y digno de leerse que se ha visto hasta ahora

CAPITULO VI

Refiere Felisinda sus sucesos

CAPITULO VII

Llegan a Zaragoza y sucédeles el más lastimoso suceso que se ha visto hasta ahora

CAPITULO VIII

De lo que sucedió después de haber vuelto los desmayados en su acuerdo

CAPITULO IX

Parten de Zaragoza para Cataluña, llegan al puerto de Palamós, hácense a la vela y acométenles nuevos peligros

CAPITULO X

Dícese de qué parte era el navío y qué era lo que buscaba. Vuelve Felisinda de su desmayo y hállase en brazos de Lisandro

CAPITULO XI

Vuelve el capitán cretense a proponer el fin de su viaje, funda esperanzas de conseguirlo, admite en su navío a todos los peregrinos y toman el rumbo para Creta

CAPITULO XII

Donde se dice lo que contó el que parecía marinero

CAPITULO XIII

Donde se cuenta lo que pasó entre los dos hermanos

CAPITULO XIV

En que se describe la relación que hizo Delfina de sus acontecimientos

CAPITULO XV

Concluye Delfina su historia; toman aquella noche el abrigo de una peña y sucédeles un desastre

CAPITULO XVI

Llegan a Creta, cásanse Lisandro y Felisinda conocidos ya por Narciso y Filomela

ARGUMENTO GENERAL

(Se mantienen los títulos de los capítulos según la redacción original y se añade un breve resumen del mismo, que puede ayudar a la localización de cualquier episodio más fácilmente).

LIBRO PRIMERO DE LOS TRABAJOS DE NARCISO Y FILOMELA

CAPITULO I. «Vence Felisinda socorrida de Lisardo las fuerzas de Idomeneo y mátanse éstos mutuamente».

Una dama se resiste a la fuerza de un bandido y con sus lamentos atrae a Lisardo, que derriba la puerta de la casa aislada, en la que se inicia la acción, y lucha con el presunto forzador, Idomeneo. Los dos hombres perecen en la reyerta y Felisinda, que así se llama la dama en apuros, según lo expresa ella misma en sus lamentaciones, casi se ve obligada

a pasar la noche con los cadáveres, aunque por último, sirviéndose de una cuerda que lleva enrollada Idomeneo, consigue abandonar la casa.

CAPITULO II. «Piérdese Felisinda en la espesura de un bosque, pasa la noche en él, hasta que por la mañana es socorrida por Lenio».

Felisinda se interna en el bosque, tiene lugar una gran tormenta y se guarece en el tronco de una encina. Siguen más lamentos de la joven hasta que descubre a un pastor que se acerca; se trata de Lenio, que la conforta y anima para luchar contra la fortuna, en tanto que ambos se encaminan hacia la quinta de los amos de Lenio.

CAPITULO III. «Llegan a la quinta y dase la noticia del buen acogimiento que halló Felisinda».

Lenio se interesa por la causa que llevó a la joven a la situación en que la encontró, pero la dama dice que su narración pide más tiempo del que disponen en ese momento. Le dice su nombre, Felisinda, y, a su vez, pregunta por la quinta y los dueños del pastor. Lenio hace una hermosa descripción del lugar y seguidamente encuentran a don Fernando, dueño de la finca y amo del pastor; este le informa cómo ha encontrado a la dama y su intención de llevarla a la finca. Felisinda, entre lágrimas, pide ayuda a don Fernando y se desmaya. Cuando vuelve en sí la conducen a la quinta, donde recibe los cuidados necesarios.

CAPITULO IV. «Donde se dice quiénes eran los dueños de la quinta».

Los dueños de la finca son doña Clara y sus hijos, don Fernando y Constanza. Cuando deja el lecho Felisinda aparece hermosamente adornada ante todos, les agradece con lágrimas sus atenciones y se capta sus voluntades, especialmente la de Constanza, que le ofrece asilo permanente en la mansión. Pasan luego a la mesa, y el tiempo transcurre plácidamente en la quinta, mientras Felisinda y Constanza conversan. La última cuenta a la protagonista cómo vive toda la familia alejada de la corte porque su padre murió a traición en la misma. Felisinda le confía que no puede quedarse con ella indefinidamente porque anda en busca de un hermano perdido. Más tarde van de paseo.

CAPITULO V. «De la discreta plática que pasó entre los dichos».

Durante el paseo admiran el hermoso paraje en que se encuentra situada la casa de campo, y Felisinda observa que Lenio le describió adecuadamente el lugar, hasta tal

punto que piensa que el pastor tiene un estilo y elegancia impropios de un ganadero. Don Fernando añade que le ha visto escribir poemas, églogas y otras composiciones, y Constanza recuerda que los pastores de otros tiempos eran letrados y poetas como consecuencia de las enseñanzas de Apolo. Incluye entonces una visión idealizada del mundo pastoril, a lo que don Fernando responde que todo eso son ficciones y que los pastores llevan una vida áspera. Constanza hace una defensa del pastor como persona con todas las cualidades humanas y pone de relieve los rasgos positivos de la vida honesta y sencilla del pastor en el campo, inmerso en una naturaleza agradable y risueña. Don Fernando va a replicar a esta imagen idealizada, pero todos oyen unas voces que interrumpen la respuesta.

CAPITULO VI. «Encuentran en el recuesto de un bosquecillo a un hermoso joven que hablaba consigo a solas, y queda conocido por mujer».

El nuevo personaje que habla consigo mismo deja ver que es una mujer burlada, Leonisa, que ha dado muerte a su seductor, huyendo a continuación. El grupo descubre a un hermoso joven, que es la mujer vestida de hombre a la que han escuchado, le hablan y le ofrecen ayuda, que el personaje rechaza, aunque se muestra favorable a narrarles su historia, lo que efectivamente hace.

Historia de Leonisa.

Leonisa ha crecido en medio de las riquezas que lleva consigo su sangre noble; huérfana desde niña, queda al cuidado de una tía. La dama recibe una educación varonil: esgrima, montar a caballo, etc., al mismo tiempo que le gusta vestirse de hombre. Es duelista y pependciera hasta los veinticuatro años, en que se enamora perdidamente de un mancebo, Roberto. Pero antes de contraer matrimonio Leonisa se entera de que su prometido ha dado palabra de casamiento a otra doncella. Enfurecida lo busca y, en el campo, le atraviesa el pecho con su daga, tras reprocharle su engaño, dejándolo por muerto, hasta llegar al lugar en que la han encontrado.

Inmediatamente, sin decir ni oír nada más, se marcha en su caballo de manera precipitada. De regreso a la quinta, doña Clara reflexiona sobre la actitud del personaje que se dejó llevar de sus pasiones, sin atender a la luz de la razón y sin tener fuerzas para contrarrestarlas, lo que explica su desgraciada trayectoria.

CAPITULO VII. «De la cuenta que dio de su vida el pastor Lenio a sus amos y a la huéspedea Felisinda».

Doña Clara recuerda la aflicción que debió tener Felisinda en medio de las montañas y Lenio añade que cuando la vio le pareció una hamadriade o una náyade. Don Fernando se extraña de las expresiones que Lenio emplea, a lo que éste añade que no siempre ha

vivido entre selvas y animales, sino en medio de los hombres más eruditos en las universidades más famosas. Todos quedan atónitos al oír estas razones y Lenio se ve obligado a contar su historia.

Historia de Lenio.

Lenio empieza su narración con quejas contra el amor. Es de Florencia, en Italia, rico y noble. Estudia gramática y filosofía y más tarde teología. Obtiene el grado de doctor y se marcha a Pisa, donde hace amigos y estudia jurisprudencia. Uno de sus amigos, don Fulgencio, escucha sus confidencias según las cuales se ha enamorado de una dama a la que ha visto en una reja. Por último consigue trabar conocimiento con la dama, Delfina, y está a punto de contraer matrimonio con ella. Pero al llegar el día fijado para el enlace, aparece un caballero que, dirigiéndose a la dama, le reprocha haberle dado palabra de matrimonio y no haberla cumplido. El joven prometido se desmaya y es trasladado a su casa inconsciente.

Lenio interrumpe su historia. Don Fernando le releva de las obligaciones que tiene como pastor de la quinta y le ofrece su ayuda. El narrador promete proseguir su historia al día siguiente.

CAPITULO VIII. «Donde Lenio da fin a su comenzada historia».

El pastor continúa narrando su historia y añade que toma la decisión de marcharse, lo que efectivamente lleva a cabo. Tiene intención de ir a Francia, aunque luego, desde el puerto de Livorno, se decide a partir a España. En la navegación descubren una nave fenicia a punto de anegarse; la auxilian y Lenio traba conocimiento con un marinero, el cual dice llamarse Lisandro y estar olvidado de su patria. Luego se despiden.

Terminado el episodio, Felisinda interrumpe el relato manifestando su dolor de forma poco clara ante los concurrentes.

Sigue Lenio diciendo que llegaron a Cartagena y se alistó en una compañía de carboneros. Va a Murcia a vender carbón, pero no le agrada el oficio, lo abandona y llega a la quinta, en la que ha vivido cuidando las ovejas, admirando la naturaleza y olvidado del mundo; al alabar la vida rústica recuerda también la inestabilidad de la fortuna.

Tras oír la historia de Lenio, todos se duermen, excepto Felisinda, que habla consigo misma lo que se dice en el siguiente capítulo.

CAPITULO IX. «De lo que sucedió a la afligida Felisinda la noche que acabó Lenio de contar su historia».

Se inicia el capítulo con un excursio moral acerca de diversas virtudes cristianas, como la constancia y la paciencia, añadiendo que cuantas más tribulaciones padezca el hombre, mayor será el premio. Estas verdades las conoce Felisinda, pero su edad y su frágil sexo le impiden practicarlas. Se lamenta y está dispuesta a dejarse morir de hambre y de sed, e incluso piensa en el suicidio, pero se arrepiente de su mal pensamiento. Sigue luego el monólogo en el que la joven se incita a sí misma a buscar a su hermano Lisandro, al mismo tiempo que teme por la vida del ausente. Por último decide marcharse al día siguiente y consigue conciliar el sueño.

CAPITULO X. «Propone Felisinda a doña Clara el intento de marcharse».

Lenio también duda entre quedarse y marcharse, aunque opta por lo último. Felisinda habla con doña Clara y le expone su resolución. Doña Clara los reúne a todos y les habla acerca de la necesidad de cumplir las promesas.

CAPITULO XI. «Propone doña Clara a sus hijos la romería que quiere hacer a Zaragoza por visitar la Santísima Virgen. Dícese el sentimiento que ellos hicieron y cómo quiere Constanza acompañarla en su peregrinación».

Doña Clara rememora su historia y explica que cuando supo la noticia de la alevosa muerte de su marido cayó en un profundo estado de dolor, que desembocó en una enfermedad. En este trance ofrece visitar a la Virgen del Pilar, si alcanza salud, lo que efectivamente sucede. No ha podido cumplir antes la promesa y ahora quiere hacerlo. Constanza desea acompañar a su madre, en tanto que don Fernando accede a permanecer al cuidado de la finca. Lenio también decide acompañar a los peregrinos y la ejecución se aplaza hasta dos días después.

LIBRO SEGUNDO DE LOS TRABAJOS DE NARCISO Y FILOMELA

CAPITULO I. «Salen de la quinta vestidos a lo peregrino y dan principio a su viaje».

Breve excursio acerca de la necesidad de que los padres muestren la virtud a sus hijos. Por esta causa doña Clara los instruye y a continuación emprenden el camino en silencio. Constanza manifiesta su sentimiento ante el paisaje que las rodea, al mismo tiempo que aconseja a Felisinda que no haga caso de la fortuna. Se detienen en un pradecillo a descansar y a comer y entonces oyen una voz.

CAPITULO II. «Donde se da cuenta lo que les pasó con un pobre mendigo».

Se llega hacia el grupo un personaje desharrapado que resulta ser un borracho y que habla de los agradables efectos del vino. Además dice que es mejor hacer un solo pecado emborrachándose que varios cuando está sereno. Lenio le reprende y le dice que no es lícito elegir entre un pecado mortal y uno venial, porque la elección es ya pecado. El borracho, finalmente, pide limosna, pero doña Clara dice que no se debe dar limosna a este tipo de viciosos y holgazanes; entonces el vagabundo se marcha.

CAPITULO III. «Prosiguen su camino, extravíanse de él y van a parar a una cueva donde les acoge gratamente un ermitaño que la habitaba».

Se pierden en una selva y se hace de noche; ven una lumbre en la ladera de un monte, se acercan a la misma y descubren una cueva. En el interior ven recuerdos de la muerte y unos versos que componen un soneto, el poema más importante de la obra, de características barrocas, casi quevediano, en torno al tema de la muerte y el desengaño. De la cueva sale por fin un ermitaño penitente de horroroso aspecto, que les ofrece su cueva como albergue. Ruegan luego al penitente que les cuente su historia.

CAPITULO IV. «Donde el ermitaño dice la ocasión que tuvo para serlo».

Historia del ermitaño o de Peregrina.

El ermitaño dice que tiene treinta y dos años y que llevó una vida regalada en su mocedad. Su padre muere cuando el personaje es muy pequeño y su madre le hace llevar una vida de vanidades. En este momento de su narración se descubre como mujer. Su madre la maltrata y la obliga a ir a un baile.

Doña Clara le pregunta su nombre y ella dice llamarse Peregrina.

Continúa narrando su historia y añade que se convenció de que su madre no buscaba su perdición. Se arregla para el baile y llama poderosamente la atención de los jóvenes durante el mismo debido a su gran hermosura. Ahora reprocha a su madre el haberla llevado y haber hecho que cayese en impurezas.

Interrumpe el relato porque oyen que la bestia de carga hace ruido al haberse enredado y dar manotadas. Luego la joven quiere proseguir su historia.

CAPITULO V. «Continúa Peregrina sus trágicos sucesos».

Añade Peregrina que un caballero frecuenta su casa con asiduidad; seduce primero a la madre y por último la hija pierde su virginidad aprovechando que la madre está enferma.

Un día visita al amante en su propia casa y lo encuentra muerto. Se desmaya y más tarde tiene visiones del mancebo entre llamas. También fallece la madre, al igual que el amante sin los últimos auxilios espirituales. La joven abandona su casa y se marcha al desierto, donde ahora se encuentra desde hace ya doce años.

Interrumpe su historia para que los oyentes puedan descansar.

CAPITULO VI. «Concluye Peregrina su historia».

Continúa narrando la penitente cómo llegó a la montaña en busca de una cueva. Encuentra a un viejo ermitaño que al ver que es mujer la rechaza porque todavía tiene miedo de su carne flaca. Por fin la lleva a la caverna en la que están ahora y, recurriendo al don profético que tiene, le recuerda los hechos fundamentales de su vida y la alecciona cristianamente. Le señala dónde hay un monasterio de monjes, que le darán lo necesario, porque él va a morir dentro de ocho días. Le pide que entierre su cuerpo y le lega su hábito como vestido. Todo se cumple como el viejo ha dicho. Habla luego de las tentaciones que ha tenido que superar y de la contemplación de la naturaleza, en tanto que los monjes la confortan de vez en cuando con los sacramentos.

Los oyentes quedan pasmados con la historia que han oído y a luego emprenden la marcha.

CAPITULO VII. «Llegan a Valencia, encuentran a Lisandro a tiempo que estaban para darle la muerte y sucede un portentoso».

Cerca de Valencia encuentran a un mendigo que les indica que van a arcabucear a un soldado. Llegan al sitio donde se va a ejecutar la sentencia con gran concurrencia de público. Lenio cree reconocer al reo, en tanto que Felisinda echa a correr cuando lo ve, se abraza al condenado y se desmaya. El virrey se acerca y oye balbucear a Felisinda que llama a su hermano y le insta a que arroje los vestidos y deje ver su grandeza. Aquí Felisinda dice ser Filomela y Lisandro Narciso, hijo de rey. El virrey ordena que los lleven a palacio. Más adelante inquietan sobre el significado de las palabras de Felisinda, en tanto que el joven dice que su hermana estaba fuera de sí cuando lo reconoció y que ambos no son Narciso y Filomela. En cambio, añade que los dos son hermanos. El virrey entonces quiere conocer la historia.

CAPITULO VIII. «Donde Lisandro da principio a su historia».

Historia de Lisandro.

El joven se presenta junto con su hermana como habitantes del inmenso mar, oriundos de una isla. En una ocasión estando solazándose en un navío en las riberas de la mar, se levanta una borrasca y del naufragio consiguiente se salva Lisandro, el cual cree que Felisinda ha muerto.

Felisinda añade que ella también pudo salvarse y que temía que él hubiera muerto, hasta que Lenio le dio noticias de haberlo visto en un barco fenicio. Lenio y Lisandro se abrazan tras reconocerse.

Luego sigue narrando Lisandro cómo llegó náufrago a una isla desierta, a la que consigue también arribar otro náufrago más. Forman con maderas una especie de balsa, se hacen a la mar y avistan luego un navío fenicio que les recoge. En esta embarcación ayudan al trabajo del remo. El capitán se hace amigo de Lisandro y un día lo llama.

CAPITULO IX. «Prosigue Lisandro su agradable historia».

El capitán le confía un secreto al mismo tiempo que le cuenta su historia: en el barco iba un caballero de quien estaba enamorado Casilda, hija del rey Humberto. Pero los malos modales y desobediencias del caballero fuerzan al capitán a llamarlo al orden. Ambos luchan y el capitán mata al caballero. La tripulación consigue reducir a los partidarios del noble. Ahora no sabe lo que hacer y pide consejo a Lisandro. Este le dice que ambos pueden abandonar el navío solapadamente al llegar al puerto de Salerno, sin que el resto de la tripulación se dé cuenta. Pero el barco está a punto de naufragar y recibe auxilio del navío en que venía Lenio. Por último consiguen abandonar el barco.

El virrey interrumpe la narración de Lisandro, suponiendo que éste se encuentra cansado. En ese momento llega ruido de coches y anuncian la visita del conde don Faustino, hecho que alegra al virrey. El conde viene enfermo y todos se retiran a descansar.

CAPITULO X. «Salen nuestros peregrinos a ver las grandezas de Valencia, y dase cuenta de la que dio de su enfermedad el conde don Faustino».

Elogios de Valencia y de sus habitantes, ciudad que visitan los peregrinos. Se interesan por la salud del noble y éste cuenta su historia.

Historia del conde don Faustino.

Es portugués y enamorado. Se siente atraído por una labradora, vasalla de su padre, y al no poder casarse con ella enferma de amor. Su madre le pregunta la causa de la enfermedad, por si hubiese algún remedio; entonces el enamorado confiesa su pasión por Bárbara, la hija de Casimiro, vasalla de su padre como se ha dicho. Ante la imposibilidad de solucionar el problema se recurre a los médicos; éstos proponen algunos remedios,

entre los que se encuentra viajar, pero a pesar de ello no consigue olvidar a la joven. Cerca de Tudela se encuentra en una difícil situación.

CAPITULO XI. «Donde se prosigue la notable historia de nuestro enamorado caballero».

El narrador encuentra un cinto adornado de diamantes y más tarde un zapato igualmente lujoso. Por último localizan a un gallardo mozo herido. Un grupo de personas confunde al conde y a sus criados con salteadores. Los llevan a Pamplona, sin hacer caso de razones, y los encierran en un calabozo. Sin embargo un paisano del conde lo reconoce y consigue que lo liberen. Vuelve a su patria, aunque no ha logrado olvidar el amor de Bárbara. Un médico polaco le dice que oiga música, al mismo tiempo que lo instruye, a manera de excursión, sobre las cualidades terapéuticas de las melodías. Entonces los padres contratan a diversos músicos que ahora acompañan siempre al enamorado para ver si logran calmar su melancolía.

Los músicos cantan unos versos. Sin embargo el conde no experimenta gran mejoría con esta terapia.

CAPITULO XII. «Vuelve Lisandro a proseguir su comenzada historia».

La historia de Faustino ha supuesto un paréntesis en la de Lisandro, que vuelve a la suya. En Salerno, en compañía del capitán, decide embarcarse; pero su amigo recibe un pliego de la princesa Casilda en la que manifiesta que perdona la muerte de su pretendiente, porque lo tenía bien merecido. Entonces los compañeros se separan y Lisandro se embarca sin percatarse en una nave de corsarios a la búsqueda de su hermana. En la nave oye una conversación sobre Felisinda y conoce que está viva. Le dicen que la han visto en una nave holandesa, salvada del naufragio y pretendida por el capitán del navío.

Felisinda corrobora este extremo y añade que dijo al capitán, con la intención de disuadirlo, que ya estaba casada.

Lisandro se hace también amigo del capitán de su navío, que se interesa por su historia. Se dirigen a Túnez y avistan tres embarcaciones turcas. Estos barcos asaltan al navío en el que va el joven, aprisiona a la tripulación y los conducen a Trípoli.

CAPITULO XIII. «Refiere Lisandro el modo con que entró en Trípoli y lo que le sucedió en aquella ciudad».

Gran recibimiento en Trípoli. Los cautivos son encerrados en una mazmorra. El bey se apiada del joven y la hija, Halima, se enamora de él. Muere el amo y Halima intenta convencerlo al mismo tiempo que le declara su amor, pidiéndole que sea su esposo. Le deja algún tiempo para que medite la respuesta.

CAPITULO XIV. «Donde todavía prosigue Lisandro su historia».

Rechaza a Halima porque él es cristiano; la mora le ofrece elegir entre ricos hábitos y joyas o una gran cadena, pero no consigue convencerlo. En consecuencia recibe un fuerte castigo.

Felisinda interrumpe apenada la narración. Más tarde los jóvenes tienen ocasión de hablar a solas.

CAPITULO XV. «Del razonamiento que pasó entre Lisandro y Felisinda».

Felisinda insta a Lisandro a partir y le pide que dé fin pronto al cuento de sus sucesos, porque echa de menos su casa y sus padres. Lisandro le responde que no se deje abatir y que se marcharán pronto.

Durante la cena todos se alegran menos el conde, que está cada vez peor y se desmaya. Lo auxilian y quiere oír el final de la historia de Lisandro.

CAPITULO XVI. «Cuenta Lisandro el modo con que escapó del poder de Halima y llegó a Valencia. Muere el conde a la fuerza de un desmayo y disponen nuestros peregrinos su partida».

Sigue contando Lisandro el mal trato que recibía en la prisión. El carcelero lo conforta y le facilita una lima. Una noche oye una conversación mediante la cual se entera de que Felisinda, que también estaba prisionera del cadí, tras ser robada a los holandeses, ha sido rescatada por unas naves españolas.

Felisinda añade que no pudo ver a Lisandro porque su amo la tenía muy bien guardada.

El protagonista consigue limar sus cadenas y, cuando va a escaparse, resulta sorprendido por Halima, pero ésta cree, al no verlo en la prisión, que efectivamente se ha fugado ya y se clava un puñal. Libre por fin, se esconde en unos montes y más tarde logra embarcarse rumbo a Cádiz, aunque él quiere dirigirse a Valencia. Lo dejan en la playa de esta ciudad y ve una pelea de marineros, en la que uno de ellos resulta herido. Más tarde lo prende la

justicia y está a punto de ser ejecutado, hecho que impide la llegada del grupo de peregrinos.

Así termina la historia de Lisandro, en tanto que la mujer del virrey, doña Leonor, se interesa por la de Felisinda. Pero ésta no puede contar nada, porque el conde Faustino se desmaya y poco después fallece. Con la gran confusión existente en palacio, los peregrinos deciden marcharse, lo que efectivamente hacen tomando el camino de Zaragoza.

LIBRO TERCERO DE LOS TRABAJOS DE NARCISO Y FILOMELA

CAPITULO I. «Salen de Valencia para Zaragoza y acontecen nuevos sucesos».

Constanza agradece que aún no está enamorada viendo el fin del Conde Faustino. Lenio le habla del poder del amor y le pone diversos ejemplos mitológicos. Oyen un ruido y descubren a un hombre ahorcándose. Tras socorrerlo el desconocido vuelve en sí y todos intentan consolarlo con discursos morales y religiosos. Luego le ruegan que les cuente su historia.

CAPITULO II. «Donde se cuenta quién era y lo que dijo el ahorcado».

Historia del ahorcado.

El personaje no menciona de entrada su nombre ni tampoco el de sus padres, aunque dice que es un hombre rico y noble. Se casa y tiene una hija que recibe una buena crianza, pero que andando el tiempo se fuga con el verdugo.

El caballero se desmaya, consiguen reanimarlo y se lamenta de su desgracia. Luego prosigue el relato.

La hija recibió proposiciones de matrimonio de diversos caballeros, pero no aceptó ninguna. Una mañana descubren que se ha marchado de casa con dos cofres, donde tenía sus galas. La buscan desolados, pero no aparece. Por fin en los corrillos de la ciudad se comenta que Isabela, la hija de don Eduardo, que de paso dice su nombre, se ha marchado con el verdugo. La madre muere de dolor y el padre desesperado quiere quitarse la vida.

Finalmente fallece ante la vista y las lágrimas de los peregrinos, que le dan sepultura y siguen su camino.

CAPITULO III. «Prosiguen su viaje y continúan los sucesos extraños».

Los personajes comentan el suceso. Se detienen a la sombra de un árbol y oyen comentar a alguien acerca de diversos contenidos morales, como la importancia de los estudios que se hacen para adquirir honores, etc., y de otros temas que indican se trata de una persona desengañada. Lenio ve que la conversación procede de dos estudiantes a los que invita a comer. Dicen que vienen de Valencia; uno estudia filosofía y otro medicina y van a Zaragoza a proseguir los estudios. Deciden hacer el camino todos juntos. El que habla lo hace de forma pedantesca, con numerosas alusiones mitológicas y aprovecha de paso para requebrar a Felisinda. Añade que es muy buen escritor. Prosiguen el viaje.

CAPITULO IV. «Cuenta el estudiante su historia».

Historia del estudiante.

Ha nacido en un lugar de Extremadura, de padres pobres y va a estudiar la gramática a Mérida. Hace una crítica de los malos maestros y habla de la importancia de la gramática y de los malos métodos de aprenderla. Añade que luego pasa a estudiar a Valencia y cursa retórica y filosofía, mientras señala que hay muchas personas que se ponen a tratar temas sin conocerlos.

Lenio dice que no hable de cosas que no vienen a cuento, lo que provoca cierto enfado en el narrador. Por fin Lenio accede a dejarle decir lo que quiera.

Vuelve a su cuento. Los padres le preguntan sobre el estado que va a seguir y le aconsejan que escoja el de religión, e incluso quieren obligarlo a ello. Va a hablar de los padres que fuerzan las voluntades de sus hijos pero se refrena.

Lenio vuelve a reprocharle las excesivas digresiones.

Continúa la historia e insiste sobre las falsas vocaciones que proceden de la autoridad e imposición paterna, al mismo tiempo que narra una anécdota o cuentecillo sobre la cuestión. Esto provoca la risa de los peregrinos.

CAPITULO V. «De lo más notable y digno de leerse que se ha visto hasta ahora».

Sigue el estudiante narrando su historia y añade que por último estudia medicina y ahora se traslada a Zaragoza. Lenio le pregunta sobre sus dotes y sus obras literarias; él dice que salió poeta del vientre de su madre y rechaza que la poesía se pueda alcanzar sólo con el arte, aunque concreta que es preciso que concurran en un buen poeta la naturaleza y el arte. Continúa su conversación con Lenio sobre estas cuestiones, porque también el

antiguo pastor es escritor. Recuerda a instancias del estudiante los rasgos fundamentales de su vida y habla del hallazgo de Felisinda.

La nota marginal en el texto señala que el autor va a defender su obra usando del recurso cervantino.

Se introduce entonces las referencias al autor, a su condición, etc., que se han expuesto en la introducción. Tras hablar acerca del autor y de la obra prosiguen su camino, no sin antes pedir a Felisinda que cuente lo que le sucedió desde que se desvió de su hermano hasta llegar a la casa de Idomeneo, porque el autor no ha podido averiguar estos extremos.

CAPITULO VI. «Refiere Felisinda sus sucesos».

Historia de Felisinda.

Tras separarse de su hermano en el naufragio, consigue agarrarse a una tabla y llega a un solitario promontorio, donde está a punto de perecer. Una nave holandesa la recoge. El capitán se enamora de ella, le proporciona ricos vestidos y está a punto de violentar la voluntad de la dama, cuando aparecen dos naves turcas. Los recién llegados vencen a los holandeses y se llevan a Felisinda a Trípoli y la entregan al cadí. Por último resulta rescatada por dos navíos españoles. Sin embargo, tiene lugar otro nuevo naufragio, esta vez frente a las costas de Cartagena. Asida a otra tabla llega a la costa, se interna en la sierra y es allí donde la aprisiona Idomeneo.

El estudiante y su amigo se desvían hacia Calatayud.

CAPITULO VII. «Llegan a Zaragoza y sucédeles el más lastimoso suceso que se ha visto hasta ahora».

Breve excursión sobre la pesadumbre y el gozo. Llegan a Zaragoza y visitan el santuario de la Virgen, con lo que doña Clara cumple su promesa, tras ofrecer a la imagen una corona de oro. Cuando regresan a la posada ven aparecer de un caballo a un anciano caballero: doña Clara se desmaya al verlo. También el anciano se desmaya al reconocer a doña Clara como su esposa; igual ocurre con Constanza. Cuando esta última vuelve en sí cree que ha visto a un fantasma, porque todos creen que el padre ha muerto. Por fin se reconocen y se cuentan sus historias. Anselmo, que ese es el nombre del marido de doña Clara, ha estado herido en Francia, sin poder escribir, con el juicio trastornado.

El narrador se dirige al caballero y a los demás personajes y les advierte que no se dejen llevar de la alegría. Efectivamente llega un mozo de la quinta y cuenta cómo don

Fernando ha muerto en un incendio provocado de forma accidental. Lo comunica a don Anselmo y luego a las damas, que vuelven a desmayarse a causa del nuevo dolor.

CAPITULO VIII. «De lo que sucedió después de haber vuelto los desmayados en su acuerdo».

Pequeño excursio sobre los trabajos. Quejas de doña Clara y la restante familia y consuelos de los otros personajes. Piensan no regresar a la quinta, ahora desolada, sino seguir siempre de peregrinos. Lisandro los invita a ir a su patria y ellos, tras alguna vacilación, aceptan.

CAPITULO IX. «Parten de Zaragoza para Cataluña, llegan al puerto de Palamós, hácense a la vela y acontecenles nuevos peligros».

Toman el camino de Cataluña y se embarcan en Palamós. Sobreviene una tormenta en tanto que Lisandro los alienta para que no perezcan, pero una gran ola lo arranca de la nave.

El narrador otra vez se dirige a Felisinda para darle ánimos en la nueva adversidad.

Felisinda intenta arrojarse tras Lisandro, luego se queja amargamente. Se desmaya en tanto que la borrasca va calmándose. Ven venir otro buque y les habla el capitán del navío recién llegado.

CAPITULO X. «Dícese de qué parte era el navío y qué era lo que buscaba. Vuelve Felisinda de su desmayo y hállase en brazos de Lisandro».

Pregunta el capitán por Narciso y Filomela; el que manda la nave de los peregrinos responde que con esos nombres no los conoce. Entonces el recién venido cuenta la historia.

Historia de Narciso y Filomela.

El capitán cuenta que Tancredo, rey de Creta, y su esposa Eugenia tuvieron un hijo al que llamaron Narciso. Cuando le llega la edad de casarse se enamora de Filomela, hija de los reyes de Chipre Sisebuto y Luisa. Cuando van a contraer matrimonio quiere viajar hacia Creta, en un barco adornado ricamente, y los asalta una borrasca que arrebató la galera real e hizo que el resto de la comitiva se dispersase. El resultado es que han desaparecido Narciso y Filomela y andan en su busca diferentes navíos.

Se dice luego que han encontrado a un hombre aparentemente ahogado en las olas y que han conseguido reanimarlo; está vestido de peregrino y es el desaparecido Lisandro. Más tarde pasa a su antiguo navío y se reúne con Felisinda.

CAPITULO XI. «Vuelve el capitán cretense a proponer el fin de su viaje, funda esperanzas de conseguirlo, admite en su navío a todos los peregrinos y toman el rumbo para Creta».

El capitán cretense vuelve a decir que no encuentra a los perdidos; entonces Lisandro manifiesta que conoce a los que andan buscando. Ponen rumbo a Creta. Doña Clara y Lenio sospechan que los jóvenes hermanos son Narciso y Filomela. Doña Clara lo manifiesta así a Felisinda, pero cuando ésta va a descubrir su verdadera identidad se oyen unas voces; el que las da parece ser un marinero náufrago.

CAPITULO XII. «Donde se dice lo que contó el que parecía marinero».

Historia de Isabela.

El personaje empieza quejándose de su fortuna y se descubre como mujer. Añade que hace dos años que falta de su patria, que es noble y rica, además de bella. Se enamora de un hermoso mozo que ve desde su balcón, hasta que un día lo encuentra en la calle y se desmaya. El enamorado se llama Rosendo; intercambian misivas pero él le hace saber que es hijo del verdugo.

Lisandro la interrumpe preguntándole si es Isabela, la hija de don Eduardo, la que se marchó con el verdugo. La dama se queja y pregunta por sus padres; al enterarse de que han muerto se arroja al mar pereciendo.

Sigue la conversación entre doña Clara y Felisinda: la primera cree que Felisinda es la princesa Filomela, pero la protagonista lo niega.

CAPITULO XIII. «Donde se cuenta lo que pasó entre los dos hermanos».

Comentarios sobre la historia de Isabela. Los protagonistas hablan aparte con rasgos muy retóricos. Lisandro llama ya a Felisinda Filomela y él se presenta como Narciso. Oyen otras lastimeras voces en el mar. Es una mujer en una lancha a merced de las olas, con los brazos y las piernas en aspa y atados a los bancos de la embarcación. Pide ayuda. Lenio la abraza y la reconoce como su amada Delfina.

CAPITULO XIV. «En que se describe la relación que hizo Delfina de sus acontecimientos».

Historia de Delfina.

La historia de Delfina completa la de Lenio, por lo que éste le dice que no repita el principio de sus amores. Tras el desmayo de Lenio hubo una escaramuza entre la familia de Delfina y los que acompañaban al mancebo que afirmaba que la dama le había prometido ser su esposa. Todo ha sido una farsa por enemistad contra Lenio. Delfina se va a Francia en hábito varonil de estudiante, en busca de Lenio. Pasa el tiempo y regresa a Italia, pero los marineros que la transportan sospechan que no es varón. El cómitre intenta seducirla, pero viendo su entereza la manda arrojar al mar atada a la barca.

CAPITULO XV. «Concluye Delfina su historia; toman aquella noche el abrigo de una peña y sucédeles un desastre».

Sigue narrando la joven cómo el cómitre quiere abusar de ella cuando la ve atada, pero se alza un recio viento y el malvado se ahoga. La borrasca dura dos días y la joven está a punto de perecer, pero al final recibe el socorro de la nave en que va Lenio.

Los enamorados se abrazan y no quieren proseguir la navegación hasta que se calme el temporal. Buscan un abrigo en el que también se ha guarecido otro barco. Impensadamente un marinero hincó un agudo puñal en el pecho de Lisandro. El marinero huye pero tropieza, cae al mar y muere.

Breve reflexión sobre las mudanzas de la fortuna. Felisinda corre a auxiliar al herido, al que cree muerto, y otra vez se desmaya.

Se dice que el marinero asaltante era un caballero napolitano, que perdió familia y fortuna y que estaba loco en determinados momentos.

Nuevas quejas de Felisinda más entrecortadas y lastimosas que nunca, pensando que ha muerto Lisandro al que llama Narciso y rey de Creta. El capitán cretense está gozoso de haber encontrado a la pareja.

CAPITULO XVI. «Llegan a Creta, cásanse Lisandro y Felisinda conocidos ya por Narciso y Filomela».

A Felisinda se le dice que la herida es de poco cuidado. Más tarde Narciso se descubre como tal ante todos; hace igual con la personalidad de Filomela y añade que están casados y que son herederos de los reinos de Chipre y de Creta. Se dispara la artillería, ondean flámulas y gallardetes y son recibidos entre el regocijo y el alborozo popular por

los padres de ambos. Hay fiestas durante treinta días. Lenio y Delfina regresan a Italia. Narciso y Filomela quedan solemnemente desposados tras su aprendizaje en la escuela de las desgracias.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Vence Felisinda socorrida de Lisardo las fuerzas de Idomeneo y mátanse éstos mutuamente

-¡No, bárbaro, no! Antes envainarás en mi propio pecho ese agudo cuchillo que empuñas, y primero derramará tu furor toda la sangre de mis venas, que yo me rinda al impetuoso ardor de tus malvados deseos. Las promesas, las dádivas, las amenazas, los castigos que importunamente me propones, no serán parte para que mi voluntad se sujete a la tuya tan díscola y depravada, que no sé cómo son tan sufridos los cielos que no han enviado ya un veloz rayo que te consuma. Apártate de mí, monstruo cruel, quítate de mi presencia: no presumas, ¡oh, loco! que porque me ves sola y sin fuerzas, has de lograr lo que procuras con tanta desvergüenza, que los cielos que están siempre atentos en defender a los que les sirven, me darán valor para que pueda desasirme de entre tus impuros brazos.

Estas voces que, envueltas en un espantoso ruido, salían de una casa desierta y medio derribada, que se descubría en la mitad de unos horrorosos e incultos llanos ceñidos de altísimas peñas, obligaron a que acudiese Lisardo que acaso acertó a pasar por aquellas cercanías.

Era éste, según se vio después, hombre robusto y de fuerzas, de corazón intrépido, y de ánimo generoso, que aventuraba su vida propia por libertar las ajenas; el cual impelido de su generosidad acudió a la casa donde se oían las voces y se escuchaba el ruido.

Hallóla cerrada, gritó para que abriesen; pero viendo que no eran de provecho sus gritos, asió de un tronco que acaso halló tendido en el suelo. Arrimóle a la pared, y a fuerza de brazos y como mejor pudo, se entró por una pequeña ventana en un aposento. Viole todo ahumado, oscuro, derruido, solo y sepultado en un horroroso silencio; solamente percibió que por una pequeña puerta que se advertía a la mano derecha del mismo aposento, salían unos cansados y dilatados alientos, como de persona oprimida, que apenas podía enviar la respiración al aire.

Quedó entonces Lisardo sorprendido del temor, erizóronsele los cabellos, helósele el corazón, pegáronsele los pies en el suelo, y quedó hecho estatua de piedra inmóvil. Pero a breve rato se reparó un poco, acordóse de sí mismo, empuñó un agudo puñal que llevaba, y, venciendo al temor la osadía, se fue con precipitados pasos hacia la puerta. Y dándola un terrible golpe, cuyo eco corrió por todos aquellos valles, la derribó, y haciéndose paso vio una hermosísima doncella, que ya casi sin aliento forcejeaba por desasirse de entre los brazos del cruel Idomeneo.

Era éste un hombre que con sus insultos y atrocidades tenía amedrentada toda aquella comarca; un hombre que por seguir las leyes de su gusto, atropellaba las de la naturaleza y las de las gentes; un hombre que aunando astucias y atrocidades robaba las haciendas juntamente con las vidas; un hombre, en fin, cuyas bárbaras costumbres horrorizaban a la honestidad y buen decoro.

Éste pues, luego que vio tan de improviso derribada la puerta de la estancia, y luego que se vio delante a Lisardo, abandonó impetuosamente la doncella que tenía abrazada, empuñó un agudo cuchillo, púsose en pie, y con voz colérica dijo.

-¿Qué es esto? Y ¿quién eres tú que has tenido osadía para escalar esta casa, derribar la puerta de esta estancia y entremeterte en escudriñar lo que no te importa? Hazte hacia atrás, hombre atrevido, cualquiera que seas, si no quieres probar los extremos de mi indignación. Esta raya que con la punta de mi cuchillo hago en el suelo, sirva de muro que te impida el paso, si no quieres hacértelo para la otra vida.

No se pagó Lisardo de estas arrogancias, ni le atemorizaron las amenazas, antes sin responder palabra alguna, y sin reparar en inconvenientes, arremetió hacia él, y apretándole entre sus brazos le hincó el puñal por las espaldas.

No fue poderosa esta herida para que Idomeneo no usase del cuchillo que tenía empuñado, antes le avivó el furor y le encendió la cólera de tal modo, que le tuvo harto bueno para envainárselo todo por la hijada izquierda a Lisardo. Así tan cruelmente heridos se mantuvieron aferrados largo rato, forcejando por derribarse el uno al otro, pero al último hubieron de arrimarse ambos al suelo, porque la mucha sangre que les salía de las heridas les dejó sin fuerzas y se les llevó las vidas.

¡Válgame Dios! ¿Qué pluma será capaz de escribir los contrapuestos afectos que en aquel instante comenzaron a combatir en el pecho de la afligida doncella, mirando tendidos a sus pies aquellos dos ya casi cadáveres, revolcándose cada uno en su propia sangre? El ver muerto al mismo que poco antes quería quitarle la vida parece que le alegraba el alma, pero al mirar sin vida al mismo que se la había dado se le despedazaba el corazón. El mismo puñal con que miraba atravesado al que intentaba dejarla sin honra le servía de consuelo; mas el propio cuchillo que veía envainado en aquel que la había librado de su deshonor le servía de martirio. Llegábase toda compasiva al ya difunto cuerpo, palpábale la herida, miraba atentamente si daba señales de vida, pero viendo que todas las había borrado la muerte, decía:

-¡Ay, sustentador de mi honra! ¡Ay, libertador de mi vida! ¡Qué cruel pago ha recibido tu generosidad! ¡Cuán cara te ha sido mi defensa! ¿Qué fatal destino te ha traído como simple víctima al sacrificio? ¿Qué infelice fortuna te ha arrojado entre las garras de esta fiera? ¡Ay, amparo mío! ¿De qué te ha servido acudir animoso a dilatar la vida de esta desventurada Felisinda, si habías de tener en recompensa una tan arrebatada muerte? ¡Cuán segura la tendría yo, si no me la entretuviera el pensar que los piadosos cielos habrán tomado por su cuenta el premiarte la que has tenido en socorrer a esta desdichada!

Estas razones, mezcladas en mil suspiros y sollozos que enviaba al aire Felisinda, las dijo casi reclinada sobre el cuerpo de Lisardo, humedeciéndole todo con las lágrimas que destilaban sus hermosos ojos. Pero viendo que no podía ser parte para res tituirle a la vida, determinó salirse de aquella espantosa casa, no atreviéndose a pasar en ella la noche, por el horror que le causaban los ya fríos cadáveres.

Apartóse de ellos, bajóse por una estrecha escalera a la estancia de abajo, llegóse a la puerta por donde la entró Idomeneo, forcejó para abrirla y, viendo que no podía, se volvió a subir otra vez al mismo aposento de donde había bajado. Y toda confusa, toda temerosa y toda temblando, se sentó en tierra, alzó los ojos al cielo, cruzó las manos sobre las rodillas, y soltando la voz al viento, dijo:

-¿Conque entre estos horriblos cadáveres he de pasar la noche? ¡Desventurada de mí! Y ¿cómo ha de caber tanto sufrimiento en mi corazón? ¿Cómo podré estar en tan horrible compañía un solo momento, sin que el horror y el espanto no me quiten la vida? Pero ¿a dónde iré sin ventura? ¿He de meterme por entre esos intrincados montes donde a cada paso me amenazará un peligro? Los celajes que en el cielo se descubren, las nubes enmarañadas y negras que asombran la atmósfera y el horroroso estruendo que forman entre sí los contrapuestos vientos, dan indicios de que la noche que ya cierra a toda prisa, no será muy apacible. Pues ¿qué haré, desgraciada de mí? ¡Ay, cielos! ¿Y cómo habéis cerrado todas las puertas a mi consuelo?

De esta suerte, moviendo a compasión hasta las mismas peñas, se estuvo lamentando la dolorida Felisinda largo rato. Al cabo del cual, viendo que a todo andar se llegaba la noche, y no atreviéndose a pasarla en tanta apretura, se puso a pensar entre sí qué medio tomaría para ponerse en el camino, por más cerrada que estuviese la puerta. Ya abrazaba un pensamiento, ya le dejaba; ya seguía éste, ya despreciaba el otro; pero al cabo de muchos que hizo dio en el de arrojarse por la ventana.

Iba a ponerlo en ejecución, pero el temor del peligro que miraba tan cerca no se lo permitía; porfiaba consigo misma para arrojarse a pesar del daño que pudiera venirle, pero el recelo de perder la vida en tan desafortado salto se lo embarazaba.

Así, confusa y sin saber qué hacerse, estuvo un largo espacio, hasta que se acordó de haber visto en Idomeneo un grueso cordón de seda que le rollaba todo el cuerpo y le servía a la manera de sostener el peso de las armas que llevaba.

Llegóse a él, quitóle el cordón, atóle fuertemente a un grueso palo que allí había y se descolgó por la ventana del camino, en el cual la sucedió lo que se verá en el siguiente Capitulo .

CAPITULO II

Piérdese Felisinda en la espesura de un bosque, pasa la noche en él, hasta que por la mañana es socorrida de Lenio

Sorprendida de terror y espanto comenzó a caminar Felisinda, sin saber a dónde enderezar sus pasos, los cuales a breve rato le pusieron en la mitad de un espeso bosque, a tiempo que, cerrada ya la noche, comenzaron a descolgarse de las nubes horrorosos relámpagos, espantosos truenos y copiosos torrentes de agua.

Sin saber qué rumbo tomaría para librarse de tantos géneros de muerte como le amenazaban, iba discurriendo al través del bosque, sin seguir senda alguna, hasta que se vio forzada a acogerse al hueco de una encina, que acaso descubrió a la luz de los relámpagos. Allí toda temerosa, oyendo crujir los vientos a cuya violencia se tronchaban los más antiguos robles, mirando desprenderse de las nubes los rayos que hacían funestos estragos, escuchando resonar los montes al ruido de los truenos y esperando por puntos el de su muerte, no hacía sino encoger los hombros y, sin atreverse a mover labio, pedir a Dios en su corazón le librase de tan manifiestos peligros.

Pero a poco espacio calmó la borrasca, serenóse el aire, tranquilizóse el cielo y se sosegó el afligido corazón de Felisinda, que, atónita y pasmada, no sabía si estaba en sí. No por eso se movió, ni se atrevió a salir del hueco de la encina; sólo tenía aliento para lamentarse, viéndose entre aquellas escabrosas montañas, sola, desamparada y sin esperanza de remedio.

-¿Para qué males, ¡oh, cielos!, me habéis guardado -decía toda sollozando- librándome de tantos que poco hace me amenazaban? Ayer se vio ya en mi pecho señalada la sombra del cuchillo que me había de dar la muerte; y ahora me he visto puesta a pique de perder la vida a la violencia de los rayos. No la he perdido, es verdad; mas, ¡ay de mí, triste!, que no sé ahora qué desgracias me han de suceder, ni en qué he de venir a parar, sola y desconsolada entre estas peñas, más duras para mí que la misma muerte. ¡Ay, cielos! Que ni en los verdores de estos árboles, que casi marchito con el ardor de mis suspiros, encuentro ali vivo, ni el aire que, aunque abrasado con el calor de mis sollozos, blanda y suavemente hiere mi rostro, puede enjugar el humor de mis cansados ojos.

Así se lamentaba Felisinda entre aquellas escabrosas montañas. Parecíale que extenuada a las violencias de sus infortunios había de dejar entre ellas su vida sin remedio. Alzaba los ojos hacia las altas cumbres de los montes que la ceñían, pasaba la vista por los pendientes de ellos mismos, reparaba en aquellas enmarañadas malezas y espesos

bosques, y volviendo sobre sí, le parecía estar allí solamente para ser infelice cebo de las fieras que los habitaban.

A cualquiera leve ruido se estremecía, y hasta el blando susurro que formaban las hojas de los árboles, apenas movidas de los más apacibles céfiros, la sorprendían. Todo era para ella susto, todo confusión, todo espanto; a cuya causa, ni osaba estarse allí sola, ni se atrevía a dar un paso para salir de aquella soledad, temerosa siempre de su precipicio.

De esta suerte, transportada toda en sus melancólicas cavilaciones, se hallaba Felisinda, cuando sintió un ruido por entre aquellos árboles que la rodeaban.

Púsose en pie toda temblando, alzó un poco la cabeza y vio al pastor Lenio, que con una manada de simples ovejas se iba llegando hacia donde ella estaba. Y sin esperar más coyuntura, dijo:

-No os pasméis, ¡oh, pastor!, cualquiera que seáis, de verme sola entre estos montes. Pensad que soy una infeliz mujer a quien cruelmente persiguen los hados. Si acaso habita en vuestro pecho la caridad cristiana, como no dudo, usadla conmigo y sacadme de entre estas soledades donde me veo metida.

-Me haría agravio a mí mismo -respondió el pastor-, ¡oh, señora!, si mi voluntad se extendiera a más de remediar vuestros males, que no serán de poca monta los que os han traído a estas ásperas montañas, apenas habitadas de fieras bestias. Estad cierta que para vuestro socorro pondré todas mis fuerzas y todo cuanto alcance mi posibilidad.

-Los inmensos cielos os colmen de tantos bienes como mi alma os desea, generoso pastor, -replicó Felisinda-. Yo os agradezco la voluntad que mostráis de remediarme; pero, ¡ay de mí, triste!, que aunque ella quede acreditada, no quedarán mis deseos satisfechos, porque no son tan vulgares mis males que no pasen más allá de lo que pueden prestar los humanos remedios. Yo, en suma, soy la más vil esclava de la fortuna y la que menos esperanza tiene de libertad.

-No os dejéis, señora, -prosiguió el pastor- arrebatat tan del todo de los ímpetus de una pasión desesperada. Si la fortuna, según decís, se os ha mostrado adusta y ceñuda hasta ahora, tiempo vendrá en que se os deje ver con rostro alegre; porque ella ha de mudar precisamente de estilo cuando llegue a ver que vos no os dejáis vencer de sus golpes. La fortuna se obstina más en maltratar a los que ceden a la corriente de sus rigores y ve zozobrar entre sus vaivenes. Pero si halla resistencia, si encuentra con un corazón inalterable e incapaz de ser abatido, queda corrida y desiste de su empresa. Conque así, señora, recobrad las esperanzas que tenéis perdidas y por ahora vámonos a una quinta que no lejos de aquí se descubre, en donde hará su oficio la caridad de mis amos.

No pudo responder a estas razones Felisinda, porque los continuos sollozos le tenían embarazada la lengua, a cuya causa no pudo hacer más que seguir al pastor Lenio que, habiendo recogido su ganado, tomó el camino para la quinta.

CAPITULO III

Llegan a la quinta, y dase noticia del buen acogimiento que halló Felisinda

Pensativa además seguía Felisinda a su guiador sin saber a dónde la llevaba, y éste por el mismo consiguiente iba imaginando entre sí solo qué causas habrían forzado a aquella bella mujer a meterse por aquellos tan intrincados desiertos.

Apretábale el deseo de saberlo lo más presto que pudiese, iba muchas veces a preguntárselo y otras tantas se volvía las palabras al pecho, sin atreverse a proferirlas. Pero al cabo de un rato que entretuvieron en diferentes razones, pudiendo más su deseo que otro reparo alguno, la dijo:

-Señora, no he podido menos que admirarme al veros sola entre estos montes, apenas pisados de humana planta, por lo que me persuado que serán harto robustas las causas que os tienen puesta en tan infelice suerte. Infelice, sí; y tanto más infelice cuanto debió de ser feliz la en que os habréis visto quizá en otro tiempo. Sí, que vuestro hermoso y modesto semblante no menos que vuestra cortesía, vivacidad de espíritu y otras prendas naturales que en vos advierto, me acuerdan que no es nada vulgar la calidad de vuestro nacimiento, aunque anda desmentida en esos astrosos vestidos que os cubren. Esto deseo saber y esto os suplico que me digáis, si de ello no se os sigue inconveniente alguno.

-El satisfacer vuestros deseos y el responder a vuestras preguntas -respondió Felisinda-, pide más tiempo del que aquí se nos ofrece. En tanto, sabed que mi nombre es Felisinda, mis desgracias innumerables. Lo que ahora más me importa es saber qué quinta es esa a donde vamos, cuáles sus dueños y qué acogida podré esperar de ellos.

-Escuchad, pues, -dijo Lenio-, que brevemente daré salida a vuestras preguntas.

Y sin dejar de proseguir el camino, la dijo:

-A la otra falda de ese monte se descubren unos tan hermosos y dilatados llanos que apenas puede la vista llegar a divisar sus términos. En medio de ellos está puesta una suntuosa y divertida casa, rodeada de muchos y frondosos álamos que la hacen continua sombra. Allí hacen su morada mis amos, pues la pureza de los aires, la frescura y claridad de las aguas, la amenidad de los campos, la diversidad de los árboles y otras hermosuras de que allí se goza, no pueden sino dilatar los ánimos y regalar los sentidos. Por cualquier parte que extendáis la vista, hallaréis motivos para la admiración y el gusto, ya viendo las dilatadas vegas, ya mirando las escabrosas serranías. Si queréis entretener los ojos en las llanuras, veréis deliciosos jardines, dilatadas alamedas, ya de álamos gigantes, ya de funestos cipreses; unas de pacíficos olivos, otras de diferentes árboles, cuyas ramas, oprimidas con el peso de los frutos, casi llegan a besar el suelo. Todas estas alamedas las veréis dispuestas en tal orden que, cruzándose unas en otras, forman hermosos cuadros matizados de verdes arrayanes y olorosas flores, que no sin arte representan varias figuras

tan airosas como divertidas, sin que falten de trecho en trecho mansos arroyos de puras y frescas aguas, que ya corren sua vemente por la verde hierba, ya se deslizan blandamente por la menuda arena. Si tendéis la vista hacia las serranías, veréis oscuros bosques, profundos y horrorosos valles, altas y peñascosas montañas, desde cuyas cimas se precipitan, por entre los riscos, copiosos torrentes de espumosas aguas, que con su espantoso ruido causan horror y gusto a un mismo tiempo.

-No paséis adelante -interrumpió Felisinda-; no os entretengáis tanto en vuestras descripciones, que aunque sabrosas, creo no dejarán lugar para lo que os resta por decir. Cuanto más que si ahora me lo pintáis tan por menudo, no tendré después tanto de que admirarme.

-Sí, razón tenéis, hermosa Felisinda, -replicó Lenio-, que ánimo llevaba de no dejarme una mínima, porque es tanto el gusto que siento sólo al pensar en aquel agradable sitio, que a las veces me salgo fuera de mí mismo, como lo habéis visto por experiencia. Mas no pre sumáis por eso que no se os ha de entrar la admiración hasta el alma cuando allá lleguéis; porque habéis de saber que aunque los ojos registren muchas veces cuanto hay en todo aquel distrito, siempre encuentran cosas que de nuevo les admiren, de nuevo les suspendan y de nuevo les alegren.

Con estos gustosos informes que daba Lenio iban entreteniendo y aligerando el camino, y al tiempo que quería acabar de satisfacer a las preguntas de Felisinda, al doblar el cabo de una peña, encontraron a don Fernando, dueño de la quinta y amo de Lenio, que con dos criados y algunos perros se había salido a caza; el cual, antes que ninguno otro hablase, dijo:

-¿Qué es esto Lenio? ¿Qué novedad es ésta? Ya te hacía yo allá en la fuente salada apacentando el ganado, y ¿ahora te veo volver tan temprano y con tal compañía?

-Señor, -respondió Lenio-, el verme caminar ya la vuelta de la quinta, nace de haber estado ya en la fuente que decís. Allí he visto a esta bella señora toda llorosa y aun no bien desembarazada del espanto que en todos ha causado la borrasca de esta pasada noche. De ella no sé más que lo que ha querido decirme, que no me ha dicho sino que se llama Felisinda, la cual, confiado yo en la mucha piedad que había en vuestro corazón y en el de vuestra madre y hermana, mis señoras, os he traído para que la ejercitéis en ella.

Suspensa estaba Felisinda sin saber qué fin tendrían las razones de Lenio y don Fernando no estaba menos admirado de ver la incomparable belleza de Felisinda; la que, pareciéndole que la admiración de don Fernando provenía de otra no tan honrosa causa, dijo:

-No dudo, piadoso señor, que la vista de una doncella de poca edad, sola y extraviada por estos desiertos montes, habrá dado lugar a que forjaseis en vuestra imaginación algunas sospechas en menoscabo de mi honestidad. No lo dudo, porque ni seréis quizá tan señor de vuestros pensamientos, que los podáis tener a raya siempre y cuando quisieréis, ni las circunstancias que en mí se juntan ahora dan lugar a más acertados discursos. Veisme

aquí desconocida, desamparada, sola vagamunda por estas soledades, expuesta a todo riesgo. Pues ¿qué efectos son estos para que no se pueda rastrear por ellos alguna no muy honesta causa? Yo así lo pienso, y no extrañaré que vos imaginéis lo mismo, si ya no es que os retiréis a la fortaleza de vuestra discreción y prudencia, y creáis, como es la verdad, que solas mis desdichas, solas mis desgracias, solas las sinrazones de la fortuna me tienen puesta en tanta estrechez como me veis, la cual si en vuestro generoso pecho no halla consuelo, bien creo que entre estas montañas dejaré esta vida que tantas muertes me acarrea de continuo.

No pudo proseguir adelante su razonamiento a causa que las muchas lágrimas que le corrían por el rostro, los continuos suspiros que arrojaba y mayormente la memoria de sus desgracias y el ver aventurado su crédito, la dieron un recio desmayo, que la hubiera forzado a caer en tierra si don Fernando no se adelantase a sostenerla en sus brazos.

Acudió luego Lenio a su socorro, acercáronse también los demás criados y le rociaron el rostro con el agua de un arroyo que corría por allí cerca. Mandó al momento don Fernando que la llevasen en hombros a la quinta, para que en ella se le aplicasen los remedios que hiciesen al caso. Pero no fue menester que se usase de esta providencia porque la del cielo quiso que al instante volviese en sí, cuya vuelta tornó la alegría que se había retirado de los corazones de todos, en especial del de don Fernando, que más compasivo se dolía de la desconocida Felisinda y luego procuró consolarla con las mejores razones que le acudieron a la lengua.

Lo mismo hicieron los demás, que poco menos tiernos se habían mostrado, y, poniéndola en medio de todos, tomaron el camino de la quinta que ya cerca se descubría; a la cual apenas hubieron llegado, lo primero que hizo don Fernando fue mandar que se aderezase una cama para Felisinda, que la diesen algún sustento y que la entregasen unos vestidos, porque los que llevaba estaban muy astrosos, y que sin preguntarle cosa alguna la dejaran descansar.

Como estaba ordenado se cumplió todo al instante, quedando todos deseosos de saber quién era y qué lances habían puesto en tan infelice estado a la desconocida huésped.

CAPITULO IV

Donde se dice quiénes eran los dueños de la quinta

Sin sosiego estaba don Fernando esperando la hora en que dejase el lecho Felisinda, para saber de ella lo que tanto deseaba. Iba y volvía con el pensamiento, pero nunca podía dar en la verdad por más que se fatigase en buscarla. Y aunque tenía muchas pláticas acerca de esto con su madre, que se llamaba Clara y con su hermana Constanza, que este era su nombre, no podían sacar en limpio más de lo que Lenio había dicho, que era nonada para desembarazarles de la suspensión en que estaban trasportados.

De esta suerte iban entreteniendo el tiempo, hasta que llegó el de desembarazar el lecho Felisinda. Vistióse, aliñóse lo mejor que pudo, y trezando no sin gracia sus hermosos y largos cabellos, salió del aposento dando de sí tan hermosa vista que se arrebató las voluntades de cuantos allí estaban.

Preguntóle doña Clara si había dormido y si estaba ya algo recobrada, a lo cual respondió sonroseándose toda:

-El dolor que me tiene a cuenta la memoria de mis sinventuras no ha permitido, ¡oh, señora!, que yo durmiese. Pero de cualquier manera os estoy agradecida y quisiera verme en términos de poder recompensaros los beneficios y mercedes que me hacéis. A lo de si estoy recobrada digo, señora mía, que no son mis desdichas tan vulgares que al instante admitan consolación alguna. Pero, sin embargo, confío que en tan agradable compañía como la que el cielo aquí me ha deparado, no dejaré de encontrar alivio, ya que el remedio no es posible.

A éstos se añadieron otros comedidos cumplimientos de ambas partes, y entre todos los fue el mayor el de la hermosa Constanza, que con su acostumbrada gracia dijo:

-Séase lo que se fuese de todo. Yo de mí digo solamente que no he de consentir que nos falte enjamás la compañía de Felisinda. Aquí quiero que esté hasta que llegue el término de sus días; aquí la tendré como a hermana, la tomará mi madre por hija, y todos los de casa la mirarán como a señora.

-Así ha de ser a la verdad, -prosiguió don Fernando- aquí ha de acabar su vida, que no había de tener fin, la hermosa Felisinda. Que no por acaso, sino por particular providencia del cielo, según discurro, ha venido a esta casa, en donde confío que ha de calmar el viento de su contraria fortuna y se le ha de mudar en el más favorable que puedan pedirle sus deseos.

Muy generosos le parecieron a Felisinda estos ofrecimientos para que se le hiciesen antes de saber cosa alguna ni de su calidad, ni de su persona. Pero con todo, al par de ellos y de las alabanzas que le daban, se le iban encendiendo sus mejillas que parecían de nevada púrpura, y no pudo hacer más que dejar caer algunas lágrimas que le acudieron a sus ojos, nacidas de tristeza y alegría: de tristeza, considerando las desgracias que por ella habían pasado, y de alegría, al ver la mucha con que la habían recibido y la trataban aquellos señores.

En esto estaban cuando llegó un recado para que se sentasen alrededor de la mesa, que ya estaba cubierta y colmada de diversos y exquisitos géneros de manjares. Hiciéronlo así, aunque no comieron mucho, porque la nueva llegada de Felisinda tuvo en suspensión a todos y retardó la comida más de lo acostumbrado, que en pasar de lo regular parece que menguan las ganas y desmaya el apetito.

Cuatro días estuvo Felisinda en la quinta, donde fue tratada magníficamente, al cabo de los cuales, tomándola Constanza por la mano una tarde se la llevó consigo a un delicioso

jardín que había dentro de la misma casa. Y sentándose a la orilla de un estanque cercado de bellos y frondosos árboles que le hacían sombra, la dijo:

-No sé con qué palabras poderte encarecer, ¡oh, amiga!, el contento que inunda mi pecho desde que entraste en esta casa, porque es tan mucho como imponderable. Y temo que si por algún caso llega el de tu partida, no he de poder llevar con paciencia tan amargo apartamiento.

-Más pobre de expresiones me hallo, ¡oh, querida! -respondió Felisinda- para decirte la alegría que, a pesar de mis desdichas, siento en mi corazón desde que comencé a ser favorecida de todos los tuyos. Yo sí que con más razón puedo darme albricias a mí misma, pues mirándome estos días pasados sola por esos horrorosos desiertos, expuesta a mil peligros, bastante cada uno de por sí a quitarme la vida, me hallo puesta ahora en una felicidad, tanto más alegre cuanto menos esperada.

-A lo menos -replicó Constanza-, si te haces fuerza para borrar de tu entendimiento la más leve idea de tristeza, verás cuán trocada quedará en breve tiempo tu fortuna. Aquí tendrás gustos, no te faltarán regalos, sobrarte han placeres y te se cumplirá todo lo que acertares a desear, porque mis muchas riquezas y mi voluntad sin límites a todo esto se extienden. Mira, ni mi madre tiene otra voluntad que la mía, ni mi hermano se aparta jamás de lo que yo quiero. Sus deseos son los míos, su gusto que yo le tenga, su alegría verme alegre, y en una palabra, como única que soy, no buscan otro que llenar el vacío de mi voluntad. Todo el cuidado de la hacienda corre por mi cargo; porque después que por una pendencia que tuvo mi padre con otro no menos noble caballero de la corte, le fue forzoso ausentarse por hurtar la vida a las asechanzas de muchos y muy poderosos enemigos que se había granjeado. Y después que, a pesar del cobro en que se había puesto, fue por su corta ventura muerto a traición por su contrario, que con otros muchos fue a buscarle, y después que, asegurados todos de la verdad del caso por muchas verídicas cartas y no menos verdaderos testigos, quedó mi desconsolada madre sujeta a una triste viudez. Y después que por quitarnos de nuestra presencia al enemigo, y porque las cicatrices que quedaron de las heridas de nuestros ánimos no nos acordasen la ofensa, nos retiramos a esta quinta. Digo que después de todo esto, por haberse acogido mi madre a la sombra de mis regalos y arrimándose al árbol de mi amparo, no queriendo tener más cuenta que la de pasar su viudez con toda exactitud y recato, quedó todo el gobierno de la hacienda a mi dirección. Y ninguno hay en esta casa que no vaya siempre adelantándose a adivinar mis deseos, aun antes que yo llegue a declararlos. Todo esto te he dicho, amiga, para que veas si con razón puedo hacerte los ofrecimientos que te he hecho.

-¡Ay, señora! -replicó Felisinda- y cómo por extremos vas añadiendo motivos para que te esté obligada. Todo lo aprecio, todo lo estimo, todo lo agradezco, y como ya otra vez he dicho quisiera hallarme en posibilidad de compensártelo más que con el agradecimiento. Pero en lo de continuar mis días en tu compañía cara, no puedo darte gusto, porque los deseos de encontrar a quien me anima, las ansias de ver al que es toda mi vida y la priesa que tengo de hallar a un hermano mío que es el único arrimo de mis incomodidades, cuya ausencia me tiene sepultada en amarga y continua tristeza, no sufren que la disfrute largo tiempo.

Más iba a decir Felisinda, pero le quitaron las palabras de la boca unas voces que salieron de la de doña Clara, que las llamaba para ir a espaciarse por los muchos y divertidos paseos que había en aquel paraje.

Dejaron el jardín las dos hermosas Felisinda y Constanza, quedando ésta suspensa de las razones que había comenzado a decir aquella, y con ánimo de hacérselas proseguir cuando se le proporcionase.

Entráronse en casa y juntándose con don Fernando, su madre y una criada, dieron principio al paseo, en el cual pasó el razonamiento que se verá en el capítulo que se sigue.

CAPITULO V

De la discreta plática que pasó entre los dichos

Juntos ya todos, como se ha visto, dieron principio al paseo solo por divertir la imaginación triste de Felisinda, la cual viendo la amenidad de aquel sitio, la belleza de los jardines, lo frondoso de los árboles y tanta hermosura junta, que parecía que unidas naturaleza y arte se habían conspirado a sacar un compuesto tan hermoso y tan agradable que pudiese competir y aun llevar ventaja al Huerto de las Hespérides, dijo:

-Ya me había dibujado el pastor Lenio la belleza de estos lugares, con tan discretas palabras y con tan acertados discursos que me los había hecho ver antes de mirarlos. Y por cierto que estaba admirada de oírle hablar, pues lo hacía con tanta elegancia y con tan bello estilo que no acertaba a dar crédito a lo mismo que veía, por parecerme que todo aquello era impropio de un rústico ganadero.

-Así es la verdad -dijo don Fernando-. También soy yo del mismo parecer, pues en todo el tiempo que le tengo en casa le he oído y oigo hablar cada día tales cosas que al paso que me alegran me suspenden. Y no puedo alcanzar cómo en el alma rústica de un pastor quepan tantas cosas como las que el sabe. También le he visto más de cuatro veces componer poemas, éclogas, canciones, sonetos y otras especies de verso, con tal artificio, primor y dulzura que no sé yo si los que cursan las academias le llevarán ventaja.

-Está bien, -dijo a esta sazón Constanza-. Renacerán quizá aquellos tiempos en que todos los pastores eran discretos, letrados, músicos y poetas, a causa que desterrado del cielo Apolo, por instancias de Vulcano, se hizo pastor, y, guardando los ganados de Admeto, rey de Tesalia, enseñó a los demás pastores que acudían a oírle tañer su flauta, el modo de vivir vida dulce y feliz, aun entre las mismas rustiqueces de los montes, y les hizo olvidar la rústica y salvaje que hasta entonces habían vivido, sin saber cosa alguna más de lo que pertenecía al gobierno de su ganado. Cuanto más que, si según dicen, los prados hermosos y las deliciosas selvas son los lugares en donde de ordinario habitan las Talías, las Clíos, las Tersícores, las Calíopes y demás celestiales musas, no me admiro de que a los pastores se les pegue algo de sus discreciones y agudezas. ¿Cuántas veces, cuando

algún enamorado y desdeñado pastor, estará pensando e imaginando consigo mismo cómo encontrar trazas para ablandar el endurecido corazón de su amada pastora, bajará desde la cima de algún empinado monte con apresurado vuelo alguna bella y agraciada ninfa, vestida de una hermosa y sutilísima tela de plata, cubierta con un finísimo y delicado cendal, sueltos por las espaldas sus largos y hermosos cabellos, coronada de verde laurel, y la consolará con suaves y dulces razones, dándole al despedirse algunos enamorados y quejosos versos para desbaratar y vencer los desdenes de su pastora, hasta dejarla más mansa que una paloma y más blanda que una cera? ¿Cuántas veces, al desmayarse un pastor herido de la cruel y dura lanza de los celos, le socorrerá otra ninfa no menos agraciada que la primera, y después de haberle vuelto de su desmayo con remedios que traía para este propósito, le dirá tales razones y le infundirá su facundia, energía y dulzura en sus labios, que pueda con sólo desplegarlos sujetar a su voluntad la de la ingrata pastora? De estas conversaciones, de estos coloquios y de estos tratos que con las ninfas tienen a cada paso los pastores, nace en ellos la discreción, la agudeza, la elocuencia, la afabilidad, la cortesía, y proviene que no haya árbol en monte en cuyo tronco no se miren grabados los nombres de sus pastoras, o ya en anagramas, o ya en canciones alegres, o ya en endechas tristes.

-Si así fuera, hermana, a la verdad como has dicho -interrumpió don Fernando-, ninguno habría que dejara de retirarse a los prados, a las selvas, a los montes, vestido de pastor con su cayado y pellico, sólo por gozar de una tan deliciosa vida, la que, según dicen, no se pasaba en otro que en cantar al son de diversos y alegres instrumentos, ora subiendo al cielo de la alabanza la hermosura de sus pastoras, ora ponderando sus esquiveces; ya dándose albricias de su dichosa suerte, ya quejándose de su corta ventura. Pero todo esto, hermana, pase por ficciones ingeniosas de poetas, demos la gloria que se merecen a los entendimientos que las han dado a luz y creamos, como es la verdad, que los pastores están sujetos a todas las inclemencias de los cielos, que su vida es áspera, cruda, fría y llena de riguridades insoportables en el invierno, pesada por los excesivos calores en el verano, y en todo tiempo desacomodada.

-¿Desacomodada? -replicó Constanza-. No lo creas hermano. Dejemos aparte las invenciones agudas de los poetas con que tanto celebran la vida pastoril, y vamos a descubrir una verdad que cada día la podemos experimentar y en efecto la experimentamos en nuestros pastores. Un rústico pastor atesora en su cuerpo un alma tan bella, tan noble y tan capaz, como la puede atesorar el hombre más eminente. Todas las almas son de una misma substancia espiritual, inmaterial, indivisible, intelectual y acomodada a regir nuestro cuerpo. Todas están fabricadas -permíteme que me explique de esta suerte- en un mismo molde y dotadas de tres nobles potencias, como son memoria, entendimiento y voluntad. Conque puede el pastor, igualmente que cualquier otro, acordarse, discurrir y amar, que son los cargos que están anexos a las tres potencias. Y aun lo puede hacer más sencilla, más gustosa y más desembarazadamente, porque a su entendimiento no le ofuscan aquellas pasiones que tanto tiranizan a los que viven allá en el trafago del mundo. Las envidias, los celos, las simulaciones, los engaños, los odios, las enemistades, que como sombras ligeras corren precipitadamente por aquellos países, no tienen jurisdicción alguna en estos distritos, en donde cautivan su libertad los pastores. Su memoria no está sujeta sino a acordarse de cosas que les lisonjee el alma, porque nunca

han visto sino objetos alegres, puros, honestos y sencillos. Su voluntad, ¿qué otra cosa puede amar que estos bienes, que el entendimiento le propone? Yo no sé hermano -proseguía Constanza- qué cuidados, qué inquietudes, qué guerras interiores, puedan tener estos humildes hombres, para que sea su vida desacomodada, como dices, cuando todo su afán se cifra en solo el cuidado de sus ganados. No bien sale el sol para alegrar con sus hermosos rayos a todas las criaturas, cuando libre de todo molesto cuidado se levanta el pastor alegre, empuña su cayado, tira por los hombros a las espaldas su zurrón, proveído de sabrosos aunque rústicos manjares, llama sus simples ovejas y empieza su deliciosa y ordinaria tarea. Pero, ¡con cuánta alegría de su alma! El armonioso y entretenido espectáculo que forman el azul hermoso del cielo con el verde piso de la tierra le tiene todo el día en alegre suspensión. Los campos primorosamente matizados de plantas, flores, frutos, quintas, bosques y sotos son el más curioso entretenimiento de sus sentidos. Todos están en continuo movimiento sin parar de percibir, ni por un breve rato su recreación correspondiente. Aquí divierte su vista con la hermosura de los árboles, con el verdor de las plantas, con la belleza de las flores; allí recrea el oído con el manso ruido de los arroyos, con el apacible susurro que forman las hojas de los árboles, heridas de los más suaves vientecillos, y con la agradable armonía de infinitos pajarillos, que por entre aquellos bosques hacen ostentación de la dulzura de sus voces. Allí recrea el olfato con el olor que despiden la azucena, el lilio, la violeta, el clavel, la rosa y las muchas yerbas aromáticas que produce la tierra. Acullá lisonjea su gusto con probar los frutos que penden de las ramas de los árboles, y el tacto le recrea con la suavidad de tantos objetos como a cada paso se le ofrecen. Con este gustoso entretenimiento pasa la mañana, y cuando el sol acercándose al cénit hiere con sus rayos más vigorosamente, burla sus fuerzas con retirarse a la sombra de un copado y espeso árbol que le defiende. Satisface alegremente su hambre, apaga su sed, pasa lo riguroso de la siesta con su ganado juntamente, y cuando el señor Febo templá sus rigores, recoge sosegadamente sus ajuares, sigue otra vez su ruta tras de sus ovejas, hasta que entrándose la noche, las encierra en sus rediles y se retira a su pobre choza en donde alegre descansa y duerme tranquilamente, sin que melancólica fantasías le estorben el sueño. ¿Hay vida más agradable ni más deliciosa que ésta?

-Está muy bien todo eso, hermana mía -la replicó don Fernando- pero si como con tu discreción sabes decirlo, supieras también...

No pudo hablar más palabra don Fernando, porque su madre se puso en este mismo punto el dedo sobre los labios haciendo con la otra mano ademanes de que callasen y no se moviesen un paso de donde estaban.

Obedecieron todos, y poniendo el oído atento oyeron unas voces que decían:

CAPITULO VI

Encuentran en el recuesto de un bosquecillo a un hermoso joven que hablaba consigo a solas, y queda conocido por mujer

-Bien, ya está hecho. A lo menos sabrá el mundo que conmigo no han de valer engaños, ni han de tener fuerza las mentiras, ni han de quedar sin castigo las alevosías. ¿Tú seducirme, tú engañarme y yo vivir una sola hora sin tomarme la venganza por mis propias manos? No fementido, no; nadie en tiempo alguno podrá gloriarse que burló a Leonisa sin recibir el justo castigo. Y ¿cómo puedo yo dejar de vengar los agravios que se me hagan, sino dejando de ser quien soy? ¿Sufiré acaso que se borre en adelante el renombre de cruel que hasta ahora me he adquirido? ¿Se ha de decir enjamás que yo supe disimular agravios? Mujer soy, pero cuando se me apodera la cólera, me olvido de que soy mujer y pienso que soy airada tigre que hasta quedar vengada no sosiega y rompe por entre la misma muerte. Pero ¿qué haré ahora, desventurada de mí? Yo le dejé sin vida en el campo, su muerte volará por la ciudad, su misma sangre esparcida por el suelo llamará a la venganza a sus amigos y parientes, mi huida me acredita rea y le forzaré a que salgan a buscarme. ¿Qué haré ahora? ¡Ay sin ventura de mí!

Calló en diciendo esto, y luego quiso don Fernando y los que le acompañaban acercarse algo más, para ver si descubrirían al que había hablado tales razones. Y al entrar en un pequeño bosque que se hacía allí cerca, pudieron ver por entre unas espesas ramas, atado a un árbol un caballo ricamente enjaezado, y un poco más hacia la izquierda, reclinado en un recuesto un joven hermoso sobremanera y sobremodo gallardo, ceñido de espada ancha con ricos tiros, y cubierta la cabeza con un sombrero de color ceniciento, tomado de un costoso cinto de diamantes; circunstancias que les obligaron a creer que era persona de calidad aquella que miraban y que no era la misma que antes hablaba, porque entre las razones que dijo se oyeron unas que decían que era mujer, y que se llamaba Leonisa, lo cual no correspondía al traje y vestido que llevaba.

De esta suerte suspensos, y sin poder atinar lo que sería, se pegaron todos en la tierra, reprimieron sus alientos y se pusieron con atentos oídos a escuchar si proseguiría en su razonamiento y qué salida tendrían sus perplejidades. Pero les salieron vanas sus prevenciones, porque por acomodarse mejor Felisinda se le resbaló el pie y dio consigo en el suelo, y aunque no se hizo daño alguno, puso en confusión a los de su comitiva y alborotó al del bosque. El cual, poniendo luego mano a su espada, se apercibió para lo que pudiese sucederle. Pero advirtiéndolo don Fernando, salió de donde estaba agazapado y alzando la voz le dijo:

-No perturbe vuestro sosiego nuestra inopinada vista, señor, porque sola una casualidad nos ha conducido a este sitio. Al doblar el cabo de esta montaña está mi casa, que os ofrezco afectuosamente para que os sirva de reparo hasta que le tengan vuestras desgracias, que tal vez lo serán las que os han traído a estos desiertos. Si os place, admitid mis ofrecimientos, que no tienen nada de fingidos.

-Así lo creo yo, -respondió el del bosque-. Yo agradezco vuestro favor cuanto merece ser agradecido, pero no puedo tener ahora el honor de disfrutarle. Si en recompensa queréis saber la causa que me tiene entre estos desiertos montes, llegaos acá si no lo tenéis a mal, que yo os la diré brevemente.

Hiciéronlo así, rodeáronle todos y todos se admiraron de ver su disposición gallarda y su extremada hermosura, quedándole sobremodo aficionados y con más deseos de socorrerle.

Apenas se hubieron acomodado como mejor pudieron, comenzó el del bosque su historia en esta forma:

-No quiero, señores, preguntaros quién sois, a dónde vais, ni de dónde venís, porque nunca he tenido genio de escudriñar vidas ajenas, ni enjamás he querido averiguar más de lo que me quieren decir y más si son negocios que no me importan. Conque así seáis los que quisiéredes ser, que yo, puesto que así lo quiere mi suerte, no pretendo sino deciros lo que oiréis, si no os fatigan mis razones.

-Antes -respondió doña Clara- nos serán de mucho gusto, porque no dejarán de ser muy discretas, si vuestro vivaz aspecto no miente.

-Puesto, pues, que así sea, -prosiguió el del bosque-, también será en vano ocultaros quién soy, porque si mal no me acuerdo, entre las razones que yo envié poco antes al aire, debió de salir envuelto mi nombre y si es así la verdad no hay para qué querer ahora enmendarlo. Sabed pues que yo, aunque me veis en este traje, soy una mujer llamada Leonisa, que ni en la nobleza de mi sangre, ni en la abundancia de mis riquezas envidio a nadie. Nací en una ciudad no muy cerca de aquí. Mis padres que pasaron a mejor vida aún no cumplidos seis años de la mía, al paso que me dieron nobleza, riquezas y hermosura, me infundieron en el pecho un corazón fogoso, altivo y arrogante. Quedé bajo el amparo de una mi tía de la misma ciudad, que todos sus gustos tenía librados en mis galas, en mis travesuras y en mis arrogancias, a cuya causa solté las riendas a mis pasiones y me sujeté sólo a las leyes de mi capricho. Parecióme buscar maestros que me enseñasen a blandir la espada, a esgrimir un montante y a montar un caballo, todo lo cual al cabo de pocos días lo hacía con tanta destreza y con tal brío que no había maestro alguno que se me igualase. Proveíme también de vestidos de hombre para poder con más desenfado y sin embarazo tomar por mis propias manos la venganza de los agravios que se me hiciesen, y a las veces fue tan cruel y tan sangrienta que me hice temible aun a los más esforzados hombres. No había duelo en que no estuviese metida, ni pendencia en que no me diese a conocer, ni riña en que no se ensangrentase mi espada. De esta suerte pasé hasta los veinte y cuatro años, ocupada sólo en los rigores de Marte, sin dar acogida a las blanduras de Venus; antes hacía burla de los que vivían enredados entre ellas y despreciaba a los que me venían con rendimientos amorosos, porque nunca pude sufrir que mi corazón altivo se rindiese a las fuerzas de ese que llaman amor, por parecerme que de su comercio no se sacan otras ganancias que inquietudes y disgustos. Ni aun a las pretensiones importunas del casamiento pude dar oídos, ya por no verme metida entre aquellos aunque honestos deleites que aborrecía, ya por no sujetar mi albedrío a la voluntad del esposo.

-Muy poco -dijo a este punto Felisinda a Constanza con voz baja-, muy poco parece que se aviene con el amor esta nueva Belona. Pero yo apostaré, amiga, y que al último nos sale toda enredada entre sus lazos. Sino estáte atenta y verás como es verdad lo que

imagino, porque yo he oído decir que para las fuerzas del amor no hay resistencia que sea de provecho.

En tanto que esto decía Felisinda, respiró un poco Leonisa para proseguir su cuento en esta forma:

-Pero yo no sé, señores, qué os diga del poder que tiene ese rapazuelo, ese antojadizo, ese Cupido, ese amor; aunque sí que sabré deciros que dentro de breve tiempo me vi rendida y avasallada a su discreción.

Aquí tocó Felisinda con disimulo el pie a Constanza y la dijo:

-Cogida la tenemos.

Pero Leonisa sin reparar en nada prosiguió diciendo:

-Me vi puesta en la solicitud de un mancebo no menos noble que yo y tan hermoso y tan bizarro que no tenía más que desear. Mostróseme tan apasionado, tan ciego, tan rendido, que cualquiera otro corazón más duro que el mío se le hubiera avasallado al momento, como yo lo hice, dándole la mano de esposa, con tanta admiración de mí misma y con tanto pasmo de los que me conocían que casi no acertaban a creerlo y no se podían persuadir cómo las tiernas caricias y los finos rendimientos de un amante pudieron vencer un ánimo tan belicoso y un corazón tan altivo como el mío. En suma, quedé vencida, y ya no deseaba otro que verme en el día en que había de quedar desposada con Roberto, que éste es el nombre de mi engañador. Mas, ¡oh mudable condición de la humana naturaleza! O sea que él receló de mi fe, o sea que se temiese de mi condición arrogante, o sea que otra hermosura le debió de llenar más bien el espacio de sus gustos, él, según después me dijeron, dio palabra de casamiento a otra doncella de la misma ciudad, y ya no esperaban más que fingir cualquier leve pretexto para marcharse a Zaragoza y desposarse, con ánimo de quedarse allí mismo en casa de unos muy cercanos suyos. ¡Válgame Dios! ¿Y qué lengua podrá decir la cólera que me asaltó al oír tan infame alevosía? La sangre furiosamente agitada parece que quería reventar por mi rostro, mi corazón sin sosiego daba muestras de querer salir del pecho y mis ojos encarnizados en vez de lágrimas arrojaban vivas llamas de encendido fuego capaces de abrasar a todo un mundo. Ya los deseos de vengarme me apretaban tanto que no me daban lugar para el sosiego. La idea de la venganza era la que dominaba mi entendimiento y no podía desvanecerla por más que en ello se fatigase la luz de la razón. Sólo me concedieron mis ansias un leve espacio de tiempo para informarme mejor de la verdad del caso, y vi que todo era como me habían dicho. Yo entonces, sin hacer discurso alguno y sin aconsejarme de nadie, tomé ese caballo que ahí veis, vestíme de la misma suerte que ahora lo estoy y busqué traza para que saliese al campo Roberto. Y asegurada ya de que estaba en el paraje donde le había de menester, me encaminé hacia él volando sobre las alas de mi cólera. Avistéle bien desimaginado de lo que le había de suceder, y con semblante airado y ademán soberbio, le dije: «-Alza esos infames ojos, oh malvado, y mira si me conoces. ¿Soy yo Leonisa? ¿Soy yo aquella misma a quien tu diste la mano de esposo? Pues ¿por qué traidor tan pronto te has olvidado de tus obligaciones, enredándote

entre la inútil yedra de esa mozuela, que más parece muñeca que dama? ¿Acaso hay en la ciudad quien me compita? ¿Te parecía poco bien tenerme a mí por tu esposa? Di, traidor, di, ¿qué disculpas das de las culpas que cometiste? Pero no, no te fatigues en buscar satisfacciones que darne, que para mí ninguna será de provecho. Sólo ésta me satisface». Y sin hablar más palabra empuñó una daga que traía para el intento, se la envainó en el cuerpo y le arrancó el alma, pero no quiso arrancar la daga, por no tener conmigo instrumento manchado con su vil sangre. Hecho esto tiró de las riendas al caballo, apretó las espuelas, púseme en camino a toda priesa, y a más andar llegué a estos ásperos montes donde me veis y donde os acabo de contar los sucesos de mi vida. Conque ni teniendo yo más que decir, ni vosotros más que escuchar, adiós.

Y sin mover labio, ni dar oídos a pregunta alguna, montó en su caballo y se fue a todo trote, dejando a todos los que la habían escuchado suspensos y admirados, así de sus extraños sucesos como de su improvisa y acelerada marcha.

No quisieron detenerse en llamarla ni ofrecerle remedios, porque veían que sólo era dar voces al viento, y así determinaron volverse a la quinta porque ya se entraba la noche y aún les quedaba buen rato de camino. En el cual, reflexionando doña Clara sobre los pasajes de Leonisa, dijo:

-¡Desgraciada mujer, que mal hallada entre las prisiones de su traje femenino, se aventuró hasta pasar las rayas que ni aun deben pisar los hombres más resueltos! Si su espíritu fogoso, si su ánimo arrogante, si su corazón altivo le llevaban por términos tan irregulares y tan ajenos a su carácter, ¿para qué quería la luz de la razón que infundió el Supremo Ser en su entendimiento, sino para templar la fogosidad de su espíritu, para comprimir las arrogancias de su ánimo y para humillar la altivez de su corazón? ¿Conque debemos dejarse llevar de la corriente de nuestras pasiones? ¿Conque no nos hemos de hacer fuerza para contrastarlas? ¿Conque si en llegando a nuestra casa, viera yo que prendiéndose el fuego en todas sus partes, daba muestras de quererla abrasar y destruir en breve, si no se acudía presto al remedio, me había yo de estar mirando muy sosegadamente los estragos del incendio, sin dar disposiciones para apagarlo? No debe ser así, no. Al principio cuando una siniestra pasión comienza a humear en nuestro ánimo es cuando se ha de sofocar y extinguir, sin dar tiempo a que tomando cuerpo sus humos lleguen a ofuscar la luz de nuestro entendimiento. Si Leonisa cuando comenzó a percibir en su corazón tantas inclinaciones ajenas de su sexo, las hubiera procurado contrarrestar, empuñando la aguja en vez de la espada y tomando la almohadilla en lugar de la rodela, no se viera ahora puesta en tan miserable suerte. ¿Pensaba que en el campo a donde sacó a Roberto, cogería algún ramo de laurel con que coronarse? Pues no cogió sino espinas que estarán de continuo lastimándole la reputación, el crédito, el honor, el sosiego interior, que es el único bien que podemos desear en esta vida.

En estos humildes discursos y otros que hacía doña Clara y escuchaban los demás iban entreteniendo el camino hasta que llegaron a la quinta.

Descansaron los cuerpos, satisficieron la hambre con la comida que ya estaba prevenida y se salieron al jardín a tomar el fresco, convidados de la serenidad del cielo, de la claridad de la luna y del agradable vientecillo que mansamente soplabá.

Quiso también hacerles compañía el pastor Lenio, y ninguno lo tuvo a mal, porque gustaban todos mucho de su discreta conversación. Y así, luego que estuvieron todos acomodados, prorrumpió doña Clara en estas razones:

CAPITULO VII

De la cuenta que dio de su vida el pastor Lenio a sus amos y a la huéspedá Felisinda

-No puedo contener las lágrimas que me acuden a los ojos cuantas veces pienso cuán afligida se debió de hallar Felisinda la noche del día antes que aquí llegase, viéndose en medio de esas montañas, sin más luz que la funesta de los relámpagos, sin más compañía que la de su sinventura, toda temerosa, toda confusa y toda amedrentada con el espantoso ruido de los truenos.

-Así es, señora mía -respondió Felisinda-, y no ceso de dar gracias al cielo que me libró de tanto peligro como me amenazaba, ni a vos que mostráis compadeceros de mis desgracias, ni a todos los de esta casa que tan atentos y solícitos se manifiestan en socorrerme.

-Sí, que el agradecimiento, la cortesía y la buena crianza -dijo Lenio a esta sazón- van anejas a las principales señoras como vos lo parecéis. Si que no sé yo cómo una alma rústica, basta y desagradecida -si es que hablo con propiedad [sic]- tenga valor para albergarse en una concha tan bella y tan hermosa como la de vuestro cuerpo, que si va a decir verdad, cuando os vi puesta en pie por entre aquellos árboles, me parecisteis una de las hamadriades de los bosques o algunas de las náyades de las fuentes.

-¿Qué sabes tú, ¡oh Lenio! -interrumpió don Fernando-, qué sabes tú de cortesías, ni de crianzas? O ¿qué te entiendes de hamadriades ni de náyades, si toda tu vida andas entre breñas guardando cabras?

-¡Ah, señor! -respondió Lenio-. Bien puede ser que este ahora rústico cuerpo sea archivo de una alma que el cielo se haya esmerado en enriquecerla. Bien puede ser que este Lenio que aquí estáis mirando apenas cubiertas sus carnes con un pobre vestido de ganadero, se haya visto en otro tiempo crujiendo gorgoranes y no entre incultas breñas, ni entre selváticos animales, sino en medio de las más famosas universidades y hombres más eruditos, mirado -sin arrogancia sea dicho- como doctor, venerado como maestro y respetado como sabio. Pero por no teneros ya más suspensos, y por desembarazaros de la admiración en que os veo sorprendidos, oídme si os place, que en breve os contaré la historia de mi vida.

Atónitos quedaron todos al oír las razones tan no esperadas de Lenio. Parecíales cosa de sueño cuanto habían oído, y no atreviéndose a creer lo mismo que veían, se mantenían pendientes de la admiración, mirándose unos a otros sin saber lo que les había acontecido. Pero deseosos de desembarazarse de los efectos que les había ocasionado tan inopinada novedad, le suplicaron encarecidamente les dijese los extraños accidentes que le había derribado de la eminencia que había dicho al estado humilde de ganadero, pues se alegrarían en extremo de oírlos de su misma boca.

Con esto envolvieron todos al momento sus lenguas en el silencio, y desplegando la suya Lenio dio principio a su historia en esta forma:

-¡Oh, amor! ¡Y cuán poco aprovechan contra tus fuerzas los humanos esfuerzos! ¡Oh, amor! ¡Y cuán precipitado eres! ¡Oh, amor! ¡Y con cuántas veras trastornas hasta los más agudos entendimientos! Estaba yo gozando de una paz suma, de una tranquilidad sin igual y de un extremado sosiego, pero apenas tomaste posesión de mi alma, se trocó mi paz en guerra, mi tranquilidad en tormenta y en desasosiego mi sosiego. Confuso, ciego, loco quedé cuando me vi sujeto a tus ásperas condiciones, y de esta confusión, de esta locura y de esta ceguera tomaron principio mis desgracias que voy a referiros.

Florenca, una de las más célebres ciudades de la Italia, es mi patria. Engendraronme padres ricos de bienes de fortuna y de naturaleza, y tanto que en nobleza y en riquezas pueden competir con los más adelantados. Educáronme con grandísimo cuidado, ya por cumplir con los deberes de verdaderos padres, ya porque veían en mí un no sé qué de buena inclinación y viveza, que les daba campo para fundar esperanzas de no vulgares progresos. Enviáronme a los estudios de la gramática, y ya que estuve harto bien instruido en ella, y consecutivamente en la filosofía, dejaron a mi arbitrio la elección de estudios, para que siguiese aquellos a que más me llevase mi genio, porque sabían muy bien que pocos o ningún prodigio hará el que camina contra la corriente de su inclinación. A cuya causa elegí el de la teología, reina de todas las ciencias, por parecerme que a ella, más que a otra alguna, me inclinaba la naturaleza. Obtuve al cabo de cuatro años el grado de doctor, con aplauso de los eruditos; y con el beneplácito de mis padres determiné marcharme a Pisa a seguir aquella célebre universidad, a causa que un tío mío, a quien el cielo no le había concedido hijo alguno, ya muchos años que importunaba a mis padres para que me enviasen a su casa, que también allí podía medrar en los estudios, sin que para ello me faltase cosa alguna de las que abundaba en mi propia casa. Púselo en ejecución, despedíme de mis amigos, abracé a mis padres, lloraron estos, suspiraron aquellos, cuyos suspiros y cuyas lágrimas hicieron acudir algunas a mis ojos.

Llegué a Pisa y mi tío, que ya me estaba aguardando, me recibió con aquellos extremos de placer que pueden imaginarse, y mi tía por el mismo consiguiente dio muestras de que se alegraba sobremanera. Al cabo de algunos días que ya estaba en aquella ciudad en que me había dejado ver de todos los que frecuentaban más familiarmente la casa de mi tío, me presentó a la universidad. Dime a conocer al regente de ella, que se me aficionó sobremodo, o ya porque debió de ver en mí prendas algunas que le agradaron, o ya, y lo que es más cierto, porque era muy amigo de mi tío, que como caballero principal se hacía lugar entre las personas de mayor autoridad y literatura. Viéndome pues ya en términos

de continuar mis estudios en aquella universidad, pensé dedicarme a la jurisprudencia, por saber que ni en ello iba contra mi inclinación, ni disgustaría a mis padres, antes les sería de sumo gusto por ser yo único y no haber otro que se quedara con el cargo, así de su hacienda como de la de mi tío. Empecé el curso, llevé ventajas a mis condiscípulos, híceme famoso, adquirí amigos y entre ellos lo fue el mayor un caballero mozo de la misma ciudad, llamado don Fulgencio, al cual le saqué una tarde con el pretexto de solazarnos en uno de los divertidos paseos de ella. Y como la amistad es sincera y entre los que la profesan no hay secreto que no se comunique, y sabía yo que don Fulgencio me la profesaba sin doblez, le dije:

-Ya sabes, oh, amigo, que los que vivimos envueltos en esta carne mortal tenemos el ánimo sujeto a una infinidad de pasiones, que cada una de ellas por sí sola, si llega a echar hondas raíces, basta para perturbar el sosiego de nuestra vida y trocarla tal vez por la muerte. Ya lo sabes, y así no extrañarás el verme sujeto a una pasión cuya oscuridad tiene casi muertas las luces de mi entendimiento. Ella es tal que ni tengo valor para decirla, ni tengo ánimo para callarla; y esta perplejidad me tiene puesta el alma en continuo tormento. Pero, ¿acaso he de permitir que un pertinaz silencio me quite la vida? ¡Ay, amigo! Sólo este nombre tal dulce anima mi lengua para que te descubra lo que se encierra en el estrecho claustro de mi pecho. Sí, sola la amistad con que estamos ligados me fuerzan a decirte que, pasando yo el otro día por una calle para ir a tu casa, alcé casualmente los ojos hacia una reja, vi en ella a una dama, saludéla por cortesía y sin cuidado alguno proseguí mi camino. Pero no sé, amigo, qué mirada fue aquella tan aciaga para mí que desde entonces no sé si vivo, ni sé si estoy en mí. Ocupada siempre mi imaginación y empleado mi entendimiento en aquella dama que tengo tan esculpida en mi memoria que no sé si la muerte será harto poderosa para borrarla. Yo mismo me admiro de mí mismo y no puedo imaginar cómo una leve casualidad pudo producir en mí tales efectos. Mi corazón batido continuamente de las fuerzas del amor presagia una tempestad muy violenta, y si no se le procura auxiliar en tiempo, será después irreparable su ruina. Yo quisiera, amigo, que con tu prudencia repararas los daños que me amenazan, ya procurando desvanecer estas ideas tan funestas que alimenta mi imaginación, o ha haciendo manifiesta a esa señora la causa de mi triste situación, porque de otra forma será inevitable mi muerte.

En fin, por no cansaros con mi largo razonamiento, tales cosas le supe decir y tan bien le supe exagerar mi enfermedad, que él me ofreció toda su voluntad en servirme y todas sus fuerzas en remediarme. Supe que el objeto de mis amores se llamaba Delfina, y con esto y con las diligencias que practicó don Fulgencio la pude hablar con frecuencia. Y de estas cartas, de estas visitas, de estas conversaciones resultó que ella me diese la mano de esposa y yo se me la ofreciese por esposo, pero con el consentimiento de los padres de entrambos, si bien no quisieron los míos que se efectuase el desposorio hasta haber alcanzado el grado de doctor en la jurisprudencia. Medio año faltaba para graduarme, que era para mí un siglo entero; pero como no está en mano de nadie detener el tiempo, llegó a más andar el de graduarme. Y ya que lo hube hecho, se comenzaron a disponer aquellos aparatos que la nobleza de entrambos pedía para tan solemne desposorio, el cual quisieron mis padres y gustaron todos que se hiciese en mi patria, Florencia.

Llegó el día de mí tan deseado, ¡ay, señores! ¡Que no sé cómo pueda acordarme de él sin que el alma se despegue de estas carnes! Llegó, digo, el día aplazado y cuando ya las calles de la ciudad se hundían con la multitud de gentes que acudieron a ver las bodas, y cuando ya la música de instrumentos alegres y suaves voces en alternados coros rompía los aires enajenando los ánimos de los circunstantes, y cuando ya entre el bullicio de la gente y la armonía de la música resonaba por los aires el eco de nuestros nombres con alegres vítores, y cuando ya Delfina, toda gallarda, toda bella, toda hermosa y toda ricamente aderezada salía de su casa causando admiración a las gentes, digo que a esta sazón se oyó un gran rumor entre la multitud que se apiñaba una con otra, por hacer lugar a seis poderosísimos caballos, cuyos lomos oprimían seis gallardos mancebos, que con las espadas desnudas y levantados los brazos venían corriendo a rienda suelta. Uno de ellos, que parecía el más principal, llegándose a donde estábamos los que nos habíamos de desposar, y encaminando sus razones a Delfina, dijo con arrogante desenfado y ademán soberbio: -Un veloz rayo consuma tus alientos si acabas, ¡oh fementida!, de poner en ejecución lo que intentas. En sus profundos y caliginosos senos te sepulte la tierra, si llegas, ¡oh, cruel!, a satisfacer tus designios. Y cuando piadoso el cielo no quisiera dejarme vengado, yo mismo, con la razón puesta entre los filos de esta desnuda espada, me tomaré la venganza. Tu sangre, tu misma sangre publicará tu alevosía. Con ella he de lavar el aleve desacato que cometiste. ¿Ignoras acaso, ¡oh, alma indigna!, que no puedes tomar otro esposo en tanto que yo viva en el mundo? ¿Te se ha olvidado por ventura la fe que me juraste? ¿O no te acuerdas ya de las maldiciones que sobre ti misma te tiraste, cuando no cumplieses tu palabra? Mas, si acaso no quieres acordarte, mira este papel, vuelve los ojos a estas joyas, que ellas mismas te dirán sin lengua tu infame traición. Tu propio nombre firmado en este papel ¿no hace recuerdo del día y hora en que me diste la mano de esposa? Estas joyas entre cuyos relieves se deja ver esculpido tu nombre ¿qué otra cosa publican, sino ser yo el que me he de casar contigo y tu la que has de ser mi consorte? ¿Qué respondes? Dilo presto, que hoy ha de quedar saciado mi furor y satisfecha mi venganza, hoy con tu sangre propia manchado todo yo haré patente al mundo, sabrán las gentes mi razón, tu alevosía.

Cual pobre caminante que mostrándosele el sol claro, el cielo apacible y el aire tranquilo, prosigue alegre su viaje, y en la mitad de él, enfureciéndose el aire, ofuscándosele el sol y ocultándosele el cielo entre negras nubes, queda inmóvil sobre la tierra, sin saber hacia dónde encaminar sus pasos, así quedé yo en tan inopinado lance. Quitóseme la vista de los ojos y no pude más que arrimarme al suelo impelido de un recio desmayo que me duró largo tiempo.

Lo que sucedió entre tanto, en qué paró Delfina, qué hizo su contrario y qué salida tuvo su arrogancia no pude saber, porque cuando volví de mi desmayo me hallé en mi casa en brazos de mi padre y de mis amigos, que procuraban consolarme con persuasivas razones. Pero mi dolor no admitía consuelo por entonces, a cuya causa les rogué que me dejaran solo y que no me dijese nada, porque quería descansar. Y ahora será también acertado que descansemos todos porque ya será cerca de la media noche y el sueño debe de fatigar a esas señoras.

-Así es, en verdad -dijo doña Clara-; pero más nos fatiga tu desgracia, la cual quisiera que no se robara a la posibilidad de remediarse.

-A lo menos -interrumpió don Fernando-, no sufriré yo que Lenio sirva a nadie en adelante; antes haré que todos los de ésta, desde hoy más su casa, le sirvan. A no ser que quiera volverse a su patria, que en tal caso le daré lo que hubiese menester para el viaje.

Con las mejores razones que supo mostró Lenio el aprecio que hacía de tan corteses ofrecimientos; y él también los hizo a todos de proseguir su historia en el día siguiente.

CAPITULO VIII

Donde Lenio da fin a su comenzada historia

A más andar se llegó el día en que Lenio había de concluir los sucesos de su vida que había comenzado a contar, en el cual apenas hubo coyuntura como la noche antes, pidió licencia y habló en esta forma:

-Viendo mis padres y mis amigos que sus consolatorias persuasiones no eran de provecho, hicieron lo que les supliqué, que era dejarme solo en mi propia estancia, por ver si partiría algunas treguas con mis congojas. Quedé a solas sin más compañía que la de mis desgracias, las cuales de tal suerte me apretaban el alma que, no hallando modo alguno de aliviarme, al cabo de muchos disparatados discursos que hice, di en el de ausentarme de mi patria y marchar a donde quisiera llevarme la fortuna. En resolución, cuando el silencio discurría por toda la casa y el sueño tenía adormecidos a todos los que la habitaban, me puse en la calle y, con bastantes provisiones para el camino, tomé el de Francia. Pero torciendo al instante mis discursos y mudando de propósito, me encaminé hacia el puerto de Livorno. Hallé en él un navío que estaba para partirse a España. Habléle al capitán, concerté mi viaje y me embarqué para cualquier parte que me llevaran.

Navegamos con viento próspero tres días, al cabo de los cuales descubrimos al declararse la aurora una nave que, a vela tendida, se encaminaba hacia nosotros. Mandó el capitán que nos apercibiésemos todos, y todos sobresaltados estábamos esperando la que pudiera sucedernos. Pero duró poco el sobresalto, porque luego vimos que la nave, que era fenicia, según dijeron, venía con grandísima dificultad a causa de irse llenando de agua tan sin remedio que cuando llegó a nosotros estaba ya a pique de anegarse. Suplicónos encarecidamente el capitán que le comandaba que acudiésemos a su remedio, el cual le tuvo al instante, aunque con muchísimo trabajo. Tiramos al mar los esquifes, y con ellos fuimos transportando a nuestro navío todo el matalotaje que llevaba el otro. Acudimos luego a darle los reparos y carenas que necesitaba, y en breve término le dejamos en el de ponerse a la vela, porque era mucha la destreza de los marineros. Quedaron todos muy agradecidos, especialmente lo quedó el capitán, el cual se juntó con el nuestro y se estuvieron largo rato en buena conversación. Yo entretanto, como nunca me había

embarcado, ni sabía, más que por haberlo leído, las partes que concurren a la composición de un navío, todo lo iba preguntando y de todo me iba dando razón un marinero del navío fenicio, cuya hermosura y gallarda disposición, acompañadas de las sabias y discretas razones que decía y de la cortesía y buena crianza con que me trataba, se me llevaron tras sí la voluntad. Parecíame que tantas prendas como en él veía cifradas, no eran propias de un pobre marinero, y así, adelantándose a todo reparo mi curiosidad, le pregunté quién era, cómo se llamaba y cuál era su patria. A todo lo cual, sonriéndose con cautela, me respondió:

-Excusado es, señor, el decirnos quien soy, porque no podéis dejar de ver si me miráis, que soy un pobre y desdichado marinero, que me veo precisado a cimbrar en el agua este pesado remo para poder granjearme un mísero sustento. Mi nombre es Lisandro, que no lo sería, si no fuera tan infelice mi ventura. Mi patria aún no la he dicho a nadie, de la cual vivo tan olvidado que no pienso volver a ella hasta que se me acabe esta vida.

No pude yo entender estas equívocas razones y luego pensé que encerraban algún misterio que no me importaba escudriñar, pero, aunque me importara, no lo hubiera podido hacer por la prisa que se daban ambos capitanes en mandar izar las velas que luego dieron al viento. Despedímonos todos, abrazáronse los capitanes, tomó el fenicio el rumbo hacia las costas de Sicilia y nosotros seguimos el que llevábamos, en el cual no nos sucedió ya cosa digna de contarse.

-¡Ay, cielos! -dijo a esta sazón Felisinda entre sí misma- ¿Qué es lo que escucho? ¿Dónde iré, suerte enemiga? ¿Cómo? ¿Es posible que no haya de encontrar lugar en donde no halle estímulos para el dolor e incentivos para el llanto? ¿Es posible que no haya parte en el mundo donde no vea retratadas con funestos rasgos todas mis desventuras? Todo el dolor para mí y no hay cosa que pueda ayudarme a salir de entre tantas sombras de tristeza donde estoy sumergida.

Ninguno de los que allí estaban pudo conocer en Felisinda mutación alguna, porque reprimió cuanto le fue posible su pasión. Y así nunca dejó de continuar Lenio su historia, diciendo:-Llegamos dentro de breve tiempo a Cartagena, hicimos el desembarco y habiendo satisfecho al capitán me entré en aquella ciudad, y al cabo de pocos días que andaba por ella, trocados ya mis vestidos, me alisté en una compañía de carboneros. Fui con ellos muchas veces a Murcia a vender carbón, pero pareciéndome que aquel oficio no me convenía, sin dar cuenta a nadie, me lo dejé un día y me puse en camino no sé para dónde. Gastéme en él los dineros que me quedaban, y sin ser guiado de nadie al cabo de muchos días que anduve extraviado por ese mundo, me entré por estas montañas, llegué a esta quinta en donde encontré comodidad de pasar mis días sirviendo a estos señores. Tomé a mi cargo el cuidado de los ganados, y le he procurado desempeñar del mejor modo que me ha sido posible. A él sólo atento siempre, no me he ocupado en la averiguación de las cosas ajenas. Siguiendo continuamente mi destino he vivido alegre en compañía de las mansas ovejas que están a mi cuidado, y divertido solamente en admirar los primores de la naturaleza no me han encontrado enjamás aquellas inquietudes, aquellas guerras interiores que tanto perturban la paz a los que viven allá en el mundo. Los melancólicos cuidados que causan las pretensiones, las crueles sospechas, las

desconfianzas, los temores, las simulaciones, las envidias, que como densos vapores ofuscan la razón a los que viven entre ellas, no han podido esparcir su veneno por estos parajes donde no sólo tienen su morada las honestas delicias, los placeres puros y la paz interior con quien ningún otro bien es compatible. Juntamente con estos bienes se ven para el gusto y el provecho esparcidos con abundancia los dones que pródigas derraman Ceres, Cibele y Flora, con que premian nuestros trabajos y satisfacen nuestros gustos. Si alguna vez, siguiendo mi ganado, quiero entretenerme en ocupaciones de más alta esfera, llamo a mis musas que no me son enemigas, y conversando con ellas elevo mis pensamientos hasta el cielo. De esta suerte vivo el hombre más feliz que pueda imaginarse, y si alguna vez se me acuerdan mis antiguas infelicidades y trabajos, sólo es para estudiar en ellos y en ellas la constante inestabilidad de la fortuna y la poca consistencia de los bienes de este mundo. ¡Oh, vida rústica envidiable! ¡Quién antes te hubiera conocido para haberte abrazado antes!

Aquí dio fin a su historia el pastor Lenio, dejando a todos admirados de sus sucesos y contentos de ver, el bello modo con que los había contado.

Muchas menudencias querían preguntarle, pero no lo consintió el sueño que a toda priesa les iban cerrando los ojos. Acostáronse todos y luego empezó a discurrir el blando sueño por los sentidos de cada uno, menos por los de Felisinda, que embebida toda en la memoria de sus infortunios y desesperada ya de dormirse, se incorporó en la cama, tendió a entrambos lados sus tiernos brazos, reclinó la cabeza desfallecida sobre la almohada y, reprimiendo cuanto pudo los suspiros que arrojaba del pecho, dijo con voz baja lo que se verá en el capítulo que se sigue.

CAPITULO IX

De lo que sucedió a la afligida Felisinda la noche que acabó Lenio de contar su historia

Cuando con impetuosa corriente se precipitan hacia nosotros las desgracias y los trabajos, no hay medio más poderoso para contrastarla que hacernos fuertes en una cristiana constancia y armarnos de una invencible paciencia. Son estas virtudes unas virtudes tan nobles y tienen cifradas en sí tantas perfecciones que aunque los más agudos entendimientos de los filósofos se han afanado en aplaudirlas, siempre han quedado mal satisfechos de sus aplausos. ¿Cómo podríamos rebatir las tristezas que de los males presentes nos sobrevienen, si próspera la Divina Sabiduría no nos esforzase con la paciencia? Y ¿de qué suerte podría hacerse tolerable la riguridad de los trabajos, si no nos fortaleciera con la constancia? Los infortunios, los trabajos, las infelicidades y otras cosas semejantes a que el común de los hombres llaman males, cuando se miran como provenientes de la mano del Supremo Hacedor, no son sino bienes en que comerciando el hombre con paciencia y conformidad se granjea ganancias eternas. Los que tienen puesta su felicidad en los deleites no pueden dejar de tener por males a las desventuras, a las miserias y calamidades de esta vida, porque son los únicos medios que los desvían de los deleites, que son el único fin a que aspiran. Pero los que colocan toda su felicidad y todo

su bien en el Sumo Dios, éstos ni temen a los infortunios, ni se espantan de las desgracias, ni se afligen en sus sinventuras, ni se entristecen en los trabajos, porque saben que éstos son los caminos que guían a la posesión de aquel bien en que tienen puesta toda su felicidad. Cuanto mayores tribulaciones fatigan al hombre en esta vida, tanto son mayores las recompensas que se le esperan en la eterna, si sabe sobrellevarlas con conformidad cristiana.

Estas verdades bien sabidas de Felisinda como discreta y como virtuosa las abrazaba con la voluntad, pero su edad tierna y su frágil sexo no consentían que las practicase. No podía hallar constancia para tanta inmensidad de trabajos, ni sabía encontrar paciencia para tantos males. Y así, entregándose a los gemidos y rindiéndose toda a los lamentos, engolfada su alma en un mar de furiosas pasiones y trastornadas todas sus potencias, dijo:

-¡Ay, infelice de mí! ¿Para qué quiero esta vida que tan amargamente sostengo? ¿De qué sirve alimentar mi tierno y delicado cuerpo, sino de hacer más duraderas las penas que padezco? ¿No sería más acertado dejarle consumir a los ardores de una ardiente sed y a los rigores de una hambre rabiosa? Sí. Pues está bien. Ejecútese mi determinación por más que parezca crueldad, comiéndose desde ahora... Pero no; advierte Felisinda que ésta será muerte muy dilatada y con ella no lograrás tan presto el fin a que tu misma aspiras, que es acabar pronto con tu vida. Mejor será imaginar otro género de muerte que pueda acabar en un momento los infinitos de pena que te aguardan. Empuña un agudo cuchillo, abre con él tu pecho y hazle paso al alma para que se salga de este cuerpo y se lleve la vida. O si no, prevén para el intento... Mas yo ¿qué digo? ¿Estoy sin juicio? ¿Deliro? No, sí. ¡Justos cielos, cuán precipitadamente obra un entendimiento apasionado! ¡Cuán arrebatadamente discurre cuando se ve acosado de amotinadas pasiones! ¿Yo misma buscaba trazas para quitarme la vida? ¿Yo misma imaginaba ideas para derramar mi sangre? ¿Yo misma había de ser homicida de mí misma? ¡Qué delirio! No cielos, no; alárguese mi vida todo el tiempo que más os viniere en gusto, que con ella puede ser que enmiende, puede ser que se mejore mi hasta hoy infelice fortuna. Y cuando fuese yo tan desgraciada que ni se mejorara, ni se enmendara, viviré a los menos contenta de saber que mi voluntad no sola un punto de la vuestra.

Así habló Felisinda estimulada del dolor que le tuvo a cuenta la relación de la vida de Lenio, porque le acarreó ideas tristes y le renovó la memoria de todos los rigurosos sucesos que por ella habían pasado. Pero después de haber cobrado aliento y desembarazándose de las pasiones que le perturbaban el discurso, volvió otra vez a pasar cuentas consigo misma; y mudando de estilo, dijo:

-Mira, Felisinda, que tú no puedes vivir vida sosegada ni un instante hasta que llegues a encontrar a quien te anima, ni sé cómo puedas tener aliento para respirar ausente de aquel por quien respiras. ¿Con qué alma puedes ya entretenerte un sólo momento en esta quinta cuando estás ausente de aquel a cuyo influjo vives? ¿Qué esperas a marcharte peregrina por esos mundos hasta encontrar con tu hermano? ¡Ay, hermano mío! ¡Ay, Lisandro de mi alma! Aguárdame que yo voy, espérame que ya marché, no te alejes mucho que ya te sigo. Hermano, dulce hermano mío, ¿en cuán apretados lances te habrás visto? ¿Cuántos trabajos habrán oprimido tu alma? ¿A cuántos riesgos te habrás visto

expuesto? ¿Cuántas noches en continua vigilia habrás pasado suspirando? Y quieran los cielos... ¡Infelice de mí! ¡De pensarlo sólo se me yela la sangre y no acierta a circular por las venas! Quieran los cielos que no se te haya llevado la vida alguna furiosa ola de las que suelen levantarse en el mar alborotado. Sí, posible es; que ya insolente probó a pasearse por la cubierta del navío donde ibas; ya tus hermosas carnes se vieron casi hechas infelice pasto de los peces. Y aunque la fortuna, cansada a la manera de maltratarte, quiso socorrerte por tan no pensado modo, sabe Dios a qué apartadas regiones te habrán arrojado después acá o la furia de los vientos o la fuerza de las aguas. ¡Ay, prenda mía! Yo... los mares... tú... No, no más tardanza, bien mío. ¿Tú sacudiendo tus aguas con un duro remo y yo descansando en brazos de una perezosa ociosidad? No, mañana mismo solicitaré ponerme en camino, sin que sea capaz rémora alguna para detener mis pasos.

Hechos estos discursos y sentada su determinación, quiso probar si dormiría algún tanto. Tendióse del todo sobre la cama, desvió de su imaginación ideas tristes, recogió su pensamiento cuanto pudo y luego se le fue esparciendo por todos sus miembros un vapor suave que la dejó rendida al dulce sueño.

CAPITULO X

Propone Felisinda a doña Clara el intento de marcharse

Con no menos desasosiego que Felisinda pasó la noche Lenio, porque acordándose del ofrecimiento que le había hecho don Fernando, o de quererle en adelante, no para que sirviese, sino para ser servido, o de costearle el viaje si quisiera restituirse a su patria, no sabía reducirse a cual de estas dos fortunas escogería:

-Si me quedo en esta quinta -decía-, podré pasar mis días al arrimo de don Fernando, no tan atrabajado como hasta ahora, sino recobrándome de los pasados trabajos; pero ¿y si su ánimo se muda? ¿Y si se cansa de mi compañía? ¿Por ventura es lo mismo tratarme como a criado que mirarme como amigo? Por otra parte, si me vuelvo a mi patria, a más de las fatigas que son anexas a tan largo viaje, ¿quién sabe si pensando hallar en ella la gloria de mis descansos, encontraré con el abismo de mis pesadumbres? ¿Quién sabe si mis amados padres, forzados del dolor que les debió de acarrear mi ausencia, u obligados de otro cualquier accidente, habrán pasado ya de ésta a la otra vida? Y si esto es así, ¿qué bienes podré esperar, o qué males no podré temer? Cuanto más que ¿cómo podré vivir gustoso si a cada paso he de encontrar motivos que amarguen mi gusto? La misma calle, el sitio mismo en donde se representó la tragedia de mis desdichas, será un torcedor que atormentará mi alma.

De esta suerte, sin atreverse a tomar resolución alguna, pasó lo más de la noche, hasta que por la mañana se determinó a dejar la quinta, cuya determinación se originó de la de Felisinda, la cual, apenas se hubieron levantado todos los de casa, se entró en la estancia de doña Clara y hallándola sola la dijo:

-A poder yo, señora, daros el agradecimiento que quisiera de los beneficios que me habéis hecho, y a poder yo disfrutar largo tiempo vuestra amable compañía, ni tuviera ya más que hacer, ni me faltara más que desear. Pero mi corta suerte me tiene puesta en tan estrecho estado que ni puedo quedar airosa en lo primero, ni me es posible perseverar en lo segundo. Me es forzoso dejar vuestra dulce compañía e irme por esas tierras adelante a ver si podré encontrar el fin de mis desgracias, que si no le tienen en esta vida, le tendrán sin duda en la otra a que por instantes me voy acercando. No embaracéis, señora, mis pasos, no perturbéis mi resolución, porque será añadir martirios a martirios y acumular tormentos a tormentos. Este mismo día quiero que sea el de mi partida. Si pudiera deciros las causas que con secreta fuerza me impelen a que emprenda tan penoso viaje, veríais cuán poca razón tengo de retardarlo un sólo momento. El de mi muerte sería llegado si de hoy más se alargara mi partida; y así, señora, pensad si en algo os puedo ser agradecida, que los favores que tengo recibidos de vuestro generoso pecho no hay recompensa que los satisfaga.

Calló en diciendo esto, pasóse la mano por el rostro, enjugó sus lágrimas y se quedó inmóvil esperando la respuesta que doña Clara quisiera darle. La cual, después de haber estado suspensa un rato, considerando las razones que había oído, se levantó de improviso, y, sin hablar palabra, se salió de la estancia.

Quedó Felisinda pasmada sin saber lo que le había sucedido y comenzó a fabricar en su imaginación una multitud de sospechas. Pero de este pasmo y de estas sospechas la hizo salir un recado que le vino de doña Clara, en que la suplicaba fuese a verse con ella al momento.

Hízolo así, salió del aposento y se entró en donde estaban juntos doña Clara, sus dos hijos Fernando y Constanza, y Lenio, mudado ya el traje de pastor en el de cortesano, porque luego que supieron todos su caída desde la cumbre de sus felicidades al abismo de una suma miseria, quiso don Fernando, y se lo rogaron todos, que se dejase tratar, no como pastor humilde, sino como caballero ilustre; porque sabían bien que las condiciones de la fortuna son tan volubles como su rueda, y que podía sucederles lo mismo que a Lenio le había acontecido.

Juntos pues todos los que quedan dichos, tomó doña Clara por la mano a sus dos hijos y, preñados de lágrimas los ojos, les dijo:

-Los juicios de Dios, ¡oh, amados hijos míos!, son tan inescrutables como justos, y tan justos como inescrutables; su justicia tan recta como severa, y tan severa como temible. ¡Por cuán extraños rodeos y por cuán desusados caminos suaviza los que conducen a la felicidad de los hombres! ¡Con cuán subidos premios recompensa a los que abrazan sus santas leyes! Pero, ¡con cuánta riguridad castiga a los que abandonándolas siguen sólo las de su gusto! ¿Queréis, por ventura, ¡oh, pedazos de mis entrañas!, que experimente yo los rigores de su divina justicia y que estos mismos se ejecuten en vosotros mismos? Los que impiden y estorban el cumplimiento de los buenos propósitos y virtuosos deseos quedan por lo mismo hechos infelices blanco de las iras de Dios, pues bien se deja ver que éste que los impide, que éste que los estorba, ni teme a Dios, ni le venera; porque, ¿cómo se

dirá que ama a Dios aquel que, lejos de solicitar el más entero cumplimiento de su voluntad santa, aparta y desvía a los que la quieren cumplir? Por el mismo estilo corre la infelicidad de aquellos que abandonan al olvido sus propósitos y sus promesas, luego que se ven libres de aquello que les forzó a hacerlas. No han de ser las promesas hechas a Dios o a sus santos como las del cautivo que se desvanecen en viéndose libre de su esclavitud y rotas las cadenas que les atraillaban, ni como las de los enamorados que se deshacen en alcanzando lo que desean. Han de ser firmes y duraderas sin que cosa alguna pueda ser parte para embarazar su ejecución.

Suspensos estaban todos escuchando las razones de doña Clara, sin saber a dónde iban a parar, las cuales pararon en lo que se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO XI

Propone doña Clara a sus hijos la romería que quiere hacer a Zaragoza por visitar la Santísima Virgen. Dícese el sentimiento que ellos hicieron y como quiere Constanza acompañarla en su peregrinación

Luego que vio doña Clara la suspensión en que habían dejado sus razones a todos los que la habían escuchado, y luego que vio cuán bien se iban imprimiendo en los corazones de sus dos hijos y cuán prontos estaban para abrazarlas, prosiguió diciendo:

-Todo lo que acabé de deciros, ¡oh, hijos muy amados!, se reduce a lo que oiréis. Ya sabéis que después de habernos comunicado, como cosa cierta, las funestas nuevas de la muerte que alevosamente dieron a vuestro padre y mi caro esposo, me hube de rendir a las fuerzas de tan cruel dolor, sin que fuesen poderosas para excusarlo las más discretas consolaciones. Tampoco ignoráis que yendo y volviendo con el pensamiento, y atormentando mi cansada imaginación con tan tristes memorias, vine a caer en el abismo de una melancolía que por momentos me iban acercando al de la muerte. ¡Cuántos días estuve sin tomar el preciso alimento para la conservación de mi vida! ¡Cuántas noches pasé de claro en claro sin poder averiguarme con el sueño! ¡Cuántos ratos encerrada en un lóbrego aposento viví negada a todo consuelo! A donde quiera que volvía los ojos no miraba sino un amado esposo que no vivía: iba a abrazarle, pero como fugitiva sombra se me escapaba de entre los brazos y redoblaba mis tormentos. ¡Cuántas veces bajé con la imaginación al sepulcro a llorar sobre las yertas cenizas de vuestro difunto padre! De todo esto, hijos míos, me vi forzada, como ya sabéis, a rendirme a las violencias de una enfermedad tan grave que por instantes iba frustrando las esperanzas de mi salud en todos los que me asistían. Agotóse la ciencia de los médicos, no pudo usar de sus fuerzas la virtud de las medicinas y fueron de poco provecho los humanos remedios. Viéndome puesta en tan apretado peligro, rodeada ya de los horrores de la muerte y que, por la misericordia de Dios, estaban todavía desembarazados mis sentidos y despejadas mis potencias, no hacía otro que rogarle en mi interior os mirase a vosotros tiernecitos que ibais a quedar con mi muerte del todo huérfanos, sin padre que os aconsejase, sin madre que observara vuestros pasos y sin maestro que esparciera en vuestros corazones la

semilla de la virtud y que os desviara de los escollos en que fácilmente peligró la juventud incauta.

Esto iba diciendo la tierna madre con tantas lágrimas, que se les enterneció el corazón a cuantos la oían, especialmente a sus dos hijos que le iban arrojando en líquidos pedazos por los ojos. Lo cual visto por ella, interrumpió un poco su razonamiento para dar algún vado a las lágrimas de todos. Y luego prosiguió diciendo:

-Ya a toda prisa se me iban eclipsando los ojos, ya tenía anudada la garganta y pegada al paladar la lengua, ya continuamente me acometían mortales desmayos, ya en fin yo misma me faltaba a mí misma, cuando se me acordó ofrecer a la Santísima Virgen del Pilar que si me alcanzaba de su Santísimo Hijo la salud, visitaría en Zaragoza su santo simulacro. Apenas he hecho la promesa, comencé a recobrar los perdidos alientos, empezó a asomarse la alegría a mis ojos, desvaneciéronse las sombras tristes de melancolía y se trocó en salud mi enfermedad. Di gracias a Dios por la merced recibida, quedé agradecida a su soberana madre, tuve presente mi promesa y la revalidé de todas veras; la cual si hasta ahora aún no he cumplido no ha sido por falta de deseos, sino por sobra de impedimentos. Pero ya, ¡oh, hijos muy amados!, ya pienso atropellarlos todos y allanarlos por más robustos que parezcan. Ya no hay rémoras que me detengan, ni inconvenientes que se me opongan, ni obstáculos que me embaracen, ni temores que me acobarden. Sólo el maternal amor que os tengo, sólo el pensar que he de dejaros, aunque no más por algún tiempo, desmaya mis bríos y enflaquece mi ánimo. Pero, ¿queréis, dulces hijos míos, que sirvamos nosotros al escarmiento ajeno con nuestro castigo propio? ¿No ha de ser más poderoso el temor de perder mi alma, que el de apartarme de vuestra vista? ¿He de abandonar yo el ofrecimiento que hice, por no privarme del gozo que derrama por mi corazón vuestra dulce compañía? No, hijos míos, no; cúmplase mi promesa, ausénteme ya de vosotros un corto espacio de tiempo, para que no me aparte de Dios por una eternidad. No despreciemos sus avisos, no abandonemos sus providencias. ¿Acaso no lo fue grande el haber venido Felisinda a esta casa, por tan no imaginados rodeos? Ella me ha hecho recuerdo de lo que ofrecí, ella ha esforzado mi ánimo y me ha puesto en términos de satisfacer a la obligación en que voluntariamente me puse, por alcanzar la salud que no tenía. Ella ha venido esta mañana cargada de lágrimas y me ha suplicado encarecidamente no impidiese su partida, porque estaba resuelta a marchar este mismo día por esos caminos, a buscar a aquel por cuya ausencia vive en tanta languidez. Ella quiere irse sólo porque quiere, y yo he de partirme porque es mi obligación. Dice que no lleva otro destino que el que la fortuna quisiere darle, a cuya causa nos iremos de compañía, si es que la mía no le fastidia. Vámonos, pues, ¡oh, hermosa Felisinda!, vámonos, que si en lugar de las comodidades y regalos que aquí dejamos, hallásemos en los caminos calamidades, peligros y trabajos, encontraremos a lo menos nuestra felicidad: tú hallando, si quiere el cielo -que sí querrá- a quien ansiosamente buscas, y yo dando exacto cumplimiento a las obligaciones que libremente cargué sobre mis hombros.

A todo esto iba ya a responder Felisinda, pero se lo estorbó el ver que Constanza se arrojó toda deshecha en lágrimas a los pies de su madre, y que tomándola las manos y bañándolas con las aguas de su llanto, dijo:

-¿Para qué, oh madre, queréis con vuestra ausencia cortar el ñudo con que mi cuerpo y alma están atados? ¿Cómo es posible que yo viva un sólo momento ausente de vuestra vista? ¿Cómo en continuo martirio podré pasar mis días si os apartáis de mi lado? Estos hermosos jardines que antes servían de acrecentar mis placeres y aumentar mis gustos, no servirán de otro ahora que de atormentar mi corazón y martirizar mi alma. Las márgenes de esos arroyuelos donde a veces nos sentábamos solas a entretener el tiempo con cariñosas conversaciones, la verdura de esos prados que, a manera de alfombras, nos servían para reclinar nuestros cansados cuerpos, las sombras de esos árboles donde vos toda oficiosa peinabais y poníais en aliño mis cabellos, ¿de qué servirán sino de funestos recuerdos que despedacen mis entrañas? ¡Ay de mí! ¡Que ya me falta el aliento sólo de imaginar que vos me dejáis! ¿No podríais buscar, ¡oh, dulce madre mía!, algún medio con que ni olvidarais la promesa, ni parecerais ingrata al beneficio? ¡Ay, madre! ¿Conque dejarme es forzoso? No, no consentiré mi amor que vos os apartéis de mí ni un breve instante; con vos he de irme a pesar de las incomodidades y peligros que en tan largo camino me amenazan. Peregrina me han de ver los cielos, siguiendo los pasos de una madre que venero y acompañando los de una amiga que bien quiero.

Pasmóse doña Clara y se admiraron todos al oír la no esperada resolución de Constanza, e imaginaron que sería efecto del dolor que le tuvo a cuenta la dilatada ausencia que esperaba de su madre. Pero ella, apenas lo notó, continuó diciendo:

-No la fuerza del dolor ha desplegado mis labios, ni otra precipitada pasión ha movido mi lengua para que profiriera lo que habéis oído, sino el conocimiento de lo que puedo perder ausente de vos, ¡oh, madre mía!, me ha obligado a decir lo que he dicho y lo que repetiré una y mil veces sin que humanas fuerzas sean poderosas para que me arrepienta. Yo, que en el influjo de vuestras cristianas doctrinas y sabios consejos, tengo librado todo mi bien, tengo cifradas todas mis felicidades, ¿podré vivir lejos de vuestra sombra? No, madre mía, no: seguiros quiero. Todos los rigores y todas las fatigas que en tan largo viaje puedan imaginarse se me hacen sufribles y se me traslucen muy ligeras en vuestra compañía. Y si tiene determinado el cielo que en nuestra peregrinación muramos, muramos enhorabuena, ciérrenos una misma suerte los ojos y cubra un sepulcro mismo nuestras cenizas.

Dicho esto se abrazó con su madre y con lágrimas, suspiros y sollozos acabó de decir lo que no pudo con la lengua.

Hasta ahora poco sentimiento parece que ha hecho don Fernando, ni del viaje de su madre, ni del acompañamiento de su hermana, pocas lágrimas han salido a publicar el dolor que le ha cabido de tan prolija ausencia; pero yo creo que lo que ambas decían con la lengua él lo sollozaba en su corazón.

Reprimía cuanto le era posible las lágrimas que le acudían y sofocaba en su mismo pecho los suspiros, por no dar muestras de corazón molle y afeminado. Solamente dijo algo perturbado:

-Nunca, ¡oh, madre mía!, he tenido más voluntad que la vuestra, ni enjamás he deseado otra cosa que lo que el cielo ordenase. Y pues ahora ordena que vos me dejéis y que mi hermana Constanza os siga, ¿quién será capaz de contradecirlo? Él solo sabe cuán fiero es el dolor que me oprime el alma, pero tampoco ignora que ni aun con el pensamiento quiero oponerme a sus disposiciones. ¡Ah! ¿Qué días de tristeza, qué noches de horror, qué tiempo de luto será todo el que estuviere sin vuestra dulce compañía? Pero andad, madre mía, andad, cúmplase lo que está ordenado; sígaos mi hermana Constanza, acompañeos Felisinda, que si a vosotros os acometieren fatigas, peligros, sobresaltos y desastres, a mí no me dejará un sólo instante la melancolía. Yo pasaré mis miserables días lamentando en amargo llanto vuestra ausencia.

-No serán solos tres los peregrinos, -dijo Lenio a este punto- que yo también pienso aumentar el número, a lo menos hasta que satisfechas y cumplidas las promesas de mi ama, la vuelva a dejar tranquila y pacífica en esta su misma casa.

-¡Válgame Dios! -prosiguió Felisinda-. Parece que el cielo, lastimado ya de mi lástima, quiere enmendar mi hasta ahora contraria suerte; pues me ha deparado tal compañía para que con ella se me haga más suave la dureza del camino.

-Sí, que esto no parece sino disposición del cielo -añadió doña Clara-; porque a mí se me trasluce que una mera casualidad no podía ser hartamente capaz para juntarnos aquí por tan extraordinarios rodeos, ni para hacer que todos juntos comenzásemos una peregrinación que será felice sin duda, si el cielo nos favorece.

Así sea -respondieron todos repetidas veces.

Y con esto comenzaron a disponer aquellas cosas que les parecieron más precisas para tan larga peregrinación; la cual, con el parecer de todos, no se comenzó hasta de allí a dos días.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I

Salen de la quinta vestidos a lo peregrino y dan principio a su viaje

En ninguna cosa se hecha de ver mejor el amor de los padres hacia sus hijos, que en los infatigables desvelos que ponen en alicionarlos, enseñándoles el estrecho camino de la virtud para que le sigan y mostrándoles el es pacioso de los vicios para que le abandonen, poniéndoles a la vista el infelice paradero a donde llegan los que caminan por él a rienda suelta. Será monstruo en vez de padre cualquiera que no solicite imprimir las virtudes en los corazones de sus hijos, no menos con ejemplos que con palabras, porque todavía se introducen con menos dificultad por los ojos que por los oídos.

Sabía muy bien esta verdad doña Clara, y por lo mismo, sin embargo de haber empleado la mayor parte de su vida en la enseñanza de sus hijos, no quiso ahora dar principio a su peregrinación sin dejarles colmados de muchos saludables advertimientos y cristianos consejos, para vivir una vida feliz, aun entre los mayores vaivenes de la inconstante fortuna. Díjoles que no olvidaran enjamás lo ilustre de sus progenitores, pues este solo recuerdo les guiaría sus pasos y les obligaría a que fuesen nobles sus procedimientos; porque poco les aprovecharía haber nacido ilustres, si sus operaciones fuesen infames. Mostróles que la mayor gloria que puede caberle a cualquiera es imitar las virtudes de sus antepasados de quienes desciende, y que tanto será su gloria mayor cuanto es mayor bien la virtud que todos los demás que puedan imaginarse.

-La virtud -les dijo- es superior a todo el resto de los bienes; sin ella son nada las ilustres dignidades y los honrosos títulos, porque éstos son unos bienes externos sobre que tiene jurisdicción la voluble fortuna; pero la virtud ni sufre vejación alguna, ni consiente acomodarse a los caprichos de la suerte, ni está sujeta a la constante mutación de los tiempos. Ella sola hace amables a los hombres cuando viven y memorables después de muertos; si tal vez los que han corrido tras los vicios se nombran después de la muerte, sólo es con estilo de horror, para causarle a la posteridad más distante.

Éstas y otras muchísimas doctrinas que aquí se pasan en silencio dio esta prudente madre a sus hijos en tanto que llegó el tiempo de comenzar su viaje, para el cual se proveyeron de todo aquello que les pareció más preciso. Tomaron un bagaje y un criado para que le condujese, y les sirviese de compañía en tan prolija peregrinación.

Llegada la hora de partirse, abrazó Lenio a don Fernando, besó éste las manos a su madre, apretó entre sus brazos a su hermana, despidióse tiernamente de Felisinda; y rompiendo los aires los suspiros y sollozos que arrancaban de sus lastimados pechos, y diciendo todos repetidas veces adiós, adiós, comenzaron animosamente su viaje.

Cosa de media legua habrían caminado y aún no había desplegado ninguno sus labios para hablar palabra. Parece que al paso que caminaban se les iba entrando la tristeza a tomar posesión de sus corazones. Todos iban desfallecidos y transpor tados en un profundo y respetuoso silencio; sólo se percibía tal vez algún dilatado suspiro que enviaba al aire Felisinda. Lo cual advirtiéndolo Constanza se le puso luego a su lado, y aprovechándose de su natural gracejo y marcial desembarazo, le dijo por divertirla:

-Repara, hermosa Felisinda, en la vistosa variedad de montes que nos rodean. ¡Qué divertido horizonte forma su desigualdad! Unos, ¡qué soberbios se ostentan! ¡Qué altivos! Parece que mal satisfechos de su esfera quieran ponerse sobre la de las estrellas. Mira aquellos otros qué humildes se manifiestan: apenas se atreven a asomar la cabeza sobre la tierra, turbados quizá y embarazados en el respeto que se les debe a aquellos soberbios. Pero sin embargo, ¡qué contentos se hallan en su corta fortuna! Mira por entre aquel espacio que dejan desembarazado, cómo se divisa el mar. Repáralo ahora: ¡qué claro, qué apacible se descubre! Parece que ninguna ola se atreva a levantar más que la otra. Todas guardan uniformidad en su movimiento y llegan una tras de otra a besar blandamente la mojada playa. ¡Oh, amiga Felisinda, -proseguía Constanza- si le vieras cuando locamente

se ensoberbece! Entonces sí que tendrías más que admirar. Verías entonces cómo brama furiosamente, cómo encrespa sus olas, cómo se empeña en demoler los peñascos más soberbios que se le oponen; pero ellos, inalterables siempre, desprecian y se burlan de su loca y obstinada porfía.

-¡Válgame Dios, hermosa Constanza! -dijo entonces Felisinda-. Parece que el cielo haya cifrado en ti aquellas prendas que rara vez junta en un mismo sujeto. Tan discreta eres como si no fueras hermosa. Pero sepas, amiga, que a pesar de tus agudezas entendí a dónde ibas a parar con tus discursos, no bien empezaste a hablar.

-Mayor prueba de discreción y viveza de ingenio es esa; pues una ligera insinuación replicó Constanza- ha sido bastante para que adivinaras lo que aún estaba por decir.

-No, sino que yo -prosiguió Felisinda- luego me recelé la aplicación que vendrías a hacer de lo que ibas diciendo. ¿Querrás tú que yo me sea como esos humildes montes que se hallan contentos con la corta suerte que les ha cabido? O ¿querrás que sea como esos peñascos firmes que se mantienen inmóviles y no se cuidan de los asaltos con que quieren derruirlos las enfurecidas olas?

-Ahí te quería yo, amiga Felisinda, -replicó Constanza-, y por lo mismo que has dado en el blanco de mis discursos, sufre ahora que te diga el agravio que haces a ti propia, no valiéndote de esa discreción con que te enriqueció el cielo, para que, contemplando la voltería condición de la fortuna, no hicieses mérito de sus combates.

-Aguda estás, hija mía, -dijo a esta sazón doña Clara-; parece que te hace poca novedad la molestia del camino.

-¿Qué novedad me ha de hacer, ¡oh, madre!, si la dulce y agradable compañía que llevo es capaz de suavizar todos los trabajos que puedan sobrevenirme. Y ¿cómo puedo no estar aguda, cuando me veo precisada a divertirla imaginación triste de mi dulce amiga Felisinda?

Estas últimas razones que dijo Constanza a su madre hicieron asomar la risa a los labios de Felisinda. Con lo cual continuaron su viaje ya más alegres y más contentos, hasta que un agradable pradecillo que advirtieron a la mano izquierda del camino les obligó a que tendiesen sobre él los cansados cuerpos y pasasen lo riguroso de la siesta, después que hubiesen satisfecho su hambre con lo que Mingo -éste era el nombre del criado que les acompañaba- llevaba en el repuesto, y apagado la sed con el agua de un arroyo que corría por allí cerca.

Aún se veían esparcidas acá y allá sobre la yerba que les sirvió de mesa algunas reliquias de su sabrosa comida, cuando oyeron a sus espaldas una voz ronca que, aunque pusieron atento el oído para escucharla, nunca pudieron percibir claramente lo que decía.

Volvieron al momento los ojos y vieron lo que se dirá en el capítulo que se sigue.

CAPITULO II

Donde se cuenta lo que les paso con un pobre mendigo

Apenas volvieron la vista hacia donde se percibía la voz, vieron que por una estrecha senda que se descubría entre unos árboles, venía hacia ellos un hombre murmurando entre dientes, cubierta la cabeza con un gorro encarnado, pero ya muy descolorido, crecida la barba hasta el pecho, arropado todo hasta las rodillas con un ropón pardo, la una pierna vestida y la otra desnuda, pero los pies ambos descalzos. Llegóse a nuestros peregrinos con torcidos pasos, embarazándose las piernas una con otra y vacilando las rodillas; y sin hablar palabra se dejó caer de golpe junto a ellos.

Preguntóle Lenio qué pedía, pero él, sin volverle respuesta alguna, se puso a cantar tan sin concierto y tan desatinadamente que ninguno pudo contener la risa viendo los disparates que iba enlazando. Y al momento le marcaron o por falta de juicio, o por sobrado borracho, aunque más se inclinaron a lo último, por haberle visto hacer tanta cabriola cuando caminaba y porque notaron que de la cintura le colgaba una desmesurada calabaza.

Tornóle a preguntar Lenio si alguna enfermedad le molestaba; a lo cual respondió:

-Sí; ha muchos años que padezco una, pero tan incurable que yo mismo me he desahuciado ya. Y aunque muchos me han aconsejado algunos remedios, nunca he querido probarlos, porque me hallo mucho mejor cuando enfermo que cuando sano.

-Pues, ¿qué enfermedad tan buena es esa que Vm. padece? -replicó Lenio.

-¡Válgame el diablo! -respondió el otro- ¡Y qué espulgador es Vm.! ¿Hay por ventura sanidad que iguale, pero qué digo iguale, ni aun le llegue a la suela del zapato de la enfermedad que nos embiste, cuando envasamos las tripas de buen vino? Entonces se derrama y esparce por todos nuestros miembros, y se extiende y discurre por todos los sentidos de nuestro cuerpo un vapor suave, dulce, agradable, confortativo, que nos deja hechos troncos sin sentimiento alguno; ni nos aflige la hambre, ni nos fatiga la sed, ni nos molesta el cansancio. Todo es paz, todo quietud, todo júbilo y todo gloria. Y ¿qué diré de cuando halagan a nuestra fantasía deliciosas imaginaciones? Ya nos hallamos en algún costoso y abundante banquete donde hartamos nuestra hambre y satisfacemos nuestra sed, ya nos miramos puestos en medio de suntuosos palacios, obedecidos de los nobles, servidos de los grandes y respetados de todos; ya nos vemos con un bastón en las manos comandando numerosos ejércitos, derrotando enemigos y destrozando contrarios, ya nos encontramos en la mitad de unos deliciosos prados y en medio de primorosos jardines ceñidos de una caterva de damas solícitas y atentas a nuestro servicio; ya nos vemos gozando lo que me callo y disfrutando lo que no quiero decir.

-Bien, pase todo eso, -replicó Lenio-; pero, ¿Vm. no sabe, buen hombre, que los que voluntariamente se arrostran a probar los perniciosos efectos que causa el vino están de continuo en pecado mortal y que, si en aquel tiempo les asaltara la muerte, se los llevarían los diablos como cosa suya?

-¡Qué poco se le entiende a Vm. de eso! -respondió el mendigo- Sepa Vm., señor mío, que más próximos a condenarnos estamos cuando nos vemos libres de la borrachera, que cuando la tenemos auestas. Llega una noche de las dilatadas y perezosas del invierno sin que hayamos podido en todo el día probar el vino, y cate Vm. ahí que por nuestras lenguas y por nuestras bocas andan todos los demonios y todos los diablos que hay en el infierno y fuera de él. Ni hay blasfemia que no digamos, ni disparate que no profiramos, ni obscenas y escandalosas palabras que no saquemos a plaza. Maldecimos a cuanto hay que maldecir así en la tierra como en el cielo, sin ser capaces de remediarlo, porque la mucha hambre que nos fatiga y los infinitos animalejos inmundos de que está empedrado todo nuestro cuerpo no nos dejan dormir y nos fuerzan a blasfemar, a maldecir, a jurar y a cometer tantos pecados, cuantos minutos de tiempo pasamos de aquella suerte. Y sucediendo esto al pie de la letra como tengo dicho, ¿quién dirá que no es más justa elección la de pasar toda la noche de un voleo con solo un pecado, que caminarla a perezoso paso de tortuga, sembrando infinitos en nuestras almas?

-Yo lo diré, y todo el mundo lo confirmará, -respondió Lenio ya montado en cólera-. En los males que llamamos físicos tiene cabida esa elección que Vm. dice, pero en los morales de ninguna manera. Me explicaré más. Si a Vm. por precisión y sin remedio le han de cortar o todo el brazo, o la mano sola, puede elegir el mal menor; esto es, puede dejarse cortar la mano a truco de que le dejen entero el brazo; pero si le fuerzan a que haga un pecado mortal, o un venial, no le es lícito elegir ninguno de los dos, porque la elección misma ya es pecado; el cual no puede cometerse por alcanzar todos los bienes que encierra el mundo, ni aun, si posible fuera, por trasladar al cielo las almas de todos los que miserablemente yacen en los infiernos.

-Yo no sé de cirugías, ni de filosofías, ni de nada de lo que Vm. ha dicho, -replicó el mendigo-. Yo me hallo bien en este modo de vida y así pienso mudarlo como ahora es de noche. Vean si me dan algo de limosna, que me voy corriendo.

Iba Constanza a darle unos cuartos, pero su madre se lo estorbó diciendo:

-No, hija, no. No quieras cooperar también a los pecados de este infeliz. Las limosnas se han de dar a los verdaderos pobres, a los desvalidos, a los enfermos, a los que no pueden ganarse el sustento; pero a los perezosos, a los vagamundos, a los holgazanes, a los viciosos, a los baldíos, a los que se dan al libertinaje y a una vida estragada, ni por pensamiento.

Impaciente se levantó el mendigo oyendo estas discretas y cristianas razones y echando mil maldiciones a cuantos allí había, se marchó aún no bien desembarazado de los humos de Baco que le habían penetrado hasta el alma.

CAPITULO III

*Prosiguen su camino, extravíanse de él y van a parar a una cueva donde les acoge
gratamente un ermitaño que la habitaba*

Con esto recogió Mingo su repostería, acomodóla en el bagaje y tomaron otra vez el camino, teniendo en él sobrada materia de que hablar con el suceso del borracho.

Iban caminando sin alterar el paso que llevaron por la mañana, entreteniéndose la vista en los muchos y diferentes objetos que se les ofrecían, cuya diversión les iba entrando, sin que lo echasen en reparo, por una frondosa selva adelante, de suerte que cuando se acordaron, ya se vieron descaminados, sin que cerca, ni lejos descubriesen senda alguna.

Congojáronse todos viéndose perdidos, y que ni tenían a quien preguntar, ni faltaba ya mucho para entrarse la noche. Tomó Lenio el cabestro del bagaje, atóle a un árbol, sentáronse todos menos Mingo, que se marchó al través de aquella selva, a ver si encontraría alguna choza de pastores, o algún otro refugio donde albergarse aquella noche.

Entróse ésta de todo punto sin haber encontrado cosa alguna que les sirviese de consuelo, y cuando se volvía ya desesperado a incorporarse en su comitiva, alzó acaso los ojos hacia la cumbre de una alta peña y vio en la vertiente de ella una lumbré que no poco le alegró el alma. Avisó a los demás que ya estaban confusos y alborotados de su tardanza y, mirando atentamente al resplandor de la lumbré, empezaron a caminar por entre aquellas malezas con harto trabajo, hasta llegar a la mitad de una altísima peña que se descollaba entre otras muchas.

Vieron allí una cueva, enfrente cuya puerta había una no muy crecida hoguera que se formaba de cuatro secas y encendidas ramas.

Dio voces Mingo, gritó Lenio, vocearon todos, y viendo que nadie parecía determinaron entrarse en la cueva para escudriñarla, como en efecto lo hicieron, tomando Lenio un palo encendido con que poder hacer el escrutinio.

No encontraron en ella a persona alguna aunque la desentrañaron toda, sólo sí en un pequeño apartamiento vieron pintadas en la pared, menos desigual de lo que prometía el terreno, muchas calaveras y otros tristes despojos de la muerte, y alrededor de ellos unos versos que, leyéndolos Lenio, vio que decían:

Nace el hombre, y apenas ha nacido,
cuando empieza su llanto, con él crece
hasta ser racional, y allí fenece
la propensión al llanto y al gemido.

Contéplase a sí mismo, y persuadido
de ser para él el mundo, lo apetece,

y al tiempo que le halla, desvanece
con su muerte la vida y lo adquirido.

Convéncenos de esto la experiencia
con continuos ejemplos, y obcecados
con nuestro propio amor y la influencia

del mundo y vanidades, olvidados
vivimos de la muerte, cuya esencia
consiste en sorprendernos descuidados.

-Esto, -dijo Constanza-, es señal de que debe de habitar por aquí alguno que desengañado
ya del mundo se habrá retirado a hacer penitencia.

-Así debe de ser, -respondió Lenio-, y sin duda estará ahora por entre esos árboles
haciendo algunos devotos ejercicios.

Estas razones iban diciendo al paso que salían de la cueva, cuando vieron que venía hacia
ellos uno vestido de ermitaño, cuya figura era un horroroso espectáculo de penitencia.
Tenía los cabellos enmarañados y sucios, que no le pasaban de los hombros, el rostro
tostado y denegrido, los ojos apenas se le descubrían, porque parece que los tenía
clavados en el cerebro, el cuello seco y estirado, lo restante del cuerpo lo cubría un hábito
que casi le besaba los pies que llevaba desnudos. Ceñíale un grueso cordón de cáñamo,
ocupábale la mano derecha un nudoso y retorcido palo sobre que apoyaba su agobiado
cuerpo, y la izquierda un rosario de cuentas más que medianas. En resolución, no
respiraba más que penitencia.

Apenas llegó a donde estaba nuestra peregrina escuadra, viendo que todos quedaron
admirados de su improvisa muestra, les dijo:

-A no pensar que la oscuridad de la noche y la necesidad os habían conducido a este
solitario paraje, ni vosotros me vierais aquí ahora, ni yo tendría necesidad de dejarme ver.
La caridad me ha hecho venir a ofreceros mi estancia, que aunque pobre y desagradable,
no lo es la voluntad con que os la ofrezco.

-Quieran los cielos -respondió Lenio- recompensaros como deseo los ofrecimientos que
tan liberalmente nos hacéis. Si como vengo acompañado, viniera solo, nada se me daría
de quedarme al cielo descubierto en este mismo sitio, pero la edad tierna de estas dos
señoras, y la avanzada de esta otra, nos fuerzan a que aceptemos vuestras ofertas.

Levantóse luego el ermitaño, siguiéronle los demás, llevóles a otra cueva más espaciosa
que la que habían visto, encendieron un candil que allí había, y, sentándose todos en el
suelo a la redonda, mandó doña Clara a Mingo que sacase algo de lo que había en el

repuesto, que sería sin duda más agradable al paladar que un puñado de bellotas entre dulces y amargas que sacó el ermitaño; al cual, después de haberse concluido la pobre cena, le rogaron encarecidamente les dijese los motivos que le obligaron a escoger una vida tan solitaria, tan estrecha y tan penitente como la que mostraba hacer. A lo que, después de haber estado largo rato suspenso y como enajenado, respondió de esta manera:

CAPITULO IV

Donde el ermitaño dice la ocasión que tuvo para serlo

-Harto siento el haber llegado a términos de descubrirlos lo que sería mejor que estuviese encerrado en mi pecho bajo la llave del silencio; pero ya que no puedo dejar de rendirme a vuestras súplicas sin pisar las rayas de la descortesía, estadme atentos, que en la mejor forma que me sea posible dejaré satisfechos vuestros deseos.

Justamente cuento hoy de mi edad treinta y dos años, que no se vieran tan trabajados si no hubiera empleado los de mi mocedad entre las engañadoras dulzuras de una vida molle y regalada. Nací en una ciudad que no es del caso el decirlo. Criéme sin conocer a mi padre, porque antes que yo tuviera tiempo para conocerlo pasó de esta vida mortal a la eterna, quedando sola mi madre, sin más cuidado que el de observar las estrechas leyes de la viudedad y cumplir en mí los deberes de verdadera madre. Mas, ¡ay!, ¡que ni observó aquéllas, ni cumplió éstas! Hallábase todavía muy en los términos de la juventud, tenía por melindres y hazañerías todo lo que justamente pide el estado de la viudez, y, ofuscada con este error, ni abandonó las galas, ni despreció el lujo, ni dejó las vanidades. En todos los festines se hallaba; no hacía falta a los espectáculos, ni era la última en todas las concurrencias públicas; de donde, cuidadora solamente en estas vanidades y en los amantes que la solicitaban, vivía descuidada de todo lo que debía ser único empleo de su cuidado. Pero, ¿para qué entretenerme yo ahora en descubrir faltas ajenas? ¿Para qué hacerlos muestra de los deslices de la madre, teniendo sobrada materia en los de esta desdichada hija

En acabando de pronunciar esta última palabra hizo una breve pausa, por observar si alguna la habría echado en reparo; y pareciéndole que no, tornó a proseguir su historia, diciendo:

-No sé cómo me lo he dicho; quizá lo habrá permitido el cielo para que se vea cuánto daño causan en los hijos los siniestros ejemplos de las madres, y para que sepáis por cuán poca culpa mía vine a caer en lo que nunca imaginara. A pesar, pues, de lo que veía en mi vana madre, me portaba en todo con tanto recato y vivía tan al contrario de como ella, que nunca quise llevar aquella profanidad de galas con que triunfaba su vanidad, ni enjamás consentí vestirme con aquel provocativo modo de que se alimenta la deshonestidad, sin que para ello me faltasen pretextos de que apelar. ¡Cuántas veces me fingí enferma por hurtarme al gusto de mi madre! Por no seguirla, por no acompañarla de

una en otra asamblea, de una tertulia en otra, teatro donde la deshonestidad alcanza innumerables trofeos, ¡cuántas veces fingí achaques que no tenía! Pero mal satisfecha mi madre de mis excusas, y teniendo por embustes mis enfermedades, y viendo que todo lo hacía por no vivir según las malditas leyes del mundo, me encerró un día en una sala sola para sacar en limpio y ver si eran verdad sus sospechas. En resolución halló ser verdad lo que imaginaba, pues yo me vi forzada a confesarlo por no atropellar por más mentiras, si acaso sufren llamarse así las bien trazadas excusas que se dan por evitar funestos peligros. Cogióme entonces por los cabellos, arrastróme por el suelo, abofeteóme el rostro y me lastimó todo el cuerpo, mandándome por remate y fin de tanta tormenta que me previniese y aderezase para la tarde, que la había de acompañar en un baile que se hacía en casa de una amiga suya.

-Conque, según lo que hasta ahora habéis dicho, -dijo doña Clara interrumpiendo al ermitaño-, ¿vos no sois lo que parecéis, ni lo que nosotros pensábamos? Si sois mujer, ¿por qué nos lo ocultáis? O ¿por qué no cuidáis mejor de ocultarlo?

-¡Ay, señora! -respondió- ¡Y cuán mal he procurado encubrir lo que no quería que supierais! ¡Cuán poco advertida he andado en disimular lo que no servirá sino de dar al traste con toda mi reputación! ¡Cuán sin prudencia solemos hablar las de mi sexo! Pero pues ya no hay remedio de enmendar mi descuido, sabed que soy mujer, y tan peregrina en culpas como en el nombre, que ese mismo me dieron en el bautismo.

-Proseguid, pues, ¡oh, Peregrina!, vuestro razonamiento, -replicó doña Clara-, sin que temor alguno turbe vuestra lengua para que no deje de contarnos todas vuestras sinventuras, que os servirá de alivio a lo menos el ver que nosotros nos lastimamos de ellas.

-Yo entonces, pues, pobrecita, -prosiguió Peregrina-, sin acción ni movimiento para cosa alguna, me quedé sola en el mismo sitio donde se había ejecutado mi tan injusto como riguroso castigo, y donde comenzó a fabricarse mi perdición. Quedéme sola, como dije, y pasé conmigo estas razones: ¿Qué es esto, Dios mío? Mi madre en vez de derramar en mi alma un mortal odio al pecado, en vez de imprimir en mi corazón el amor al retiro, a la devoción, ¡me riñe, me castiga, me fuerza a concurrir a los bailes, al paseo, a las asambleas! ¡Mi propia madre! Sí, que no será tan grave pecado cuando ella lo practica y la imitan infinitos; sí, que bien se podrán avenir el baile con la devoción, el paseo con el recogimiento y las visitas con el retiro; sí, que ¿quién me impide que cuando vuelva de las tertulias, del paseo y del baile, me retire en mi estancia, en entregue toda a Dios y haga ejercicios de virtud? ¡Ay, desdichada de mí! Dejéme llevar de la corriente de estas razones dictadas sin duda por alguna infernal furia; y al momento comencé a prevenir las redes en que yo misma quedé prendida.

Llegó la hora del baile, y al instante trencé con agraciado desaliño mi cabello, empedréle de preciosísimas piedras, aderecé mis orejas, garganta y brazos con sartas de riquísimas joyas, lavé mi rostro con aguas olorosas y me presenté en el baile vestida al gusto de mi madre. Desnuda diría mejor, porque casi llevaba descubiertas las piernas, desnudos los brazos y prostituidos mis pechos al gusto de los ajenos ojos lascivamente curiosos. Entré

en la sala acompañada de mi descuidada madre, causando envidia a las demás damas concurrentes y sacando de sus quicios los corazones de los jóvenes que acudieron; porque en verdad era yo la que estaba más celebrada de hermosa. Comenzóse el baile en que con mayor desembarazo di muestra de la gallardía y gentileza de mi cuerpo; y al par de los movimientos que hacía se iba moviendo los ánimos de los incautos jóvenes que se cegaron a la luz de mis ojos, como ellos mismos lo acreditaron viniendo tras de mí a todas horas, sin dejarme un instante ni en casa, ni en la calle, ni el paseo. Hasta en la misma iglesia, ¿qué horror?, hubo quien se atrevió a galantearme. De todo esto se daba mi madre por muy contenta y se tenía por la más venturosa mujer del mundo; y yo, embelesada ya en las dulces voces de la lisonja, viéndome tan celebrada de todos y tan solicitada de tantos, me fui resfriando en mis buenos propósitos y me dejé llevar del aire de los aplausos, que me remontaron para precipitarme, cual otro Ícaro, en el mar de mi deshonra. ¡Oh, perversa madre! ¡Oh, madre cruel! Tú fuiste la que con tus malvados documentos y peores ejemplos me diste a beber como en dorada copa el mortífero veneno de mi ruina. Tú misma menos cuidadosa, o del todo olvidada de mi educación, soltaste las riendas a mis vanidades, para que tropezase y cayese en impurezas. Tú, tú misma hiciste que con las ricas prendas que me franqueó el cielo comerciase en culpas, que no me granjearon otras ganancias que la perdición de mi alma. Mas ya sabéis, ¡oh, mi Dios!, que casi no estuvo en mi mano el apartarme de los precipicios en que me despeñé. ¿Podía yo por ventura ser como el Alfeo que pasa por entre la mitad de las amargas aguas sin perder su dulzura propia? ¿Podía ser acaso como el sol que entra y sale por los asquerosos e inmundos sitios sin que se le pegue nada?

Aquí llegaba de su historia la dolorosa ermitaña, cuando oyeron que el bagaje, que se había quedado a la parte de afuera de la cueva, atado al tronco de una encina, se resentía y daba manotadas en tierra, como haciendo fuerza para desatarse. Pero viendo que no era más de que se había enredado el cabestro por entre las piernas, como dijo Mingo que había acudido presuroso a socorrerle, se desembarazaron todos del sobresalto en que estaban, y la ermitaña prosiguió su historia diciendo:

CAPITULO V

Continúa Peregrina sus trágicos sucesos

-Comenzó a venir a mi casa entre otros muchos un caballero que ni en la belleza de su rostro, ni en la gallardía de su cuerpo, ni en todas las demás partes de que estaba dotado, podría registrarse cosa que no fuese perfecta. El cual, habiendo granjeado primero el amor de mi madre, precaución maldita de que se valen estos que llaman amantes para asestar más a su gusto sus tiros, hizo oposiciones para lograr el mío. Pero yo, aunque poco experimentada, ni me inclinaba a sus sumisiones, ni me rendía a sus promesas, ni me ablandaba a sus dádivas; antes con acedas palabras y desdeñosas respuestas, desbarataba sus trazas y dejaba sin fuerzas sus embelecocos. No fueron bastantes tantos desdenes para que abandonase su empresa; antes le servían de incentivo y despertador para que doblase sus municiones, las cuales, batiendo de continuo en tan frágil sexo y en

edad tan poco cauta como la mía, me rindieron del todo, sin que yo fuese poderosa para resistirme. Aumentáronse entonces las visitas, fueron más frecuentes las conversaciones, subieron de punto los amorosos coloquios y comenzóse a marchitar la flor de mi virginidad. ¡Ay de mí! A pocos días sucedió con ella lo que con la flor segada del jardín, que con tanto manosearla viene a perder aquella hermosura y entereza que la hacían estimable. Perdióse la mía, deshízose entre sus brazos, en los cuales me enredé no una sino muchas veces, dándonos ocasión para ello un accidente que tenía enferma la salud de mi madre.

Envuelta yo entre tantas vanidades y prostituida al sucio amor de aquel mancebo, no me faltaban algunos intervalos en que experimentase los ceños de la melancolía que amargaban tal vez todos mis gustos. Pero yo, transportada toda en los aplausos y embelesada en las voces que me adulaban el oído, no le tenía harto despejado para atender a las del desengaño. Iba yo en seguimiento de los deleites que mostrándome alegre el semblante me preparaban el camino para que fuese tras ellos más a rienda suelta. Pero, ¡ay de mí triste!, que cuando más engolfada en ellos, vi a mis espaldas al disgusto que me iba a los alcances alargando la mano para sorprenderme; como en efecto lo hizo, permitiéndolo aquel Dios Supremo cuya misericordia no la cierra límites, para que viese yo el paradero de los mundanos gustos.

Continuaba la enfermedad de mi madre, a cuya causa, y a la de ver que mi amante no venía a satisfacer mis gustos, como lo tenía de costumbre, hice que me acompañase una criada, y aderezándome como solía, me fui para su casa toda impaciente a reprehenderle amorosamente su tardanza, que lo podía hacer sin que inconveniente alguno me lo estorbase, porque él vivía en una casa solo, sin más compañía que la de una anciana que le cuidaba. Llegué a ella, y haciendo que mi criada se entretuviera en lo que le viniese más a cuento, me entré en derechura en la estancia donde más de continuo habitaba mi amigo. Llaméle por su mismo nombre con amante desenfado, y, sin dar tiempo a que me respondiese, tiré las cortinas de la alcoba y vi que todavía estaba durmiendo. Echéme sobre él con no muy honesta desenvoltura, abracéle amorosamente, heríle blandamente el rostro con mis manos, pegué mis labios con los suyos, y percibí un sudor y una frialdad extraordinaria. Sobresaltéme toda y ya el corazón no me cabía en el pecho. Llamé a mi criada y le mandé que me trajese una luz, porque ya declinaba el día y estaba algo oscuro el aposento. Trájome una vela encendida, toméla en la mano, acerquéme al lecho, y vi... ¡Ay de mí triste! ¡Que no puedo acordarme de este espantoso lance sin que me estremezca toda! No es posible renovar de memorias tan funestas, sin que un tímido horror haga erizar los cabellos sobre mi cabeza y ye la sangre que corre por mis venas. Vi a mi amante, pero no como yo le tenía retratado en mi alma. Vile, pero ya hundidos los ojos, afilada la nariz, medio abierta la boca, pálido el rostro, y trocada su hermosura con la fealdad más horrible que pueda imaginarse. Quedéme entonces sin movimiento, cayóseme la vela de las manos, faltáronme lágrimas a los ojos, aliento a la voz, aire a los suspiros, y casi me faltó también la tierra para reclinarme cuando caí impelida de un recio desmayo que me duró muchas horas, en cuyo tiempo, aunque sin uso los sentidos, no dejaban de atormentarme la imaginación funestas representaciones. Ya parecía ver en mi presencia a mi amante ceñido de voraces llamas que forcejeaban por cebarse en mí misma; ya le veía con ademanes de arrebatarme entre sus brazos y precipitarme en el

mismo fuego que le atormentaba. Por otra parte, herían mis oídos lastimosos ayes de la amiga que lloraba, de la parienta que gemía, de la criada que se lamentaba, y de todos que se dolían de la muerte de mi madre, tanto más lamentable cuanto más arrebatada.

Atormentada mi fantasía con tan funestas imaginaciones, llegó el tiempo de tornar en mi acuerdo. Mas, ¡ay de mí!, ¡que no fue todo ilusión lo que me había acontecido! Apenas tuve ojos para mirar y apenas pude valerme de todos mis sentidos, observé que en mi propia casa, a don de me habían transportado en el tiempo de mi desmayo, no se oía más que un confuso rumor y algunos tristes ayes envueltos entre débiles gemidos. Pensé que serían efecto de la improvisa muerte de mi galán, o del accidente que por su causa me había sorprendido; pero mi corazón, no hallando sosiego en el pecho, ni satisfaciéndose con tamaño pensamiento, se adelantó a presagiar sucesos más funestos. Imaginé luego que alguna otra causa debía de tenerles en tan amarga suspensión. Preguntélo a los que aún me tenían entre sus brazos, respondiéronme con palabras equívocas y frívolos rodeos, a cuya causa, sin saber lo que me hacía, y acordándome de lo que me había acontecido en el desmayo, dije: -No, no. Funestas nuevas ocurren. Mi madre es muerta. Mi corazón me lo asegura. Él es fiel. Soltadme, que quiero ver con mis ojos lo que imagino.

A pesar de los que me detenían, pude llegar a la estancia de mi madre y vi ser verdad lo que imaginaba. ¡Ay cielos! Vi sin vida a la misma que me la había dado; vi muerta y tendida de largo a largo a mi misma madre, cubierta ya con una triste mortaja; cuya vista quitó la de mis ojos y me dejó como si fuera forjada de dura piedra, sin tener aliento siquiera para quejarme. Mas a breve espacio torné del embeleso en que estaba transportada, y doblegándose mi paciencia con el peso de tantos desastres, rompió mi voz los aires con desconcertados alaridos, arañé mi rostro, arranqué mis cabellos, rasgué mis vestidos y partí en menudas piezas todas las joyas que me adornaban. Fue mi sentimiento tal cual no os podré ponderar, y lo que le subía más de punto era el saber que había sido la muerte de mi madre tan arrebatada como la de mi galán, sin tener lugar de prevenirse con los santos sacramentos que la Iglesia destinó para hacer menos sensibles nuestras ansias en el último y peligroso trance de nuestra vida. Esta consideración atormentaba mi alma tan cruelmente que por puntos parece que iban llegando el de mi muerte. Y conociendo yo que todo eran avisos del cielo para que escarmentase a costa ajena, determiné corregir mis pasos hasta entonces descarriados. E impeliéndome una secreta fuerza que yo no acertaba a conocer, me vine a este mismo sitio en que ahora estamos, sin tomar consejo, ni dar cuenta a nadie. Pues en la noche de aquel mismo día en que sucedió lo que os he contado, cuando estaban todos los parientes y otros muchos que no lo eran en la guarda del cuerpo de mi difunta madre, me salí de la estancia con no sé qué pretexto. Y sin trocar los vestidos que llevaba, ni hacer prevención alguna, me puse en la calle, y de la calle en este desierto, en el cual lo que me ha sucedido en doce años que le habito os lo referiré mañana, si el cielo lo permite, porque ahora ni yo tengo aliento para contároslo, ni vosotros tendréis paciencia de escucharlo, pues os debe ya molestar el sueño no menos que mi prolijo razonamiento.

-Toda la noche, -respondió Felisinda-, estaría yo sin dar entrada al sueño, por más que me molestase, a trueco de oír la gracia con que contáis vuestras desgracias, puesto que éstas me afligen tanto cuanto pide la caridad cristiana.

-Así es la verdad, -prosiguió doña Clara-; y no sé yo qué abulte más, si las desgracias que nos cuenta, o la gracia con que nos las cuenta.

Con cuyos encarecidos elogios, y otros muchos que los demás hicieron alternativamente, se retiraron a satisfacer el sueño que a toda priesa se les iba entrando por sus fatigados miembros.

Doña Clara, Constanza y Felisinda se entraron en un apartamento en donde les había compuesto ya la ermitaña una cama de mullida verdura. Ésta no se sabe a dónde se fue a dormir, porque luego que los dejó a todos acomodados se salió de la cueva sin que nadie lo echase de ver.

Y Mingo, de las mantas y demás ropa de su bagaje hizo cama para sí y para Lenio.

CAPITULO VI

Concluye peregrina su historia

Apenas comenzó el sol a esparcir sobre la tierra sus dorados rayos, cuando abriendo los ojos Mingo se esperezó muy gustoso estirando los brazos por una y otra parte. Dejó el lecho, visitó a su bagaje y despertó a todos dándoles priesa para que se levantasen.

Ya que lo hubieron hecho, volvieron a juntarse como la noche antes para acabar de oír la historia de Peregrina, la cual, hechos los corteses cumplimientos que se acostumbra en tales ocasiones, anudó el hilo de su razonamiento en esta forma:

-Llegué a la falda de esta montaña, corríla toda en tres días, busqué si habría alguna cueva para elegirla por mi perpetua habitación, y desesperada ya de encontrarla me senté a la sombra de un alcornoque, embarazada el alma entre mil confusas cavilaciones. Al cabo de largo rato que allí estaba, sentí un pequeño ruido a mis espaldas; volví el rostro y vi venir a un venerable anciano, cuyos cabellos, aunque muy pocos, y cuya barba, que le llegaba hasta el pecho, parecían de blanca nieve. Venía vestido del mismo modo que yo lo estoy ahora, y antes que yo le preguntase cosa alguna, me dijo con voz grave aunque algo trémula:

-Cuarenta y cinco años que habito estas soledades sin que humanos ojos me hayan descubierto, porque los que me han visto antes deben llamarse de ángeles que de hombres. Pero en este día, por querer del cielo sin duda alguna, ha sido preciso dejarme ver de ti, aunque mujer flaca, débil y desdichada, para darte algunos avisos con que puedas más buenamente vivir esa rigurosa vida que vas a emprender. Y advierte que la ira de Dios descargará sobre ti todo su furor, si llegas a arrepentirte de tu resolución que a todo el cielo ha sido grata.

Asombrada estaba yo de oír lo que aquel venerable viejo me decía, pareciéndome que no sabría menos que yo la vida que había llevado hasta entonces. Y al momento, por imaginar que más era del cielo que de la tierra, me arrojé a sus pies toda sollozando y sin desplegar los labios. Sólo las lágrimas que derramaban mis ojos eran la lengua que decía el dolor que ocupaba mi corazón. Pero el santo viejo, sin permitir jamás que yo tocara la fimbria de su vestido, me dijo: -Levanta, no te acerques a mí, que aún sostengo la carga de esta carne flaca. Ven en mi seguimiento poniendo toda tu confianza en Dios, que yo te llevaré a mi habitación, en donde verás lo que te conviene para tu felicidad.

Movió al punto sus pies tardamente, porque su decrepidez y sus fuerzas consumidas al rigor de la penitencia, no sufrían que caminase más a priesa. Seguíle yo al mismo paso, y después de haber andado cosa de media legua, llegamos a una cueva cuya lobreguez me causó horror y llegó a perturbarme. Entramos en ella, y porque yo no pusiese el pie en algún hoyo y diese conmigo en tierra, alargó el cayado con que sostenía sus descarnados y fatigados miembros, y me dijo que le asiese por el cabo inferior y que le siguiese: tanto era el temor que aquel animado cadáver tenía de que yo encendiese en sus carcomidos huesos alguna llama de amor lascivo. Obra de cuarenta pasos habríamos caminado, cuando divisé a lo lejos una confusa luz que sólo nos daba lugar entonces de ver la oscuridad que nos rodeaba. Y prosiguiendo más adelante, llegamos a un aposento harto espacioso y no muy oscuro, porque una claraboya que la misma naturaleza había forjado daba bastante lugar para que la claridad del sol entrase a visitarle. Postróse en tierra el ermitaño y mandó que hiciese yo lo mismo. Obedecíle al momento, aunque no sabía a quien se encaminaba tan profunda rendición, porque no se veían más que algunos estampones viejos que estaban clavados en aquellas desiguales paredes. Mas a breve espacio que estábamos de aquella suerte, levantóse él, encendió dos velas que tenía escondidas en un rincón, alzó una estera de enea y descubrió un divino crucifijo pendiente de un grueso clavo, cuya vista infundía horror y respeto en un mismo punto. Después de haber reiterado oraciones y repetido rendimientos ante aquella devota imagen, dejó caer la estera, apagó las luces y me dijo: -No es éste sino lugar de silencio. Salgámonos al cielo abierto, que allí te daré razón de lo que te importa.

Salímonos haciendo las manos el oficio de los ojos, y apenas pusimos los pies fuera de la cueva, y apenas nos sentamos sobre dos apartadas rocas, me habló en esta forma, después de haberme hecho ver brevemente la inagotable misericordia de Dios.

-Tú, convencida de los delitos con que injuriaste a la majestad divina y desengañada de las recompensas que da el mundo a los que le sirven, ya con la desastrada muerte de tu galán, ya con la no menos arrebatada de tu madre, te has resuelto a vivir en soledad para lavar con tus lágrimas las manchas de tu alma y para borrar con tus penitencias los desafueros de tu pasada vida. Pero, ¡qué de tentaciones te se esperan! ¡Qué de combates te amenazan! ¡Qué de enemigos te se previenen! Redoblando éstos sus municiones y viéndote flaca, desvalida y sola, te dejarán tal vez sin ánimo para rebatirlas. Porque, ¡ay del solo que no tiene de quien tomar consejo en sus dudas, alivio en sus aflicciones, consuelo en sus desamparos! ¡Ay del solo, que si cae en el abismo de la desconfianza no tiene quien le dé la mano para levantarse! Para que puedas, pues, allanar todos estos obstáculos y romper por todos estos inconvenientes, soy enviado yo aquí. Mira, -me decía

aquel buen viejo levantando el brazo y vuelta la vista hacia aquella parte-, mira, a la otra falda de aquel monte que allí se deja ver, hay un monasterio de religiosos, que con mucha razón se pueden llamar ángeles en carne. Dos leguas dista de este paraje donde estamos, yendo por el camino menos áspero. Pero si te atreves a pasar por una estrecha y peligrosa senda que se hace hacia la parte izquierda de ese otro monte, que le divide de este que habitamos un profundo valle, cuyas simas apenas pueden iluminar los rayos del sol, no gastarás más de una hora para llegar a él. Allí, aquellos santos monjes te administrarán lo necesario, así para conservar la salud del cuerpo, como para aumentar la del alma. Ellos no tanto con palabras como con ejemplos esforzarán tus descaecimientos, alentarán tus desconfianzas, animarán tus propósitos y harán más firmes tus resoluciones. Ellos, en fin, cargarán sobre su cuidado la dirección y gobierno de tu alma, hasta colocarla en manos de su criador. Esto te basta para que puedas no malograr los avisos que del cielo te se han dispensado. Yo de aquí a ocho días, que será el martes de la siguiente semana, pasaré de esta a mejor vida. Al pie de aquel ciprés verás un hoyo que yo mismo forjaré en estos días; en él encontrarás ya tendido mi difunto cuerpo, y, sin tocarle de como estará, le cubrirás con tierra y con piedras, poniendo encima una cruz que dejaré para el efecto. En esta cueva hallarás un hábito con el cual cubrirás tus carnes, arrojando esos que te visten adonde jamás llegues a verlos, porque sobradas memorias tendrás que te acuerden cosas del siglo. Vamos ahora a ver la que ha de ser tu habitación, porque en ésta no puedes acogerte todavía.

Levantóse el ermitaño y me guió a esta misma cueva donde ahora estamos, la cual me señaló para mi morada. Y después de haberme colmado otra vez de santos consejos, se volvió a la suya recordándome todo lo que en ella me había dicho. Llegado el plazo señalado me fui a cumplir lo que en su testamento, que así se puede llamar, había ordenado. Encontré su venerable cadáver puesto ya en aquella misma sepultura que me señaló, derramé sobre él muchas lágrimas, nacidas más de envidia que de compasión, cubríle con tierra y con algunas piedras, púsele encima la cruz que allí me dejó forjada de dos atravesados palos, entré en la cueva, tomé el hábito que me tocó por herencia y me volví a esta mi habitación a continuar el camino de mi jornada.

Esto es, señores, lo que aquel santo viejo, cuya alma debe de estar ya en los perpetuos descansos, me dijo, y lo que he procurado reducir a práctica. Pero, ¡ay!, ¡y cuán puntualmente se ha cumplido lo que él profetizó! Los enemigos se doblaron, las tentaciones subieron de punto, las ansias se aumentaron, crecieron las congojas y probaron en mí todas sus fuerzas las desolaciones de espíritu; tormento que no se ciñe a los límites de la ponderación, tormento que ni aun en las quejas encuentra aquel escaso alivio con que suelen aligerarse los otros males, tormento, cuya riguridad llega a oscurecer la luz del entendimiento, haciéndole tropezar en continuos temores de perder el bien que la voluntad adora, tormento, en fin, que ni aun el que lo sufre, con saberlo sentir, lo sabe explicar. Pero, gracias al cielo, he podido con su ayuda no dejarme vencer, viviendo ahora con más sosiego de mi espíritu; y en estas soledades me hacen grata compañía todas las criaturas, acordándome de continuo la omnipotencia y demás atributos de su criador. Todos mis pensamientos y todos mis deseos tienen presa su libertad entre estas mismas montañas, y si acaso alguna vez salen de ellas, sólo es para contemplar lo que siempre me ha servido de escala para fijar mi imaginación en la eterna

morada y de freno para sujetar mis pasiones. Los furiosos vientos y horribles huracanes, cuya incontrastable violencia así troncha las robustas encinas, como los más humildes arbolillos, me acuerdan el poder de la muerte, que así acomete a los elevados sobre los montes de la fortuna, como a los que se abrigan en pobres chozas. Las noches desapacibles del otoño, que con horribles truenos y temibles relámpagos infunden horror hasta en los insensibles, me dibujan como en rasguño los estragos y espantosas señales que han de preceder al día del juicio, sin olvidarse de traerme a la memoria la confusión, el desorden, el horror que habita en los infiernos. Últimamente las serenas y templadas noches del verano con la claridad de la luna, con la belleza de las estrellas y con la hermosura de los cielos, me describen, aunque bastantemente la paz, el gozo, el contento y la alegría que discurre allá en la gloria por todos sus habitantes. De esta suerte paso mi vida, cuyos trabajos que son indispensables se me aligeran con la vista y conversaciones santas que cada semana dos veces por lo menos tengo con aquellos santos monjes, que ya sabéis en donde viven. Ellos me administran los santos sacramentos, ellos me asisten en lo temporal y espiritual, ellos por último ejercitan en mí su caridad y demás virtudes de que están dotados, y hacen conmigo todo lo que yo pudiera desear para la salvación de mi alma. Esto es, señores, lo que de mí he podido decir; si de ello podéis sacar algo que os aproveche, tomadlo, y no queráis experimentar en vosotros mismos los desengaños del mundo, porque éstos siempre suelen venir tarde, y las más veces cuando el remedio es imposible; más vale escarmentar a costa ajena.

Pasmados quedaron nuestros peregrinos de la historia de la ermitaña y contentos de ver la puntualidad con que la había contado, sin dejarse circunstancia alguna que pudiera no dejar satisfechos a los oyentes. Con esto y con hacer los ofrecimientos corteses que pide la urbanidad y buena crianza, y con informarse del camino que habían de tomar para salir de entre aquellos montes, aderezó Mingo su caballería y volvieron a su peregrinación no menos contentos que alicionados [sic] con la relación de la ermitaña.

CAPITULO VII

Llegan a Valencia, encuentran a Lisandro a tiempo que estaban para darle la muerte y sucede un portentoso

Después que hubo caminado muchos días nuestro peregrino escuadrón, sin sucederles cosa digna de contarse, llegaron a las cercanías de Valencia, y antes que entrasen en ella encontraron un pobre mendigo que, por falta de las piernas, iba gateando por tierra con mucho trabajo suyo y no menos compasión de los que le miraban. Pidióles con mucha sumisión una limosna, y después que doña Clara se la hubo dado harto crecida, les dijo:

-Si V. ms. alargan más el paso, aún pueden llegar a la ciudad a tiempo que le tengan de encontrarse en una función que, aunque no es digna de verse, es digna de llorarse. Digo que verán arcabucear a un pobre soldado, que yo no sé de qué regimiento sea, sino del de los desdichados, porque según dice el vulgo él está inocente y no tiene más culpa que

haber nacido en mala estrella. Dios que me la dé buena y a V. ms. que no les olvide, y que les pague la caridad que me han hecho.

Prosiguieron nuestros peregrinos su camino a paso más acelerado, porque les apretaban mucho las ganas -a lo menos a Constanza y Felisinda- de ver al que su infelice fortuna había conducido a tan estrecho y riguroso trance, aunque Lenio y doña Clara eran de parecer que siguiesen en derechura su camino sin entremeterse a ver tan doloroso espectáculo, porque de semejante vista -decían ellos- no se puede sacar más ganancia que dolor en las almas y atropellamiento en los cuerpos, pues la gente amontonándose toda en tales lances a ninguna cosa respeta y por todas atropella. Pero por llenar el gusto de Felisinda y Constanza quedó sin fuerza este último parecer, que parecía más advertido.

Apenas entraron en la ciudad sintieron un ruidoso estruendo y una confusa gritería por toda ella. Los chicos corrían, los grandes caminaban, y todos se daban prisa de llegar el paraje donde se había de ejecutar la sentencia, que era la plaza más principal. A la cual apenas llegó nuestra peregrina escuadra, vio que estaba toda coronada de muchísimos soldados, cuales puestos en fila con las espadas desnudas y cuales discurriendo por toda ella, procurando detener el ímpetu de la multitud que toda estaba apiñada a una parte, por dejar la otra barrida y desembarazada para que pudiesen pasar las balas que se desviarán de su infelice blanco.

Al un lado de la plaza se dejaba ver un teatro que le ocupaba el virrey y otras personas principales, que a la manera sería de necesidad que presenciasen aquel lastimoso acto. En medio de ella había una como silla toda de madera, en la cual estaba el sentenciado, que tenía atados los pies con grillos, ligadas con esposas las manos a las espaldas y vendados los ojos con un pañizuelo blanco; y un poco apartados de él se veían dos clérigos, que con voz alta y clara le auxiliaban, animándole con persuasivas razones a que sufriese con paciencia aquel cruel y peligroso trance por que había de pasar. Ya estaban seis soldados con los fusiles encarados hacia él, dando muestras de que sólo esperaban aviso para pasarle de parte a parte, teniendo en amarga suspensión a todos los espectadores, cuando volviéndose Lenio a los de su comitiva que tenía a su lado, les dijo:

-Si mis ojos no me engañan, yo he visto otra vez a aquel desdichado en quien van a ejecutar la sentencia, aunque no puedo reducir a la memoria en qué parte le vi.

Acabar de pronunciar estas palabras y comenzar a correr Felisinda con no vista ligereza hacia el sentenciado, abrazarle despidiendo un lastimoso ay y quedarse desmayada sobre sus rodillas todo fue en un punto; en el cual, si el pasmo y la admiración debieron de ocupar las almas de los circunstantes y sepultar en silencio sus lenguas, a la consideración lo dejó de cada uno, que yo sólo sabré decir que los soldados que para ser verdugos estaban apercebidos se quedaron como inmóviles estatuas de frío mármol y se les cayeron los fusiles de las manos, sin ser poderosos para remediarlo.

Nuestros demás peregrinos no quedaron menos admirados, y luego se fueron también en seguimiento de Felisinda, quedándose solo Mingo en la guarda de su bagaje.

Mandó luego el virrey a la tropa que a toda costa sosegase y reprimiese los ímpetus de la gente, que desembarazada ya de la suspensión en que la había puesto aquel no imaginado acontecimiento, se atropellaba una con otra para llegarse a ver el fin que tendría.

Sosegada ya la turba, se llegó el virrey, con toda la nobleza que le acompañaba, a ver qué peregrina era aquella y qué reo aquel que tenían pendiente de la admiración a todo el concurso. Como llegaron a ellos vieron que ninguno de los dos daba casi señales de vida, porque apenas se dejaba percibir un débil aliento y una respiración cansada. Pero luego oyeron que la peregrina, cuya nunca vista hermosura, aunque envuelta entre las palideces de la muerte, se hacía lugar en los corazones de todos, después de haber dicho muchas veces palabras que no pudieron percibir claramente, profería éstas interrumpidas de muchos sollozos:

-No, no es posible. ¿Tanta crueldad en humanos pechos? No. Pues, ¿cómo...? ¡Ay de mí! Extiende, extiende esos brazos, ¡oh, dulce hermano mío!, y estréchame entre ellos, para que a un mismo tiempo se lleve nuestras vidas el duro plomo, que sólo había de quitar la tuya. Sí, que ¿cómo será posible que viva yo un sólo momento estando tú sin vida? ¡Qué trances tan funestos...! ¡Ay sin ventura de mí! Rasga, rompe, arroja, ¡oh, hermano!, esos vestidos de humilde que sirven como de nube para obscurecer el esplendor de tu grandeza. Arrójalos, deja ver por entre algún resquicio las luces de tu ilustre cuna, que éstas puede ser que cieguen los ojos de los verdugos y embote en sus manos los instrumentos que te han de dar la muerte. ¡Ay hermano mío! ¡Ay Lisandro de mi alma! Mira que esta Felisinda que aquí tienes es aquella misma Filomela a quien adoras, si ya no te has olvidado de ser aquel Narciso a quien yo amo. Y si acaso... ¡Qué impiedad! Cuando sepa el rey tu padre... ¡Infeliz suerte mía! Yo fallezco sin duda, sin duda fallezco.

Estas palabras y otras no menos truncadas, bien así como salidas de un entendimiento preocupado que no puede arrojar por la lengua tantos conceptos juntos como quisiera, aumentaron en extremo la admiración de los que las habían escuchado. Y pensando el virrey que encerraban algún arcano no comprensible por entonces, ordenó que los pusiesen en un coche y que los llevasen a su palacio, con ánimo de saber de ellos lo que le tenía tan suspenso. Mandó también que condujesen a los demás peregrinos sus compañeros, y al momento avisó Lenio a Mingo, que estaba hecho Argos de su bagaje.

Llegaron todos a palacio; Felisinda y el que decía ser su hermano medio muertos en el coche, y doña Clara, Constanza, Lenio y Mingo del todo sobresaltados con tan no imaginado caso.

Dispusieron ricamente dos lechos para los desmayados, llamaron luego a los médicos y, aplicándoles los remedios que les parecieron más a propósito, les hicieron tornar en su acuerdo, les recobraron los espíritus, que casi del todo habían perdido, y les repararon las fuerzas que les faltaban.

Al cabo de tres días en que fueron magníficamente tratados y en que el virrey hizo alarde de su genio liberal y compasivo, no menos que su mujer, que se llamaba Leonor, estando sobremesa, dijo ésta, dirigiendo sus razones a Lisandro y Felisinda:

-Parece ser ya justo que nos descubráis ese misterio que sin duda deben de encerrar, no tanto la presta ligereza con que tú Felisinda te abalanzaste a Lisandro, a tiempo que estaba para recibir la muerte, como las razones que dijiste cuando quedaste desmayada sobre sus rodillas. Porque aquellas voces confusas de reyes, de grandezas, y aquello de llamarte a ti Filomela y a Lisandro Narciso, no deja de importar mucho más de lo que nos muestra vuestro traje.

-Si mi hermana Felisinda -respondió Lisandro- dijo cuando desmayada lo que vos, señora, habéis apuntado, ¿qué mucho?, si entonces ni estaba en sí, ni tenía desembarazados los sentidos, ni libre la razón, ni entero el juicio. Ni yo soy Narciso, ni ella es Filomela, ni es rey su padre, ni menos lo es el mío, porque los dos somos hermanos, tan unos en la voluntad, como singulares en las desgracias. Las cuales desde ahora doy por acabadas, pues con sola su vista y con sola su compañía me contemplo por el más feliz y venturoso del mundo, puesto que aún no la había visto desde que salimos de nuestra patria; cuya salida y lo que hasta ahora he padecido os lo contaré brevemente, si de ello gustáis, en cuya relación veréis descubierta mi inocencia y patente la falsedad de los delitos que me habían conducido al terrible y apretado lance en que antes de ayer me vi. Y no es menester hacerme mucha fuerza para creer que el encuentro de mi hermana con tales circunstancias ha sido, más que acaso, providencia del cielo, para que se conozca cuán errados van las más veces los juicios de los hombres.

-Relátanos, oh, Lisandro, -dijo a esta sazón el virrey-, no breve sino largamente tu historia, que desde ahora te doy por libre, creyendo que la providencia del cielo, como dijiste, ha tomado a su cargo tu libertad.

Arrojósele al momento a sus pies Lisandro, siguiéndole Felisinda para besárselos; pero el virrey se adelantó a recibirlos en sus brazos, cuyo suceso sacó las lágrimas de los ojos de todos los que estaban en aquella sala.

Sentáronse todos otra vez, limpiáronse los ojos, serenáronse los rostros y, pidiendo licencia Lisandro para comenzar su historia, la comenzó en esta forma:

CAPITULO VIII

Donde Lisandro da principio a su historia

-No será puesto en razón que yo con mi silencio deje vacíos vuestros deseos y defraudadas vuestras esperanzas, habiendo las mías flacas de remedio cobrado aliento en vuestras piedades. Mi hermana Felisinda, que está presente, y yo que, como sabéis, me llamo Lisandro, somos unos de los habitantes del inmenso mar; quiero decir que nos dio el cielo por patria una isla, tan abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana que no necesita de países extranjeros para mantenerse. Sucedió, por acaso, que estando los dos solaceándonos por las riberas de nuestra isla con una pequeña barca, en compañía de otra gente de calidad, se levantó una borrasca tan furiosa que, no pudiéndola

contrastar los marineros que gobernaban la nave, se vieron forzados a abandonar los remos y dejarse llevar a discreción de las olas. Alzáronla furiosas hasta borrar la gavia con las nubes, sumergiéronla hasta tocar la quilla con las profundas arenas, dejóse arrebatar de la furia de los vientos hasta perder de vista nuestra isla, y, hecha juguete de ellos, vino a estrellarse en unas rocas en las cuales encontraron sepultura todos los que encerraba la barca. Solo yo -a lo que pensé entonces- pude asirme de una tabla, con la cual fuertemente abrazado me dejé llevar por donde las aguas quisieren. Clamé al cielo, hice promesas, envié suspiros al aire, aumenté las aguas del mar con las de mi llanto, y todo temeroso, y todo afligido en tanta sinventura, sólo estaba aguardando que me embistiese la muerte, la cual yo mismo me apresuraba con la memoria de la de mi hermana que ya tenía por cierta.

-También yo, oh, hermano, -interrumpió Felisinda-, sufrí los mismos sobresaltos que tu padeciste, porque cuando el cielo me favoreció con otro madero, pensé que tú ya estarías envuelto sin vida entre las aguas. Y desde entonces la mía no ha sido sino una muerte continuada, aunque siempre me quedaban allá dentro unas aunque vanas esperanzas de volverte a ver; las cuales me las esforzó un poco aquel peregrino que allí ves -señalando a Lenio-. Porque cuando contó su viaje de Italia a España dijo que había visto a un tal Lisandro, que gobernaba un remo en un navío fenicio; y con estas y otras señas que dijo y ponderó, pensé que no podía ser otro que tú aquel Lisandro.

-Pues, ¿qué peregrino es ese, que jamás pienso haberle visto? -preguntó Lisandro.

-¿Os acordáis -respondió Lenio- de cuando vuestro navío se iba anegando sin remedio por la mucha agua que le entraba por los costados y fue socorrido de otro, cu yo capitán era un célebre portugués llamado don Manuel Rodríguez Pereira?

-Sí me acuerdo, -respondió Lisandro.

-Pues en aquel navío iba yo -prosiguió Lenio-. Y soy aquel mismo que admirado de vuestras buenas prendas, ajenas de un pobre remero como lo parecíais, me vi forzado a preguntaros quién erais y a dónde ibais.

-¡Válgame Dios! Ya os reconozco, -replicó Lisandro-. Y permitid que os enlace entre mis brazos por albricias de las nuevas que disteis a mi hermana, que le debieron de reparar su casi muerta esperanza de tornarme a ver.

-Así es la verdad, -dijo Felisinda-. Pero por ahora no te entretengan más estos reparos, que estos señores, no menos que yo, estarán ya deseando que vuelvas a anudar el hilo de tu historia.

-Razón tienes hermana, -respondió Lisandro-. Y dejando para mejor coyuntura estos recuerdos entre tristes y alegres, digo:

Que después de haber sido todo aquel día infelice juguete de las aguas agitadas de los furiosos vientos, llegué al cerrar la noche a la punta de una pequeña isla que se descubría

en medio del mar. Solté la tabla como mejor pude, clavé las manos en tierra, asíme de las ramas que me ofrecía un árbol y entréme la tierra adentro, por entretener la muerte a lo menos. Cerróse de todo punto la noche, y con ella se oscureció más la de mi tristeza, que por momentos consumía mis fuerzas. Sentéme sobre el tronco de un árbol, esforcé mis clamores al cielo, revalidé mis promesas, aumentaron mis suspiros, y no calmaron mis lágrimas, las que, bañando mis vestidos más de lo que estaban, me pusieron en la precisión de quitármelos, porque ya no tenía alientos para sufrir la frialdad que me penetraba hasta el alma. Quedéme desnudo, exprimí el agua de mi ropa, extendíla por entre las ramas de un árbol y me rollé todo hecho un ovillo, para poder pasar con menos frío la noche, hasta que, amaneciendo el día, pudiese buscar algún modo con que repararme. Llegó el día, pero no amaneció para mí, sino para acrecentar mis males; porque ni en toda la isla, ni en todo lo que del mar alcanzaba a descubrir la vista, pude registrar esperanza alguna de remedio. A cuya causa, apenas el sol con sus calorosos rayos había enjugado mis vestidos, y apenas me los hube acomodado, me senté sobre una roca contra que combatían desesperadamente las olas. Y a breve rato llegué a divisar un bulto que luchando con ellas se encaminaba hacia donde yo estaba. Pensé al instante que sería alguna despedazada reliquia de alguna nave, o algún monstruoso pez, y como el temor estaba en mí tan alerta, luego me hizo retirar hacia dentro por no verme a riesgo de ser comido de aquel monstruo, si acaso lo fuera. Mas, como se iba acercando el bulto, que nunca perdí de vista, iba yo juzgando que sería el de algún desdichado que correría la misma fortuna que yo, cuyo juicio acabé de confirmar cuando llegó a besar la roca una dilatada tabla, sobre la cual venía un hombre, ya casi a punto de expirar, según pude conocer por entre lo desfigurado de su rostro. Acerquéme a él, alarguéle mi mano, toméle por el brazo y le puse en tierra; el cual, arrancando de su pecho un profundo y dilatado suspiro, dijo:

-Sin duda el cielo condolido ya de mi lástima ha querido socorrerme, cuando más desesperado estaba de socorro, por medio de algún ángel, que no puedes tú ser otro, aunque pareces persona humana.

-No sólo lo parezco, -le respondí-, sino que en verdad lo soy y de las más desventuradas que han salido a la luz del mundo. Pero consuélate y consolémonos que, a lo menos, seremos testigo cada uno de la muerte del otro, que es tan segura como que no hay aquí remedio que sustente nuestras vidas.

En resolución, después de haberle quitado los vestidos que traía mojados y después de habérselos enjugado y puesto otra vez, y después que estuvimos allí tres días sin que por parte alguna descubriésemos camino para nuestro remedio, le dije:

-Nuestra muerte es ya segura, porque es cosa dura de creer que podamos ya pasar dos días más sin dar sustento a nuestros cuerpos, que ya casi no tienen alientos para sostenerse. Si te atreves a conformar tu parecer con el mío, y si tienes valor para seguirme, puede ser que libertemos nuestras vidas. Y cuando no, lo mismo es que estorbando la respiración el agua perdamos la vida, que muramos a las violencias de la hambre, si ya no es que esta segunda muerte sea más rabiosa, por más dilatada.

-Di lo que quisieres y haz lo que te se antoje, -me respondió el otro-, que pues ya he consentido en morirme a cualquier cosa arrostraré, como por ella se descubra algún pequeño resquicio para la salvación de mi vida.

-Pues si es así, -le repliqué yo-, lo que he pensado es que apenas el mar se amanse, atemos fuertemente con aquellos mimbres estas dos tablas, la con que tu llegaste aquí y la con que yo vine, las cuales nos podrán servir de lancha para sacarnos de este paraje tan falto de remedios. A lo menos puede ser que, entrándonos la mar adentro, seamos descubiertos de algún navío que nos socorra, porque esperar que se enmiende nuestra corta ventura, estándonos aquí ociosos y baldíos, es pensar en lo excusado. Dejémonos en brazos de la fortuna, arrojémonos por entre la mitad de esas aguas, contrastemos todos los temores que se nos opongan, allanemos las dificultades que se nos presenten, que los hombres animosos han de librar sus esperanzas aunque sea en la desesperación misma.

Con estas y otras animosas razones le forcé a que abrazase mi parecer, y al momento asimos las dos tablas que por cuidado dejamos sobre la llanura de una grande roca, buscamos otros maderos por aquella isla, juntámoslos unos con otros, y atándolos fuertemente formamos una como barquilla bastante para sostenernos a los dos. Y ya que estuvo hecha, la dejamos a punto de arrojarla al mar juntamente con nosotros, cuando sus iras lo permitiesen. Llegó en fin el plazo en que quiso la fortuna que el mar se tranquilizase, lo cual visto pro nosotros, echamos nuestra barca al agua, arrojámonos sobre ella y con unos palos que aderezamos para que nos sirviesen de remos pusimos nuestra vista y el blanco de nuestro viaje en unas altas sierras que apenas divisábamos.

Cosa de dos millas habríamos caminado, con la muerte siempre a la vista, cuando descubrimos un navío que con todas las velas tendidas navegaba hacia nosotros. Dilatóse nuestro corazón oprimido y cobraron aliento nuestras desmayadas esperanzas, que reverdecieron del todo cuando fuimos descubiertos de los del navío, cuyo capitán mandó arrojar el esquife al agua para que nos socorriese. Con ayuda de ajenos brazos, porque nosotros no podíamos valernos de los nuestros, subimos al esquife, y del esquife al navío, cuyo comandante que era fenicio, igualmente que toda la tripulación, nos acogió gratamente, no dejándose por hacer cosa alguna de las que hacían al caso de reparar nuestros perdidos alientos. No nos hartábamos nosotros de dar gracias al capitán, viendo la afabilidad, el agasajo y la cortesía con que nos trataba. Y aunque sabía yo el genio de los fenicios y la fama que tienen de amorosos hacia cualquier nación, conocí entonces que les venían cortas todas las alabanzas que hacían de ellos.

Luego que estuvieron esforzados nuestros desmayos, y apenas hubimos recobrado nuestros desfallecidos espíritus, nos preguntó el capitán quiénes éramos y qué suerte nos había conducido a la tan infeliz en que nos miraba. A lo cual satisface yo con decirle lo que hasta aquí he contado; y mi compañero lo hizo diciendo que era un pobre pescador que pescando con su barquichuelo por las costas de la isla de Lípari, le entró el mar adentro la borrasca que días antes se había levantado; y que no pudiendo su débil fusta contrastar la riguridad de los vientos, ni la furia de las aguas, se había estrellado en unas peñas, sin ser poderosas sus fuerzas para impedirlo, y que habiendo logrado acaso una tabla, se asió a ella fuertemente, hasta que las propias aguas le condujeron a la misma isla

donde yo fui arrojado. Dolióse el capitán de nuestra corta ventura y asegurónos otra vez el buen tratamiento que nos había prometido, el cual comenzó a manifestar con no querer que sirviésemos en cosa alguna para las faenas de la navegación. Pero venciendo a su voluntad nuestras importunaciones, nos dio permiso para que hiciésemos lo que nos viniese más en gusto. Con esto, cuando se nos antojaba, embrazábamos un remo y aligerábamos el trabajo a los demás remeros.

En el tiempo de nuestra navegación, con el continuo trato y conversación, se me aficionó en extremo el capitán y me hice mucho lugar en su voluntad, hasta tanto que me daba su lado en su propia mesa y no hacía cosa alguna sin que consultase antes con mi parecer. En efecto, cierta ocasión me llamó al castillo de popa, y después de haber dado muestras de que no se atrevía a decirme aquello mismo para que me había llamado, y después que yo le esforcé con mis razones, asegurándole mi fidelidad y ofreciéndole mi voluntad y mis fuerzas de servirle, prorrumpió en estas palabras:

CAPITULO IX

Prosigue Lisandro su agradable historia

-Extrañarás, oh, Lisandro, lo que voy a hacer y admirarás mi facilidad en lo que quiero decirte, porque según todo advertido discurso debía yo averiguar tu condición, escudriñar tu genio y examinar tus inclinaciones, antes que pasara a depositar en tu pecho negocios de importancia, de cuyo buen éxito depende tal vez mi muerte o mi vida, no obstante que tu agradable presencia me asegura tu fidelidad.

-Quisiera, oh, señor, -le respondí yo-, que no hubierais llegado a este extremo antes de averiguar los de mi calidad; pero ya que, ante esta prudente precaución, os habéis arrojado a fiar de mí los que serán sin duda negocios de importancia, como me habéis ponderado, estad cierto que entre las demás prendas, si tengo acaso alguna, que me ha dado el cielo, y que procuraron mis padres arraigar más en mi alma, es una la de saber encerrar en el archivo de mi pecho los secretos pensamientos que me comunicaren.

-Así lo creo, -me respondió el capitán-, y en confirmación de lo cual te digo, oh, Lisandro, que en este mismo navío venía un caballero nobilísimo por la sangre y muy afortunado, si hubiera sabido aprovecharse de la fortuna, por haber puesto en él sus ojos y su voluntad Casilda, hija única del rey Hamberto, mi señor, que Dios prospere. A cuya causa estaba soberbio sobremodo y sobremanera arrogante, y tanto que, con ser yo el capitán de esta nave, como sabes, ni hacía mérito de mi persona, ni se pagaba de mis órdenes; antes despreciaba las leyes de la obediencia forzosa por cumplir con las de su capricho, fiado siempre en el poderoso amparo de su amada. No me traían cuenta sus desobediencias, porque a su ejemplo había ya muchos, en especial los de su parcialidad, a quienes no hacían fuerza las del respeto que se me debe, ya que no por mi persona, por mi carácter a lo menos. Habíale avisado y advertido ya un confidente mío y amigo suyo, aunque lo era más de la razón. Pero haciéndose sordo a sus avisos y despreciando sus

advertimientos se mantenía firme en sus arrogantes propósitos. Pero cierto día, cansada ya mi paciencia y apurado mi sufrimiento, le llamé a mi estancia; y estando solos los dos, le dije:

-Yo soy el capitán de este navío por nombramiento de nuestro rey; mis órdenes, que más son de su majestad, se han de observar rigurosamente; los desafueros y desobediencias de los principales, los desenfrenos de la nobleza pervierten y corrompen las buenas costumbres del vulgo y, desordenado éste, queda sin orden la república. Sois discreto y no os digo más.

Apenas acabé de pronunciar estas palabras, cuando, o pareciéndole sobrado severas, o juzgando que su calidad no debía sufrir el escucharlas de mi boca, empuñó su espada y me tiró un golpe tal que, a no desviarme un poco, me hubiera pasado la cabeza. Yo entonces, viendo tan descarado atrevimiento y mirándome acosado de la necesidad, tomé un pistolete que allí tenía y le pasé el pecho con dos balas, que se le llevaron la vida. Acudió la gente al ruido y la vista del muerto puso las espadas en las manos de todos; en sus parciales para vengarle y en los míos para defenderme. Y movidos todos de la cólera e impelidos del furor comenzaron a segar cabezas tan desenfrenadamente que fue menester toda la industria y todo el poder para sosegarles. Ya que lo estuvieron todos, les conté lo que había sucedido, con cuya relación, aunque algunos quedaron satisfechos y aprobaron mi resolución, con todo hubo algunos que no hablaron palabra, pero mostraron en sus rostros el veneno que ocultaban en sus entrañas. Ahora vivo temeroso de algún desmán y me recelo de alguna traición; por lo menos vivo sobresaltado con la compañía de estos enemigos que, aunque pocos, me atormentan el cuidado como si fueran muchos. Por lo cual, y por no verme hecho blanco de las iras que indubitablemente asaltarán el pecho de Casilda, cuando llegue a su noticia la muerte de su querido, quisiera, oh, Lisandro, que me aconsejaras algún modo con que poder librarme de tantos peligros como por todas partes me amenazan.

Acabó el capitán su narración, dio indicios de la pena que le apretaba el alma y se apercebíó para oír la respuesta que quisiere darle, que fue ésta:

-Señor, agradezco cuanto me es posible el honor que me habéis hecho escogiéndome para vuestro consejero, y quisiera que, como tengo voluntad para agradecerlo, tuviera entendimiento para dejaros satisfecho. Yo, señor, de las tres calidades que dicen que se requieren para que pueda uno servir de consejero, sólo tengo una, que es el ser llamado, porque las otras dos, que son autoridad y prudencia, todavía no me las he podido adquirir, pues bien se hecha de ver que para con vos no tengo autoridad alguna, y que la prudencia todavía no ocupa lugar alguno en mi alma. Pero, sin embargo, por no parecer ingrato al beneficio que me hicisteis alargándome la vida que iba a quedarse entre las salobres aguas, os digo que, el que a mí se me trasluce más acertado medio, es que mandéis a vuestra gente que amainen todas las velas, que anclen el navío y que se detengan en tanto que os llegáis a aquella ciudad que allí se divisa, que creo es Salerno, a tratar ciertos negocios que os importan. Con cuyo pretexto nos podemos entrar en el esquife con algunos marineros de vuestra confianza para los remos, y vos podéis escaparos de las asechanzas que os cercan por tantas partes; que luego que hayamos salido con este primer

proyecto, y luego que hayamos llegado a Salerno, no nos faltarán trazas para buscar otros remedios. Apartémonos ahora del navío y salgámonos del mar, que después, campos y chozas hay en la tierra que nos mantengan y que nos encubran, que por hurtar la vida a tantos peligros como teméis por mayores inconvenientes se puede atropellar.

No bien acabé de proferir estas razones cuando, sin que el capitán tuviera tiempo de responderme, se oyeron unas voces entre la tripulación que decían:

-No hay remedio. Perecemos todos, pues las muchas aguas que por las aberturas entran en el navío le van sumergiendo por instantes.

A estas voces salimos el capitán y yo del castillo de popa, donde estábamos, y se dio orden para que los buzos le requirieran y le dieran los reparos que necesitase. Pero todo fue en vano y nos hubiéramos anegado sin duda si el cielo no nos socorriera ofreciéndonos a la vista otro navío, que era el en que iba Lenio, cuya gente, con no vista diligencia, dejó al nuestro en breve tiempo apto para tomar otra vez el rumbo que llevaba.

Hechos otra vez a la vela, y asegurados de la sanidad y entereza de la nave, tornó a llamarme el capitán y, puestos en el mismo paraje que antes, me dijo:

-Sin duda te trajo el cielo para que lograsen remedio mis males, que los tenía ya por irremediables. Apruebo tu parecer y desde ahora voy a ponerlo en ejecución, sin reparar en los fines que ha de tener. Valgámonos ahora de estos medios, que después, seguro has dicho, no faltarán arbitrios para remediarnos.

Mandó luego que plegasen las velas y que dejasen el navío sobre las áncoras, y al momento, con seis marineros que eligió, nos embarcamos en la lancha. Y habiendo puesto en ella sus cofres el capitán, con el más posible disimulo, nos encaminamos a Salerno. Apenas pusimos los pies en el puerto y apenas desembarcamos todo el matalotaje, se volvió el capitán a los marineros y, regalándoles a cada uno algunos dineros y otras lujerías, les dijo:

-Volveos a la nave que dejasteis y decid que se vayan en derechura a Damasco sin esperarme, que yo por ciertas precisas dependencias he de detenerme algunos días en esta ciudad, al cabo de los cuales, si se me ofrece proporción, me embarcaré otra vez para Damasco. Y adiós, que estoy de prisa.

Volvimos al momento las espaldas, sin atender a las razones de los marineros, y luego luego dispusimos cómo se llevase a la posada todo el equipaje que en el esquiife trajo el capitán. Llegamos a una que nos pareció buena y, después de haber dejado arregladas nuestras cosas, nos subimos a un desván de ella, desde donde vimos que los de la nave que habíamos desamparado estaban a toda priesa izando las velas, de lo cual se mostró el capitán tan contento que me echó los brazos al cuello, dándome encarecidamente las gracias por la singular merced que a él le parecía que yo le había hecho, sacándole con mi consejo de entre tantos riesgos a que se veía expuesto.

-Bien está, -interrumpió el virrey-. Quedaos ahora en Salerno hasta mañana, que os iréis a dónde quisieréis, que ya debes de estar cansado de contar tus desgracias y nosotros condolidos de oírlas.

-Malo me sabe, -dijo doña Leonor-, que Lisandro rompa el hilo de su narración, porque de mí digo que no me movería de donde estoy hasta que de todo punto fuese concluida, y estaré suspensa hasta ver el último de ella.

Con estas y otras comedidas razones, que cada uno dijo por su parte, quedaron de acuerdo para que Lisandro tornase a su plática en el día siguiente.

A este punto llegó a los oídos de todos un ruido formado de muchos coches, que entraban por las puertas del palacio. Suspendiéronse todos con la novedad, en cuya suspensión estuvieron transportados hasta que subió corriendo un criado y dijo al virrey:

-Señor, el conde don Faustino, mi señor, acaba de apearse en este instante, y viene...

-¿El conde don Faustino por mi casa? -interrumpió el virrey todo alborozado-. ¿Qué ventura mayor puede sucederme?

Y prosiguiendo en otras expresiones no menos afectuosas que relatoras del gusto que le cabía por la venida de su huésped, se adelantó hasta la mitad de la escalera para recibirle. Pero se le agrió la mayor parte de su gusto cuando vio que el conde, cuya edad no pasaba de los veinte y cuatro años, subía arrimado al brazo de un caballero suyo, porque no podía subir por sí solo: tan extenuado y flaco venía.

Después de haberle hecho aquellos comedidos cumplimientos que requiere la urbanidad y pedía su persona, y después que a todos los de su acompañamiento les hubieron tratado como requería la calidad de cada uno, y, después que, por no estar el conde en términos de sufrir conversación alguna, le acomodaron en un rico lecho, se retiraron todos los demás a satisfacer el sueño que les fatigaba.

CAPITULO X

Salen nuestros peregrinos a ver las grandezas de Valencia, y dase cuenta de la que dio de su enfermedad el conde don Faustino

La belleza del sitio y la amenidad de los contornos que hacen a Valencia célebre y famosa más que todas las ciudades de Europa en la agricultura y topiaria, los ricos adornos, las muchas riquezas y la belleza suma que en ella se miran, despertaron en nuestros peregrinos la curiosidad de registrarlas todas, puesto que la ocasión les ofrecía los cabellos, pues con la mediación del virrey podían ensanchar y llenar los vacíos de su deseo.

En efecto, como cortés caballero les quiso acompañar en el siguiente día con la majestad y pompa que requería su persona y que imaginaba se merecían sus huéspedes, porque la conversación discreta, la buena crianza, la cortesía mucha y la extremada hermosura que en ellos miraba y admiraba, le decían como al oído que no eran prendas para ocultarse bajo de una tosca esclavina. Pasearon toda Valencia, a lo menos lo más principal de ella, visitaron los más famosos templos, adoraron en ellos las inestimables reliquias que encierran y vieron todo aquello que era digno de que se mirase. Pero de lo que más se admiraron fue de ver la cortesía de sus moradores caballeros, la afabilidad con que sin afectación les trataban. Especialmente se admiró la hermosísima Felisinda del atentísimo cuidado que mostraban de servirla, a cuya causa se acabó de confirmar en que era verdadera la fama que había llegado ya a sus oídos de que los valencianos son muy servidores de damas.

Satisfecha ya su curiosidad y cumplidos sus deseos, dieron la vuelta al palacio, con mucho más acompañamiento del con que habían salido, porque la novedad y extrañeza del caso, que las subía muy de punto el ver con tanta majestad al que días antes habían visto en público suplicio, esperando la tan amarga cuanto afrentosa muerte, no podían menos de tener pendientes de la admiración de todos.

Llegados que fueron al palacio, andaban todos solícitos en saber de la salud del nuevo huésped y de la causa porque la tenía tan enferma; pero porque estaban ya puestas las mesas, no quisieron entretenerse en otras cosas que las que hiciesen al propósito de satisfacer la hambre. Y aunque en el discurso de la comida se ofrecieron algunas pláticas, no fueron aquellas que los más o todos deseaban, que eran las de saber quién traía de tan mala suerte al recién llegado caballero.

El cual, por satisfacer la curiosidad de todos, luego que se dio fin a la tan costosa como sabrosa comida, hizo señal de que callasen; y ocupando el silencio las lenguas de todos, dijo de esta manera:

-¿De qué me ha de servir el hacer os relación de mis males, sino de atormentar más mi alma? ¡Oh, menguada suerte mía, que ni aun consientes que sean mis penas de aquellas que suelen encontrar alivio cuando se comunican! ¡Y cuán mucho has embarazado todos los caminos de mi remedio! Yo, señores, soy el único en quien se mira más bien verificada la fama que tienen de enamorados los portugueses; porque, además de que con sólo serlo tenía mucho adelantado para vivir sujeto a las tiranas leyes del amor, quiso éste mostrar en mí sus poderosos esfuerzos tan extremadamente como si fuera yo su mayor enemigo. Por cuya causa ando por el mundo como una estatua movable, ajena de todo sentido, transportado todo en mis imaginaciones amorosas, que se mantienen en perpetua viveza a pesar y despecho de los remedios que he usado, como lo veréis si me estáis atentos.

Solía venir a mi casa una labradora, vasalla de mi padre, tan honesta, tan agraciada y tan en extremo bella, que a mí me parecía que la naturaleza había puesto en ella los últimos esfuerzos de su poder. Miréla y quedé ciego, porque desde entonces ni he tenido vista para mirar cosa que no fuese mi labradora, ni libertad para pensar en otro que no fuese

ella misma, cuyos pensamientos me fueron quitando por momentos los bríos de mi juventud y me fueron enflaqueciendo tan apresuradamente mis fuerzas, que me vi forzado a dejarme caer en brazos de una gravísima enfermedad. Bien sabía yo en donde estaba el remedio de ella, pero me era imposible valerme de él, porque la honestidad daba al traste con todos mis pensamientos y el decoro y respeto que yo mismo me debía a mí mismo no sufrían que ni aun imaginase alcanzarle por vía de matrimonio. De esta suerte atada mi lengua y sin libertad de declarar a nadie la causa de mi enfermedad, vivía atormentado mi corazón con las ligaduras de un forzoso silencio que la aumentaba por instantes. La cual como se escondía del registro de los pulsos tenía en suspensión a los médicos y en admiración a todos, a cuya razón juzgaban como cierta mi muerte. De esta certidumbre nacía en todos los que me conocían el dolor y el sentimiento, los cuales obraron más derechamente y con más fuerza en mi tierna madre, viendo que por momentos iba quitándosele de su vista un solo hijo que tenía, un único pedazo de sus entrañas en que libraba todas sus delicias. Llegábase a mí toda sollozando, cargada de amorosas lágrimas, traspasado de dolor su corazón, y halagándome el rostro y pegando sus labios con los míos me decía, tal vez sin hablar palabra, los tormentos que martirizaban su alma. Pero cierto día serenándose un poco y deshaciéndose a fuerza de lágrimas y suspiros el nudo que oprimía su garganta, me dijo:

-¿Es posible, hijo mío, que quieras con tu silencio darte a ti la muerte y quitarme a mí la vida? ¿Es posible que, por no descubrir tu pecho, consientas que sean en breves días cubiertos nuestros cuerpos en mi sepulcro mismo? Habla, hijo mío, arroja de ti la confusión y empacho que embarazan tu lengua y dime lo que te aflige. ¿No sabes que tus riquezas son muchas y que mi amor no tiene términos? ¿No sabes que si en los de la tierra se puede encontrar tu remedio, le buscará mi amor y le alcanzarán tus riquezas? Pues, ¿por qué has de sufrir que quede enferma tu salud y que no la tengan los que bien te quieren? ¡Ay, hijo mío!, que ¿acaso no me conoces? ¿Te has olvidado que soy tu misma madre? ¿Aquella madre misma que...?

No pudo proseguir en sus cariñosas razones, porque la dejaron sin voz las fuerte vehemencias de sus dolores, y yo entonces, por no aumentárselos más, la dije:

-Mi honestidad, oh, madre mía, y el ser quien soy tan tenido hasta ahora sepultada mi lengua en silencio. Pero ya impelido de la fuerza que me hacen vuestras palabras y los tormentos que vos, oh, madre, por mí sufrís, me veo en términos de descubrirlo os ha de servir de más martirio, pues veréis cuán de todo punto es imposible el de mi remedio. Ya conocéis a Bárbara, la hija de Casimiro, vuestro vasallo, que suele venir a esta casa muchas veces. Ya la conocéis, y por lo mismo ya sabéis cuán hermosa es y cuán sobremanera bella. Pues esa misma bella Bárbara es la que me atormenta, esa misma hermosa Bárbara es el principio, medio y fin de todos mis males; esa misma es el instrumento con que, apresurando contra mí sus alas la muerte y aprestando su carrera, va por instantes dando fin a la de mi vida. El amor que su hermosura ha encendido en mis entrañas me consume por puntos, sin que haya modo de apagar tanto incendio; porque ligarme con ella con los lazos del matrimonio no lo sufre la nobleza de mi estado, ni el enlazarme de otra suerte lo permite la religión que profeso.

Esto, señores, es lo que respondí a mi afligida madre, la cual, por no añadir nueva aflicción a las infinitas que me maltrataban, esforzó mis ánimos facilitándome el remedio tal que ni perjudicase a la calidad de mi sangre, ni desdijese de las santas leyes de la religión cristiana. Parecióme que quería encontrar mi remedio entre los que se aplican comúnmente a las calenturas naturales, cuyo parecer acabé de confirmar cuando supe que mandó llamar los médicos más famosos de Portugal y les desmenuzó las causas de mi dolencia. Tuvieron consulta entre ellos mismos, en una sala que sólo la dividía de la en que yo estaba un tabique, que no embarazaba el que sus razones llegasen claramente a mis oídos. Uno de los cuales, después de haber citado superflua infinidad de textos, dijo:

-Según se me trasluce, será imposible de toda imposibilidad la cura de este enfermo, sin no se le extrae toda la sangre de sus venas a fuerza de sangrías, de tal manera ordenadas que, dándose lugar unas a otras, le den bastante para que se genere al mismo tiempo nueva sangre, y para que sin perder la vida el paciente quede de todo punto extinguida su pasión.

Sucedióle otro, que parece había leído y aun sabía de memoria los escritos del narigudo Ovidio, es especial los que tratan de los remedios del amor, y dijo que el único que atinaba era el de la ausencia. Siguióse otro y dijo, citando también a Ovidio, que el remedio que le parecía más acertado era que me empleasen en negocios de importancia, porque entretenida mi atención y empleado mi cuidado en ellos, no tendría lugar de ocuparle en materias amorosas. Prosiguió otro diciendo que, puesto que el amor había echado tan hondas raíces en mi alma y que se había apoderado tan sobremano de mí mismo, le parecía conveniente que yo me forjase en mi imaginación al objeto de mis amores, no como él era en sí, sino como el más feo, como el más horrible y como el más monstruoso que pudiera figurarse entendimiento humano, para que, fastidiado mi gusto y horrorizado todo yo con tanta fealdad, quedase también el amor sin fuerzas. En fin, por no cansaros más, dejo de decir los muchos remedios que cada uno de los otros propuso alternativamente, los cuales fueron tan de ningún provecho como los que os he apuntado, todo lo cual sé por experiencia, porque queriendo yo, a importunaciones de mis padres, usar del remedio de una prolija ausencia, pues el de la sangría quedó reprobado de todos por ridículo, por inútil y aun por pernicioso, me fui en compañía de un amigo y algunos criados. Y paseé la Francia, corrí la Holanda, trasegué la Italia, discurrí por la Alemania y, al cabo de dos años de peregrinación, me volví a mi patria, tan enfermo como cuando me ausenté de ella. Porque a donde quiera que iba, como llevaba en mi alma el vivo retrato de mi labradora, no la podía apartar de mi memoria, ni podía estar sin mirarla, ora fuese en poblados, ora en desiertos, ya en hospedajes y ya en mesones. Eché mano del tercer remedio que me aconsejaron, que es el empleo en negocios arduos, para cuyo efecto me enviaron mis padres a la Suecia con un cargo gravísimo, en la ejecución del cual libraron todas las esperanzas de mi salud. Salíme otra vez de Portugal con solo un criado y, después de algunos días que viajamos, envuelta siempre mi alma en los amores de mi idolatrada Bárbara, metidos ya en el reino de Navarra, al llegar a las cercanías de Tudela... ¡Oh, volubles condiciones de la fortuna! ¡Oh, fortuna, y por cuán desimaginados modos trastornas y perturbas los humanos pensamientos! ¡Por cuán no pensadas sendas nos precipitas en intrincados laberintos, de cuya salida apenas nos dejás ver algún resquicio! Digo, señores, que al llegar cerca de Tudela, me vi metido en un negocio sin

ser buscado, pero tan grave, que me hubiera arrancado el alma juntamente con todo mi amor, si Dios no mostrara su misericordia al par de su justicia. Todo lo cual sucedió de la suerte que voy a decir.

CAPITULO XI

Donde se prosigue la notable historia de nuestro enamorado caballero

Al bajar de un altecillo [sic] topamos con un sombrero ceñido de un cinto de ricos diamantes, cuyas luces debieron de cegar sin duda la vista de mi criado y le forzaron a que apease de la cabalgadura para pillarle, pensando que se le había caído a algún otro pasajero. Pillóle, montó otra vez y proseguimos nuestro camino, del cual, aún no habría caminado treinta pasos más, cuando vimos en la mitad de él un zapato negro, de cuya vira pendía una hebilla guarnecida así mismo de finísimos diamantes. Luego me adelanté a presagiar algún funesto suceso, luego pensé que habría sucedido algún desastre; pero sin embargo apeó mi criado y le pilló con ánimo de entregarlo a su dueño si acaso pareciese. Proseguimos otra vez nuestro camino a paso no muy tirado, tratando del hallazgo y discurriendo quién podría ser su dueño, porque los aderezos, así del sombrero, como del zapato, mostraban ser de principal persona. Y apenas llegamos a pasar por delante de un bosquecillo, que había a la mano derecha del camino, hirieron nuestros oídos unas turbadas voces envueltas entre mortales alientos. Llamó a nuestra atención la novedad, y la caridad cristiana nos obligó a que apeásemos para socorrer al que sin duda alguna necesitaba de socorro. Metímonos por entre unas matas y encontramos tras de ellas a un gallardo mozo de edad al parecer de veinte años, teñido con la misma sangre que vertían sus heridas. Pareciónos ser el dueño del sombrero y del zapato, porque tenía descubierta la cabeza y sin calzado el pie izquierdo, a más de que eran del todo semejantes así los zapatos como las hebillas, y ser igualmente que el sombrero correspondiente a los ricos adornos que se descubrían en el resto de su vestido. Con el zapato y con el sombrero en las manos estaba mi criado, al mismo tiempo que yo probaba si el herido mancebo daba señales de vida, cuando nos puso en confusión un tropel de hombres que, unos a pie y otros a caballo, pero todos armados, venían hacia nosotros precipitadamente. Uno de los que iban a caballo, llegándose a nosotros, dijo con arrogante desembarazo:

-Conque aún no contentos con haberle robado la vida, ¿queréis robarle sus vestidos? Sí, que bien lo muestran vuestras manos manchadas de sangre y los despojos que tenéis en ellas. Pero yo os aseguro que habéis de venir atraillados como perros al calabozo más profundo que haya en la ciudad, y que de aquí a tres días os han de ver las gentes perneando en la horca.

A vuestra consideración dejo el pensar cual quedaría yo a vista de tan no imaginado como terrible suceso. Sólo tuve aliento para decirle:

-Señor, nosotros ni merecemos el calabozo que decís, ni hemos hecho cosa que nos haga acreedores a la horca. Este mi criado y yo íbamos siguiendo nuestro camino en buena

conversación. Al pasar por delante de este paraje mismo donde estamos ahora, oímos unas desmayadas voces que nos forzaron a apejar para socorrer al que las pronunciaba. Hallamos a este hombre tendido como ahora lo está. Acerquéme a él por ver si se le había ido ya el alma, en tanto que mi criado veía si estas alhajas que encontramos en el camino eran suyas. De lo demás no sabemos cosa, porque estamos inocentes.

-¡Válgame Dios! -replicó el otro-. Y ¿aún querrán negar una verdad que no necesita testimonios que la confirmen? Pues a fe mía que no os han de valer excusas, ni han de ser de provecho vuestras satisfacciones. Presto pagaréis vuestro delito, presto sabrá el mundo quiénes son los insolentes que han hecho temibles los caminos y que no dejan gozar pacíficamente a cada uno lo que es suyo.

Sin dejar de hablar cuanto le acudió a la lengua, porque esta gente de corchetería la tiene muy desenfrenada, muy libre y muy atrevida, nos mandó aprisionar. Y cargando el cuerpo muerto sobre uno de nuestros caballos, nos llevaron a Pamplona; dieron parte al corregidor y nos metieron a cada uno en un calabozo tan estrecho, tan húmedo, tan oscuro y tan profundo, que más que calabozo parecía sepultura de vivos. Pensad cuál estaría yo metido en tan rigurosa cárcel, convencido al parecer por todas partes, desamparado de todo el mundo, sin medio de decir a mis padres la extrema aflicción en que me encontraba, temiendo y esperando por momentos el último y terrible que me amenazaba, sin que por parte alguna descubriese la de mi remedio. Considerad si puede darse en el mundo desventura mayor y si puede haber negocios más arduos y que más llamen la atención y el cuidado. Yo veía manchada mi honra, despedazada mi fama y menoscabado mi crédito. Yo miraba ya arrimada a mi garganta la soga con que me habían de quitar la vida. Pues, ¿con qué cuidado, con qué eficacia no solicitaría yo pruebas que mostrasen la ninguna culpa y la mucha inocencia que yo tenía?

-Yo creo, -dijo a este punto Felisinda-, que no tendría entonces lugar el amor para espaciarse en vuestro pecho, ni vos estaríais en términos de ocupar vuestra memoria en objetos amorosos. Y si con todos estos extraordinarios e importantísimos cuidados aún le teníais de vuestra labradora, bien se puede asegurar que para los extremadamente enamorados no hay remedio que sea de provecho.

-Así es, señora, como vos decís, -prosiguió el conde-. Porque cuanto más me apretaban el alma los rigores de mi corta y desdichada suerte, tanto más ardía mi corazón en amorosas llamas y no encontraba otro modo de dar treguas a mis congojas que el entretener mi memoria en la dulce enemiga mía. En conclusión, dos meses estuve en aquella penosa cárcel, sin saber el estado que tenía mi causa, de suerte que me reduje a pensar que los jueces de ella me habrían ya echado al olvido o juzgarían que yo no era ya del mundo. Pero a pocos días después, cuando vivía más desesperado de remedio, me dieron por libre sin hacerme demanda alguna, a causa que un caballero paisano mío y muy amigo, que a la sazón se hallaba en Pamplona, habiendo sabido, no sé por qué conducto, que yo era el tenido por ladrón y por homicida, tomó a su cuenta todo el peso de aquel negocio y dio a entender quien era yo y cuán inocente estaba de la muerte que me imputaban. Salí a cobrar mi libertad perdida, pero no la cobró mi criado, porque le encontraron sin vida en el mismo calabozo que le encerraron. Viendo pues que, a pesar de tantos cuidados, aún se

mantenía en sus mismas fuerzas el amor, y que me faltaba la compañía de mi criado para proseguir el rumbo que llevaba, determiné volverme a mi patria, como en efecto lo hice. Llegué a ella, conté a mis padres lo que me había sucedido, doliéronse de ello y más de ver que todavía me atenaceaba el alma mi pasión amorosa. Algunos días me mantuve en mi casa, en los cuales nunca me faltaron drogas que tomar, pero no servían sino de destruir y enflaquecer las fuerzas de mi naturaleza, que ya estaba harto desfallecida.

En este tiempo acertó a pasar por allí un famoso médico polaco, que había venido a España sólo por curiosidad, el cual fue llamado de mis padres y le contaron mi enfermedad, los remedios de que había usado y las diligencias que habían hecho para encontrar mi salud. Y ya que estuvo bastante enterado de todo, y después que hubo hablado larga y extremadamente bien sobre las causas del amor y sus remedios, dijo:

-Ninguno hay que no sepa los efectos que causa la música. Ella endulza y regala sensiblemente nuestras almas, y con dulce violencia las arrastra y lleva tras de sí a donde quiere. Ella alegra las tristezas, amansa el furor, esfuerza los descaecimientos, pone en sosegado reposo a los inquietos, y, en una palabra, destierra con increíble presteza las desconcertadas pasiones que tiranizan nuestros ánimos; debiéndose todos estos maravillosos efectos a los cinco tonos a que se reduce, a saber, lastio, lidio, frigio, dorio y aeolio, de los cuales el dorio, dando al traste con las torpes pasiones amorosas, infunde honestidad, trueca en vergonzosos los desvergonzados pensamientos y pone en dulce quietud al alma que no la tenía. Aquel rijoso y cuerdo filósofo Demócrito, del dulce y armonioso conciento formado de muchas chirimías, sacaba sanidad para no pocas dolencias. Asclepiades, ¿cuántas enfermedades del ánimo no curó con sola la música? Embarazada la siniestra mano con la lira, e hiriendo sus cuerdas con el plectro que ocupaba la derecha, curaban en la Grecia los enfermos. Hasta las viejas saben que la mortífera mordedura de la tarántula o araña apulia se sana con sola la música, porque incitados e impelidos del son de ella los enfermos, comienzan a bailar tan desaforadamente que, dilatándose los poros del cuerpo, se disipa y despide el veneno envuelto en sudores. Timoteo, insigne citarista de Atenas, regía con su música los afectos de Alejandro, enfureciéndole cuando se le antojaba y amansándole cuando quería. De todos estos efectos sabemos también la causa, y es que al par del movimiento exterior que el aire recibe de los instrumentos músicos, se mueven las fibras y nervios que se propagan hasta el corazón. A cuya causa, si el movimiento del aire es furioso, los nervios se agitan furiosamente, si moderado, moderadamente, y si pausado, con pausas espaciosas comunica su blando movimiento hasta el corazón, el cual padece las mismas alteraciones que el aire exterior. Sabidas, pues, ya todas estas maravillas que están cifradas en la música, fácil cosa será buscar diestros músicos que, divirtiendo al enfermo con las dulces consonancias que encierra el tono dorio, le eleven sus pensamientos arrancándoles suavemente de los objetos amorosos en que están sumergidos.

Con este parecer de aquel sabio médico se alentaron mis padres, y al momento llamaron cuatro músicos de los más célebres, para que me acompañasen por donde yo quisiera, hasta ponerme en esta ciudad y en esta real casa, en donde con la compañía del virrey, mi señor, y de toda su mi muy cara familia, pienso que se ha de remediar mi dolencia. Los cuales músicos son esos caballeros que están presentes, juntamente con esos dos

mozuelos que tienen la voz más suave y más dulce que pueda hallarse en el mundo, de cuyas voces y de cuyos instrumentos músicos redunda una armoniosa y dulce consonancia que me alegra el alma y a las veces me saca fuera de mí mismo.

-Por cierto, -dijo a esta sazón doña Leonor-, que tengo yo de ver si salen acreditadas las alabanzas que mi señor conde ha hecho de sus músicos.

-Eso lo veréis vos, señora, al instante y aun veréis cuán corto he andado en ellas, -respondió el conde.

El cual les mandó al momento que templasen sus instrumentos y que cantasen algo para satisfacer el gusto de doña Leonor.

Y luego, dando las voces al viento, al compás de los instrumentos, cantaron unos versos que decían:

Con apacible rostro y buen semblante
sus delicias Cupido nos ofrece;
sorpréndenos con ellas, y al instante
trastorna nuestro juicio. Se aborrece
por amar a otro objeto el mismo amante,
y evita disfrutar lo que apetece.
Es muy loco el amor, mas su locura
con huírle al principio tiene cura.

Pasmados quedaron todos, así de la destreza y primor con que tañían los instrumentos, como de la suavidad y dulzura con que cantaban; a cuya causa preguntó doña Leonor al conde si había experimentado algún alivio en su enfermedad. A lo cual respondió que no mucho, porque aún había poco tiempo que usaba de aquel remedio, pero que tenía no pocas esperanzas de volver a su salud primera.

-Dios lo haga, -prorrumpieron todos.

Y al instante se fueron cada uno por su parte a hacer lo que más a cuenta les vino para pasar cómodamente las horas de la siesta.

CAPITULO XII

Vuelve Lisandro a proseguir su comenzada historia

No menos contentos que entretenidos estaban todos los de palacio, sin faltarles novedades que oír, ni historias de que admirarse. Y queriendo saber lo que quedaba de la de Lisandro, que era lo que deseaban todos, luego que se ofreció coyuntura de juntarse otra vez le rogaron que la prosiguiese. El cual lo hizo al momento en esta forma:

-Gozoso además se mantenía el capitán en Salerno por verse en pacífica posesión de la libertad que deseaba, y yo, aunque no lo estaba tanto porque me faltaba mi hermana, me esforzaba por estarlo igualmente, arrimándome a lo que suele decirse que la compañía en las sinventuras sirve de consuelo. Pareciónos que no era bien detenernos tanto tiempo ociosos en Salerno, sin solicitar algún remedio que nos condujese a mejor fortuna, y así determinamos buscar alguna nave de las muchas que había en aquel puerto para que nos llevase a donde quiera que fuese, ya por saber nuevas de mi hermana, ya porque el capitán no quería estarse más en aquella ciudad, temeroso de ser hallado si la reina Casilda le enviase a buscar. Con esta resolución nos fuimos al puerto y, antes que llegásemos a él, vimos un poderosísimo navío que, con las velas en alto y viento en popa, venía hacia el mismo puerto. Plegaron las velas con increíble presteza y con la misma arrojaron el esquife al agua, que impeliéndole algunos marineros que saltaron en él, en un instante llegó a besar el puerto. Y en el mismo saltaron dos marineros que, tendiendo de improviso los ojos por todas partes y por entre la mucha gente que había en ellas, dieron con los del capitán, mi compañero, hacia el cual corriendo con ligereza y abrazándole estrechamente le entregaron un pliego de parte de Casilda. Abrióle todo temblando, y vio que le decía brevemente que, aunque en su pecho tuvo cabida el corazón de don Lauro, que éste era el nombre del caballero muerto, no lo tuvieron en su voluntad sus desafueros, y que, al paso que iban creciendo éstos, menguaba el amor que sus nobles antiguos procedimientos se habían granjeado. Que si él pensaba menospreciar sus órdenes, y en efecto las menospreciaba, fiado en su protección, que no sabía con qué alma podía hacerlo, porque nunca la había visto sino muy enemiga de semejantes insolencias. En suma, le mandaba que volviese a su presencia, que ya estaba absuelto de su delito, si acaso lo era.

No pudo el capitán hacer otro que obedecer al mandamiento de su reina y al momento dispuso todo su matalotaje para hacerse a la vela. Y aunque me hizo mucha fuerza para que le acompañase, no pude rendirme a ella, porque no me venía a cuenta su derrota. Y así, después de haberme mostrado con palabras y con algunas lágrimas, que le acudieron a los ojos, el gozo con que se partía y el sentimiento con que me dejaba, se hizo a la mar, dejándome triste y confuso. De cuya confusión y de cuya tristeza resultó el que al siguiente día me embarcase en una gruesa nave que tenía ya las velas en alto para partirse, sin tener rumbo determinado, porque según supe después, era de corsarios. Dimos las velas al viento y al agua los remos con tanto gusto de la tripulación como descontento mío, porque no sabía a dónde iría a parar faltándome el único paradero de mis deseos, que es mi hermana. Y aunque podía buscar ocasión de irme en derechura a mi patria, no consentía que la buscase el sentimiento que causaría a mis padres mi vista sin la de mi querida hermana. A cuya causa tuve por más acertado el discurrir por los mares hasta saber noticia de ella o hasta que tuviese la muerte lugar de llevarseme la vida. Bien imaginaba yo que mi hermana habría ya sido pasto de los peces, pero una confianza tan vana como remota me alentaba el alma y me forzaba a creer que podía haber sido socorrido por otro medio no menos extraño que el mío. Y de esta suerte se esforzaba mi ánimo y se reparaban mis descaecidas esperanzas.

Reverdecieron éstas del todo a causa de unas aunque dudosas nuevas que supe en el mismo navío en que navegaba, porque uno de los marineros que gobernaban los remos le decía al otro:

-Tú no tengas que persuadirme cosa alguna contraria de la que te acabo de decir, porque yo mismo la vi y la hablé, y sé que se llama Felisinda y que es tan hermosa como te he pintado, aunque la pintura que te he hecho no llega a la suela del zapato de como ella es. Y sé también que es tan hermosa como rica, y tan rica como noble, y tan noble como desgraciada, y tan desgraciada como que no te lo sabré ponderar. Y hay más y es que, según allí me dijeron, daría ella por ver a un su hermano que también iba en la misma barca que se hizo pedazos todo lo que acertaren a pedirle, de lo cual estaba ella tan inconsolable que no tenía consuelo, aunque disimulaba mucho su dolor, porque según dijo uno de los que allí estaban era señora de mucha prudencia.

Estas sencillas y rústicas razones me obligaron a que me llegase al que las pronunciaba y le preguntase en dónde había visto a aquella Felisinda y si sabía en dónde paraba. A lo cual me respondió que la había visto en una nave holandesa, cuyos marineros la habían encontrado toda mojada y casi sin vida sobre una roca, y que el capitán del navío había ordenado que la tratasen como merecía su hermosa presencia. Que cuando la vio ya estaba ricamente aderezada, cuyos aderezos subían de punto su hermosura, a cuya causa decían que pensaba el capitán escogerla para su esposa, porque ya su belleza se le había entrado por los ojos a robarle el alma; que en cuanto a su paradero, que no sabía más de que la nave había tomado el rumbo hacia las costas de Túnez.

-Así es la verdad, -dijo a esta sazón Felisinda-, y fue menester que yo le dijese que ya era casada, y que viviendo mi esposo no me era lícito casarme con otro. Pero con todo no cesó de regalarme ni de procurar traerme a su voluntad por todos los medios posibles, los cuales me hacían vivir una vida infeliz, porque pensaba que somos muy flacas las mujeres para resistir las violencias de un poderoso.

-Con estas noticias, pues, -prosiguió Lisandro-, se esforzaron como dije mis descaecidas esperanzas y comencé desde luego a fabricar en mi imaginación mil torres de viento y mil disparatados discursos, que todas y todos venían a parar en si el capitán de la nave querría alcanzar o habría alcanzado por fuerza lo que mi hermana no le concedía de buen grado, arrojándome a lo que ella misma acaba de decir, que son muy flacas las mujeriles armas cuando quiere contrastarlas la violencia. Estos discursos me tenían sobremodo fatigado y me traían melancólico sobremanera, porque los ímpetus de un amor precipitado y lascivo se extienden hasta romper y destruir muros de diamante, no que las fuerzas débiles de un frágil sexo. Leyó el capitán en mi semblante las interiores ansias que me afligían y se llegó con cortesía a preguntarme la causa de ellas, pero disimulando con palabras lo que a mi parecer no podía, le respondí que aquello era efecto de la misma agitación y vaivenes de la nave, que como me había embarcado pocas veces no podía dejar de sentirlo.

-No, no, -me replicó el capitán-, otras causas son las que os traen de esa suerte. Ese aspecto, ese semblante, ese rostro, ese mirar a un sitio mismo largo rato sin pestañear una

vez sola, publican vuestras ideas y dan indicios de estar fuertemente apasionada vuestra alma. Hablad, desahogad vuestro corazón, que lo debéis tener oprimido sin duda; no os empachéis de decirme la ocasión de vuestro desconsuelo, que como su remedio quepa en los términos posibles, sin duda le tendréis, aunque sea a mucha costa de mi trabajo.

A tan corteses ofrecimientos no pude dejar de corresponder, diciéndole sin doblez la verdad del caso, del cual mostró dolerse el capitán apenas lo supo y se me ofreció todo para remediarme. En efecto, mandó luego al piloto que dirigiese el navío hacia Túnez y que barriese todas aquellas costas, ordenando a la tripulación que, en avistando alguna nave, se aprestase para el combate. Aún no bien estaban acabadas de dar estas órdenes, cuando dijo un grumete que, como a cinco leguas de distancia, se divisaba una embarcación, pero que aún no podía distinguir de cuya nación fuese. Apercibímonos todos y a poco rato tornó a decir el grumete que las embarcaciones eran tres y turcas, y que las mirábamos por la proa. Sobresaltados quedamos todos con estas nuevas, viendo tanta desigualdad de fuerzas y que de ningún modo podían competir las nuestras con las enemigas. Y sin tener lugar de hacer otra cosa, nos vimos en breve rato puestos en medio de ellas, que nos cercaron con increíble presteza. ¡Válgame Dios y cuán voltaria es esta que llaman fortuna! Cuando yo pensaba tenerla buena con las nuevas que había adquirido de mi hermana, y con la ayuda que para buscarla me ofreció el capitán, y cuando yo imaginaba verme ya en pacífica posesión del hallazgo que tanto deseaba, y cuando yo presumía haber llegado a la más felice ventura que pudiera prometerme, me vi en la de ser esclavo de aquella maldita canalla.

En resolución, a la primera descarga que hicieron las velas turquescas, quedó rota y destrozada la nuestra y anegándose irremediamente a causa de las muchas aguas que le entraban por las aberturas. Lo cual visto por los turcos, arremetieron a nosotros, con grande algazara y enfadosa gritería, se entraron en nuestro navío con las espadas desnudas y alzados los brazos, pero como no hallaron resistencia alguna, tampoco tuvieron en quien ensangrentarlas. Mandó luego su capitán, que creo se llamaba Solimán Dragut, que nos aherrojasen fuertemente, y que puestos en parte donde nouviésemos lugar de hacerles daño alguno, navegasen la vuelta de Trípoli.

CAPITULO XIII

Refiere Lisandro el modo con que entró en Trípoli y lo que le sucedió en aquella ciudad

-Apenas divisamos su famoso puerto, le vimos todo coronado de una infinidad de gente que a la manera había salido en compañía de su bey a celebrar la victoria que había logrado el capitán Dragut. Derribaron al momento las velas, arrojáronnos en un esquife, impeliéronle con fuerza los marineros, esforzaron todos su gritería, arrastraron vistosos estandartes por el agua y rompiendo impetuosamente el aire con sus artillerías y con sus músicas nos pusieron en tierra. ¿Qué lengua podrá ponderar los golpes, los malos tratamientos que nos hicieron mezclados de vituperiosas y amenazadoras voces? Sí que lo supe yo entonces sentir, pero no lo sabré ahora exagerar.

De esta suerte nos entraron en la ciudad y nos metieron en una oscura y profunda mazmorra, en la cual estuvimos encerrados cuatro días, sin darnos de comer más que algunos granos arremojados [sic], al cabo de los cuales concluyeron la carrera de esta vida mortal y dieron fin a sus desventuras cuatro compañeros míos, que casi les tuve envidia, porque tantas desgracias como sufría me forzaban a desear la muerte. Vino el guardián de la mazmorra a requerirla y, hallando en ella muertos a cuatro de aquellos que había sepultado vivos, dio aviso al bey, el cual luego acudió con noble acompañamiento y con muchos ministros, que, quitándonos las esposas y los grillos con que estábamos aherrojados, nos ataron fuertemente con gruesas cuerdas de cáñamo, a fin de darlo a nuestras vidas arrastrándonos por las calles. Todos corrieron esta desventura menos yo, cuya juventud tierna debió de ablandar sin duda el bárbaro y fiero corazón del bey, porque ordenó al momento que me desatasen y que puesta una manilla en el pie me guardasen para que le sirviese. No pude yo ver cómo se ejecutaba en mis compañeros la tan cruel como bárbara sentencia, pero los lastimeros y amargos ayes que arrancaban de sus pechos herían mis oídos y entrándose hasta el corazón me le dividían en menudas piezas.

Concluida la lastimosa tragedia de mis compañeros y arrojados sus cadáveres en los muladares para cebo de las fieras, me llevaron a casa del bey para el efecto que había dicho. Entré en ella, serví con el mayor rendimiento y exactitud que pude, híceme lugar en las voluntades de cada uno y me granjeé el amor de todos, especialmente de una hija del bey llamada Halima, moza y extremadamente bella, la cual, con corazón más cristiano de lo que prometía su profesión, me consolaba en mis desventuras muchas veces, y en alguna de ellas me mostraba ya con dádivas, ya con promesas, ya con palabras el amor que me tenía. Dos meses corrí esta fortuna sin tener otra mala que la del cautiverio, porque en lo demás no me faltaba cosa de cuantas pudiera pedir mi deseo. Al cabo de este tiempo que he dicho murió en poco menos de ocho días mi amo, con cuya muerte comencé a mirar menos dudosa mi libertad. Lloraron sus amigos, doliéronse sus cercanos, enterneciósse todo el pueblo y especialmente se hicieron ríos de lágrimas los ojos de Halima, que sobre el difunto cuerpo de su amado padre hizo tan tierno y tan lastimoso llanto que no pudieron sino acompañarle en él todos los que le escuchaban. Pero como todo lo consume el tiempo, se fueron borrando a más andar las reliquias que el dolor había dejado en el corazón de Halima, la cual desde entonces comenzó con todas sus industrias y con todas sus mañas a batir la fortaleza de mi corazón. No sabía desviarse de mi lado ni un sólo instante. En el paseo que de ordinario hacía en un hermoso jardín de la misma casa, mandaba que le acompañase, en la mesa me sentaba a su lado, en el resto del día no consentía que me apartase de su presencia; en fin, me trataba no como a esclavo, sino como señor de su voluntad, como varias veces me dijo, y entre otras, después de haber dejado caer de sus ojos algunas lágrimas que parecían líquidas perlas, prorrumpió en estas razones:

-Si al par que el cielo puso toda la hermosura del mundo en tu rostro y toda la gallardía del orbe en tu cuerpo, ha puesto también discreción en tu entendimiento, no dudo, oh, Lisandro, que darás fácil entrada a la fortuna que aprieta está llamando a tus puertas. No dudo que conociendo el bien que te aguarda, vendrás a condescender gustoso en cuanto quisiere decirte. Mira, entre las muchas personas que concurrieron a ese puerto a celebrar

la victoria del valeroso capitán Dragut, fui yo una de ellas, y quizá la única que poniendo en ti los ojos no los tuvo ya para mirar cosas de su gusto, el cual he tenido y tengo recogido en todo lo que eres tú, y cualquiera otra cosa que no seas tú, lejos de alegrarme, me fastidia. A cuya causa supliqué a mi padre que no ejecutase en ti la sentencia que ya estaba pronunciada y que se practicó en tus compañeros. Roguéle también que te trajese a casa para nuestro servicio, y esto encaminándolo todo el amor que al momento deposité en ti, el cual no me daba licencia para que ni un breve instante estuviese sin verte, como lo habrás tocado por tus manos en el tiempo que te tengo en casa. Conque siéndome deudor de esa vida que posees, y debiéndome tantos favores como has recibido de mi liberal mano, no será puesto en razón que me niegues uno que te quiero pedir, el cual, si tienes entendimiento, me dejará a mí sumamente venturosa y a ti puesto en la más alta cumbre de la fortuna, a donde quizá no se habrán atrevido tus esperanzas.

Suspenso estaba yo de tan largo preámbulo, y aunque imaginaba a donde venía a parar, no quise interrumpirla, solamente la dije que los beneficios que me había dispensado tenían atada mi voluntad con cadenas de oro, y así que pidiese lo que gustare que, como no trajese consigo la imposibilidad de cumplirse, verían cuán pronto quedarían llenos los vacíos de su deseo.

-A pedirte yo cosa -me replicó- que trajese consigo la imposibilidad de cumplirse, no tendría de que enojarme si no la cumplieras, pues no soy tan indiscreta que no conozca impracticables los imposibles. ¿Lo es por ventura el que seas mi esposo? ¿Lo es acaso el que un mismo yugo oprima dulcemente nuestros cuellos y que una lazada misma ate nuestras voluntades? Pues en esto solo se ciñe y cifra mi petición: mira cuán a poca costa tuya quedarán satisfechos mis deseos y recompensados todos los beneficios que te he dicho. Piénsalo bien, aunque discurro no tendrás mucho que pensar, si eres discreto como dije. Mis riquezas ya sabes que son muchas, mi hermosura no se te encubre, mi genio ya le conoces, mi discreción no se te esconde, mi trato ya le has echado de ver en el tiempo que me tratas, ¿qué otras cualidades pueden ya desearse en una dama para ser apetecida? Y ¿qué otra fortuna puedes prometerte más feliz en esta vida? Advierte la distancia que hay de esclavo a señor, de pobre a rico, de infelice a venturoso; y siendo tú en este instante infelice, pobre y esclavo, qué duda hay en que forzosamente debes abrazar la mejora de tu fortuna, transformándote, con sólo un sí que pronuncies, de infelice en venturoso, de pobre en rico y de esclavo en señor.

Iba yo a responderle, pero me lo estorbó diciendo que, siendo aquella una de las cosas que no pueden hacerse más de una vez, requería que se premeditase muy de espacio y con bien advertido discurso. Con lo cual me despidió para que pensase la respuesta que la había de dar y, aunque yo la tenía ya bien pensada, pues el ser cristiano no me daba lugar de admitir ninguna de cuantas cosas se me habían propuesto, quise no obstante fingir que pensaba, para no exasperar de súbito el ánimo de la nueva enamorada.

CAPITULO XIV

Donde todavía prosigue Lisandro su historia

-Todo aquel día pasó sin que me preguntase Halima cosa alguna de las de su gusto, pero al siguiente, sin esperar a ser llamado, me entré en su aposento y, antes que me preguntase palabra, me adelanté diciendo:

-Ya veo, señora, que la fortuna con que me brindáis es tan mucha como no esperada, de lo cual me muestro tan agradecido como lo pide el ser yo quien soy. Ya sé que vuestras riquezas son muchas, que vuestra hermosura no tiene igual, que vuestra discreción es extremada y que vuestras partes todas juntas y cada una de por sí son bastantes a rendir al alma más de piedra y al corazón más de bronce. Tampoco ignoro que, aunque carecierais de todas estas tan amables prendas, debiera yo acomodar mi voluntad a la vuestra, en recompensa de la vida que os debo y de tantos favores con que me tenéis obligado. Pero quisiera que advirtierais que vuestra petición anda tan fuera de los términos posibles que no tiene ninguno por donde pueda divisarse su cumplimiento, y que esa fortuna, que tan sin par os parece, es para mí la mayor sinventura que pudiera venirme. ¿Estará bien a un varón cristiano abandonar su ley santa, sólo por abrazar unos bienes fingidos y aparentes que no tienen de realidad más que el ser nada? O ¿será bien que pierda los inestimables tesoros que en el cielo se le prometen, por adquirir los despreciables con que le brinda el suelo? ¿Qué me quedará en adelante, si satisfago vuestros deseos y sacio vuestros gustos? O ¿qué tendré después de haber disfrutado de todas vuestras riquezas en vuestra compañía y después que haya gozado en vuestros brazos las delicias que vuestra hermosura me ofrece? O ¿qué perderé si os pierdo a vos y a cuanto me prometéis? ¿Perderé acaso la vida? No sólo una, sino mil si tuviera sacrificara en este instante, a trueco de no rendir mi voluntad a vuestros deseos. En resolución, señora, la santa ley que profeso no me da licencia para que admita vuestro partido; tomad el que queráis, que antes pisarán vuestros pies este desdichado cuerpo y antes arrancaréis de él el alma que encierra, que oigáis de mí otra cosa de la que habéis oído.

Pasmada quedó Halima con tan no esperada resolución, y, ciega de su enojo, se levantó de improviso de donde estaba y se fue no sé a dónde, dejándome llena el alma de mil confusas cavilaciones. Todavía estaba luchando con ellas, cuando vi que, por la misma puerta por donde se había salido, entraba otra vez con dos turcos cargados, el uno de una gruesa y pesada cadena que llevaba sobre el hombro, y el otro de un cofre lleno de ricas joyas y preciosos vestidos; de todo lo cual, haciendo muestra a mis ojos, dijo:

-Veas cuál de estas dos suertes se te acomoda mejor: si tu voluntad se aviene con la mía que te he declarado, desde luego haré que mis esclavas te vistan los hábitos y joyas que encierra este cofre, para celebrar nuestros desposorios; si quieres mostrarte ingrato y perseveras tenaz en tu propósito, por el mismo estilo haré que te carguen esta pesada cadena, la cual no te quitarás de encima hasta que se te vaya el alma, y aun inventaré nuevos tormentos que sin quitarte la vida te la hagan más dura que la misma muerte.

A vista de tan arrogante determinación, lejos de acobardarme, se engendró en mis entrañas un nuevo espíritu que me forzó a que la respondiese:

-Señora, si con falsas promesas entretuviera vuestros deseos y con fingidas palabras sostuviera vuestras esperanzas, vendría bien esa propuesta que me habéis hecho y podríais esperar que mi voluntad se amañase a abrazar lo que ya os dije que es de todo punto imposible. La primera resolución que oísteis de mi boca, será también la última que proferirá mi lengua, sin que promesas, dádivas, amenazas, ni castigos sean parte para que diga otra cosa.

Apenas acabé de decir estas últimas palabras, cuando por mandamiento de Halima me arremetieron los dos turcos; pusiéronme la pesada cadena al cuello, atáronme los pies con fuertes grillos y me encerraron en una torre que había en la misma casa, mandando por añadidura que ninguno, ni con los ojos, ni con las manos, ni con la lengua, se atreviese a hablarme, más cruel en esto que Trizo tirano. ¿Pero qué? ¿Hay acaso malicia que pueda competir con la de una mujer airada? ¿Hay por ventura dificultades que no atropelle, inconvenientes que no allane, embarazos por que no rompa a fin de cumplir sus designios? Aun le parecían a Halima blandos los castigos que tenía prevenidos, a cuya causa día y noche se desvelaba en buscar otros que subiesen más de punto su crueldad y que dejasen saciados su furor y enojo, tanto mayores cuanto era de grande el amor que antes me tenía. ¡Con qué facilidad pasa una mujer de un extremo a otro sin tocar por los medios! En fin, como animal extremadamente sujeto a las pasiones, no conoce medio: o ama, o aborrece, como dijo uno.

-No más, -dijo a esta sazón Felisinda-, no más, hermano, que puesto que nos da gusto el modo con que relatas tus sucesos, no dejan de lastimarnos las entrañas las riguridades de ellos. A lo menos de mí digo que ya no me quedan lágrimas que ofrecer, pues todas las he enviado ya a la tierra en el discurso de tu historia. En fin, el ñudo de la hermandad que tan dulcemente nos tiene ligados, no me da lugar de no sentir tus desgracias.

-No haya duda en eso, -prosiguió doña Leonor-, pues sobre no tener yo parentesco alguno con Lisandro, siento un no sé qué en mi alma, que me fuerza a lastimarme de sus sinventuras, poco menos que si en mí misma las padeciera.

Con estas y otras razones entretuvieron el tiempo en tanto que llegaba el de la cena, antes de la cual, habiendo logrado Lisandro y Felisinda ocasión y coyuntura de departir un poco, que de propósito buscaron, Felisinda habló de esta manera a Lisandro:

CAPITULO XV

Del razonamiento que pasó entre Lisandro y Felisinda

-Páreceme, oh, hermano, que cualquiera leve dilación de nuestra partida ha de ser ya enfadosa. La afabilidad y la cortesía de estos señores ha llegado ya a lo sumo y ha pisado

las últimas rayas de lo posible. Nosotros ni tenemos con qué agradecer tanta afabilidad, ni nos queda con qué recompensar tanta cortesía. Esperar, pues, ahora a que se añadan favores a favores y beneficios a beneficios, sin esperanza de poder satisfacerlos en manera alguna, lo tengo por errado, ni me parece que está muy puesto en razón, ni creo que nuestra noble sangre tenga ya valor de sufrirlo. Yo he oído decir que entre el bienhechor y el beneficiado debe hacer una contrapuesta porfía, aquel en dar al olvido las gracias y favores que reparte y éste en grabarlos en la memoria para darlos la recompensa que se merezcan. De que en nuestros bienhechores campee esta porfía, estoy tan cierta como que me obliga a creerlo el ser ellos lo que son: cuanto más que a nosotros no nos toca averiguarlo. Pero que en nosotros reine por el mismo consiguiente y que nos falte la posibilidad de salir bien con ella es tan cierto, como lo echarás de ver si pasas una sola vez la vista por estos groseros hábitos que apenas nos cubren, cuya consideración, oh, hermano, es para mi alma una aguda flecha que la atormenta. ¿Qué nos queda ya que hacer en este palacio? ¿De qué ha de servir nuestra detención sino de más entretener el cumplimiento de nuestros deseos? Cuanto más que doña Clara y su hija Constanza no dejarán de vivir ya con impaciencia viendo que, por nuestra causa, se les va dilatando el logro del fin que les sacó de su casa. Y si no han dado ya muestras de su impaciencia es porque no se los permite la buena crianza y extremada cortesía en que se han engendrado. Si quieres que mi corazón sosiegue, da pronto fin al cuento de tus sucesos, aunque sea epilógándolos sucintamente, y luego podrás solicitar con viva diligencia nuestra partida, porque ya, hermano, me aprietan mucho las ganas de que nos veamos en nuestra dulce patria, ya desasosegada vivo porque veo alejarse mucho la posesión alegre de nuestras esperanzas. ¡Ah! ¿Cuándo llegará aquel dichoso día, día de júbilo, en que, dejando tú de ser Lisandro, acabe yo de ser Felisinda? ¿Qué contento podrá imaginarse que iguale a éste? ¿Qué alegría podrá competir con ésta? El vernos tranquilos y pacíficos en nuestra propia casa, con la compañía dulce de nuestros amados padres, tal vez desesperados de volver a vernos, ¿no será un lance tan alegre que borre los azarosos que nos han oprimido tantas veces? El ver trocada en tranquilidad nuestra tormenta, en sosiego nuestros sobresaltos, en paz nuestra guerra, en prosperidades nuestros trabajos y en posesión nuestras esperanzas, ¿no será un contento tan mucho como no ponderable? Cuando mi adorada madre me vea atravesar los umbrales de palacio, ¿cómo podrá reprimir los finos excesos de su dulce amor? ¿Quién será capaz de contener los extremos de su cariño? ¿Cuántas veces enlazará en mi cuello sus dulces brazos y, pegando sus labios con los míos, arrojará...? ¡Ay, hermano! ¡Qué imaginaciones tan alegres desmayan mis bríos y casi casi marchitan el verdor de mis esperanzas!

-No permitáis, oh, dulce hermana mía, -respondió Lisandro-, que temor alguno asalte la fortaleza de tu esperanza. Esfuézzate y no te dejes abatir de los contrarios vientos de nuestra fortuna, que ellos cederán de su porfía cuando vieren que nuestra firmeza no cede a sus combates. Yo te aseguro, hermana, que desde ahora procuraré con todas mis fuerzas atropellar todos los inconvenientes que quisieren oponerse al logro de nuestros justos deseos, romperé por todas las dificultades que intentaren embarazar el cumplimiento de nuestras esperanzas, porque bástame sólo el saber que tu voluntad lo pide, para que se esmere la mía en satisfacerla de todo en todo. Esta noche misma daré fin a la narración de mis sucesos y procuraré al momento la salida de este palacio, para que, llegando al nuestro, se dilaten nuestros oprimidos corazones y se alegren las almas de nuestros

lastimados padres. Y ahora vámonos hacia fuera, que ya deben de estar prevenidas las mesas y no será bien que por nuestra tardanza se entretengan los demás.

Concluida esta plática, se salieron a un espacioso salón donde estaba ya dispuesta la cena. Dieron principio a ella y en su discurso se trató sobre algunos de los lances que le acontecieron a Lisandro desde la división de su hermana, ponderando cada cual el que más lástima le había causado. De esta suerte entretenían el tiempo de la cena, por hacer a más sabrosa.

Todos comían, todos hablaban y todos se alegraban, menos el conde que, sorbido todo en sus amorosas imaginaciones, ni se alegraba, ni hablaba, ni comía; antes sin esperar a que se diese fin a la cena, pidió permiso para ir a acostarse, porque ciertas ansias que sentía en el corazón no le daban lugar de hacer otra cosa. Sobresaltados todos con tan desimaginada e improvisa novedad, le rogaron que se sirviese de detenerse por algún espacio más, en el cual le tendrían de disiparse aquellas ansias que le molestaban y de divertir su triste imaginación, ya con la conversación de todos, o ya oyéndole referir a Lisandro el modo con que escapó de la prisión en que le encerró su enamorada Halima, y el con que llegó a aquella ciudad que, sin duda, era lo que le quedaba por contar.

-Por cierto, señores, -respondió el conde-, que podría servirme de algún alivio y podría dar algunas treguas a mis dolores el oír lo que le queda por contar a Lisandro; pero no sé si tendré sufrimiento para tan larga plática si ya no es que mengüen los rigores de mis accidentes.

Estas últimas razones las dijo ya con lengua perturbada y mezclando otras con no muy advertido discurso, se dejó caer de la silla donde estaba sentado, compelido de un recio desmayo que le embargó los sentidos. El primero que acudió a su remedio fue Lisandro, que por estar en el asiento más inmediato tuvo más comodidad de hacerlo, y tomándole en sus brazos le sostenía, en tanto que todos los demás, llenos de sobresalto y alboroto, buscaban remedios que aplicarle para que tornase en su acuerdo. El cual no tardó mucho en darse a conocer, porque al momento se le repararon al desmayado los descaecidos espíritus y arrimándose a los hombros del virrey y de Lisandro se fue al lecho por su mismo pie. Hicieron que se acostase y, dejándole sosegar un poco, le preguntaron si estaba en términos de oír el de la historia de Lisandro, o si quería que le dejaran solo.

-Que me dejen solo, -respondió-, en manera alguna lo podré consentir, porque temo que me han de asaltar otros desmayos, según que es grande la apretura que siento en el pecho. Puede Lisandro, si le place, referir lo que le queda de su cuento, que tal vez divertirán mis melancolías sus diferentes y extraños lances.

-Que me place, -respondió Lisandro.

Y volviendo a anudar el hilo de su historia, dijo:

CAPITULO XVI

Cuenta Lisandro el modo con que escapó del poder de Halima y llegó a Valencia. Muere el conde a la fuerza de un desmayo y disponen nuestros peregrinos su partida

-En tan estrecha cárcel y en apretadas prisiones, como dije, estaba yo consumiéndome por instantes, porque la perversa Halima mandó que me administrasen la comida en cantidad muy escasa, sin darme de beber más que de unas cenagosas aguas que manaba el mismo piso de la cárcel en que yo estaba.

Una noche, pues, cuando toda la casa estaba sepultada en profundo silencio, oí que abrían las puertas de la prisión. Sobresaltéme todo y pensé al momento que vendrían ya a darme la muerte o a forzarme a que hiciese alguna cosa que temía más que la misma muerte. Llegóse a mí un hombre, que, según pude conocer, era el guardián de aquella cárcel, y me dijo:

-Hombre infeliz, imagina alguna traza para escaparte, porque tu muerte es ya tan cierta, como que tengo orden para no darte alimento alguno que sustente tu vida.

¡Válgame el cielo! ¿Y qué entendimiento por más agudo que sea, será capaz de encontrar términos que ciñan el furor de una mujer enojada? Ella se desvela en buscar trazas para saciarle, ella se fatiga en sus designios para satisfacerle, ella se afana en inquirir industrias para sosegarle; y cuando ni sus industrias, ni sus designios, ni sus trazas son poderosas para lo que intenta, toma en sí misma la venganza y apaga con su propia sangre el furor que arde en su corazón, como lo veremos en mi enamorada Halima.

Apenas acabé de oír las razones que me dijo el carcelero, le respondí:

-Los piadosos cielos te recompensen el bien que me has traído con tu noticia, que, aunque funesta, no deja de alegrarme el alma, viendo ya tan cercano el fin de mis desventuras. Bien quisiera que se dilatase algún tanto, a lo menos hasta saber si está todavía en este mundo una hermana mía que idolatro, pero veo tan tomados por todas partes los caminos de saberlo, que no encuentro alguno que para ello sea de provecho.

-Ceder a la fortuna, cuando no hay remedio alguno para contrastarla, es acertada prudencia, -me replicó el carcelero-; pero también es torpe necedad creer que la negligencia pueda abrir las puertas de la dicha. En los lances más apretados se debe utilizar el ingenio, para que la industria los modere y suavice. Yo bien pudiera desaherrojarte [sic], pero no me atrevo, porque si lo hiciera no me quedaría más tiempo de vida que el que tardase en saberlo mi ama. Lo más que puedo hacer, y haré mucho, es darte una lima para que poco a poco vayas rompiendo esos hierros que te tienen preso, y una vez que te veas libre de ellos, podrás ingeniar algún modo de escaparte, aunque sea subiéndote a lo alto de esta torre y arrojándote al mar, que por aventurar una vida condenada a muerte por mayores peligros se puede atropellar. Si te pudiera dejar abiertas las puertas y fácil la salida, lo haría de buena gana, créeme, pero me es de todo punto imposible, a causa que Halima tiene en su poder las llaves de ellas y sólo me las deja para

cumplir con mi cargo. Cuanto más que si ahora te las dejase patentes y despejadas, y al volverle las llaves a Halima le viniesen ganas de visitarte y no te encontrara, ¿qué sería de mí? Tú esconde esa lima en parte donde no la tenga mi ama de encontrarla, si acaso viene a requerirte, y donde tú la tengas de recobrarla cuando quieras libertarte.

Con esto que me dijo el carcelero se salió de la cárcel, dejó las puertas bien cerradas y yo me quedé lleno de mil tristes imaginaciones que todas venían a parar en mi muerte. No vino Halima en todo el siguiente día a hacer la pesquisa de la cárcel, a cuya razón le pasé yo pensativo además, y con ánimo de hacer aquella noche lo que me había dicho el carcelero. Llegóse la noche, esperé a que el sueño se entrase pro toda la casa, puse atentos oídos por si se oía alguno que pudiese escucharme, tomé la lima para poner en practica mi resolución, y al punto que la apliqué al hierro, llegaron a mis oídos unas voces que no podía entender claramente, pero ahogando el aliento en mi pecho y poniendo más cuidadosa atención, oí que de los que hablaban el uno le decía al otro:

-No sé con qué paciencia lo pueda llevar, porque en verdad la estimaba mucho; y pensaba que una vez que el gran señor la recibiese, tendría en recompensa todo lo que pudiera pedirle su deseo. Porque, en efecto, era prenda de mucha estima, y juntamente con las muchas perlas y costosísima pedrería de que la había aderezado, valía todo un mundo.

-¿Pues qué? ¿Qué ha sucedido? -preguntó otro, que a la manera no había escuchado toda la conversación.

-Que ha de suceder, -respondió el primero-, sino que el cadí tenía una hermosísima doncella que le regalaron unos corsarios que la robaron de un navío holandés, y por ser de las más hermosas que ojos humanos han visto, a lo menos por estas partes, la envió la semana pasada por regalo al gran señor. Y aún no habría seis horas que se había hecho a la vela, les embistieron dos gruesísimas naves españolas, que destrozaron a los nuestros y les robaron cuanto llevaban en el navío. Pero de ninguna pérdida ha hecho más sentimiento el cadí que de la de Felisinda, que así creo se llamaba la doncella.

Apenas llegó a mis oídos el dulce nombre de Felisinda, cuando comencé a palparme todo el cuerpo y hace otras experiencias que me acreditasen que no estaba dormido, por parecerme que tanta ventura no era sino para soñada. Alegróseme el alma al saber que estaba en poder de españoles, por ser gente en que campea más la magnanimidad, la nobleza y el cortés comedimiento. Y, aunque no sabía en dónde sería su paradero, se esforzaron mis esperanzas; y sacando fuerzas de mi flaqueza misma, resolví en mi interior el atropellar por la misma muerte hasta encontrar la inestimable prenda de mi hermana.

-¿Conque también Felisinda, -dijo a este tiempo doña Leonor-, estuvo cautiva en la misma ciudad que Lisandro? Fuerte cosa es el no haber sabido el uno del otro en tanto tiempo y estando tan cerca.

-No es muy fuerte, señora mía, -respondió Felisinda-, porque mi amo me tenía en tanta apretura que aun no sufría que tratase con los mismos domésticos, temeroso de que me solicitase el viento.

-El de mi fortuna, -prosiguió Lisandro, después de otras razones que mediaron-, parece que comenzó a soplar en mi favor, porque a poco rato que forcejaba con mi lima para romper las cadenas que me atraillaban, me vi libre de ellas. Levantéme en pie, corrí todos los calabozos que estaban abiertos y desentrañé los más escondidos rincones de ellos; en uno de los cuales pude ver, con la escasa luz que por una pequeña reja enviaba la luna, digo que pude ver un barril de los más crecidos, y junto a él una gruesa cuerda de esparto, con lo cual se esforzaron mis esperanzas y se asomó el regocijo a mi corazón, viendo cuanto podía facilitarme la ejecución de mis designios.

Con el barril a la vista y con la cuerda en las manos estaba yo fabricando nuevas ideas, cuando me sobrevino de improviso un accidente que casi echó por tierra todo el edificio de mi contento. Sentí que abrían la puerta de la cárcel y, por entre unas rendijas que se hacían en la pared del calabozo donde estaba, barrunté que el que entraba por la puerta era Halima, que con una luz en la mano venía a la manera a hacer el registro que el carcelero me había dicho. Quedéme absorto con tan desimaginada vista, desamparéronme los espíritus, desmayáronse mis alientos y me quedé como estatua inmóvil, pensando que aquel sería el último punto de mi vida.

Entróse Halima en derechura al calabozo de donde me escapé dejando rotas mis cadenas, y cuando las vio desembarazadas y limpias, y junto a ellas la lima que lo fue de mis desdichas, se dio una terrible palmada en la frente, metióse la mano en la faldriquera, sacó un agudo cuchillo, y diciendo solamente: ¡Ah, traidor!, se le hincó en el pecho y cayó en el suelo sin vida, con tanto despecho suyo como gusto mío, viendo por cuán no imaginados rodeos quería el cielo librarme de aquel peligro que me amenazaba tan sin remedio.

Apenas hube visto lo cual, cuando, con más priesa de la que prometía mi turbación, me puse en la calle, que como el viento de mi fortuna había comenzado ya a soplar favorablemente, encontré abiertas todas las puertas y sin ningún estorbo que me impidiese la salida.

Puesto, pues, en la calle, como dije, me entré por aquellas tierras adelante sin saber qué rumbo tomaría para excusar el ser otra vez pillado de aquella gente. No daba paso sin que me amenazase un peligro, mirando en todos ellos mi muerte como cierta, cuya certidumbre llegó al más alto extremo que pueda discurrirse cuando me vi puesto entre unos montes habitados de hombres salvajes que, queriendo trocar su humanidad en fiereza, y todo su ser en el de irracionales y fieros brutos, infundían terror a toda gente. Allí sí que temí haber sido cruel despojo de aquellos bárbaros, pero le plugo a la infinita misericordia de Dios que saliese libre de entre ellos, obligado quizá de los muchos ruegos y promesas que le hice de lo más íntimo de mi corazón.

Pasado ya aquel peligro sin daño alguno, llegué al cabo de muchos días a la cumbre de un monte contra que las olas del mar batían desesperadamente. Extendí cuanto pude la vista por todas partes por ver si descubriría alguna que lo fuese para mi remedio, pero no pude ver ninguna en todo el distrito que alcanzaba la vista. A cuya causa, y porque ya la noche daba muestras de entrarse a todo andar, bajé a refugiarme en una quiebra que se formaba en aquel mismo monte, con ánimo de esperar allí que llegase otra vez el día y ver si me abriría algún camino para mi consuelo. Toda la noche pasé con aquel sobresalto que se deja discurrir, agazapado entre aquellas peñas, llena el alma de mil temores que la tenían en perpetuo desasosiego. De cierto no pasaba un instante en que no volviese los ojos hacia el oriente por ver si comenzaba a declararse la aurora, la cual me parecía que se entretenía más cuanto más la deseaba, efectos propios de una cercana esperanza que hace parecer dilatados siglos los más cortos espacios de tiempo.

El de amanecer se llegó cuando volviéndome a subir a la cumbre del mismo monte divisé muy a lo lejos una como pequeña marañita que no podía distinguir si sería nube o alguna embarcación reducida a pequeña, a causa de la mucha distancia que mediaba. Sin embargo, se me regocijaron los espíritus y me estuve esperando a ver lo que daba de sí aquel descubrimiento. Aún no habría dos horas que se había entrado el día, vi que era una poderosa nave que caminando viento en popa daba muestras de que había de pasar por frente del peñasco donde yo estaba, como en efecto lo hizo pasando tan a corta distancia que no impidió el que mis señas y gritos que esforzaba cuanto podía llegasen a los oídos de los marineros que, movidos de la compasión que yo les debí causar, echaron la lancha o esquife al agua para socorrerme. Apenas vi lo cual cuando, sin tener sufrimiento de que llegase a donde yo estaba, me arrojé animosa y alegremente por entre la mitad de las aguas hasta topar con el esquife en que fui recibido con mucho agrado. Subiéronme al navío, recibíome amorosamente el comandante, hizo que me quitase los mojados vestidos, púseme estos soldadescos que me cubren, preguntáronme de mis sucesos y yo se los referí del mismo modo que los habéis oído.

Proseguimos el mismo rumbo que llevaba, que era de desembarcar en Cádiz, pero yo le dije que llevaba ánimo de aportar en Valencia, si había posibilidad para ello, porque allí quería dar principio a la busca de mi hermana. Prometióme el capitán que así lo haría, que puesto que la priesa que llevaba no sufría que se detuviese un momento, sin embargo daría orden de que en el esquife me condujesen a la playa que tanto deseaba, cuya generosa resolución le agradecí con las mayores veras que pude.

En conclusión, al pasar por frente de esta ciudad, dio a sus marineros la orden que me había prometido. Salté en el esquife que, impelido de cuatro forzudos marineros, no tardó mucho en encallar en la arena. Puse los pies en ella, agradecíles tan singular beneficio, tomaron otra vez la vuelta del navío que habían dejado y yo me senté en un árbol de navío que había tendido sobre la arena. Asaltáronme al instante mil confusas cavilaciones, contemplándome en extrañas tierras, sin dinero alguno que pudiese sustentarme y sin despachos para la riguridad de mi persona, motivos todos que de repente me derribaron hasta el más profundo abismo de melancolía. Finalmente, por no entretener más la larga narración de mi historia, digo que, estando de la suerte que os acabo de decir, vi movida una pendencia entre unos marineros, en medio de la cual me vi

metido, sin que mi cuidado fuese parte para evitarlo y sin que fuese poderosa mi diligencia para librarme de una cuchillada que me dieron en la cabeza, que aunque de poca consideración no dejó de bañarme los vestidos de sangre que me salía de la herida. Azorado de tan no esperado golpe, puse en huir todo mi remedio, pero sólo fue para dar más presto en manos de la justicia que había salido ya en busca de los reñidores. Prendiéronme, pusieronme en la cárcel, tomáronme declaración, dije la verdad, no fue creída, que como me veían extranjero vestido a la soldadesca, sin patentes que me abonasen y sin indicio que no me hiciese sospechoso, creyeron sin duda que yo era tráfuga y con la añadidura de haberme visto huir bañado en sangre de en medio de la pendencia, no les quedó lugar de admitir las disculpas que daba de la culpa que no tenía.

¿Cuántas veces permiten los cielos que se oprima a la inocencia para que entendamos cuán limitado es nuestro poder y para que veamos cuán inescrutables son sus juicios? ¿Qué mayor seguridad podía yo tener de mí mismo que mi inocencia propia? Y con todo, de allí a pocos días me vi citado y puesto en público suplicio a vista de infinita gente, esperando por instantes el en que pasasen mi pecho las balas y se me llevasen la vida. Pero el cielo, que aún no me tenía del todo olvidado, el piadoso cielo, que está siempre de parte de la inocencia, ordenó por vías a nosotros escondidas, que llegase en aquel terrible punto mi hermana y sucediese lo que habéis visto.

Ésta, señores, es mi historia, estos mis sucesos, si se os traslucen tales que me hagan digno de lástima, habedla de mí, y si no, haced lo que más fuere de vuestro agrado.

Suspensos y admirados quedaron todos los que habían escuchado a Lisandro, especialmente lo quedó doña Leonor, que casi disgustada de que hubiese dado tan presto fin a su gustosa plática, dijo:

-Está bien; ya sabemos los rigurosos lances que han traído a Lisandro a éste tan agradable y gustoso en que está gozando de la compañía dulce de su hermana; sepamos ahora cuáles pasaron por ella misma, desde que se dividió de Lisandro hasta este mismo punto.

-A eso, señora mía, -respondió Felisinda-, daré satisfacción entera con decir...

Pero no pudo decir nada, porque la interceptó el habla un recio y mortal desmayo que le asaltó al conde, y bien digo mortal, porque a pesar y despecho de las diligencias que practicaron y de los remedios que le aplicaron, se le entró la muerte a tomar posesión de su vida, dejando a todos los circunstantes confusos y atónitos con tan improviso como lastimoso trance. Allí fue el suspirar el virrey, el gemir doña Leonor, el lamentarse todos, y el pasmarse nuestros peregrinos, los cuales viendo tanta confusión y alboroto en palacio, y dejando que el sosiego se entrase un poco por los corazones de todos, se llegaron a doña Leonor y le suplicaron que, puesto que en aquel suceso no podían ser de provecho, antes podrían causar embarazo, les diese licencia para marcharse, porque la priesa que de llegar a su patria les molestaba, no permitía que se les opusiese tanta ociosidad.

Bien quisiera doña Leonor que no marchasen tan presto, por la mucha afición que les había tomado, en especial a Felisinda, pero viendo alborotado el palacio y que el alboroto había de crecer por momentos, luego que la muerte del conde se divulgase por la ciudad, transportada toda en aquella confusión, sin reparar en nada, ni procurar saber de ellos más de lo que había oído, que era nonada para quedar informada de la calidad de sus personas, les dio permiso para que siguiesen su destino, rogando a su marido les diese los despachos que no tenían para su seguridad.

No quisieron nuestros peregrinos entretenerse a ver los funerales del conde muerto, y así al otro día, después de haber dado los agradecimientos posibles a sus bienhechores, tomaron el camino de Zaragoza, que era el de lograr el fin de la peregrinación de doña Clara y de su hija Constanza.

LIBRO TERCERO DE LOS TRABAJOS DE NARCISO Y FILOMELA

CAPITULO I

Salen de Valencia para Zaragoza y acontecen nuevos sucesos

No tuvieron poco de que admirarse nuestros peregrinos con la historia del conde enamorado, cuyos amores le apresuraron la muerte, de manera que en la mitad de su juventud le cortó el hilo de su vida. A cuya causa dijo Constanza:

-Gracias hago a los cielos, que aún no he experimentado qué cosa sea amor, y quieran ellos mismos que enjamás me enrede entre sus lazos, aunque creo que no serán de provecho todas sus fuerzas para reducirme a que milite bajo sus banderas, porque no tengo el corazón tan blando que puedan imprimirse en él las lisonjas y los engaños de los amantes, por más que en ello se desvelen.

-Callad, señora, -respondió Lenio-, que sabéis vos poco hasta donde se extiende el poder del amor. ¿Qué? ¿Acaso no os acordáis de aquella Leonisa que encontramos allá en un bosquecillo cerca de vuestra quinta? ¡Cuán áspera, cuán dura y cuán enemiga del amor se mostraba en los principios! Y no obstante, mirad cómo vino después a sujetarse a sus leyes y a hacer todo lo que ella nos contó. ¿Quién oscureció la gloria de los trabajos de aquel grande Alcides que limpió de monstruos la tierra sino el amor? Él solo hizo que sus brazos, acostumbrados a domeñar una pesada clava, y a arrancar los más robustos árboles, rodasen un pequeñuelo huso al lado de la reina Onfale. Él solo hizo que el sabio Salomón tropezase y cayese en idolatrías. Él solo hizo que la cruel Medea esparciese por los caminos los tiernos miembros de su hermano Absixto. Aun aquellas almas grandes, aquellos varones ilustres, cuyos pechos armó de valor el sangriento Marte y cuyos brazos compelidos de un esfuerzo noble vencieron reyes, conquistaron imperios y ciñeron sus sienes con coronas tejidas de glorias, de hazañas y de conquistas, hubieron de postrar su orgullo a las dulces fuerzas del amor. Yo bien pudiera traer a la memoria infinitos ejemplos que confirmasen la verdad que os voy diciendo, pero temo molestar vuestra

paciencia con la larga serie de personajes que, ni pudieron librarse de las locuras del amor, ni de sus violencias. De sus locuras no pudo escaparse ni aquel decantado Narciso, cuando mirándose en la corriente vaga de la fuente Liriope, se enamoró de sí mismo; ni la sucia y asquerosa vieja Acca, cuando mirando en un espejo su disforme y feo semblante, quedó enamorada, ciega y celosa de sí misma; ni Aerges, que adoró al plátano; ni Glauco que amó a su caballo. De sus violencias, ¿quién pudo libertarse? La apretada clausura, el torreado castillo en que encerró Acrisio a su hija Dánae, no fue harto robusto para hurtarla a los engaños de su enamorado Júpiter. Europa no pudo librarse de las industrias de este mismo, que abandonando con torpe desenfado el cetro real, se disfrazó en un toro blanco para robarla, mas sin sorpresa. Endimión, el desamorado Endimión, después de haber desdeñado los amores de Clicie, después de haber despreciado los afectos tiernos de Lisi y después de haber burlado los afectuosos cariños de todas las pastoras del Latmos, hubo de rendirse al amoroso fuego de la bella Febe. Señora, en el campo donde amor toma partido, enjamás deja de salir triunfante: parece que lleva atada la victoria a su bandera.

No quiso replicar Constanza por saber que no era para competir con Lenio, pero aunque lo fuera no hubiera podido, porque un ruido que oyeron entre unos espesos árboles, les puso en suspensión a todos.

Adelantóse Lisandro a escudriñar la causa, y vio colgado de un árbol a un hombre con un cordel que tenía atado por la garganta. Pasmóle tan horrorosa vista, pero no fue parte este pasmo para que no se llegase al ahorcado y le cortase el lazo que le apretaba. Cayó en tierra, tentóle el pulso y vio que aún daba señales de vida.

Ya en este tiempo habían llegado los demás peregrinos y cada uno por su parte se esmeró en aplicarle remedios para que volviese en su acuerdo. Y ya que hubo visto como asombrado a los peregrinos que le rodeaban, dijo:

-Si sois vosotros los que habéis usado de esta caridad conmigo, no sé si os dé gracias por ello, pues no habéis hecho otro que volverme a una vida que aborrezco, la cual por tan infeliz me condujo a los extremos de desesperación que habéis visto.

-Sosegaos, señor, -respondió Lisandro-, y dad lugar a que le tengan en vuestro entendimiento discursos más acertados. Sosegaos, digo, y veréis cómo os hemos hecho el mayor bien que pueda imaginarse. ¡Qué vida tan infeliz podía ser la vuestra que no lo fuera más la que escogíais! ¡O qué sinventuras os podían atormentar el alma en esta vida, que no lo fueran sin ponderación mayores las que os amenazaban en la otra que buscabais! Vos no teníais valor para sufrir las desgracias que os han afligido hasta ahora y, por escapar de ellas, os arrojabais en manos de otras, cuya riguridad no conoce límites que la ciñan. Con la vida tal vez se mejoran las contrarias suertes, aunque no sea más que fiando en su inconstancia misma; pero con la muerte, y más con tal muerte, lejos de mejorarse se empeoran, haciéndose tanto más insufribles cuanto tienen de más duraderas, cuya duración se aventaja a la de los mismos tiempos. Estas evidencias que os acabo de hacer dejarán sin duda convencido vuestro entendimiento, si le despejáis de las pasiones que le ofuscan y dais lugar a que entre la luz de la razón que os había desamparado. Y

sino, decidme, ¿puede haber locura mayor que enojarse, que airarse un hombre contra sí mismo? Que la osa herida y desesperada ya de remedio sin hincarse por entre las aberturas de su llaga cuantos garranchos y cuantos abrojos encuentre, está bien, puede disimularse, porque en fin es bruto que carece de razón y no sabe lo que se obra; pero que un hombre racional, que un hombre cristiano en cuya alma puso la divina omnipotencia aquella indefectible luz que le sirve de guía en todas sus operaciones, se arroje en brazos de una desesperación, ni está bien, ni puede disimularse. Conque así, señor, volved en vos y no os dejéis llevar en adelante de vuestras pasiones, que lo haréis procurando contrastarlas en sus principios, cuando todavía no han profundizado mucho sus raíces. Pero ahora decidnos, si os place, los motivos que os han obligado a hacer lo que habéis hecho, que indubitablemente serán de mucho peso.

-Sí diré, -respondió el otro-, si tenéis paciencia de escucharme.

Y comenzando su razonamiento habló en esta forma:

CAPITULO II

Donde se cuenta quién era y lo que dijo el ahorcado

-Yo soy un hombre a quien la fortuna [sic]na concedió riquezas y nobleza la naturaleza misma; y tanto que, ni en esta, ni en aquellas, hay alguno que me compita entre todos los de mi patria, que no os nombro por no ser preciso para el intento y porque no se dilate más mi deshonra. Crieme como pedía mi calidad y, apenas llegué a tiempo de tomar estado, tomé el del matrimonio, casándome con una doncella principal, adornada de todas las calidades que se pudieran desear, de la cual, por favor del cielo, tuve una sola hija, que por ser sola, además de que era sobre todo encarecimiento hermosa, se crió la más regalada y favorecida que padres engendraron. De estos regalos y de estos favores se mostraba tan agradecida que, ni a ella le quedaba más que hacer, ni a su madre, ni a mí, más que desear; porque con su natural recato y honestidad, y con las demás virtudes, así adquiridas, como naturales, llenaba todos los vacíos de nuestros gustos. Toda la complacencia de su madre era tenerla junto a sí, y cualquier leve momento que se apartaba de su lado parece que estaba sin sosiego y le faltaba toda su alegría. Si alguna vez leía en su semblante género de aflicción alguna, ¡qué solícita no se mostraba en escudriñar la causa de ella para remediarla! Si tal vez algún accidente perturbaba su alegría, o alguna leve enfermedad trastornaba su salud, ¡qué diligencias no hacía para su remedio! En fin, ella era el objeto de nuestros cuidados, de nuestras delicias, y todo nuestro regalo le teníamos cifrado y recogido en ella sola. Ésta, pues, tan regalada y tan querida hija, cuando la comenzábamos a mirar en estado de tomar cualquiera que no se opusiese a su calidad, comenzó a olvidarse de sí misma y a derribar por tierra todo el edificio de nuestro contento y de nuestra honra. ¡Ay, señores, que no sé si tendrá valor mi lengua para decirlo! ¡No sé si habrá en mis labios aliento para proferirlo! ¿Quién había de pensar que una hija idolatrada de sus padres, hecha el blanco de todos sus regalos, había de tropezar y caer en un barranco donde quedase sepultada nuestra honra? ¿Qué

entendimiento, por más agudo que fuese, podía precaver que una hija única en lo que es ser hermosa, y sin igual en lo que es ser rica, que una hija primera en lo que es ser noble, y sin segunda en las demás calidades que puedan desearse en una dama, que una hija solicitada de los principales de su misma patria y de fuera de ella, que una hija... No he de decirlo: que una hija mía había de casarse con un verdugo.

Apenas acabó de proferir estas últimas razones el despechado caballero, cuando le asaltó un tan recio desmayo que le dejó sin sentidos. Hicieron luego aquellas diligencias que suelen practicarse en tales casos; pero, a pesar de todas ellas, se mantenía el desmayado sin dar el más ligero señal de vida, de lo cual se mostraban nuestros peregrinos sobremodo lastimados, y no faltó quien derramase algunas lágrimas que lo acreditasen.

Largo tiempo le duró al caballero el desmayo que por puntos daba a entender que se le había llevado el alma, y cuando ya del todo se confirmaban en ello, vieron que, arrojando un dilatado suspiro, se levantó por sí mismo y dijo:

-¡Ah, hija ingrata! ¿Así recompensas los cruelísimos dolores que sufrió tu madre cuando te arrojó al mundo? ¿Así satisfaces las fatigas, los cuidados, los desvelos, las lágrimas de una madre que por largo espacio alimentó tus miembros con su misma sangre? ¿Este pago das a los dulces besos que, envueltos entre tiernas y amorosas lágrimas, imprimió tantas veces en tu rostro tu mismo padre? ¡Ah, hija cruel! ¡Y cuán mejor te fuera o no haber nacido, o haberte ocultado entre las sombras de la muerte antes de llegar a tan infeliz extremo!

Aquí respiró un poco el afligido caballero y, serenándose un tanto con las discretas consolaciones que le dieron nuestros peregrinos, prosiguió diciendo:

-Tomó a su cargo la fama el divulgar la hermosura y demás partes que hacían amable a mi hija, y pasando los límites del reino, se entró en los de los comarcas, de los cuales salieron muchos y grandes señores que públicamente la solicitaban, la pretendían y la deseaban para esposa; pero estos deseos, estas pretensiones y estas solicitudes hacían tan poca impresión en su alma que nos dábamos a entender, o que era de bronce, o que miraba con aversión el estado del matrimonio. ¡Mas ay! ¡Y cuán vana era nuestra inteligencia! Tenía puesta su alma en otra parte y no la tenía para dar oídos a las pretensiones de las otras que la solicitaban. Pero, ¿quién era capaz de imaginar tan grande desatino? ¿Quién había de pensar que el desprecio que hacía de tanta nobleza, nacía del aprecio de...? Mas, ¿de qué me sirve entretener mi memoria en tan tristes recuerdos, sino de alimentar los dolores que me lastiman el alma? En resolución, por acabar presto con tan funesto suceso, digo que una mañana al ir una criada, que sólo lo era de mi hija, a despertarla y a vestirla, vio que ya no estaba en el lecho. Sobresaltóse sobremanera, cuyo sobresalto llegó al último extremo cuando reparó en que faltaban del aposento dos cofres en donde tenía encerradas todas sus galas. Vino al momento a darnos aviso de lo que sucedía, llena de lágrimas y ocupada el alma de mil temores, que apenas le permitían mover los labios para decirlo. ¡Válgame el cielo! ¿Qué lengua podrá ponderar los sobresaltos que en aquel mismo instante nos sorprendieron? La misma priesa que nos compelia para que viésemos la verdad de lo que nos dijo la criada, nos embarazaba los

pies y a penas podíamos dar un paso sin tropiezo; pero por fin llegamos a la estancia de mi hija, y cuando vimos con nuestros mismos ojos desembarazado el lecho y la falta de los cofres, nos sobrevino un desmayo que nos arrebató los sentidos. Alborotáronse los criados, sobresaltóse la familia, extendióse la confusión por toda la casa, la cual al instante se llenó de infinita gente que acudió a saber la causa de tanto alboroto. Y ya que la hubieron sabido, avisaron a todos los parientes, los cuales, sin tener cuenta con nuestro desmayo que aún duraba, dieron orden, según que supimos después, de que los criados tomasen cada uno un caballo y se fuesen por todas partes en busca de la desaparecida hija. Vueltos en nuestro acuerdo y, no contentos de las disposiciones que se habían tomado, mandamos echar bandos prometiendo crecidas sumas de dinero a quien la encontrase. Mas, ¡ay! ¡Y cuán para nuestro tormento fueron tantas diligencias! Seis días tardaron en venir nuestros criados y, no atreviéndose a decirnos aquellas mismas nuevas que habían adquirido, se mantenían en perpetuo silencio, a pesar de todas nuestras preguntas, que no alcanzaban más que mentidas respuestas y frívolas satisfacciones.

En resolución, de allí a dos días llegaron a nuestros oídos las funestas nuevas que no quisiéramos oír; y ya en todos los corrillos que se hacían en la ciudad no se hablaba de otro sino que el verdugo había sacado de su casa a Isabela, la hija de don Eduardo, que este es el nombre de este desventurado. A vuestra consideración dejo el ponderar los efectos que debieron de causar en nosotros tan fúnebres noticias, que yo sólo os sabré decir que mi mujer se hubo de postrar a un desmayo que le quitó la vida, y yo, despechado y desesperado, por no vivir con tanta infamia, me ausenté de mi patria y me fui por esos caminos, acompañado sólo de mis melancólicas y confusas imaginaciones, las cuales batiendo de continuo en mi alma me redujeron al infeliz extremo que habéis visto, y ahora creo que me han de conducir al último de mi vida.

Y dando un amargo suspiro, vomitó el alma de improviso.

Lastimados quedaron los peregrinos, así de la repentina muerte del caballero, como de las causas que se la habían apresurado, y no extrañaron que hubiese llegado a los últimos extremos de desesperación a vista del trágico suceso de su hija.

Diéronle sepultura, cubriéronle con tierra y piedras, pusiéronle una cruz encima y, recogiendo todos sus ajuares, tomaron otra vez el camino.

CAPITULO III

Prosiguen su viaje y continúan los sucesos extraños

Mucho sintieron nuestros peregrinos el desatino de la hija de don Eduardo y, después de haber murmurado sobre él, dijo Lenio:

-Que me maten si no se ha arrepentido ya mil veces la niña; porque este amor precipitado y lascivo, si acaso merece el nombre de amor, que con más propiedad debe llamarse

apetito, tanto dura cuanto tarda el cumplimiento de sus gustos, que una vez cumplidos, ya no dejan de sí más que arrepentimientos, convirtiéndose en ascos los que antes se aprendían como deleites.

-Ya veo, -dijo Constanza-, que hasta las voluntades más libres están expuestas a los arrojos de este cieguessuelo amor, del cual he oído decir que una tal vez los extremos que están entre sí más distantes, como lo hemos visto en el suceso que acabamos de oír. Porque, ¿qué mayor distancia puede darse, que la que hay de una dama principal a un verdugo? Y a pesar de todo esto, vemos que los ha unido tan estrechamente como que ya se han hecho inseparables, si no al rigor de la muerte u otros accidentes más rigurosos que la misma muerte. Bien que estos casos rara vez acontecen en el mundo, y tal vez los permite Dios para que las mujeres seamos menos antojadizas y más recatadas, no dando tanta libertad a los ojos, a lo menos para que no pongan la vista en sujetos bajos y humildes, que de ordinario de ella sola suele engendrarse el amor, y una vez que tenga echadas hondas raíces en el alma, no repara en inconvenientes.

-También a las veces, -prosiguió Lisandro-, suele ser permisión de Dios, para que los padres tengan más cuidado en la educación de sus hijos, cuyo cargo es de más carga de lo que parece. Y por esto creo yo que debió decir uno que es sin comparación más fácil encontrar muchos sujetos hábiles para excelentes ministros de estado, que uno solo capaz para la crianza de los jóvenes, aunque en esto anduvo algún tanto licencioso y no nada verdadero.

En estas pláticas iban entreteniendo el camino, hasta que llegando el sol a la mitad de su carrera les forzó a que se acogiesen a la sombra de un frondoso árbol que estaba puesto en la mitad del camino. Sentáronse todos y, estando satisfaciendo la hambre con lo que llevaba el bagaje, llegaron a sus oídos estas razones:

-Por cierto, Pintón, que te engañas. Mira: ahora verás ya trastornadas y sin orden todas aquellas cosas que antes andaban tan en sus quicios: verás digo perseguida la virtud y despreciada la sabiduría. Nada se aprecia menos que un virtuoso y todo se premia más que un sabio. Un ignorante vicioso, si está bien asido de las aldabas de un buen valimiento, llegará en pocos días a entrarse en el templo de la fama, que aunque entre por las bardas y no por la puerta, en fin todo es entrar. Un sabio virtuoso, si es desvalido, en toda su vida no podrá alzarse un coto de tierra, como si llevara lastreados con plomo los zapatos. Todas estas verdades las sabía yo ya por testimonio de muchos autores, pero nunca pude llegar a darles crédito, por parecerme que andaban muy fuera de los términos razonables. Pero ahora lo he tocado por mis manos, y veo también que muchos abandonan los estudios, a vista de ello, estudiando sólo de cumplimento, fiados en aquel refrán: fortuna te dé Dios, hijo, etc. Pero yo sigo otro rumbo y camino por otro estilo. Ya sabes, por el largo tiempo que nos tratamos, que puedo competir con los más adelantados, hablo de los de mi edad, así en ingenio, como en lo que con él he adquirido, y que en cualquier función literaria puedo, si no aventajarme, a lo menos igualarme con los que más presumen. Pues a pesar de todo esto que yo sé y tu no ignoras, enjamás me has de ver metido entre aquellas pretensiones que tanto llenan a los hombres de inquietud y de envidia, ya porque no tengo genio para ello, ya porque me tiene muy asolado la fortuna.

Pero con todo no quiero seguir el rumbo de esos otros que se desesperan, cuando ven que no les sopla favorable, dando a entender que estudian sólo para adquirir empleos, honores y dignidades que no son más que vanidad y viento. No quiero más empleo que estudiar, ni apetezco más gloria que saber. Metido en la clausura de mi cuarto quiero correr por toda la redondez de la tierra, ver lo que ella produce, escudriñar lo que encierra en sus entrañas, averiguar lo que ocultan los inmensos mares en sus abismos y registrar lo que contienen los dilatados y espaciosos cielos. Si cansado de este ejercicio quiero emplearme en otros de no menos noble esfera, me parto veloz hacia el Parnaso y, después de haber hecho el debido rendimiento a su numen tutelar, paseo el Pindo y el Pierio, visito las nueve deidades que allí se hospedan, bebo reverente el dulce néctar que destilan Castalia y Aganipe, y me vuelvo contento y enseñado a las antiguas delicias de mi encerramiento, donde sin zozobra disfruto el sosiego y felicidad que pueda darse en esta vida, hasta llegar a la eterna para que fuimos criados.

Ya no le cabían a Lenio en el pecho las ganas de saber quién era el que hablaba tan desengañadamente, a cuya causa se levantó de donde estaba y se fue hacia donde se oían las voces. Aun no habría andado seis pasos, cuando vio a dos estudiantes tendidos a la larga en la sombra de un árbol, que sin duda habrían escogido para sestar.

Saludóles cortésmente y, después de haber pasado con ellos algunas comedidas razones, les hizo llegar al rancho para que comiesen. Y como no eran nada melindrosos, comenzaron a comer con tanto brío y con tanta gana, como si no hubieran comido en una semana. Uno de los cuales dijo:

-Si a cada legua que hacemos de camino encontrásemos tanta caridad, no estarían nuestras tripas tan vacías, que a las veces lo están tanto que se pegan unas partes con otras.

-Por Dios, señor estudiante, -dijo Lenio-, que no será tanta la hambre como ponderáis.

-¡Cómo que no! -replicó el estudiante-. Es tanta que tal vez pasamos dos días sin que entre en nuestras tripas cosa de provecho, a cuya causa nos quedamos tan transparentes como si fuéramos de vidrio.

-Y ¿de dónde venís ahora?, -preguntó Felisinda.

-Nosotros, señora, -respondió el estudiante-, venimos de Valencia donde estábamos estudiando; este mi compañero filosofía, y yo medicina. Pero por ver si mudando de sitio se mudará también nuestra contraria fortuna, nos vamos a Zaragoza a proseguir los estudios.

-Todos llevamos un mismo rumbo, -añadió Felisinda-, y podemos ir juntos si no os fastidia nuestra compañía. Pero con la condición que, para aligerar el cansancio, nos habéis de contar algunos lances, o que os hayan acontecido a vosotros mismos, o que sepáis de algún otro, que a los estudiantes nunca les faltan cuentos que decir, ni consejas que contar.

-Eso lo haré yo de muy buena gana, -replicó el estudiante-. Pero, ¿qué digo eso? A trueco de que no me faltara vuestra compañía, me aventuraría yo a pasar por cuantos tormentos pudiera forjar la imaginación más vivaz. Ni los desprecios de Craso, ni los toros de Falaris, ni las cárceles de Sifax, ni los sacrificios de Busiris, ni las cadenas de Yugurta, ni las llamas de Creso serían parte para que yo me apartase de vuestro lado, si vos quisierais el mío. Porque, si va a decir verdad, parece que el cielo haya recogido en vos sola todas las bellezas que se hallan esparcidas entre las demás hermosas del mundo, entre todas las cuales creo indubitablemente que os habéis de llevar la ventaja, bien así como se la llevó la diosa Venus en la contienda que tuvo con Palas y Juno. Pero por no ofender vuestra natural modestia, dejo aparte las alabanzas que siempre os vendrán cortas y voyme derechamente a satisfacer vuestros deseos, contándoos toda mi historia, digo, todo lo que me ha sucedido desde que Cloto comenzó a hilar el estambre de mi vida, hasta este punto en que lo está devanando Laquesis, que lo que acontezca hasta que lo corte Atropos con sus fatales tijeras tendrá después la fama ocasión de contarlo.

No les dio poco gusto a nuestros peregrinos la pedantesca y socarrona arenga del estudiante, al cual le preguntó Lenio:

-Parece que tenéis, amigo, algunas puntas de poeta.

-¡Y cómo si las tengo! -respondió el estudiante-, y aun de las más aguzadas que puedan encontrarse. Y en confirmación de esto, os pondré ahora mismo a la vista mil comedias, tragedias, epopeyas, églogas, elegías, sátiras y otras especies de verso, labrados todos en la oficina de mi ingenio, que a no ser así, los pondría en este instante sobre el cerco de la luna, porque en verdad son de las mejores piezas que han salido de entendimiento humano.

Y, sin dejar de hablar, iba a desenvolver una maleta que llevaba, para hacer presente de sus cartapacios. Pero Lenio se lo estorbó diciendo que lo guardase para mejor coyuntura, que la priesa que llevaban no les daba lugar para tanto.

Con esto recogió cada uno su repostería y, dando otra vez principio a su viaje, le dio también a su historia el estudiante diciendo:

CAPITULO IV

Cuenta el estudiante su historia

-En uno de los lugares de Extremadura, que ya se me ha olvidado cómo se llama, fue mi nacimiento, de padres pobres, aunque no les estorbó su pobreza el buscar proporción de enviarme a Mérida, villa cercana a mi lugar, para que estudiase la gramática. Empecé gustoso este estudio, porque con el talento que Dios fue servido de darme, no había cosa que no calara, y hubiera salido buen gramático en solos dos años, si al par de mi talento y aplicación hubiera corrido la habilidad y método de mi maestro. Tocóme en suerte uno de

aquellos cachigordos y barrigudos, que sin saber más que cuatro mal aprendidas reglas de gramática se meten a enseñar aquello mismo que no saben. Pero, ¿qué mucho? Por ventura, ¿saben de la gramática más que el nombre? ¿Saben hasta dónde se extiende su jurisdicción? ¿Saben las cosas que necesariamente pertenecen a los que la profesan? ¿Saben que ellos deben interpretar los poetas, dar cabal y entera noticia de las historias, comentar las palabras y enseñar el modo de pronunciar, como dice Cicerón? ¡Ah, y qué bien encajaría yo aquí lo que sobre esto dice Quintiliano! Pero me lo habré de callar por no daros enfado; mas no podré dejar de decir que estos tales maestros desperdician muchos buenos ingenios y hurtan a la república literaria muchos ciudadanos que pudieran ilustrarla. Porque, ¿quién podrá dar paso en ciencia alguna, sin haber entrado antes por la gramática? Ella, según dice San Agustín, es la puerta por donde se entra a las demás ciencias; abierta ella, todas se abren, y cerrada, se cierran todas. Pues ahora volved si os parece la vista al método con que enseñan eso poco que saben. De cuarenta estudiantes que éramos en el aula, los treinta al cabo de un año abandonaron el estudio, viendo las pocas medras que hacían. No atinaba yo entonces la causa de ello, pero después acá, yendo y volviendo con el pensamiento a discurrir sobre aquellas cosas que había notado, me he dado a entender que no consistía sino en el mal método de enseñar. En efecto, aquella multitud de reglas que vanamente nos hacía decorar, aquella torpe confusión con que las explicaba y nosotros no las entendíamos, aquel embrollo de frases que nos hacía acomodar impropriamente a lo que quería, y nosotros no acertábamos, y aquel desorden con que enlazaba los principios con los medios y los fines con los principios engendraba en nosotros un descaecimiento tal que no nos atrevíamos a tomar un libro en las manos, y si tal vez le tomábamos sólo era por hurtar el cu... a los despiadados azotes del maestro.

-Parece, señor estudiante, -dijo Lenio-, que estáis muy mal con vuestro maestro. A lo menos debíais recompensar mejor las doctrinas que de él aprendisteis.

-Ya tomara yo a buen partido, -replicó el estudiante-, que como fue en mi mano el aprenderlas, lo hubiese también sido el olvidarlas, pero nunca pude conseguirlo, porque es mucho más fácil aprender el bien que se ignora que olvidar el mal que se sabe, a cuya causa Timoteo, célebre citarista de Atenas, pedía le pagasen doble los discípulos que habían aprendido ya de algún mal maestro.

-Así es en verdad, -interrumpió Lisandro-. Yo también me acuerdo haber leído que es doblada fatiga arrancar plantas inútiles, que sembrar provechosas semillas; y esto no es menester fatigarse mucho para entenderlo, pues la experiencia nos lo hace ver cada día.

-Adelante, pues, señor licenciado, -dijo Felisinda-; y proseguid en vuestro cuento que no es de mucho gusto.

-Sólo consiste el mío en que vos lo tengáis, -replicó el estudiante-. Y pues le tenéis en mis locuciones, digo que luego que concluí como pude el estudio de la gramática, me fui a Valencia a empezar el de la retórica y filosofía, y en ésta y en aquella llevé tal cual ventaja a mis condiscípulos, y esta seguridad me daba valor para oír y ser oído en las públicas academias. Los sabios y prudentes académicos se complacían de verme capaz de dudar tal cual vez, y de oponerme no infundadamente a las opiniones de los otros

individuos; pero algunos de éstos más presumidos que doctos, se desesperaban y no podían sufrir las réplicas y las instancias que les hacía un rapaz. ¡Ah, fortuna, fortuna! ¡Y cómo sabes hinchir de vanidad a los que soplas favorablemente! ¡Cuántos hombres hay que con poquísimo caudal de letras quiere representar el papel de doctos! Llegan éstos a alcanzar cualquier grado y al momento piensan que juntamente con aquel grado han acaudalado ya todas las ciencias. Ellos saben de retórica, entienden de poesía, disputan de arquitectura, discurren sobre astrología, y en fin no hay arte o ciencia en la cual no quieran mostrarse árbitros, ni hay conversación, sea de la materia que fuese, en que no metan su lengua; y tal vez se granjean el aplauso de los necios habladores, bien así como se lo granjeó Formión Sofista, que quiso discurrir sobre el arte militar en presencia de Aníbal, sin haber visto enjamás una espada desnuda. Venid acá, pues, digo yo ahora, hombres insensatos y presumidos: ¿para qué queréis daros a entender científicos en aquellas ciencias que encierran tantos libros de los cuales apenas habéis visto los títulos? Si no sabéis de astrología, no os metáis a hablar de sus ascendientes, ni de sus horóscopos; si no entendéis de arquitectura, no os entremetáis en discurrir por los termas, coliseos, arcos, columnas, puentes, plintos, capiteles; si no sabéis de retórica, no habléis de sus tropos, ni de sus figuras; si no entendéis de poesía, no disputéis de su materia, forma, fin, división, diferencias; que ni la poesía, ni la retórica, ni la arquitectura, ni la astrología, ni ninguna otra ciencia, se os quejará porque vosotros no las entendáis.

-¿A dónde vais a parar, señor estudiante, -dijo a este punto Lenio-, con tantos discursos fuera de tiempo?

-Amigo, -replicó el estudiante-, si a cada trinco me habéis de romper el hilo de mi razonamiento, dejaré a cargo del silencio lo que me queda por decir, y adiós, que yo no tengo genio de sufrir tanta interrogación. No sino que me andéis mordiendo la lengua y refrenándomela cuando yo ni me la muerdo, ni me la refreno, aun cuando se ofrece decir mal de mí mismo; cuanto más que yo aún no he contaminado ningún linaje, ni manchado ninguna honra, ni menoscabado ningún crédito.

Y volviéndose al otro estudiante, su camarada, le dijo:

-Pintón, sentémonos a esta sombra y dejemos que se nos escondan a nuestra vista estos señores peregrinos, que después que me buscan la lengua quieren que la tenga quieta sin decir cuanto se le acuda.

-No lo digo por tanto, señor estudiante, -replicó Lenio-. Ya podéis proseguir vuestro cuento cómo y del modo que más en gusto os venga, y bien podéis dejar correr libremente vuestra lengua, que aunque la pongáis sobre los mismos cielos no llevo cuenta de que os lo estorbe la mía.

-Así ha de ser, -respondió el estudiante-. Y bajo este presupuesto digo que, enterado ya bastantemente en la retórica y filosofía, me volví a mi tierra a ver a mis padres, que ya me esperaban deseosos de saber qué estado tomaría para poder vivir libre de las miserias en que ellos estaban metidos. Díjeles que aún no había ocupado mi pensamiento en cosa semejante, que mi ánimo era proseguir los estudios y dejarme en manos de la fortuna. No

les vino muy a cuenta mi respuesta, ni les cuadró mi resolución, y me replicaron que la que ellos tenían era de que me entrase en cualquiera religión, en donde no me podía faltar ya qué comer, ni qué vestir; y que aquello había de ser sin que me valieran excusas y que, si no se me acomodaba, me lo harían acomodar a palos. Escandalicéme al oír tan temeraria resolución, y les dije que aquello era tentar a Dios; que me dejasen del todo a su voluntad santa, puesto que no podían violentar la mía. ¡Válgame el cielo! ¡Y cuántas cosas se me han ocurrido en este mismo punto a la memoria sobre esto de forzar los padres las voluntades de sus hijos! Pero me las habré de tener sacramentadas, porque me parece que a ese señor Lenio, o como le llamen, no le cabe ya la lengua en la boca, y se la está afilando para atajar cuanto yo dijere.

-A buen seguro, podéis decir cuanto os venga en gana, -respondió Lenio-, que ya os he prometido no impediros en manera alguna.

-Bien me acuerdo yo de vuestra promesa, -replicó el estudiante-, pero también sé que del dicho al hecho hay grande trecho; y no sé si estaréis vos tan firme en vuestros propósitos que queráis cumplir hoy lo que ayer prometisteis, especialmente si los propósitos recaen en esto de criticar y tildar los hechos ajenos, lo cual se extiende hasta aquellos sujetos que son las heces del ignorante vulgo. Pero yo tengo para mí, que vos y todos vuestros camaradas sois gente de mejor laya, que sabréis cumplir lo que prometéis.

-Conforme voy viendo, -interrumpió Lisandro-, no habéis de concluir vuestra historia en todo el día, según que son muchas las digresiones que vais haciendo, que éstas, aunque vengan a propósito y sean discretas, parece que dejen de serlo cuando son muy frecuentes.

-Ahora conozco que os sobra razón, -dijo el estudiante-, y que me habré de ir a la mano en esto de las digresiones. Y así digo que mis padres dieron en la tema de que yo había de ser fraile de cualquiera religión que se fuese, y esto sin consultar primero con mi vocación, ni averiguar hacia donde me llevaba mi genio. ¡Desgraciados padres, que así obran tan precipitadamente, sin advertir que la buena o mala elección de estado es la basa en donde estriba todo el edificio de una vida feliz o desastrada! ¡Es el fundamento sobre que se apoya toda nuestra felicidad o nuestra desdicha! Porque si no, díganme, ¿qué bienes podrá esperar el que viéndose naturalmente inclinado a las letras se entregue al pesado ejercicio de la guerra o de las armas, sólo por acomodarse a la voluntad ajena? O por lo contrario, ¿qué gloria se granjeará el que, llevado de su natural inclinación, quiere cursar la escuela de Marte y sólo por paladear el gusto ajeno se alista en la de Minerva y Apolo? O ¿qué sosiego podrá tener el que queriendo rendir su cerviz al yugo dulce de Himeneo le sujeta al de una religión estrecha y apretada, o al contrario, sólo por llenar los deseos ajenos? Yo conocía a un hombre que por favor del cielo tuvo tres hijos, dos varones y una hembra, de los cuales el menor ya desde niño estaba destinado para fraile, y el mayor para soldado, con ánimo de que, después de haber servido a su majestad algunos años y adquirido buen nombre en la guerra, se volviese a su casa a cuidar de la hacienda. La hembra, ya desde mantillas, estaba elegida para monja, imaginando el imprudente padre que había acertado en la elección, sin tomar el pulso a la inclinación de sus hijos. Fue y vino con el pensamiento, fabricó mil designios, libró toda su honra y

todas las medras de su fortuna en el buen estado de sus hijos, les azotó cuando preguntados no respondían conforme a su gusto y se apartaban del destino que les había dado. Pero de estos pensamientos, de estos designios y de estos azotes se originó que, como las tres voluntades estaban trocadas, el que estaba elegido para fraile fue por sus buenos procedimientos sentenciado a horca; el soldado, por sus bellas condiciones, fue desmembrado y puesta su cabeza en una escarpia al viento, y la que había de ser monja paró en pu....

No pudieron contener la risa nuestros peregrinos viendo el desenfado y el buen gusto con que hablaba el estudiante, y no se rieron menos de ver cuán bien se iban enmendando en lo de las digresiones, de suerte que el otro estudiante, que hasta entonces no había hablado palabra, le dijo:

-Ahora sí que os viene como de molde aquel adagio que poco antes dijisteis, que del dicho al hecho hay grande trecho. Acabas de prometer el irte a la mano en los episodios y ahora encajasteis uno que no sé si lo habéis arrastrado por los cabellos.

-¿Cómo por los cabellos? -replicó el otro-. Menoscabada hubiera quedado mi historia, si me le hubiera tenido encerrado en el estómago sin sacarlo a plaza. Y ahora también creo que menoscabaría mi salud si prosiguiera mi camino y no me aprovechara de la sombra que nos ofrece este copado árbol. Sentémonos todos, que para llegar a ese lugarcillo que ahí se descubre, aún nos sobra el tiempo.

Sentáronse todos por complacer al estudiante, el cual volviendo a su historia dijo:

CAPITULO V

De lo más notable y digno de leerse que se ha visto hasta ahora

-Viendo yo que mis padres se mantenían firmes en su propósito, determiné dejármelos y marcharme otra vez a Valencia para empezar el estudio de la medicina. Entré en la universidad, comencé el curso, acredíteme lo bastante, hice amigos, pero todos de mi calidad, quiero decir que todos eran pobres como yo, porque tenía y tengo muy impresa en la memoria aquella máxima tan verdadera como sabida de que las amistades que se forjan entre iguales son más estables y duraderas que las que se fabrican entre desiguales. Digo, pues, que uno de los mayores amigos que me gané fue este mi camarada, en cuya compañía estuve dos años, siendo común entre los dos lo que cada uno por su parte se ganaba, y de esta suerte se nos hacían menos insufribles las miserias que nos afligían. Pero como éstas a todo andar nos iban enflaqueciendo y llevando por puntos al último de ellas, nos vino en gana el pasarnos a Zaragoza y ver, como ya dije, si mudando de paraje, se mudará también nuestra corta ventura. Lo que allá nos ha de suceder el tiempo lo dirá, así como yo he dicho ya lo que hasta ahora me ha acontecido.

-Aún le falta por decir al señor estudiante, -dijo Lenio-, cómo y en dónde se hizo poeta, y si sus piezas tanto cómicas como trágicas se han representado en alguna parte, y si han tenido los aplausos que se merecen.

-Todas esas preguntas, -respondió el estudiante-, quedarán satisfechas con decir que yo en ninguna parte del mundo me hice poeta, porque ya salí hecho y derecho del vientre de mi madre, que esto de la poesía rara vez se deja alcanzar del arte sin ayuda de la naturaleza, bien que la naturaleza sin arte tampoco aprovecha. Entrambas a dos deben concurrir a la formación de un poeta, y ambas también concurrieron a mi formación. Mis composiciones o producciones tampoco se han representado en parte alguna, porque ni tengo amigos que las hagan representar, ni valimiento para hacerlas imprimir, y así las tengo todas encerradas en el oscuro caos de mi maleta. Pero qué, ¿a vos también se os entiende esto de la poesía? Que según vuestras preguntas, y más según vuestra fisonomía, dais muestras de estar alistado en el vocabulario de los locos, digo de los poetas, que éstos por lo común suelen tener desfigurado el rostro, enjutas las carnes, estirado el cuello y hechos otros tantos Quijotes, como vos lo parecéis.

-En tanto, señor estudiante, -respondió Lenio-, en tanto que mi cuerpo no ha sido tan ajado y oprimido de los trabajos que de continuo le molestan, he estado muy otro de lo que ahora, pero ellos le han reducido al término en que se deja ver.

-Pues qué, ¿también sois vos del número de los atrabajados? -preguntó el estudiante-. Y si acaso lo sois, ¿qué aguardabais a decírnoslo? Contadnos, señor mío, vuestros trabajos y referidnos vuestras miserias, decidnos vuestras desdichas, relatadnos vuestras sinventuras, que este mi compañero y yo os ofrecemos desde ahora toda la compasión y lástima que podáis desear.

-Eso hiciera yo de muy buena gana, -replicó Lenio-, si lo pudiera reducir a pocas palabras, pero porque se necesitan muchas y porque estos señores peregrinos, mis camaradas, se enfadarán de oír lo que ya saben...

-No, no, -dijo Felisinda interrumpiéndole-, bien podéis, oh, Lenio, contar lo que quisierais, que aunque lo sabemos ya desmenuzadamente, con todo nos acomodaremos al gusto de estos señores licenciados, que es razón se les recompense el trabajo que han tomado en contarnos lo que acabamos de oír.

-Pues si es así, -prosiguió Lenio-, digo.

Y desde luego comenzó a contar todos sus acontecimientos, su viaje de Italia a España, la entrada en la quinta de doña Clara, el hallazgo de Felisinda, la peregrinación de todos hasta Valencia y todo lo que queda dicho hasta este punto, lo cual apenas hubieron oído los estudiantes, dijo el más hablador:

-Que me maten si no son estos peregrinos, -señalando a Lisandro y Felisinda-, los mismos de quienes hay ya ociosas plumas que están escribiendo una grande, divertida y lastimosa historia.

-¡Cómo es posible! -dijo Felisinda- ¿Si ayer, como quien dice, salimos de nuestra patria, y apenas los sucesos que han pasado por nosotros se han divulgado más que entre nosotros mismos? Cosa de sueño me parece ésta, y me doy a entender que como el señor estudiante es amigo de burlas querrá también ahora hacerla de nosotros para pasar el tiempo.

-Que me sea contrario todo el que me queda de vida, -replicó el estudiante-, si no es así a la verdad lo que tengo dicho, sin que en ello haya la menor sombra de duda. Porque, según la relación que acaba de hacernos el señor Lenio, imagino que no puede ser otro que el mismo que encontró entre unos montes a la tal Felisinda que ha dicho, que sin duda debéis de ser vos misma, después que socorrida de un tal Lisardo se escapó de entre los brazos de un desalmado que la quería hacer fuerza, que si mal no me acuerdo se llamaba Idomeneo, cuyo bárbaro atrevimiento es el que da principio a la dicha historia. Pero, para más seguridad, decidme: ¿ha mucho tiempo que salisteis de Valencia?

-Habrá unos veinte días que salimos de ella, -respondió Lenio- porque por uno aunque ligero trastorno que padeció la salud de Felisinda nos entretuvimos en el camino hasta que se recobrase.

-Cuatro días no más hace que nos partimos nosotros, -prosiguió el estudiante-, y la víspera de nuestra partida estuve yo en casa del autor y me dejó leer el primero y segundo libro que ya tenía compuestos. El primero se concluye con la salida de la quinta de doña Clara, y el segundo se compone de lo que os sucedió en Valencia, así en el hallazgo de Lisandro, vuestro hermano, como en los días que estuvisteis en el palacio del virrey, hasta que, muerto aquel conde tan enamorado, que también anda metido en la historia, os pusisteis en camino para continuar el de vuestra peregrinación.

-Mucho habéis dicho, -dijo Felisinda-, y muchas señas habéis dado que lo acrediten, pero sin embargo es menester que me haga mucha fuerza para daros crédito, porque no sé cómo el escritor haya tenido posibilidad de saber nuestros sucesos, siendo así que apenas han salido de entre nosotros mismos, como ya dije antes.

-En eso sí que no me entremeto yo, -replicó el estudiante-. Lo cierto es que se está escribiendo la tal historia y que yo la he visto y la he leído, porque el que la escribe es el mayor amigo que tengo en el mundo.

-Está bien, -dijo Lenio en este punto-. Demos que sea verdad el que se escriba esa historia, y que estos dos peregrinos, Lisandro y Felisinda, sean las personas fatales de ella, quiero decir, las personas que principalmente celebra el historiador. Quiero yo, pues, ahora que el señor estudiante, puesto que la ha leído, nos diga algo de ella, esto es, qué aceptación tiene entre los que la han visto, porque yo creo que el que la escribe habrá cumplido con lo que debe procurar cualquier honrado escritor, como es enseñar sus producciones a los eruditos e inteligentes, para que haciéndole notorios los descuidos que él no habrá notado, los enmiende, los corrija y le sirvan de aviso para no tropezar en adelante.

-Así, en verdad, lo ha practicado, como vos decís, -respondió el estudiante-, porque sabe muy bien que ese es uno de los consejos que da Horacio a los que quieren echar a la plaza del mundo sus composiciones, cuanto más, que no está el escritor, ni lo puede estar, tan enamorado de sí mismo, que quiera gobernarse por solo su capricho.

-Así debe ser, -prosiguió Lenio-, y ya en esto anda algún tanto juicioso y advertido. Adelante, pues, y satisfágame el señor licenciado a la pregunta que le tengo hecha, y dígame qué calidades acompañan al escritor, si es famoso, o por su ingenio, o por sus obras que haya dado a luz, qué estilo lleva, qué método; en fin, todo lo que se murmure de la tal historia y de su autor.

-A todo eso, -replicó el estudiante-, satisfaré yo del mejor modo que pueda. En lo que toca a los sucesos que componen la tela de la historia, no hay qué decir, ni dicen más, sino que son tan extraños y tan raros como que ellos mismos ponen la admiración en el entendimiento del que los lee. Sólo sí que se murmura mucho de la ligereza del virrey en tratar con tanta liberalidad y magnificencia a Lisandro y Felisinda, y en perdonar a aquél, sin haber precedido otra averiguación, ni de su inocencia, ni de la calidad de sus personas, más que las voces que se le oyeron a Felisinda, lo cual no era bastante motivo para librar a Lisandro del suplicio, sí sólo para dilatarlo en tanto que se averiguaba la realidad del suceso.

-No está del todo mal fundado ese reparo, -dijo Lenio-; pero sabed, amigo, que aunque el virrey hizo aquella demostración sobradamente generosa de perdonar a Lisandro antes de saber cosa alguna de él, sólo fue para dilatar su ánimo igualmente que el de su hermana; pero entre tanto mandó hacer vivísimas diligencias para escudriñar la verdad del caso, y vino a saber luego luego, por confesión de los mismos reos, que Lisandro estaba sin culpa, y que no se le podía imputar daño alguno de los sucedidos; cuya confesión sacó libre a Lisandro, e hizo que el virrey creyese ya sin hacerse violencia toda cuanto después se le dijera.

-Así debe ser la verdad, -replicó el estudiante-, y ya avisaré yo al autor que lo advierta en el prólogo, o a la margen, o que lo meta entre renglones para evitar críticas. En cuanto a la fama del escritor, -continuó el estudiante-, yo no sé que tenga alguna, ni por su ingenio, ni por sus escritos, porque ni ha arrojado ningunos a la plaza del mundo, ni lo que ha hecho hasta ahora para acreditar su ingenio son cosas que no las practiquen casi todos los que cursan las escuelas, por sabandijas que sean; pero tengo barruntos de que se ha empeñado en escribir esa historia, para hacer alarde y ostentación de su talento, tal cual sea, y mayormente para saber hablar con buen estilo. En cuanto al que lleva en la historia, dicen los que la han leído que no es despreciable, porque ha tomado por modelo al nunca bien alabado Miguel de Cervantes en su Persiles y Sigismunda, cuya memoria será eterna en la de las gentes.

-Ya sé hasta donde se extiende la fama del gran Cervantes, -interrumpió Lenio-, y también he leído muchas veces sus obras, y juzgo que, como este nuestro moderno historiador le imite en algo, no serán desabridos sus escritos.

-Yo me recelo, -añadió Lisandro-, que en vez de imitador será algún plagiario; porque esto de imitar el estilo de otros importa más dificultad y trabajo de lo que parece.

-Eso no, -replicó el estudiante-, no sé que le noten de plagiario, porque ya sabe muy bien que ese es un vicio el más abominable que pueda darse entre literatos, si ya no es que también haga número entre plagiarios el que, con trasposición decente, se vale de las mismas frases y del mismo método, invención, artificio y diligencia que usa aquél a quien se procura imitar; cuanto más que, si ha caído tal vez en este defecto, habrá sido sin noticia de la voluntad, a causa que como tiene tan leídos los escritos de Cervantes, como precisamente debe hacerlo cualquiera que pretenda imitar aquel estilo que más se le acomode, tal vez habrá encajado como suyo algún concepto que no lo será. Pero esta censura la dejamos a cargo de aquellos que sólo sirven para criticar escritos ajenos, sin tener quizá capacidad de hacer otros que les igualen. Si ya no es que el plagiario sea tan descarado que no ponga nada de su propia cosecha, que este tal debe entonces ser criticado severamente y excluido del número de los honrados escritores.

-Parece que estáis muy de parte del historiador, -dijo Lenio a esta sazón-; bien se echa de ver cuánto se extienden las finezas de la amistad que le profesáis.

-No, sino que pongan la lengua y aun las manos en los escritos de mi mayor amigo, y que yo tenga la mía y las mías quedas, sin mostrarlas en su favor, -replicó el estudiante-. Cuanto más que yo tengo para mí que aun los críticos más severos, si se paran a reflexionar un poco sobre las circunstancias del historiador, no han de tener valor de mover la lengua para criticarle. Porque, ¿quién no sabrá disimular y perdonar cualquier defecto que note en su historia, si considera que el que la escribe, llevado sólo de su natural inclinación, es un joven que apenas cuenta los veinte y un años de su edad, habiéndolos empleado en los estudios de filosofía, teología escolástica y moral, y otros ejercicios anejos al estado que profesa?

-¿No lo decía yo? -dijo Lisandro-. No faltarán desatinos: ya tendrán con la tal historia en qué entretener la ociosidad los ignorantes aficionados, porque yo discurro que ninguno medianamente docto querrá desperdiciar ni aun un ligero momento en leerla, y más si sale a luz con la añadidura de la poca edad del autor. Porque ésta, lejos de ser parte para disculparle, servirá para su mayor desprecio y confusión, sucediéndole lo que a Ícaro, que quería remontarse con alas de cera, o, con más propiedad, lo que sucede a los polluelos que quieren vagar por el aire antes de tener bien sólidas y fuertes sus plumas.

-Callad, señor, -replicó Lenio-, que tal vez la discreción se adelanta a los años, y no siempre la naturaleza puede seguir los pasos del entendimiento. Tal vez se habrá éste despertado tan temprano en nuestro historiador que le dé lugar para que sus escritos le tengan aun entre los hombres más eruditos. Sí, que más de admirar son los frutos que produce una nueva y tiernecita planta, que las que ofrece un árbol robusto; sí, que no sé yo si deban premiarse más las valentías y hazañas en un soldado viejo y rancioso, que en un bisoño y poco experimentado.

-Con todo, sea lo que se fuese de esto, -interrumpió el estudiante-, lo que yo sabré decir es que, a lo menos, nadie le podrá privar de la gloria de haber intentado imitar al inmortal Cervantes, que es a lo que únicamente se atreve, y aun podría ser que le imitara perfectamente, si de todo en todo se dedicara a ello. Pero el daño está en que las precisas obligaciones de su estado se lo embarazan.

-Pues qué, ¿cuál es el estado que profesa? -preguntó Felisinda.

-El de religioso, -respondió el estudiante-, y ese es uno de los mayores cargos de que se teme; quiero decir que ese es el fundamento sobre que estriban y se apoyan las mayores objeciones que se le hacen, porque dicen, en especial los de su misma profesión, que el escribir historias profanas no es propio de un religioso, cuyo instituto no respira más que retiro, soledad, abstracción de todo lo que no sepa a divino, y que le estuviera mejor que el poco talento que Dios fue servido de darle lo emplease en otros estudios más provechosos para sí mismo, de más gloria para su religión y de más utilidad para todos.

-¡Válgame Dios! -dijo Lenio-. Y ¿de eso se amohina el autor? ¿De eso se teme? Desde ahora me ofrezco por su abogado. Pero decidme antes, ¿de qué instituto, de qué religión es?

-De franciscos observantes, -respondió el estudiante.

-Ahí os quería yo, -replicó Lenio-. ¡Ah, y cómo tomarán a buen partido los padres críticos que el escritor, dedicándose a tan bellos estudios, saliera un segundo Cervantes! ¡Cuán bien y con cuánta razón podrían gloriarse entonces! Y si acaso algunos mal contentos muestran hacer desprecio de semejante gloria, hágoles de paso esta pregunta: ¿por qué el autor de la Biblioteca Franciscana colocó en ella a Cervantes, como a uno de los escritores de la religión, sólo porque fue tercero? ¿En dónde le colocara si hubiera sido primero? En tanto que satisfacen a esta pregunta digo que todas esas objeciones que se le hacen al autor de nuestra historia se me traslucen de muy poca importancia, porque ni el estado religioso impide el estudio de las letras humanas, ni el estudio de las letras humanas es impropio del estado religioso. Yo bien me entretendría en probar esta verdad que acabo de decir, pero juzgo que los juiciosos y eruditos no necesitan pruebas para creerla. Sólo con dar una breve ojeada hacia los pasados tiempos y fijar la vista ligeramente en los escritos de Heliodoro, de Aquiles Tacio, de Fenelon, y otros sujetos de no inferior carácter, quedarán desvanecidos los frívolos reparos que se le hacen al autor. Vos, señor estudiante, cuando lleguéis a verle, decidle de mi parte que no haga mérito de tales críticas, porque si hay ignorantes que le reprendan su estudio como malo, no faltarán doctos que se lo alaben como bueno. Que continúe en trabajar, que, si al que hasta ahora ha cuidado de averiguar los sucesos de nuestra peregrinación, le falta posibilidad de escudriñar los que todavía nos han de suceder, yo mismo procuraré participárselos todos, para que pueda dar felice fin a su comenzada historia. Y quiera Dios pueda decirse de ella lo de Propercio, en la elegía octava, libro tercero:

«Et manibus faustos ten crepuere sonos».

-Así sea, -respondió el estudiante-, pero eso no le da cuidado; lo que le lleva algo pensativo y caviloso es que por ningún medio de muchos que ha probado, puede averiguar lo que le sucedió a Felisinda, desde que se desvió de su hermano hasta que llegó a aquella casa desierta donde la encerró Idomeneo.

-Eso, -dijo Felisinda-, lo contaré yo de muy buena gana, en el tiempo que tardaremos a llegar a la primera población que se nos ofrezca, sólo porque no le quede nada que saber a nuestro nuevo historiador.

Y alzándose todos para proseguir su viaje, comenzó Felisinda su relación en esta forma:

CAPITULO VI

Refiere Felisinda sus sucesos

-Luego que se destrozó la nave donde íbamos mi hermano y yo, ya dije cómo pude asirme de una tabla con que me favoreció el cielo. Sirvióme de barquilla y de estorbo para que no diera mil veces en la profundidad del mar, llevóme impelida de las mismas aguas hasta besar las faldas de un promontorio, en el cual puse los pies como mejor pude, y abandoné la tabla a la discreción de las olas. Allí me estuve dos días sin tener otro alimento que el que me podían dar algunas hierbas y algunas conchuelas que encontraba por entre los escollos y, juzgando que había de asaltarme allí la muerte, que se me mostraba de tantas maneras, procuré encomendarme a Dios de todas veras y olvidar las cosas caducas y perecederas de esta vida, puesto que para conservar la mía no descubría esperanza alguna por remota que fuese. Pero el piadoso cielo que suele reverdecer las esperanzas cuando se miran más áridas y estériles, quiso que las mías, muertas del todo, respirasen algún tanto con la vista de una poderosa nave que, hendiendo las aguas, venía hacia donde yo estaba, cuyos marineros, enternecidos de las plegarias y voces que yo les enviaba, vinieron a socorrerme con el esquife. Salté en él, lleváronme a la nave, que era holandesa, subí a ella con ayuda de ajenos brazos, recibíome agradablemente el capitán y yo le agradecí la merced que me había hecho. Después de largo rato que estaba en la nave, recobrándome de mis pasadas fatigas, me rogó que le contase mis desgracias:

-Que no serán, -me dijo-, de poco momento las que os han puesto en tan triste situación.

Yo, entonces, agradecida a tan no esperado beneficio, dejé satisfechos sus ruegos, contándole todo lo que me había sucedido hasta entonces, de lo cual se mostró tan lastimado y se me ofreció tan del todo para mi remedio que ojalá no se me hubiera mostrado tanto. Hizo que me quitase los vestidos que llevaba y me dio otros para que me los pusiese, pero tan ricamente labrados y tan hermosamente vistosos que podían servir de adorno a las más altas princesas, como en efecto supe que los llevaba destinados para hacer de ellos regalo a una principal señora, pero el ciego amor les hizo variar de destino. Luego que el capitán me vio ya aderezada con ellos, procuró traerme a su voluntad por todos los medios que le parecieron más a propósito. Prometió, regaló, lloró, porfió, y

viendo que mi fortaleza no se rendía a cosas de tan poco momento, ni daba indicios de rendirse por ningún término, echó mano del de la violencia y me hizo tanta que, a no socorrerme el cielo con sus acostumbradas piedades, hubieran sido de poco pro vecho mis resistencias. Estando en la mayor fuga de sus tropelías, se vio a la frente dos naves turcas que, a la primera descarga que hicieron, le pusieron en términos de anegarse, porque le abrieron el navío por los costados y le dejaron imposibilitado de poder moverse. Desmanteláronle luego los turcos, pusieron a todos los nuestros en parte segura y a mí me depositaron en el castillo de popa, y luego dirigieron la proa hacia Trípoli. Bien sentí yo haber llegado al infeliz extremo de verme esclava, pero me consolé viéndome libre de las fuerzas que se me hacían, estimando en mucho más sin ponderación vivir cautiva y con honra que libre y deshonorada. Llegamos a la ciudad, entregáronme al cadí, túvome bien guardada algún tiempo, hasta que llegó el de enviarme por regalo al gran señor, a cuyo poder no llegué, porque apenas había dejado el puerto la nave en que me llevaban, cuando fue acometida y destrozada de dos poderosísimos navíos españoles, cuyos marineros, entrando en ella sedientos de sangre turca, comenzaron a segar cabezas tan desaforadamente que en un instante no quedó vivo ninguno de aquella maldita chusma. Sola yo fui la libre, sola yo la venturosa y sola la que, por haber caído en poder de españoles, me prometí, si no el fin de mis desgracias, a lo menos algún medio que las suavizase. Pero como los desafortunados rara vez encuentran clavo alguno que detenga la rueda de su contraria fortuna, quiso la mía siempre rigurosa que, al pasar por frente las costas de Cartagena, se sumergiese el navío donde yo iba, sin que fuese poderoso el otro para socorrerle. Asíme no sé cómo de una tabla, salí a la playa, entréme la tierra adentro y, al cabo de no sé cuánto tiempo, me vi en la mitad de unos desiertos montes, que fue en donde me pilló Idomeneo, el cual, con el engañoso pretexto de remediarme, entró en una casa desierta, donde me sucedió lo que ya sabéis.

-Con esto, -dijo a este punto el estudiante-, tengo yo bastante; y con lo mismo adiós, que mi compañero y yo vamos por esta otra parte hacia Calatayud, que por ser patria del poeta Marcial y del erudito y célebre Gracián, la tengo en mucho aprecio y no quiero morirme sin verla.

Despidiéronse todos, y cada uno tomó el camino que le venía más a cuento. Nuestros peregrinos prosiguieron el suyo de Zaragoza, a la cual llegaron de allí a dos días, del modo que se verá en el capítulo que se sigue.

CAPITULO VII

Llegan a Zaragoza y sucédeles el más lastimoso suceso que se ha visto hasta ahora

¿Quién habrá en el mundo que pueda gloriarse de haber tenido siempre tan próspera su suerte que le haya llenado el vacío de sus gustos, sin hacerle dar de ojos en pesadumbre alguna? ¿Quién habrá sido tan feliz que en la mitad de sus deleites no haya tenido algún sinsabor que se los amargase? Ello es cierto, que en los últimos extremos del gozo rara

vez deja de encontrarse el llanto. Sí, que nunca se venden tan baratos los placeres que vayan sin el contrapeso de los disgustos, verdad bastante acreditada en toda esta historia, pero en este capítulo es en donde se echa de ver más claramente.

Llegó nuestra peregrina comitiva a la rica ciudad de Zaragoza, siendo quien más sube de punto sus riquezas la santísima Virgen del Pilar, cuya infinita clemencia, que no tiene límites que la ciñan, libró de la muerte a doña Clara y le alargó la vida para que, empleándola en su servicio, fuese un vivo testigo de sus misericordias.

No quiso esta devota peregrina anteponer al cumplimiento de su voto otra diligencia alguna; y así, acompañada de todos sus camaradas, se fue en derechura al célebre y devotísimo santuario de la virgen santísima, ante cuya presencia puesta de rodillas derramó todo su corazón por los ojos, pasó cuentas consigo misma, recorrió todos los escondrijos de su conciencia. Y, después de haber dejado a su ánima pura, limpia y santa, con una buena confesión y comunión, sacó de su repostería una corona de puro oro, guarnecida de riquísimos diamantes, y la entregó a un capellán para el adorno de la virgen, ofrenda que acreditó la calidad de la peregrina y que aun no habían visto sus compañeros, a los cuales procuró ocultarla con toda cautela y prudencia, para que en nada desmereciese su devoción. Discreta señora y que puede servir de ejemplo a aquellas que quedan mal satisfechas de sus devociones cuando se esconden a los ojos de las gentes.

Apenas hubo satisfecho sus tan justos como cristianos deseos, y apenas los demás peregrinos hubieron saciado su curiosidad de mirar, notar y escudriñar todo lo que había digno de verse en aquel famoso templo, se fueron de común acuerdo a buscar posada en donde alojarse.

Llegaron a una que, entre otras muchas, les pareció más acomodada, en la cual entraron a tiempo que se estaba apeando de un brioso caballo un anciano caballero, cuyo aspecto le ponía la edad en los cincuenta años. Tomó el caballo uno que al parecer era su criado para acomodarle en la caballeriza, y Mingo hizo lo mismo con su cabalgadura, en tanto que sus amos trataban con la huéspeda sobre los alojamientos.

Asió de una silla el recién llegado caballero, púsola a la puerta de la posada y se sentó en ella a tomar el fresco. Nuestros peregrinos, después que dejaron apuntado con la huéspeda lo que había de preparar para su buen tratamiento, también procuraron hacer lo mismo, porque el calor les fatigaba sobremanera. Pero no lo pudieron acabar de hacer, porque doña Clara tomó por la mano a Lisandro, que tenía junto a sí, y sin poder hablarle palabra se vino al suelo desmayada, novedad que puso en confusión a los peregrinos y en alboroto a todos los que había en la posada, cuyo alboroto y cuya confusión iba creciendo por puntos con los extremos de sentimiento que hacía Constanza, de suerte que también hubo de menester que cuidasen de ella y que no se apartasen de su lado.

Todos hechos un montón confuso estaban en el zaguán de la posada, unos aplicando remedios a la desmayada y otros buscando preparativos para que no se desmayase Constanza, cuando el anciano caballero, que aún se estaba sentado a la puerta, se llegó obligado de la caridad, o de la curiosidad, y metiendo la cabeza por encima de los

hombros de todos se puso a mirar quién era allí la desmayada. Viola, miróla, reparóla y, apartando apresuradamente con ambos brazos la gente que había delante, se abrazó con ella y diciendo: ¡Ay, dulce esposa de mi alma!, se quedó desmayado a sus faldas.

Este suceso tan desimaginado puso en suspensión a cuantos allí estaban, pero a quienes transportó a los últimos extremos del espanto fue a los demás peregrinos, como que sabían que doña Clara no tenía esposo alguno, por haberle muerto a traición sus mismos rivales. Constanza al ver al que parecía su padre, que tenía por muerto, creyendo indubitablemente que era algún fantasma que quería darles pesar, se abalanzó a Lenio y quedó también privada del uso de los sentidos. En resolución, doña Clara desmayada, el que decía ser su esposo sin acuerdo y Constanza sin sentidos, tenían embelesados y suspensos a cuantos allí habían acudido, de suerte que ni podían hablar, ni sabían qué hacerse, ni atinaban qué medio habían de tomar para darles remedio.

Todo era confusión, todo espanto y todo silencio, hasta que rompiéndole Felisinda, dio orden de que los llevasen a alguna estancia apartada para que, desembarazados de la multitud que les rodeaba, pudieran más desenfadadamente aplicarles los remedios que hiciesen a propósito. Corrió luego la huéspeda a disponer los lechos y, en tanto que Lenio y Lisandro acomodaron al caballero en uno de ellos, y Felisinda y dos mozas del mesón colocaron en otro a doña Clara y a Constanza, marchó el huésped a llamar al médico para que viniese a visitarles. El cual, apenas llegó y apenas supo lo que había sucedido, ordenó lo que a su parecer haría más al caso de que tornasen en su acuerdo los desmayados, de los cuales el primero que volvió en sí fue Constanza que, abriendo los ojos y viéndose en brazos de Felisinda, la dijo:

-Por Dios te ruego, amiga, que si es que aún anda por ahí ese fantasma, que sólo ha venido a perturbar nuestra quietud y confundir nuestro sosiego, que busquéis un sacerdote que le conjure y que le haga decir qué es lo que quiere ahora entre nosotros. Mira que no dilates un punto el cumplimiento de lo que te suplico, porque mi ánimo no ha de tener valor de verse otra vez delante de ese vestiglo. Sí, que no puede ser otra cosa ese espíritu que se ha disfrazado con las apariencias de mi padre; sí, que no sería yo tan venturosa que hubiesen sido falsas y fingidas las nuevas que nos vinieron de su muerte, ni mi adorada madre sería tan feliz que volviera a ver un esposo que tanto tiempo hace cuenta entre los muertos.

-Calla, amiga, -la respondió Felisinda-, que ni ése que quieres que conjuren es fantasma, ni es vestiglo, ni menos es otro algún espíritu que quiera perturbarte, sino que es tu mismo padre. Arroja de tu imaginación esas ideas que te conturban el alma y alégrate en ella misma, porque te ves puesta en la dulce posesión de un bien a que ni aun podían tener atrevimiento de llegarse tus esperanzas. Alaba los ocultos juicios de Dios para nosotros tan inescrutables y ensancha los espacio de tu corazón para llenarles del gozo que ha de acarrear la vista de tu padre, tanto más alegre cuanto menos esperada.

Casi los mismos extremos y las mismas razones que Constanza hizo su madre cuando tornó en su acuerdo, y casi con las mismas persuasiones la apaciguó Felisinda y la hizo desterrar de sí aquel tan bien fundado sobresalto y temor que se le había entrado hasta el

alma. Vueltas en sí madre e hija, como queda dicho, se fueron desaladas a la estancia donde todavía se entretenía en su desmayo el caballero, al cual abrazándole cada una tierna y amorosamente, y regándole el rostro con alegres lágrimas, le hicieron volver en su acuerdo.

Allí fue cuando hurtándose el movimiento a la lengua se acogió a las manos y a los ojos, a aquellas para certificarse de una verdad que no acertaban a creer, y a éstos para que con lágrimas publicasen el gozo que les ocupaba el alma y que no podían expresar las voces. Pero, en fin, rompiendo la suya doña Clara, dijo:

-Si por ventura, oh, dulce esposo mío, no eres uno de aquellos espíritus que por permisión de Dios suelen ocultarse bajo las apariencias de hombres, o para dar pesadumbre a los que en verdad lo son, o para negociarse por sí mismos lo que les tiene a cuenta para su perpetuo descanso; si por ventura, digo, no eres uno de estos espíritus, sino el mismo Anselmo, con quien habrá ya treinta años que quedé atada con las fuertes ligaduras del matrimonio, cuyos frutos son esta hija que aquí tienes presente y otro hijo mayor que se quedó en casa con el cuidado de nuestra hacienda; el mismo que, acosado de sus enemigos, se ausentó de su patria y abandonó el regalo que tenía en ella; el mismo que yo contaba ya por muerto a causa de muchas cartas que me lo aseguraron, cuya infausta noticia me llevó a los umbrales de la muerte, de la cual me libró esa santísima Virgen del Pilar, que se adora en esta ciudad, obligada quizá del voto que la hice de visitarla, y he aquí la causa de verme en estas tierras tan lejos de la nuestra; si eres ese mismo, dínoslo presto y sácanos de este abismo de dudas en que nos vemos todos metidos.

-Ese mismo soy, oh, amada esposa de mi alma, -respondió el caballero-, ese mismo soy. Y para que no pongas duda en creerlo sepas que, aunque fueron falsas las nuevas que te dieron de mi muerte, no lo fueron tanto que no me tuviesen ya por sin vida aquellos mismos enemigos que, por quitármela, me siguieron hasta Rochela, que es una de las más célebres ciudades de Francia, a lo menos es la capital del gobierno de Aunis, en la cual quedé herido de dos estocadas que me dieron por las espaldas y me pasaron hasta el pecho. Vine al suelo medio muerto e, imaginando ellos que lo estaba del todo, no quisieron entretenerse en repetir más heridas, antes, según supe después, tomaron con presteza el camino del puerto y se embarcaron en un navío que estaba para partirse a España. Quedéme tendido en el suelo, y aún lo estuviera ahora si, obligados de la caridad, no me hubieran recogido dos caballeros que acertaron a pasar por allí a tiempo que yo estaba revolcándome en mi propia sangre. Recogieronme, como dije, llevaronme a su casa y, sin dar parte a la justicia, comenzaron a tratar de mi curación con tanta generosidad, con tanto cuidado y con tanto afecto, como si fuera hijo propio. Un año poco más hubieron de menester los cirujanos para restituirme a mi primera sanidad. Y en todo este tiempo no le tuve de escribirte, porque el dolor de las heridas me trastornó el juicio y me dejó sin poder valerme de mí mismo y sin que pudiese pedir a otro lo que no podía hacer por mí propio. En conclusión, quedé enteramente sano, di gracias a mis bienhechores y me partí para mi casa, a la cual pensaba llegar de improviso, para que, cogiéndote desapercibida, fuese el contento más subido. Pero el cielo, que ordena las cosas por términos a nosotros ocultos, ha querido que en la mitad de mi viaje y en parte

tan no imaginada te encontrase en compañía de mi dulce y amada hija y de estos señores, a quienes deseo servir como se merecen.

Aquí dio fin a su razonamiento don Anselmo, y aquí se comenzaron de nuevo los abrazos tiernos, los dulces besos, la regaladas caricias; y se empezaron a fabricar nuevos designios y nuevas ideas, que todas y todos venían a parar en partirse de allí a dos días para su casa, a donde querían llegar de repente, para que fuese mayor el gozo de don Fernando cuando llegase a verles.

Pero mira, oh, tan discreto como regocijado caballero, que no deleites tu imaginación con ideas tan alegres, no dejes correr tu pensamiento por tan sabrosos caminos, que puede ser que en la mitad de ellos te asalte algún accidente, que dé en tierra con toda la máquina de tus contentos. Y tú, oh, doña Clara, detente; no te dejes llevar de la corriente de tus placeres, no sea caso que ellos mismos te precipiten en algún abismo de confusiones y disgustos, donde sumergiéndote tú queden también sumergidos tus alegres designios. Y tú, oh, Constanza, cuyo corazón colmado de alegrías parece que quiera salirse del pecho, sosiégate, no te prometas más gustos de los que has tenido hasta ahora, entretente no más en los que pueda darte tu idolatrada madre y los que puedan ofrecerte los abrazos de ese tu anciano padre que acaba de darte el cielo, porque presto te has de ver metida en un laberinto de donde no puedas hallar salida.

Y así fue, a la verdad, porque en aquel mismo instante entró por la puerta del mesón un mozo de hasta veinte y cinco años de edad, vestido a la labradora, con un capotillo pardo sobre el hombro, el cual con el primero que encontró fue con Lenio, que acaso se había bajado entonces de la estancia donde estaban los demás peregrinos. Conociéronse al momento, bien así como que estuvieron tanto tiempo juntos en la quinta de doña Clara, abrazáronse estrechamente y al punto que Lenio, sin esperar a saber el fin de la venida del mozo, quería darle cuenta del hallazgo de don Anselmo, y del contento que discurría por las almas de todos, vio que comenzó a llorar tan amargamente y a arrojar de su pecho tan recios suspiros, que se quedó suspenso de la novedad.

Preguntóle la causa de tales extremos, pero el mozo ni sabía, ni podía responder más que con sollozos. Entró Lenio en mayores sobresaltos, y esperando que se sosegase algún tanto, se apartó con él a un lado y le volvió a hacer la misma pregunta que antes, a la cual respondió:

-¡Ay, amigo, que no sé cómo pueda decírtelo! Sabrás que saliendo un día a caza nuestro amo don Fernando como lo tenía por costumbre, al llegar cerca de la fuente salada, donde tú solías apacentar el ganado, movieron un jabalí, el cual seguido de los perros vino a emboscarse en unos matorrales que estaban junto a la quinta. No pudieron fuerzas humanas hacerle desamparar el sitio, de lo cual enfadado don Fernando pegó fuego al bosquecillo; pero viendo que ni aun con esta diligencia quería salir ni por pensamiento y viendo que se hacía de noche a toda priesa, se volvió a casa desesperado, sin cuidarse de apagar el fuego. Acostáronse todos, bien desimaginados de lo que había de suceder, y yo por ser el tiempo caloroso, me quedé a la parte de afuera de la quinta. Dormíme de contado, y no me desperté hasta que era ya irremediable el daño, que fue que se abrasó

toda la quinta y quedaron hechos carbones todos los que estaban dentro de ella. Y yo no lo pude atribuir a otro, sino que aquella misma noche se debió de mover algún grande viento que cebándose en la leña del bosque, quiero decir, que soplando favorable al fuego, le hizo que se cebase en la leña, y no contento con esto se pasó a la quinta que estaba cerca para hacer lo que te he dicho y lo que yo no pude impedir, porque cuando me desperté ya estaba toda la casa rodeada de llamas tan encendidas que aquello parecía un infierno. Y como yo no quedé muerto de pesar fue más que milagro; quizá Dios me debió guardar para que fuese portador de noticia tan triste. Y aún hay más, y es que el fuego se encendió tanto que quemó cuanto allí había, sin dejar planta alguna por todas aquellas vegas, de manera que da miedo de ver, porque está tan pelado y tan negro que es una miseria. Y para que no pongan duda en ello, mira estas cartas que te dirán lo mismo que yo te acabo de decir, que son del escribano y alcalde de aquel lugar más cercano que tú bien conoces, y yo les hice venir el otro día para que diesen fe de lo que había sucedido.

Esta rústica relación del mozo, que interrumpía a cada paso con sollozos, hizo que Lenio prorrumpiese en lágrimas y quedase lleno de mil confusiones, que le dejaban sin tino y sin arbitrio de poder comunicar tan funestas nuevas a los padres del malogrado don Fernando. Parecía que el acabar de participárselas y dar con ellos en el sepulcro todo sería una misma cosa. Imaginaba que no habían de ser poderosos cualesquiera bien trazados rodeos para suavizarlas y aquella misma alegría en que estaban todos transportados entonces, se había de convertir en tósigo que les quitase la vida.

De esta suerte, batallando entre dudosas imaginaciones, se resolvió a no publicar nuevas tan fatales, hasta que, consultándolas con Lisandro, se determinase qué partido habían de tomar que fuese más conveniente y menos riguroso. Y después de haber reflexionado seriamente sobre ello, decretaron que entrambos a dos fuesen los mensajeros de sucesos tan funestos, diciéndolos antes a don Anselmo que, como varón prudente y de ánimo más robusto, sabría arrimar el dolor a la paciencia y acomodar su voluntad a la de Dios, mucho mejor que doña Clara y Constanza, de quienes recelaban que al primer golpe habían de quedar sin vida, o a lo menos sin discurso y sin libertad de dar oídos a consolatorias persuasiones; y que el mismo don Anselmo, después de pasado el primer sobresalto que es el más peligroso, lo diese a saber a su esposa y a su hija.

En resolución, por evitar prolijidad digo que, acordados ya Lisandro y Lenio de lo que habían de hacer, se entraron en la estancia de don Anselmo palpitándoles el corazón en el pecho, y aunque hallaron también en ella a doña Clara, Constanza y Felisinda, no por eso dejaron de llevar adelante sus designios. Y así, llamando aparte a don Anselmo, le hicieron saber todo lo que ocurría, pero de un modo tan prudente y tan consolatorio que no tuvo lugar el dolor de hacerle prorrumpir por entonces en descompasadas voces, ni en lastimeras quejas, como de ordinario suele suceder en tales casos. Solamente dijo con voz casi desmayada:

-Dios sabe lo que se hace; venero sus juicios y alabo sus providencias.

Y tomando por las manos a Lenio y a Lisandro se volvió a entrar en la estancia; y sentándose entre doña Clara y Constanza dijo:

-¡Ay, amada esposa de mi alma! ¡Ay, dulce hija de mi corazón! ¿Y cómo es cierto que llegó ya la última hora de nuestro sosiego?

Y sin poder hablar otra palabra se dejó caer en los brazos de su esposa. Viendo lo cual Lisandro no quiso dilatar ni entretener más lo que al fin se había de saber, y así se las dijo por el mismo estilo que a don Anselmo, y al momento se rindieron a las violencias del dolor que las embargó los sentidos y las dejó envueltas en un casi mortal desmayo.

CAPITULO VIII

De lo que sucedió después de haber vuelto los desmayados en su acuerdo

Los trabajos nacen con el hombre, críanse con el hombre y no mueren hasta que muera el hombre. A cuya causa es la vida humana una continua serie de trabajos que, eslabonándose unos con otros forman una cadena que tal vez llega a hacer felices a los hombres, si la llevan con paciencia, y tal vez los hace desdichados, si no saben sobrellevarla con conformidad. Todas las infelicidades que puedan sobrevenirnos en esta vida, llevadas sobre los hombros de la paciencia, no son sino escalones para subir a la cumbre de la felicidad, que es sola la que puede llenar los vacíos de todos nuestros bien ordenados deseos.

Los de nuestros peregrinos no se extendían a más por entonces, sino a que volviesen en su acuerdo los desmayados para animarles y esforzarles con persuasivas razones para que hiciesen ganancias eternas comerciando con las sinventuras que las afligían, para lo cual no fue menester que se afanasen mucho, porque las virtudes de que estaban enriquecidos no les daban licencia para que hiciesen cosa que no fuese nivelada con la razón. La cual apenas tuvieron bien desembarazada, cuando dando libertad a sus corazones para que se desahogasen en lágrimas y en suspiros, y licencia a la lengua para que publicase el tan justo como natural sentimiento, la de doña Clara exclamó en estas razones:

-¡Cómo qué! ¿Y es posible que por tan extraños modos queráis, oh, cielos, acabar tan presto con la vida de esta desdichada? Sí, que todos estos trances que por mí pasan, no son sino atajos para llegar más pronto al infelice punto de mi muerte. No fuera mi dolor tan cruel, si la de mi hijo hubiera corrido por el estilo y orden común. Pero, ¡ay de mí!, que sus circunstancias mismas son las que suben más de punto su rigor y despedazan más inhumanamente mis entrañas. ¡Ay, dulce hijo de mi alma! ¿Y qué muerte ha sido la tuya, que así apresura la de tu desconsolada madre? Si hubieras muerto a mi vista con muerte natural, que hubiera dado tiempo de que yo apurase mi solicitud en servirte y mi cuidado en consolarte, si hubieras muerto en mi presencia y donde hubiera yo podido pegar mis labios con los tuyos, estrecharte entre mis brazos, cerrarte los ojos y colocarte por último en el féretro con mis propias manos, no fuera tanta la riguridad de mi dolor, fuera menos

sensible mi pena. Pero el haber muerto en mi ausencia, desamparado de todo el mundo, envuelto entre voraces llamas, que ni aun habrán perdonado la menor reliquia tuya, para que a lo menos tuviera yo el corto alivio de verla, de besarla, de adorarla; el haber muerto casi casi al mismo tiempo que llegaba a alegrarte el alma, a recibirte en sus brazos aquel mismo que te dio el ser, aquel mismo padre tuyo que tanto tiempo hace llorabas por muerto; aquel mismo... ¡Ay, sinventura de mí! ¿De qué ha servido darme el cielo un esposo que ya lloraba muerto, si me había de quitar un hijo que adoraba vivo? ¡Ay dolor! ¡Que me lastimas mucho, que me acabas por puntos!

No causaban menos lástima en los corazones de los circunstantes estas razones de doña Clara, que las que al mismo tiempo decían don Anselmo y Constanza. Pero poniendo desde luego sus almas en el cielo y acomodando sus voluntades con la del mismo, se serenaron algún tanto y dieron lugar a que Lenio, Lisandro y Felisinda, cada uno por su parte, entrasen a la de su consuelo, animándoles con persuasivas reflexiones y alentándoles con razones tan discretas como cristianas.

Dos días se estuvieron en aquella posada sin atreverse a salir de ella ni un solo instante, porque el dolor les tenía interceptadas todas las acciones de la vida y sólo se echaba de ver que la tenían en los continuos sollozos y suspiros que enviaban al cielo, el cual, ya más compasivo, parece que les hizo olvidar algún tanto el sentimiento que les aquejaba, para que comenzasen a pensar en el camino que habían de tomar, puesto que doña Clara había logrado ya el fin que le sacó de su casa. A cuya ocasión, y en la de hallarse juntos todos nuestros peregrinos en una estancia, dijo don Anselmo a su esposa:

-La vuelta para nuestra casa, oh, dulce esposa mía, no nos ha de servir sino para más tormento de nuestras almas, que ya no pueden hallar descanso en esta vida. ¿Qué haremos una vez que lleguemos a ella? ¿Qué consolaciones, por discretas que sean, han de ser poderosas para dar algún vado a nuestros llantos? ¿Y qué sosiego podrá ser el nuestro, cuando no se nos ofrecerán sino incentivos para un perpetuo desasosiego? El ver trocadas en áridas y desiertas aquellas tierras, cuyas producciones eran el único recreo de nuestras almas, el mirar mudada en fealdad aquella hermosura, que era el verdugo de nuestras tristezas, el ver convertidos en eriales horrorosos aquellos bellos jardines, que la naturaleza ayudada del arte formó para la recreación de nuestros afligidos espíritus, y, lo que más es, el mirar envueltas entre las ruinas de nuestra quinta las cenizas de nuestro caro hijo, sobre quien se fundaba todo el edificio de nuestro contento, ¿de qué nos ha de servir, sino de tener oprimidas nuestras almas y muertas nuestras vidas? ¿No sería más advertida y más acertada la resolución de robarnos cuanto nos sea posible a recuerdos tanto más tristes cuanto más continuos, y marcharnos por esos mundos a lo peregrino, pidiendo de puerta en puerta el sustento de nuestras vidas, hasta que nos alcance la muerte, o a lo menos hasta que se modere la riguridad de nuestro dolor? ¿Qué respondes? ¿Se conforma tu parecer con el mío? ¿Agrádate esta mi resolución? ¿Parécete acertados mis discursos? Dilo presto, dulce esposa mía, que si en algo se desvían de los tuyos, yo dejaré a tu cargo la determinación que hayamos de tomar.

-Nunca mi voluntad, oh, esposo de mi alma, -respondió doña Clara-, ha salido un punto de la tuya, ni mis deseos han sido otros que los tuyos. Y si en alguna ocasión debía yo

más sujetar al tuyo mi albedrío es en esta que nos hallamos, en la cual no me veo en libertad de discurrir cosa que sea de provecho.

-No será menester, -dijo Lisandro, sin esperar que hablase don Anselmo-, no será menester que os andéis peregrinos por el mundo, a lo menos hasta que se os acabe la vida como decís, sino hasta que llegemos a mi amada patria y a mi propia casa, en la cual, si no encontraréis aquellos regalos y tratamientos que vuestras personas merecen, hallaréis a lo menos una voluntad limpia y unos deseos solícitos de serviros. Que los beneficios que mi hermana Felisinda recibió en vuestra casa me tienen en términos de poner por vosotros hasta mi vida misma. Mirad si os viene a cuento este ofrecimiento que os hago, que sí os vendrá sin duda, si reparáis en que nace de un corazón no acostumbrado a fingimiento, y aceptadle sin dar lugar a otros pensamientos que os lo estorben. No os puede embarazar más que el temor de los peligros que son anejos a una navegación larga, pero éste se os desvanecerá, o a lo menos no os acobardará tanto, si consideráis que también en la tierra como en el mar se hallan a cada paso peligros de no muy desigual condición. Pero yo creo que la de la fortuna, hasta ahora contraria, se nos ha de volver ya favorable, dándonos felice viaje hasta ponernos en mi dulce patria, en la que hallaréis a lo menos posibilidad de pasar una vida quieta y sosegada, igualmente que vuestra hija Constanza, la que en vuestra compañía y en la de mi hermana y su amiga Felisinda, que lo es muy suya, hallará cuanto puedan pedirle sus deseos; sin olvidarme de hacer el mismo ofrecimiento al señor Lenio.

A estos tan generosos ofrecimiento se mostraron muy agradecidos, y aunque no los admitieron desde luego, porque varios respetos y reparos les detenían, por último hubieron de aceptarlos obligados de las continuas porfías de Lisandro y Felisinda. Y así determinaron el viaje para el día siguiente.

CAPITULO IX

Parten de Zaragoza para Cataluña, llegan al puerto de Palamós, hácense a la vela y acométenles nuevos peligros

No podían consolarse del todo don Anselmo, doña Clara y su hija Constanza sobre el incendio de la quinta y la desgraciada muerte de don Fernando. Iban y volvían con la imaginación a considerar tan lamentable ruina, y transportados en el fiero dolor que les tenía a cuenta se quedaban tal vez como estatuas inmóviles. Pero como en los corazones virtuosos pueden tanto las cristianas reflexiones, a más andar se fue entrando en los de los tres peregrinos, si no la alegría, a lo menos el sosiego que les dejó ya más capaces de llevar con paciencia tan duro golpe, considerando discreta y cristianamente que, pues provenía de la mano de Dios, no podía dejar de servirles para su mayor felicidad, teniendo por infelices a los que viven envueltos entre prosperidades, sin experimentar el más leve rigor de un infortunio.

Armados, pues, de estas consideraciones y esforzados con los muchos consejos que oportunamente les daban sus compañeros, tomaron el camino para Cataluña, añadiéndose a ellos el mozo que les había traído tan funesto mensaje, con ánimo de que se volviese a su patria juntamente con Mingo, luego que les hubiesen dejado en el puerto.

Pasaron la noche de aquel día en un lugarcillo pequeño, en cuya plaza hubieron de tomar el sueño, porque no encontraron mesón ni casa alguna donde albergarse, cuyo trabajo no les hizo novedad por estar acostumbrados a otros mayores.

Al amanecer volvieron otra vez a su viaje con su acostumbrado paso, con el cual, al cabo de no sé cuántos días, llegaron a Palamós, sin sucederles cosa digna de contarse. Hallaron en el puerto una poderosa nave que estaba ya para partirse, en la cual, después de haber despachado a Mingo y al otro mozo, y dádoles bastimentos para el camino, y después de haberse concertado con el capitán que creo se llamaba Alfonso, se embarcaron con no pocas lágrimas, nacidas del temor de anegarse, el cual obraba con más rigor en doña Clara y su hija Constanza, porque enjamás habían entrado en el mar.

Mostrábase tranquilo y pacífico, sin que por parte alguna se descubriese señal de venidera borrasca, de la cual asegurados por entonces los marineros se prometían una navegación llena de prosperidades. Pero como éstas, especialmente en el mar, son de tan poca firmeza, al cuarto día que se habían hecho a la vela descubrieron una pequeña marañita que se levantaba por la banda de poniente. Comenzó a extenderse por el aire, cubrió el sol y les quitó de la vista al cielo, el cual, arrojando desapiadadamente impetuosos torrentes de agua mezclados de temibles rayos y espantosos truenos, amenazó de muerte a los tristes navegantes, los cuales transportados en aquella no esperada confusión no sabían ya qué hacerse.

Esforzó el viento sus iras, enfurecióse más el mar, embravecieronse más sus olas, las que formando levantados montes y profundísimos valles, ya sepultaban la nave hasta barrar por las arenas, ya finalmente la arrebataban por todas partes, como si fuera forjada de ligero corcho. A cuya causa perdió el tino el piloto, descaeció el capitán, desmayáronse los marineros y desesperáronse todos, cuya desesperación, cuyos desmayos y cuyos descaecimientos subían más de punto al oír rechinar las maromas, crujir las tablas, rasgarse las velas, destrozarse las jarcias, romperse los cables y estremecerse impetuosamente toda aquella portátil máquina.

A vista de tan desesperada tormenta estaban agazapados y sorprendidos del temor todos los marineros, sin atreverse ni poder acudir a sus faenas, y pareciéndole a Lisandro que era aquella demasiada pusilanimidad y sobrada cobardía, y que no era propio de hombres animosos entregarse tan del todo a la desesperación, dejando correr la nave a sola la discreción de los vientos, comenzó a esforzarse a sí mismo y a infundir aliento en la tripulación, dando y ejerciendo a un tiempo mismo aquellas órdenes que ni se atrevían a ejercer, ni sabían dar los otros. Iba discurrendo por todo el navío, con más que varonil animosidad, y pensando encontrar en sus fatigas la vida para todos, encontró la muerte para sí solo, quedando sepultado entre las aguas en donde le sumergió una furiosa ola, que le arrancó de la nave.

Aguarda, bella Felisinda, aguarda; no te precipites; déjate llevar de la corriente de tus desgracias puesto que no puedes contrastarla. No des lugar en tu pecho a una desesperación rabiosa, no rindas tu paciencia a los trabajos, ármate de una valerosa constancia y sufre conformada los rigores de una contraria suerte, que ellos te subirán sin duda a la más alta cumbre de la felicidad. Ya sé que tantos terribles trances han caído sobre femeniles hombros, sobre sujeto flaco, sobre edad tierna; pero estas circunstancias mismas harán más admirable tu virtud a la posteridad más distante.

Esto se ha dicho porque, cuando Lisandro quedó sumergido entre las olas, probó también Felisinda de arrojarle tras de él, y lo hubiera ejecutado si Lenio y don Anselmo, que estaban a su lado, no se lo estorbaran, asiéndole por la falda de su vestido, a cuya causa cayó de golpe sobre la cubierta del navío y se quedó casi sin vida. Acudieron luego a su socorro, y viendo que de ningún modo podía aprovecharle y que a su despecho se mantenía sin dar el más leve indicio de vida, comenzaron a enternecerse, a lastimarse y a deshacerse en lágrimas, que envueltas entre sollozos y suspiros avivados y esforzados con las memorias tristes del desaventurado Lisandro, parece que embravecían más la tormenta. Pero el cielo, infinitamente piadoso, permitió que a breve rato volviese en sí Felisinda, pero tan perturbada el alma y tan trastornado el juicio que infundían lástima en los corazones de todos los extremos que hacía.

Iba muchas veces a hablar, pero anegándose sus palabras entre sus mismos sollozos, no podían salir al público. Luchaba consigo misma por declarar sus penas, ya que no para hallar remedio, para encontrar consuelo a lo menos, pero su adversa suerte no quería permitirle este corto alivio. Mas, por último, cansada a la manera de atormentarla, la dio licencia para que desahogase su pasión, enviando lágrimas a la tierra, suspiros al aire y voces al cielo:

-¡Ay, cielos! -decía-. ¿Y sí habréis consentido ya que se publiquen mis sentimientos, a lo menos para que sabiéndolos los insensibles se ablanden al ardor de mis suspiros y se lastimen de mi lástima? Sí, que no sería puesto en razón que el dolor me quitase la vida, sin que penetraran antes mis lamentos vuestros dilatados espacios. No sería justo que yo muriera sin que publicasen mis voces la causa de mi muerte, que es ya segura, para que sean testigos de ella estos duros promontorios que nos rodean, estas mal breadas tablas de quienes atrevidamente he fiado mi vida, estas espumosas olas que han de servir de sepulcro a mis desdichadas carnes, bien así como lo son ya de las de mi hermano. Sí, recibidme en vuestros profundos abismos y llevadme junto a mi hermano; pero si mi menguada suerte aún no sufre que me recibáis, templad a lo menos vuestro furor, amansad vuestra soberbia, calmen vuestros horribles bramidos por algún espacio de tiempo, en tanto siquiera que le tenga mi llanto para llegar a los oídos de mi Lisandro. Pero si ni aun en esto... ¡Ay de mí, infeliz! ¿Cómo? ¿Y es posible que sea mi hado tan enemigo que haya tenido osadía de romper el dulce nudo con que estaban atadas las almas de dos hermanos? O ¿es posible que se haya atrevido a partir en dos mitades un alma sola, que no era sino una sola la que regía nuestros cuerpos? ¡Oh, y cuán menos cruel me parecieras, si hubieras con un mismo golpe cortado también el frágil hilo de mi vida! Porque, ¿para qué quiero la que tengo, sino para morir continuamente? O ¿para qué...? ¡Ay de mí, triste! ¡Oh, malograda juventud mía!

Al acabar de proferir estas razones, dejó caer la cabeza sobre los brazos de doña Clara y, ya casi quebrados los ojos, daba muestras de que a toda priesa se le iba huyendo el alma. No fueron posibles por entonces humanos remedios para hacerla tornar en su acuerdo, a cuya causa ordenaron ponerla bajo de cubierta y dejarla allí en compañía de doña Clara y Constanza que enjamás la desampararon.

En este tiempo iba calmando a todo andar la borrasca, y comenzaron los marineros a poner en orden todo lo que ella había desordenado. Y estando en estas faenas vieron venir hacia ellos otro navío no menos poderoso que el suyo, el cual hizo señal de que derribasen las velas que ya tenían en alto para proseguir su viaje. Obedecieron los nuestros al momento y, sin ponerse en defensa alguna, dieron lugar de que se llegase el otro, que también había dejado ya caer las velas, cuyo capitán dijo en alta voz:

CAPITULO X

Dícese de qué parte era el navío y qué era lo que buscaba. Vuelve Felisinda de su desmayo y hállase en brazos de Lisandro

-¡Oh, vos, cualquiera que seáis, capitán de ese navío! Si acaso tenéis en vuestro poder, o sabéis dónde paran, dos personajes tan celebrados por su hermosura, como ilustres por su linaje, llamado el uno Narciso y el otro Filomela, decídmelo, o entregádmelos de buen grado, porque si no será preciso hacéroslos entregar por fuerza.

-Señor, -respondió el capitán de nuestro navío-; si como habéis ponderado la hermosura y calidad de esos que buscáis, hubierais callado sus nombres, puede ser que os diera noticia de su paradero; porque yo conozco a unos extranjeros de tan extremada hermosura que creo no han de tener superior en el mundo. Y por ella y por las virtudes que noblemente les enriquecen, he rastreado que no pueden ser sino de muy alto linaje; pero ninguno de ellos, a lo que pienso, se llama con esos nombres que habéis dicho. Sin embargo, si queréis pasaros a este, desde ahora ya vuestro navío, para salir de dudas y para confirmaros en la verdad de lo que os he dicho, pasad enhorabuena, que el gusto y el honor que con ello me daréis, no hay límites que los ciñan; cuanto más que, oyendo mis marineros las señas más individuales de esos que buscáis, puede ser que alguno os sepa asegurar de su paradero.

-Está bien, -replicó el capitán extranjero-, y pues vos me brindáis con tanta cortesía y generosidad, no quiero que las mías desmerezcan en despreciar vuestros ofrecimientos.

Después de estas y otras comedidas razones que pasaron entre ambos capitanes, saltó el del recién llegado navío al de nuestros peregrinos y, sentándose en paraje que pudiese ser oído de todos, dijo:

-Tancredo, rey de una de las más célebres y considerables islas de este mar, llamada Creta, cuyo reino disfrute feliz eternos siglos, tuvo de su mujer Eugenia un hijo, cuya

gallardía, hermosura y demás prendas con que le adornó el cielo, le hicieron amable no sólo a los de su reino, sino aun a los extranjeros que le conocían. Pusieronle por nombre Narciso y, al paso que iba creciendo en edad, crecía también en todas las demás prendas que le adornaban y por el mismo consiguiente subía de punto el amor que le tenían sus padres. Apenas llegó a estado de poder tomar el del matrimonio, le presentaron diferentes retratos de damas para que escogiera la que le estuviese más a cuenta a su gusto, entre los cuales había uno de tan extremada belleza que de improviso le forzó a que rindiese toda su alma con todo su amor al original, que era una hija de Sisebuto y Luisa, reyes de Chipre, llamada Filomela. Filomela hermosa, discreta y virtuosa, informada de las virtudes y gracias de Narciso, le entregó su voluntad, y él la recibió gustoso, y vinieron a hacer de sus dos almas un compuesto tan uno que se ha de ver en confusión la muerte para dividirlo. El dulce amor que los tenía enlazados con suaves vueltas no permitía que viviesen separados un solo momento, a cuya causa hubo de pasar Narciso a Chipre y estarse en el palacio de Filomela todo el tiempo que tardaba a llegar el de darse la mano de esposos. Un año estuvieron juntos los dos hermosos enamorados, gozándose con las potencias del alma y teniendo tan a raya sus pensamientos, sus palabras y sus obras que ni en aquellos, ni en éstas ofendió jamás el uno la honestidad del otro. Al cabo de cuyo tiempo, teniendo ya por embarazosa tanta tardanza, se dieron la mano de esposos, con tanta alegría suya como aplauso general de todos. Preveniéronse todos los aparatos que requerían tan altos desposorios, convidaron a la nobleza de entrambos estados, aderezáronse con riquísimos paños y costosas telas los navíos en que habían de pasar a Creta a la celebración de las bodas, y, en fin, el gusto, la gala, el brillo, la bizarría, el contento, iban discurriendo por todas partes sin intermisión. Llegó el día destinado para el viaje, embarcáronse todos y, llenando de gozo con las diferentes músicas todos aquellos mares y atronando el aire con las artillerías, se hicieron a la vela todos alegres, todos regocijados y todos contentos, especialmente Narciso y Filomela que, con solos doce remeros por banco y algunos soldados de guardia, iban en una galera que era la más rica y costosamente adornada, en la cual, ya para mayor comodidad de sus personas, ya para mayor autoridad, había formado un hermosísimo pabellón. Las púrpuras de Tiro, las telas del persiano, las sedas del Catay con riquísimos matices de oro, eran los adornos que le realizaban. El remate estaba coronado de hermosísimos plumajes de diferentes colores que, azotados del blando viento y heridos de los rayos del sol, daban la más bella muestra que pueda imaginarse. Colgaba por la parte anterior un escudo de oro, en el cual estaba hermosamente copiada la diosa Venus con el enfaldo lleno de bellísimas flores, de las que, tejiendo hermosas guirnaldas Himeneo que estaba a su diestra, coronaba las sienes de Narciso y Filomela que estaban primorosamente grabados en la parte inferior del escudo. En resolución, no había cosa que no concurriese a solemnizar tan festivas bodas. Pero como las felicidades de esta vida mortal por la mayor parte llevan a las espaldas el disgusto y tienen por último remate el llanto, quiso la enemiga suerte que éste ocupase el lugar que tenía en los corazones de todos la alegría; porque a las veinte leguas que habrían hecho de camino, cuando estaban más desapercibidos, les asaltó una tan furiosa borrasca que, sin ser poderosas, ni la fuerza, ni la industria de los marineros para resistirla, vino a dejarlos fuera de tino y sin acción para faena alguna. Creció por instantes la tormenta y, como si sólo se hubiera levantado para ofender a los novios, arrebató furiosamente la galera donde iban y la traspuso a la vista de todos, sin poder saber a qué regiones vino a parar. Calmó la borrasca, volviéronse a juntar las naves que se habían

extraviado y, viendo que no parecía la de los novios, comenzaron a entregarse todos al dolor y al llanto, en especial los doloridos reyes, sus padres, cuyo sentimiento llegó tan a los últimos extremos que no he de poder encontrar palabras con que ponderarlo y así os lo dejo a vuestra consideración. Enviaron luego diferentes navíos para que buscasen sus caras prendas, y yo, como vasallo del rey de Creta, fui uno de los enviados en compañía de un caballero que había sido ayo de Narciso, pero tan sin provecho que hasta ahora no hemos podido saber la menor noticia de su paradero. Y ya desesperados navegábamos la vuelta de Creta, ya porque nos parecen vanas todas nuestras diligencias, y ya porque murió el caballero que conocía a Narciso por haber sido su ayo, que ni yo, ni ninguno de los de mi navío le conocemos, a lo menos yo no le he visto más que cuando se embarcó con Filomela desde Chipre para Creta, a cuya causa, aunque le viera ahora, no le conocería, y menos si los trabajos que habrá sufrido le han desfigurado el rostro, o algún nuevo traje le tiene trasmudado.

Apenas acabó el capitán de hacer su relación, cuando llamaron los de su navío, diciendo a voces:

-Señor, sabed que los remedios que hemos probado con este hombre que poco hace topamos ahogado sobre las olas, han sido muy de provecho, porque ya comienza a dar señales de vida.

-Tenía yo por friolera, -respondió el capitán encaminando sus razones al del navío de nuestros peregrinos-, tenía yo por friolera lo que se dice de esos remedios que se aplican a los sofocados para hacerles tornar en sí, y ahora me ha hecho salir de ese error en que estaba la prueba que mandé hacer con un hombre que, como media legua antes de llegar aquí, encontramos ahogado entre las aguas.

-¿Qué? ¿Será por ventura, -preguntó nuestro capitán-, un peregrino que venía en este navío, a quien una furiosa ola que levantó la pasada borrasca se llevó a sus abismos?

-Bien puede ser, -respondió el cretense-, porque sus hábitos son de peregrino y el haber vuelto en su acuerdo es señal de que poco tiempo hace debió de ahogarse.

-Vamos a verlo, -replicó el nuestro-, y quiera el cielo que sea el mismo que imaginamos, porque así excusaríamos la muerte de una hermana suya, que dos horas hace que están rendida a un desmayo que nos tiene en confusión.

Pasaron luego al otro navío y vieron tendido boca abajo un hombre vestido a lo peregrino, que aún estaba arrojando mucha cantidad de agua por boca, narices y orejas, al cual mirando atentamente nuestro capitán Alfonso, pudo rastrear por entre lo cárdeno de su rostro que era Lisandro.

Volvió en sí a poco rato y, como despertando de un profundo y pesado sueño, dijo palpándose todo el cuerpo:

-¿Por ventura es ésta en que estoy la región de los mortales o la de los inmortales? ¿Soy yo vivo aún? ¿Es esto alguna vana ilusión de mis sentidos? ¿En dónde estoy yo? ¿Ahora poco hace no estaba yo en mi patria con mi querida hermana? ¿Qué se ha hecho de mi hermana?

Apenas acabó de decir estas palabras, le tomó por la mano el capitán Alfonso, y le dijo:

-Acabad, oh, Lisandro, de volver en vos y haréis que vuelva también en sí vuestra adorada hermana. Pasad a vuestro navío, que pues el cielo os ha querido sacar por tan desusado modo de entre las profundas arenas de este mar, donde os contemplábamos ya sin vida, querrá también que se desembarace de su desmayo vuestra hermana, cuyas memorias os han acompañado hasta no sé si diga más allá de la misma muerte.

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando volvió del todo en su acuerdo Lisandro. Reconocióse a sí mismo, acordóse de lo que le había sucedido, dio gracias a sus valedores y pasó a su antiguo navío en compañía de ambos capitanes.

Sacaron a Felisinda de donde estaba, aún no bien despejada de su desmayo, tomóla Lisandro en sus brazos, pegó sus labios con los de ella, derramó lágrimas sobre su rostro y vio que daba ya indicios de que volvía en sí. Y ya que hubo vuelto, y luego que se miró en brazos de su hermano, dijo:

-¡Válgame Dios! ¡Y con cuanta vehemencia obran a veces las fuerzas de la imaginación! Ahora poco hace, oh, hermano, comenzó a introducirse el sueño en mis sentidos, tan sin ser yo parte para resistirle que me hube de rendir a sus dulces violencias. Quédeme dormida, y al instante, viéndose mi alma en algún modo independiente de los sentidos, se unió a sí misma, y comenzó a obrar tan vivamente, ayudada de la fantasía, que me hizo ver levantada una tan deshecha borrasca que dejó en un instante a los marineros en una torpe inacción y a todos sin esperanza de remedio. Embravecióse más la tormenta, enfurecieron más las olas y, subiendo atrevidas hasta la cubierta de este navío, te se llevaron tras sí a sus abismos. Quíseme arrojar también para morir en tu compañía; no lo consintieron estos señores y quedéme oprimida con tan fuerte dolor que aún ahora parece que le siento en el alma, y me hubiera quitado la vida a no despertar tan pronto y ver que han sido mentiras las que yo juzgaba verdades.

Esta inocente narración de Felisinda sacó lágrimas de alegría a los ojos de todos, viendo que tenía por ilusión lo que había sido realidad, de cuyo error no quisieron sacarla por no saber si en ello acertarían o no.

CAPITULO XI

Vuelve el capitán cretense a proponer el fin de su viaje, funda esperanzas de conseguirlo, admite en su navío a todos los peregrinos y toman el rumbo para Creta

Luego que comenzó a discurrir la alegría por los corazones de todos los navegantes, y luego que se vieron desembarazados de los inconvenientes que les estorbaban la continuación de su viaje, mandó el capitán Alfonso que se sosegase la tripulación y que se sentasen junto a sí Lisandro y Felisinda. Y después de haberse extendido por toda la nave un mudo silencio, soltó la voz el capitán cretense en estas razones:

-Ya sabéis, oh, valerosos señores, el destino que me lleva por estos mares, y ya podéis saber también el dolor que me aprieta el alma al ver que no he podido lograr el fin de mi destino, por el logro del cual diera yo, no sólo esta vida que poseo, sino cien mil si las tuviera. Yo he barrido todos los mares, he escombrado todas las costas, he desentrañado todos los puertos, pero ni en puertos, ni en costas, ni en mares, he podido rastrear la más leve noticia de las prendas que busco. Por donde me doy a entender, o que deben de estar en la eterna región del olvido, o que algún apretado cautiverio les debe de tener presa su libertad. Para lo primero ni hay fuerza que valga, ni hay poder que sea de provecho, que a haberlo, yo mismo me aventurara a bajar hasta los infiernos a buscarles, bien así como el otro joven Telémaco bajó a buscar a su padre Ulises. Para lo segundo hay poder así como hay también fuerzas, con el poder se ofrecerán por rescate cuantas riquezas acertaren a pedir, con la fuerza se batirán y arruinarán torres de diamante, si acaso en ellas estuvieran encerradas. Si alguno de vosotros, pues, sabe en qué región, por apartada que sea, están detenidas las prendas que busco, dígamelo que se le darán en albricias cuanto acertare a caber en los sacos de su codicia.

Ya estaban Lisandro y Felisinda informados de todo lo que el capitán había dicho cuando ninguno de los dos estaban en términos de oírlo, a cuya ocasión dijo Lisandro:

-Si tanto es el valor de esas prendas que buscáis, oh, valeroso capitán, y si tanto os importa el hallazgo de ellas, que ofrecéis por él hasta vuestra misma vida, esforzad ya vuestras desmayadas esperanzas, que yo os daré noticia cierta de su paradero. Yo conozco a unos que en el nombre, en la hermosura y en las virtudes que les adornan, dicen ser esos mismos que buscáis, aunque por su traje no se echa de ver la nobleza y calidad en que se engendraron. Sus nombres son los de Narciso y Filomela, su hermosura tanta como habéis ponderado, sus virtudes no tienen términos que las encierren, su traje el de peregrinos. Ellos viven, y no en parte donde para recobrarlos sea preciso valerse, ni de la fuerza, ni del poder que tanto habéis encarecido. Ha al pie de un año que faltan de su patria y dieran por verse en ella cuanto alcanzaren sus fuerzas. Pero antes decidme: ¿Viven aún sus padres? ¿Hicieron mucho sentimiento de su pérdida? ¿Sería mucho su contento si volvieran a verlos? ¿Generosa, la hermanita de Narciso, aún vive? Decidme, ¿qué respondéis?

-Sus padres aún viven, -respondió el capitán-, el sentimiento que hicieron de su pérdida no tiene ejemplar, el contento que les cabría de verles es tanto que no hay encarecimientos que lo acrediten y aún que creo que se está en esta vida la hermana de Narciso. Pero, ¿quién sois vos que os mostráis tan solícito de saberlo?

-Dijéraislo, -respondió Lisandro-, si mi hermana Felisinda me diera permiso para ello, y a no querer nosotros mismos ponernos a los pies del rey de Creta, por ver si en albricias de las felices nuevas que pensamos darle nos socorrerá nuestras miserias.

-Alto allá, pues, -prorrumpió el capitán-. Enderécese la proa hacia Creta, vamos a averiguar la verdad de lo que nos dicen estos peregrinos, que si ella es tal como nos dicen, ya desde ahora pueden tenerse por libres de las miserias que les habrán afligidos hasta este punto; enjamás les ha de molestar ya ni la pobreza, ni la necesidad; todo les ha de venir en adelante a pedir de boca como suele decirse.

Hízose al instante como estaba ordenado. Y habiendo Lisandro, Felisinda, don Anselmo, doña Clara, Constanza y Lenio, despedídose del capitán Alfonso y pagádole el flete, se pasaron al navío cretense, y desde luego dando las velas al viento comenzaron su viaje.

Todos iban contentos, todos alegres y todos pendientes del fin que había de tener el viaje de Creta, en cuyo tiempo, acordándose doña Clara y Lenio de lo que les había acontecido en Valencia y de las razones que dijo Felisinda cuando en la mitad de la plaza se quedó desmayada en brazos de Lisandro, y combinándolas con las que acababan de oír, comenzaron a entrar en sospecha de si Lisandro y Felisinda serían los mismos Narciso y Filomela que buscaba el capitán cretense. A cuya causa buscó doña Clara ocasión de encontrarse a solas con Felisinda y la dijo, después de otras comedidas razones con que la fue sorprendiendo:

-Yo, señora, desde la primera vez que entrasteis en mi casa, que os miro con algunas sospechas; quiero decir que no os tengo por lo que manifiesta vuestro traje, sino por lo que me dicen vuestra hermosa presencia y demás calidades que os adornan, cuyas sospechas han tomado más cuerpo con lo que en el tiempo de nuestra peregrinación he ido observando y aun creo que me van saliendo verdaderas. Yo no puedo reducirme a creer que ni vos, ni el que decís que es vuestro hermano, os hayáis engendrado entre la pobreza y miseria en que de ordinario se engendran los que visten una pobre saya y una tosca esclavina como vestís vosotros. La cortesías, la afabilidad, el comedimiento, la generosidad de vuestro ánimo y demás gracias que os acompañan, dan a entender, no menos que vuestra gallarda presencia, que no es nada vulgar la sangre que corre por vuestras venas, ni menos noble el linaje de que descendéis. Yo, gracias sean dadas al cielo, estoy dotada de un entendimiento algún tanto perspicaz, el cual firmándose en lo que tengo dicho se atreve a discurrir que ni vos... Pero no, quédese este discurso que os parecerá malicioso, sin duda, quédese para mí propia; no os ofenda yo con sacarle a plaza, ni me ofenda a mí misma granjeándome para con vos fama de mal intencionada. Sí, que no todas las cosas aunque sean tan verdaderas como la misma verdad, pueden decirse, y menos las que, como ésta, se fundan sobre débiles cimientos.

-¡Cómo qué, señora mía! - dijo Felisinda toda sobresaltada-. ¿Y es posible que vos, a quien os miro en verdad madre, tengáis el más leve empacho de decirme lo que encierra vuestro pecho? ¿Qué estorbos, o qué respetos pueden hacer que se os ahoguen en la boca estas razones que teníais para comunicarme? Porque yo no juzgo que sean tales que puedan menoscabar mi crédito. Por ventura, ¿habéis visto en mi trato alguna cosa que os

fuerce a apartaros de aquel alto concepto que de mí teníais formado? Si acaso hay algo de estos, avisadme por quien vos sois, corregidme por lo que más estimáis sobre la tierra, que aunque mi edad poca y mi frágil sexo podían ser acreedores de cualquier perdón, sin embargo arrimaré mi docilidad a vuestros avisos y admitiré gustosa vuestra corrección. No queráis ser tan rigurosa para conmigo que deis con vuestro silencio lugar a que no le tenga mi alma para el sosiego. Dejad, señora, a un lado el discurso que habéis forjado sobre la alteza de mi linaje, que no tiene otro fundamento donde apoyarse más que vuestra buena crianza, y descubridme esos secretos pensamientos que me ocultáis.

-Sosegaos, hermosísima Felisinda, -replicó doña Clara-; no permitáis que en vuestro entendimiento hallen cabida discursos poco advertidos, que los míos no se extienden a tanto que lleguen a ponerse sobre vuestro crédito, ni en vuestro trato he visto cosa que a ello me induzca. Sosegaos, digo otra vez, que solamente se reduce a esto lo que quería deciros...

No pudo hablar más palabra porque le arrebataron la voz unos confusos alaridos que salían de entre unas rocas que estaban hacia la mano izquierda. Pusieron el oído atento para percibir lo que decían, pero no fue de provecho tanta atención, porque las voces mismas se embarzaban y confundían unas con otras.

Acercaron la nave hacia aquella parte, registráronla toda con la vista y sólo pudieron ver un bulto que no sabían distinguir si fuese o no de persona humana. Allegáronse más y vieron sobre una roca a un hombre de pequeña estatura, vestido a lo marinero, pero tan astroso que apenas podía cubrir aquellas partes que el natural recato pide que se cubran.

Acogieronle en el navío y, después de haberle esforzado sus desmayados alientos, le rogaron que les dijese qué sucesos habían pasado por él que le habían puesto en tan mala ventura. A lo cual, después de haberse quitado un medio gorro que llevaba en la cabeza y puéstoselo sobre la rodilla derecha, dijo:

CAPITULO XII

Donde se dice lo que contó el que parecía marinero

-No es posible que haya en el mundo algún otro que pueda con más razón que yo quejarse de su fortuna. Bien había yo oído ponderar mucho sus volubles condiciones, pero tengo entendido ahora que no son capaces de ceñirse a ponderaciones, por más encarecidas que sean. Pero, ¿para qué quejarme yo ahora de la fortuna cuando fui yo el artífice de ella misma? ¿Y para qué empeñarme yo en deciros los rigores con que me ha tratado, si por ser tan muchos como nunca oídos, juzgo que no les habéis de dar crédito? Cuanto más, que ¿cómo han de tener valor mis labios de proferir aquello que ha de hacer patente y notoria mi deshonra? ¿Aquello mismo que no han de tener sufrimiento de escuchar ni los oídos menos honestos? No, señores, no; quédese archivado en mi corazón lo que no puede dejar de horrorizar el vuestro, si os descubro. Sí, que ¿quién habrá en el

mundo que no se llene de horror al ver cifradas en una infeliz mujer...? Ya lo he dicho, remedio no hay, mujer soy, pero tan desventurada como lo veréis si me estáis atentos.

Pendientes estaban los del navío de las razones del que las pronunciaba, y, prometiéndose oír cosas grandes, le animaron a que las dijese sin temor alguno que no estaban tan poco experimentados en las cosas del mundo que les causasen mucha admiración cualquiera que les contara. Con cuya razones esforzada la desconocida mujer comenzó su historia en esta forma:

-Habrà a la raya de dos años que faltó de mi patria, que no os nombro porque su silencio no alterará en nada la verdad de mi historia. Mi nacimiento fue de padres tan ilustres como que no hay en toda la ciudad quien les iguale. Mis riquezas casi no conocen término. Mi hermosura a todas llevaba ventaja. Pero mucho mayores que mi hermosura, que mis riquezas y que mi nobleza son mis desgracias, que tomaron principio de una sola mirada más libre de lo que debiera. En uno de los balcones de mi casa estaba yo cierto día en compañía de mi adorada madre, cuando acertó a pasar por la calle un mozo tan en extremo hermoso y tan sobremanera gallardo que no tengo voces que lo exageren. Sólo puedo decir que su hermosura me robó el alma y su gallardía me dejó en continua desazón, la cual se aumentaba por puntos, viendo que por ningún modo podía averiguar quién era ni cual fuese su calidad. ¡Cuántas veces al día me asomaba o a los balcones, o a las rejas por si le vería pasar por la calle! Transportada toda en aquel amor que me tenía rendida, no sabía hacer sino buscar trazas que dejasen satisfechos mis deseos. Ni en la iglesia misma sabía estar un instante sin que la registrasen toda mis ojos; y viendo que nunca podían dar en lo que buscaba, me desesperaba y me tenía por la más infeliz del mundo. Bien sabía yo cuánto daño causaba en mi alma tan loca pasión, pero no podía desasirme de ella, porque estaban ya muy hondas y retorcidas sus raíces.

Viendo mis padres mi continua inquietud y conociendo por mi rostro, muchas veces bañado en lágrimas, la aflicción que me oprimía el alma, no sabían qué hacerse, ni atinaban qué medio tomarse para remediarne, porque nunca quise decirles la causa de mis males, por cuyo motivo añadieron nueva libertad a la que ya tenía de pedir cuanto acertase a caber en mi deseo. Permitíanme que saliese a paseo con sola una criada de compañía, cuantas veces se me antojase y, en una de ellas, al cruzar la alameda de una en otra parte, vi arrimado al tronco de un álamo a aquel nuevo Ganimedes que me había robado el alma. Quédeme con su vista fuera de mí misma y, no pudiendo mi corazón resistir tanto sobresalto, hube de venirme al suelo desmayada. Lo cual visto por él, acudió presuroso a socorrerme, según vi cuando torné de mi desmayo, que duró muy poco tiempo, porque me hallé entre sus brazos y los de mi criada. Agradecíle tan gran merced, preguntéle cómo se llamaba, respondióme que Rosendo, y yo entonces metí la mano en mi faltriquera, saqué un papel que ya anticipadamente tenía escrito, púsele en sus manos, y le dije: -Toma Rosendo esta prenda, de la cual, si no quedas satisfecho, podrás volver mañana a este mismo lugar, que te daré otra que de todo en todo te satisfaga; bien puedes entenderme si tienes discreción. Tomó Rosendo el papel y yo me fui para mi casa, en la cual ninguno supo lo que me había sucedido, porque le sellé la boca a mi criada con dos escudos en oro que le entregué. Toda aquella noche y lo que restaba del día siguiente hasta que se llegase la hora en que se había de librar la sentencia de mi vida o de mi

muerte, lo pasé sin sosiego, bien así como lo pasan todos los que viven entre dudosas esperanzas. Llegó en fin el plazo que tanto deseaba, púseme de acecho en el paraje del día antes, vi que me estaba aguardando Rosendo, salímonos el uno al encuentro del otro, y, sin hablarme palabra, me entregó un papel y prosiguió su camino con más priesa de la que yo quisiera. Toméle en mis manos, quedando suspensa así de su mucho silencio como de su ninguna detención. Abríle, llena el alma de mil temores y temblándome las manos de sobresalto, y vi que sólo me decía estas palabras: «No sé, señora, cómo vuestra grandeza haya tenido valor de poner sus pensamientos en tan humilde sujeto como yo lo soy. Si mi calidad igualara a la vuestra, tal vez no sucediera así. Adiós». No sé cuál quedé con semejante respuesta; sólo sé que me sirvió de espuela para que averiguase la calidad del que me la había dado y vine a saber que era un hijo del verdugo, noticia que, aunque me trastornó sobremanera, no fue bastante para atajar la carrera de mis amores, antes bien...

-¿Conque vos, señora, -interrumpió Lisandro-, sois aquella hija de un tal don Eduardo, llamada Isabela, a quien una noche se llevó el verdugo?

-¡Ay, sin ventura de mí! -respondió ella- ¡Y cuán mucho se ha dilatado mi deshonra! ¿No contenta con los límites que le daba la tierra, se ha entrado en los del mar, para que no estuviese oculta a sus habitantes? ¡Ay, desdichada de mí! Pero, ¿quién sois vos que conocéis a mis padres? Y si les conocéis, decidme, por vida vuestra, ¿viven todavía? ¿Tienen esperanzas de volverme a ver? No, no es posible que vivan, no; que ¿cómo debieron de poder hallar sufrimiento para tan grande desatino como el que yo hice?

-Vuestros padres, señora, -respondió Lisandro-, pasaron ya a mejor vida, pues no pudo sufrir su paciencia el peso de tantos disgustos como les acarreó vuestro desvarío.

-¿Conque muertos mis padres, -replicó ella-, y viva yo que fui la causa de la muerte de ellos? No es juto.

Y sin hablar más palabra se arrojó al mar de improviso, dejando a todos pasmados y atónitos con tan no esperada desesperación. Asomáronse presurosos al borde del navío, pero de ningún modo pudieron socorrerla, porque ya las aguas se la habían llevado a sus abismos. Lastimados quedaron todos del desastre de Isabela, especialmente lo quedó Lisandro, y aun le pesó de haber sido tan fácil en decir lo que fuera mejor que callase; pero no le pesó tanto a Felisinda, porque le bullían en el alma las ganas de que doña Clara tornase a proseguir las razones que había comenzado. Y así, buscando ocasión de estar con ella a solas, la dijo:

-Ya parece justo que me saquéis de la confusión en que me metieron vuestras palabras interrumpidas de las que oímos a la desdichada Isabela. Sí, señora, no queráis que fabrique en mi imaginación nuevas ideas que trastornen mi alma más de lo que está. Por quien sois vos os suplico que no tardéis un instante en satisfacerme.

-A saber yo, hermosísima señora, -respondió doña Clara-, que mis razones os habían de poner en tanta confusión como ponderáis, no hubiera tenido valor de proferirlas,

hubiéranse quedado sepultadas en mi silencio. Pero ya que fui tan indiscreta como mal llamada, no quiero aumentar ahora mi indiscreción con callar, ni subir de punto vuestra confusión con no decir lo que pedís. Yo, señora, gracias a la buena educación y crianza que me dieron mis padres, he sido desde mis niñeces muy aficionada a la lectura de los libros así sagrados como profanos, y en éstos y en aquéllos y he visto cosas que me han admirado y me han suspendido. Especialmente me admiraba al ver aquellos grandes héroes que, o por huir los aplausos del mundo, o por habérseles vuelto contraria su suerte, o por dar cumplimiento a alguna promesa hecha, abandonaba con cautelosa fuga sus riquezas, sus padres, su patria, cubriendo con industria las grandezas de su linaje y encubriendo con una pobre muceta las luces de su grandeza. Esto, como dije, me admiraba cuantas veces lo leía y también ahora me admira cuantas veces me acude a la memoria. Y no sólo me admira, sino que a vista de lo que he notado en el discurso de nuestra peregrinación, me fuerza a imaginar que no sería mucho que vos y el que tenéis por hermano fuerais semejantes a estos héroes que os he traído a la memoria. ¿Qué mucho que después de vuestro naufragio, única causa o principio de todos vuestros infortunios, hayáis querido encubrir a los ojos del mundo vuestra patria, vuestros nombres, vuestra calidad? ¿Qué mucho que hayáis querido encubrirnos a vosotros mismos con vuestra industria, con vuestra discreta cautela? ¿Qué mucho, por decirlo de una vez, que siendo, o legítimos esposos, o castos amantes, os hayáis querido mostrar como verdaderos hermanos a los ojos de las gentes? Y ¿qué mucho, finalmente, que vos seáis esa misma hija de Sisebuto y Luisa, reyes de Chipre, llamada Filomela, y que Lisandro sea el mismo Narciso, hijo de Tancredo y Eugenia, reyes de Creta, a quienes busca el capitán de esta nave? Para creer esto, dulce señora mía, tengo más de cuatro sospechas, y para que me saquéis de ellas tengo voluntad que me obliga a suplicároslo, que es la misma que os ofrecí en serviros desde el primer día que os vi.

-No sé, señora mía, -respondió Felisinda-, qué medio tomarme para sacaros de esas sospechas que tanto os molestan, porque en verdad no sé sobre qué fundamentos se han levantado, no sé por qué motivos habéis podido ni aun imaginar que mi hermano y yo seamos esos hijos de los reyes de Creta y Chipre que busca el capitán de este navío. Los que se engendran entre grandezas, los que nacen en sublime fortuna, los que se crían entre soberanías no saben acomodarse con tanta facilidad a sufrir con paciencia los rigores de una adversa suerte, porque acostumbrados a los regalos, a las delicias, a las blanduras de una vida pacífica y molle, no saben avenirse con los ceños y asperezas de una vida inquieta y llena de trabajos, cual es la que nosotros llevamos. Y en esto solamente me fundo yo para deciros que vuestras sospechas no tienen arrimo donde sustentarse, porque si nosotros fuéramos esos mismos que imagináis, ¿os parece que no hubiéramos dado ya algunos indicios que lo acreditasen? ¿Tenemos acaso tan a raya los ímpetus de nuestra lengua que no hubiera deslizado ya en alguna palabra que hiciese verdaderas vuestras sospechas? ¿O, y lo que es más, les hubiera faltado a los reyes nuestros padres medio de saber nuestro paradero para buscarnos, para encontrarnos en el mucho tiempo que faltamos de nuestra patria? O ¿a nosotros nos hubieran faltado trazas para buscar ocasión de volvernos a ella, si el poder de nuestros padres fuera igual al de esos poderosos reyes? No, señora mía, no; volved sobre vos misma y no deis lugar a que tomen más cuerpo vuestras sospechas, que por ahora no tienen fundamentos sobrado robustos donde se apoyen. Los hijos de los reyes no se engendran para andar entre tantas

sinventuras como a nosotros nos abruma. Esos que busca el capitán de este navío les conocemos nosotros muy bien y sabemos cuán alta es su calidad y cuán muchas de las partes que noblemente la acreditan. Pero nosotros no somos sino unos pobres peregrinos, unos peregrinos desdichados y sin arrimo que sustente nuestras incomodidades. En resolución, señora, para sacaros de una de entre esas sospechas que os llevan cavilosa y pensativa, sabed que tanto es Lisandro mi hermano como yo lo soy de Lisandro, y si tal vez algún accidente rompiese el dulce ñudo de nuestra hermandad, sólo será para atarnos con otro más fuerte y más apretado. Y baste esto por ahora, que creo me llama mi hermano.

Y así era la verdad, porque en aquel mismo instante la había acabado de llamar Lisandro, entre los cuales pasó lo que se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIII

Donde se cuenta lo que pasó entre los dos hermanos

No quedó muy sosegada doña Clara con las satisfacciones que Felisinda la había dado, antes le aumentaron más sus sospechas y le hicieron entrar en recelos más robustos, pero por no dar la pesadumbre con sus importunaciones se resolvió a callar hasta el fin de aquel suceso. El que había pasado con la despechada Isabela a nadie se le podía borrar de su memoria por más que lo procurase, especialmente no podía olvidarlo Constanza, la cual, haciendo el papel de mal contenta, dijo:

-No se me sentó muy bien que Lisandro interrumpiese el cuento de Isabela con las nuevas de la muerte de sus padres, porque hubiéramos excusado la suya tan arrebatada, y hubiéramos también sabido los lances que pasaron por ella, que no pueden dejar de ser gravísimos según que era de grande el empacho que mostraba en referirlos.

-Si nosotros pudiéramos prevenir los lances que están por sucedernos, -respondió Lenio hurtándole las palabras a Lisandro-, no nos acontecería enjamás ninguno que no llenase las medidas de nuestro gusto. Pero es tan limitado nuestro entendimiento, señora, que no puede extenderse a predecir los casos futuros y, si tal vez lo hace, sólo es por conjeturas y arrojándose a la verosimilitud que se puede rastrear por los presentes y pasados. El de Isabela corría por otro estilo, porque ¿quién había de presumir que una mozuela antojadiza y atrevidilla que tuvo valor de andarse por esos mundos al lado y a la discreción de un verdugo, hecha torpe juguete de sus halagos, acostumbrada a sufrir trabajos sobre trabajos y miserias sobre miserias, según que nos lo dio a entender su vestido astroso, su pellejo negro y curtido, su pelo enmarañado y largo que parecía haberse criado toda su vida entre bárbaros salvajes? ¿Quién, digo, había de presumir que una mujerzuela que tuvo valor para todo esto, no le tendría para sufrir las nuevas de la muerte de sus padres, que ya podía tener por cierta? A la ligereza suya y no a la facilidad de Lisandro habéis de atribuir el no haber tenido entera y cabal noticia de sus desastres.

-No lo dije por tanto, señor Lenio, -replicó Constanza medio corrida-, que yo no quiero culpar ni reprehender a Lisandro, sino que lo dije porque se me quedaron frustradas las ganas que tenía de saber cómo o por dónde vino a parar Isabela en tan triste estado.

No hizo sino reírse Lisandro al oír la objeción de Lenio y la respuesta de Constanza, porque como tenía ocupada el alma en otros negocios no pensaba en más que en lo que hiciese a propósito para salir bien con ellos; a cuyo motivo, llamando aparte a Felisinda, la dijo, hablándola con estilo muy diferente del que había usado hasta entonces:

-Si las desgracias, si los peligros que han pasado por nosotros, no han sido harto poderosos para borrar la estampa que en tu pecho dejó impresa mi amor, si los desastres, si los martirios, si los duros y prolijos males que en el tiempo de nuestra peregrinación hemos padecido, no han sido capaces de romper la cadena con que el destino ató dulcemente nuestros cuellos, si los infelices días, aquellos días de llanto, aquellas frías noches de tristeza que tú sin mí y yo sin ti pasamos, no han podido apagar la amante llama que ardía en tu noble pecho, y, en fin, si ninguno de cuantos funestos accidentes nos han oprimido te han hecho olvidar que tú, oh, hermosísima Felisinda, eres aquella misma Filomela que habrá a la raya de dos años me diste la mano de esposa, quiero que adviertas también que ni la imagen tuya que copió el amor en mi alma, ni la cadena que ató mi voluntad a la tuya, ni el amoroso fuego que arde en mi corazón, han padecido quiebra alguna, por más que les hayan combatido desgracias, disgustos, peligros, desastres, martirios, ni cuantos males nos han fatigado en los días eternos de nuestra peregrinación. Si tú, dulcísima Felisinda, estás todavía firme en tu promesa y apercibida para darla felice cumplimiento, sepas que yo, este Lisandro que te habla, es aquel mismo Narciso, que si te dio palabra de ser tu esposo, te la da ahora otra vez de cumplirla, luego lleguemos a mi deseada patria. Patria que todavía sirve de asilo a tus condolidos padres, pues, según se me ha traslucido por entre las razones que me ha dicho el capitán, desde que sucedió nuestra triste pérdida, no quisieron volverse a Chipre, ya por no estar mirando de continuo aquel palacio, centro de disgustos, de pesares y de tristezas desde que dejó de habitarle tu hermosura, ya porque se les minorase el dolor con la compañía de los míos. Esto te digo, dulcísima señora, para que resuelvas cuál de estas dos cosas que voy a decirte será bien que hagamos, o que enviemos a nuestros padres alegres mensajeros que les comuniquen las felices nuevas de nuestro hallazgo, o que les cojamos de sorpresa. Mira a cuál de estas dos partes se acomoda tu voluntad, que la mía de que te hice dueño no bien tuve la gloria de verte, no saldrá un punto de lo que ordenares.

-Permíteme admirar, oh, Lisandro, -le respondió Felisinda-, que tan descuidadamente te hayas atrevido a sospechar...

-No sospecho yo de tu fidelidad, -la interrumpió Lisandro-, ni recelo de tu fe, dulce bien mío. Me he arrestado a reconvenirte porque el amor que arde en mi pecho ya no halla sufrimiento para tanta dilación; y parece que el cercano logro que medito de nuestras esperanzas me desmaya.

-Pues recobra tus desmayos, -replicó Felisinda-, y recoge al noble pecho ese amor tan mal sufrido, que mi promesa ha estado, está y estará tan firme hasta que llegue su

cumplimiento que no necesita de arrimo alguno que la sustente. Ruega al cielo nos deje llegar a tu patria, que en llegando a ella quedará satisfecho tu amor y acreditada mi fidelidad. A lo de avisar o no a nuestros padres, no tengo qué decirte sino que hagas lo que más acertado te pareciese.

Ninguno de los que iban en el navío pudo oír esta plática que pasó entre Lisandro y Felisinda, ya porque se recataban mucho de ser oídos, ya porque todos estaban transportados en el gusto que les daba el ver cómo el navío viento en popa iban hendiendo las aguas. Pero a breve rato quedaron todos suspensos de unas lastimeras voces que se percibían a lo lejos. Pararon atento el oído hacia aquella parte de donde venían y oyeron que decían de esta suerte:

-¿Que sea yo tan desdichada que ni aun en mi misma halle manera de darme la muerte? ¿Que ni aun pueda valerme de estas flacas y débiles fuerzas que me quedan, para acabar con mi vida? ¡Oh, vida miserable! ¡Y cuán mejor fuera no haberte adquirido! O ya que te adquiriré, ¿cómo no me desamparabas en los mismos principios, puesto que habías de serme tan infeliz? Pero, ¿cómo lo fuera yo tanto, si no fueses tu tan duradera? Tu duración misma me hace ser más inconsolable en mis desventuras.

No podían saber los del navío de qué parte salían estas razones tan desesperadas, pero volviendo la vista hacia la mano derecha vieron arrimada a una roca una pequeña lancha sin remos, abandonada a la discreción del viento y de las olas. Acercáronse hacia ella y solamente vieron tendida de largo a largo una hermosísima mujer que tenía aspadolos brazos y las piernas, y atados todos a los bancos de la misma lancha.

Tan lastimoso espectáculo puso luego el pasmo y la admiración en el alma de los que le vieron, y les dejó fuera de sí mismos. Viendo lo cual, la mujer dijo llena de coraje:

-Si es que alguno de vosotros quiere mostrarse compasivo con esta desdichada, póngase al instante junto a mí, ábrame con cualquier cosa este pecho y arránqueme el alma.

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras cuando, adelantándose a todos Lenio, saltó en un brinco a la lancha, y arrimando su cabeza al pecho de la mujer atada dijo:

-¡Ay, dulce prenda mía! ¿Y qué suerte te ha puesto en esta tan infeliz en que te miro? Pero, ¿qué digo infeliz? Antes feliz y venturosa para mí, pues he llegado a encontrarte a ti, único bien mío, único fin de mis deseos y único centro donde descansan todos mis pensamientos. Sí, vida mía, sí. Tú eres la hermosa Delfina, única señora de mi voluntad, y yo soy el desdichado pero ya dichoso Lenio, que sólo por tu causa ha ya tres años que vivo, vago y peregrino por ese mundo.

No hay para qué decir si se admiraron todos los circunstantes de tan inopinado suceso, puesto que el mismo está abriendo paso a la admiración, bien que a nadie estorbó que se mostrase oficioso en socorrer a Delfina, porque en tanto que unos la desataban, otros preparaban espíritus que recobrasen los que ella tenía disipados.

Ya que estuvo desatada la subieron al navío, la hicieron tomar algo que la alentase y, después de haber descansado algún tanto, se sentó junto a Lenio, en paraje que pudiese ser oída de todos, y soltó la voz en estas razones:

CAPITULO XIV

En que se describe la relación que hizo Delfina de sus acontecimientos

-Este caballero que, por singular favor del cielo, logro tener a mi lado al cabo de tres años que me dejó, es aquel famoso Lenio, pasmo y asombro de las más célebres universidades de Italia, el cual...

-No os canséis, dulce señora mía, -dijo Lenio interrumpiéndola-, ni en proferir alabanzas de quien está ya tan notablemente olvidado, ni en repetir el principio de nuestros amores, ni lo que pasó hasta el tiempo en que íbamos a quedar desposados, porque ya de todo tienen noticia estos señores. Haced que vuestra relación tome principio del fin que tuvieron las arrogancias de aquel al parecer valeroso mancebo que, en compañía de otros cinco, vino a perturbar nuestra quietud y amargar nuestros gustos.

-Quedáis ya entendido, -replicó Delfina-. Y con ello digo que después que hubimos oído las arrogantes amenazas de aquel mancebo, cuando tú te las habías ya con tu desmayo, se llegó a mí atrevidamente con ademanes de pasarme de parte a parte con su espada, lo cual apenas vieron los circunstantes, tomaron a su cargo mi defensa, a lo menos la tomaron tus parientes y los míos que ayudados de sus amigos y de la misma razón que les asistía trabaron en un instante la más sangrienta escaramuza que pueda imaginarse. Así se acometían uno a otros como si ya de largo tiempo fuesen enemigos declarados, y en medio de tanta confusión como se deja discurrir, volaba rápidamente la muerte entrándose por las vidas de los que encontraba más a mano. De los seis que vinieron a insultarnos murieron cinco, salvándose sólo uno quizá por permisión del cielo, para que apurase la verdad de lo que falsamente se me imputaba. De los nuestros quedaron sin vida once, cuyas muertes se debieron de dar sin duda ellos mismos unos a otros, porque ciegos de la cólera que les ocupaba el alma, no sabían dónde descargaban el golpe. No pude yo dejar de rendirme a un fuerte desmayo viendo tanta mortandad, la cual hubiera sido aun más numerosa si la industria y el poder de muchos que se pusieron de por medio no los apaciguara.

Sosegados todos, y vuelta yo de mi desmayo, que volví en casa de un tío de Lenio donde me habían llevado ya, supe que habían puesto en guardia al herido que quedó de los seis contrarios nuestros. Dijéronme también que le habían tomado declaración y que bajo juramento dijo: que sabía ciertamente por confesión del principal de ellos que yo no le había dado palabra de casamiento, como es así la verdad, sino que por ser enemigo declarado de Lenio había locamente intentado desbaratar nuestros desposorios; que las joyas y los papeles de que hizo a todos muestra para revalidar su intención eran fingidos y de ningún valor.

Apenas acabó de hacer esta relación que fue relatora de mi inocencia y restauradora de mi honra que iba ya de caída, dicen que expiró, y ya casi hice lo mismo al día siguiente cuando llegaron a mis oídos las nuevas de la fuga de Lenio, a cuya causa, sin detenerme a ver las consecuencias que tuvo aquella pendencia, ni esperarme a saber quiénes habían sido los muertos de nuestra parcialidad, ni decir nada a nadie, me puse en el camino de Francia. Los trabajos que padecí en tan largo viaje, no hay para qué ponderarlos, pues no he de hallar ponderaciones que los comprendan. Apenas fijaba la débil planta en parte alguna que no amenazase peligros, y como el mayor que podía venirme nacía de mi tierna edad y buen parecer, siempre andaba llena de sobresalto, a cuyo motivo le compré unos vestidos a un estudiante que encontré al entrar en Francia, con los cuales pude disimular y encubrir mi sexo. Los que yo llevaba se los di de limosna a una pobre mujer que topé recostada en el tronco de un árbol y proseguí mi camino vestida a la estudiantina. ¿A cuántos desvaríos vive expuesto un enamorado?

En la primera ciudad de Francia que me estuvo más a cuento busqué trazas de servir de paje en casa de un caballero noble y rico en extremo, sin más motivo que el de esperar a que la fortuna me mirase con semblante alegre, dándome a lo menos alguna noticia del paradero de Lenio. Pero enjamás quiso concederme este ligero alivio, hasta que con las mismas vueltas de su inconstante rueda vino a conducirme a este tan feliz extremo en que estoy constituida. El caso fue de esta manera.

Después de mucho tiempo que en el teatro del mundo iba representando los diferentes papeles que os he dicho de dama, de estudiante y de paje, cansada ya de vivir en la tierra, en entré en el mar embarcándome en unas galeras que, en no sé qué puerto, estaban aprestadas para partirse a la Italia. Hablé al cómitre de ellas, ajusté el flete y me embarqué, como dije, con ánimo de aportar en el más cercano puerto que me viniese más a cuenta para volverme o a Pisa, mi patria, o a Florencia, en donde pensaba encontrar a Lenio, mi verdadero esposo.

A pocas horas que nos embarcamos me sobrevino un temor tan vehemente de los peligros que pudieran venirme que por puntos me iban cubriendo el alma las sombras tristes de melancolía. Pensaba yo a mis solas cuán desgraciada vendría a ser, si la gente de las galeras llegase a barruntar que yo no era varón. En medio de estos temores proponía allá en mi corazón arrojarme al mar antes que rendirme al lascivo gusto de nadie; pero estos mismos propósitos, puesto que me esforzaban algún tanto, no eran parte para que menguasen mis cavilaciones, transluciéndoseme imposible a todo punto que pudiesen mis flacas fuerzas resistir las violencias de tantos. En resolución, por no fastidiaros con mi largo razonamiento, digo que vino a saber el cómitre, no sé por qué conducto, que yo era mujer, cuyas nuevas le debieron de alegrar el alma sin duda, prometiéndose concertados gustos de mi hermosura. Pero, ¡cuán en negro le salió su suerte! Lo más que pudo conseguir a fuerza de importunaciones fue que me vistiese conforme requería mi sexo, porque, decía él, que peligraba todavía más mi honestidad, si procuraba preservarla con mentidos disfraces. Pero, ¡cuán torpemente que me lo aconsejaba! No atendía sino a su provecho, no miraba sino a preparar más suavemente los medios que le parecían más a propósito para lograr su lascivo intento. Comenzó a batir la roca de mi entereza con las más fuertes municiones que puedan imaginarse. Minó la fortaleza de mi honestidad con

tales pertrechos que yo misma no sé cómo no vine mil veces al suelo. ¡Cuántas alabanzas hizo de mi hermosura y gallardía! ¡Cuántas lágrimas vertió! ¡Cuántos suspiros esparció en el aire! ¡Cuántas riquezas me presentó a la vista para que hiciese de ellas el uso que quisiera! ¡Y cuántas mayores promesas me hizo! Pero de estas promesas, de estos presentes, de estos suspiros, de estas lágrimas y de estas alabanzas no sacó sino esquivances y desprecios.

Viendo, pues, que tantas mañas y ardidés no eran de provecho para rendir la encastillada torre de mi entereza, echó mano del rigor y de la violencia. Mandó a los marineros que arrojasen la lancha al mar y que, así vestida como estaba, me aspasen y atasen en ella del mismo modo que vosotros me encontrasteis, para lograr más sin embarazo y más a satisfacción sus gustos, y darme la muerte después de satisfechos y saciados. ¡Qué torpeza! ¡Qué crueldad! ¡Qué bárbara violencia! Y ¡qué sufrimiento fue el vuestro, oh, cielos, que no disteis permiso al viento, al mar, a los elementos todos para que vengasen tan horrenda monstruosidad!

Esto decía Delfina con tan expresivos sentimientos, con tanto ímpetu y fervor, como si estuviera puesta en el mismo lance que refería, de suerte que no pudieron dejar de moverse los afectos de los que la escuchaban; a cuya causa dijo Lenio:

-No más, señora mía, no más, que ya sabemos hasta dónde se extienden los caprichos de una lujuria desenfrenada, ya sabemos cuán sin brida corren las ímpetus torpes de esos amantes del apetito.

En tanto que esto dijo Lenio, tomó Delfina aliento para proseguir y acabar su relación, que la prosiguió y acabó de la manera que se verá adelante.

CAPITULO XV

Concluye Delfina su historia; toman aquella noche el abrigo de una peña y sucédeles un desastre

-Puesta y atada ya en la lancha, como dije, se aprestó el cómitre para saltar solo en ella a fin de llenar los vacíos de su brutal apetito y satisfacer o vengar con mi muerte el agravio que mi desengaño le había hecho. Pero el cielo, que enjamás cierra los oídos a las plegarias de los justos, hizo que un recio viento apartase de improviso la galera de la lancha a tiempo que estaba pasando a ésta el cómitre, el cual, faltándole arrimo que le sostuviese, dio consigo en la profundidad del mar, dejando sepultado en ella su cuerpo y enviando el alma a donde se puede pensar. No calmó el viento, antes esforzándose por instantes, robó a mi vista la galera y quedé yo sola en la lancha, ajena de todo consuelo, desamparada de todo el mundo y sin poder valerme de mí misma. Las ansias, las angustias, las penas que sufrí en dos días que anduve vagamunda por esos mares en tan trabajosa postura, las dejo a la discreta consideración de cada uno, que yo no he de encontrar términos hábiles para declararlas. Pasábanme tal vez las olas por encima

quitándome el cielo de vista, y embarazándome la respiración, me dejaban a punto de perder la vida. De esta suerte me llevó el viento por estos mares dos días como dije, al cabo de los cuales fui socorrida por modo tan extraño como no esperado y puesta en posesión de un bien que, como fue la causa de todas mis sinventuras, lo será también ahora de todas mis felicidades.

-Así sea, -respondieron todos.

Con cuya respuesta y con abrazarse nuevamente Lenio y Delfina parece que se llenaron de gozo las almas de todos los navegantes, el cual subía de punto viendo que la nave sesga y tranquilamente iba surcando las salobres aguas.

No quisieron con todo esto proseguir su navegación, porque como Delfina estaba todavía muy en sus descaecimientos, se decretó entre todos que aquella noche se retirasen a un abrigo que se formaba entre dos peñones harto poderoso para defender la embarcación de cualquier viento. Aún no se les había escondido el sol cuando tomaron el abrigo, a cuya causa pudieron ver en él clara y distintamente otra embarcación de no menor cuantía, que se le estaban reparando algunas aberturas que permitían sobrado paso al agua.

Saltaron en tierra primeramente doña Clara, Constanza y Lenio, y luego les siguieron Lisandro, don Anselmo y Lenio, sobre cuyos hombros bajó la hermosa y descaecida Delfina. Apenas se hubieron acomodado todos sobre las peñas como mejor pudieron, y apenas se hubo dado orden de lo que se había de hacer para pasar la noche con comodidad, cuando se llegó a Lisandro uno de los marineros del otro navío, cogióle por el brazo derecho, púsose a mirarle de hito en hito, y diciendo:

-Este pago te merecen, oh, traidor, tus alevosías.

Le hincó un agudo puñal en el pecho con tal furia que, a no ladearse un poco Lisandro, hubiera dejado en aquel instante la vida sin remedio.

Este tan atrevido como no esperado golpe puso en suspensión a todos y les dejó como si fueran forjados de frío mármol; sólo el que le dio tuvo aliento para ponerse en fuga, pero tan a su descuento que la misma priesa que llevaba le hizo tropezar en unas rocas y dar consigo en la profundidad del mar, donde quedó sin vida.

¡Válgame Dios! ¡Y cuán extrañas son las mudanzas de la fortuna! Pensaba hallarse Felisinda ya en la dulce posesión de un bien que esperaba impaciente, y se ve acometida y asaltada de un mal que no tenía. Pero veamos qué hace ella al ver a su hermano bañado todo en la sangre que le salía de la herida, y veamos que hacen los demás a vista de lo mismo.

Ella, dejando de ser piedra, corre precipitadamente hacia donde está tendido, arrójase sobre él, mírale la herida, y pareciéndole mortal se queda sin sentidos. La demás gente que allí había se da priesa en curar a Lisandro, tómanle la sangre, aplícanle remedios al propósito, véndanle la herida y le dejan en parte oculta para que descanse.

Dejémosle, pues, descansando y dejemos en su desmayo a Felisinda, en tanto que llega el tiempo de que vuelva en sí y se lamente hasta poner sus quejas sobre el mismo cielo, y en tanto que el capitán del otro navío nos dice quién era el marinero atrevido, única y principal causa del sucedido desastre. El cual capitán, llegándose al triste y lloroso circo de nuestros peregrinos, en el cual estaba también el de Creta con la gente más principal de su navío, dijo:

-No dudo, generosos señores, que este lance que acaba de suceder os habrá puesto el alma entre mil confusas admiraciones, así como os la habrá colmado de otras tantas tristezas. Pero estadme atentos un rato, si os place, y veréis como quedándoos solamente con las tristezas, que ruego al cielo se os desvanezcan luego con la entera sanidad del herido, se os desarmen y disipan las admiraciones. Ese marinero que habéis visto con el vestido astroso, con el rostro desfigurado y todo él tan disforme y monstruoso como él mismo, es un caballero napolitano que, por varios y azarosos acontecimientos, vino a perder sus padres, su esposa, sus hijos y toda su hacienda, quedándose él solo y sin arrimo alguno que le socorriese. Sus mayores amigos huyeron de él, los que había generosamente socorrido cuando estaba en la cumbre de su favorable fortuna le volvieron las espaldas y todos le dejaron abandonado a una soledad pobre y desdichada. El sentimiento que le ocasionó la pérdida de tantos bienes y el dolor de verse desamparado de todo el mundo le trastornaron el juicio, dejándole sujeto a unos intervalos de tan extraña locura que, a las veces, le habíamos de tener atado con fuertes cadenas, porque cuando no encontraba a quien hacer daño, se le hacía a sí mismo. Sano ya algún tanto de su furioso accidente, le dejábamos suelto, y esta ocasión en que vosotros llegasteis a esta cala era la en que no le molestaba su locura y la en que estaba libre como si no fuera loco. Pero como cuando más desimaginados estábamos le sobrevenía y asaltaba su manía, le debió de asaltar y sobrevenir cuando os vio a vosotros y le forzó a que hiciese lo que hemos visto con harto dolor de nuestras almas. Esto, señores, es lo que puedo y debo deciros. El daño está ya hecho, el que le hizo queda incapaz de hacer otro e inhábil de recompensar el que ha hecho. Sólo yo quedo en cargo de satisfaceros del modo que más os viniere a cuento. Todo lo que encierra mi navío queda a vuestra disposición, la que se tomare en la cura del herido y todos los gastos que resultaren corren por mi cuenta. No sé qué pueda hacer más para dejaros, sino contentos, satisfechos a lo menos.

Con esta relación y con estos generosos ofrecimientos que les hizo el capitán extranjero, y que le agradecieron del mejor modo que les fue posible, quedaron sosegados todos, y con las nuevas que les dieron los cirujanos de que no era de cuidado la herida quedaron consolados.

Ya parece ser tiempo de que Felisinda vuelva en su acuerdo y que desahogue su oprimido corazón, hinchiendo el aire con sus querellas y regando la tierra con sus lágrimas. Sí, justo es que publiquen sus voces el sentimiento que le aflige el alma, y que se le permita aquel corto alivio que suelen encontrar en las quejas los afligidos. Quéjese, pues, enhorabuena Felisinda, que no faltará quien se compadezca de su lástima y quien se enternezca al oír sus lastimosas razones, que decían:

-¿Qué será de mí? ¿Dónde iré? ¡Ay, cielos! ¡Muerto mi hermano! ¡Mi mismo hermano! ¡Qué martirio! Y, ¿cómo, di, alma mía, cómo tendrás ya valor de...? No es posible. Yo... Los cielos... El destino... No estoy en mí. ¡Ay, hermano mío! ¡Y cuán de poco provecho ha sido el nombrarte tanto tiempo con este nombre tan dulce! ¿Quién había de pensar que hubiese en el mundo brazo tan atrevido que pudiera romper el nudo de nuestra hermandad? Bien deseaba yo su rompimiento, pero no a las violencias de golpe tan fatal. Deseaba, sí, que... ¡Infeliz suerte mía! ¿Cómo? ¿Es posible, oh, dulce, no ya hermano, sino verdadero esposo, no ya Lisandro, sino Narciso, no ya pobre peregrino, sino rey de Creta, no ya...? ¡Oh, funestos recuerdos, y cuán apresuradamente desarmáis mi valor! ¡Oh, tristes memorias, y cuán sin piedad atormentáis mi alma! Permite, oh, dulce Narciso, que la marchita hiedra de esta desventurada Filomela aprisione el tronco de tu desfallecido cuerpo con amorosas vueltas. Deja, deja que imprimiendo el flojo labio en tu hermoso rostro, te confirme el sí de esposa, que te ofrecí en casa del rey, mi padre, y tú haz también lo mismo, si tal vez el oprimido aliento puede abrirse paso hasta la boca, o dame a lo menos algún indicio que lo acredite; que si estos desposorios no se celebran con músicas alegres y regocijados festines, se celebrarán a lo menos con dolorosos llantos y tristes gemidos y serán testigos de ellos la tierra que nos sostiene, el cielo que nos cubre y el aire que nos rodea.

Al acabar de pronunciar Felisinda estas razones, se entregó otra vez a su desmayo, y todos los circunstantes se entregaron al pasmo y la admiración, y se dieron por satisfechos de la verdad de las sospechas que habían concebido, teniendo ya desde entonces en opinión de reyes a los que parecían pobres peregrinos.

El capitán cretense, gozoso sobremanera con el hallazgo de las prendas que buscaba, ni sabía qué hacerse, ni sabía a dónde acudir. Daba órdenes precipitada y confusamente, y todas por la misma confusión quedaban sin su debido cumplimiento, pero en fin, volviendo más sobre sí, hizo que se aderezasen ricamente dos lechos y que colocasen en uno a Lisandro y en otro a Felisinda, como en efecto se hizo con general aplauso de toda la gente.

CAPITULO XVI

Llegan a Creta, cásanse Lisandro y Felisinda conocidos ya por Narciso y Filomela

No podía consolarse Felisinda, por más que doña Clara y su Constanza lo procurasen con sus discretas razones. Contemplaba tendido en el lecho a Lisandro y, aunque sabía que era de poco cuidado la herida, no podía recoger a su lastimado pecho los suspiros, porque se prometía poca seguridad de su corta suerte. Pero, como todos los trabajos vayan siempre en declinación y tengan término señalado, llegó el de los de Lisandro y Felisinda juntamente con el principio de sus glorias, tanto más gustoso, cuanto tuvo más de áspero y desabrido el camino por donde llegaron a alcanzarle.

Recobrada perfectamente Felisinda de su desmayo, se entró, en compañía de todos sus peregrinos y del capitán de la nave, en el apartamento donde estaba Lisandro retirado. Miróle al rostro y, viéndole apacible, alegre y sin género de aflicción alguna, se le llenó el corazón de regocijo y se le disiparon las sombras de tristeza que anublaban su alegría. Y después de algunas razones que pasaron entre ella y Lisandro, se sentaron todos alrededor de la cama, y, hechos aquellos cumplimientos y ceremonias que se acostumbran en tales visitas, se incorporó Lisandro en la cama y habló de esta manera:

-Ya sé, señores, lo que habéis oído de mi hermana cuando volvió de su primer desmayo, y ya sé lo que os ha dicho sobre nuestro parentesco. A cuya causa, y considerando que no ha de ser posible hallar discurso alguno que enmiende su descuido, y que siempre, aunque procure enmendarlo, quedarán en pie vuestras sospechas, quiero que lo sepáis nuevamente de mi misma boca, puesto que tengo por imposible el borrarlo de vuestra imaginación. Sabed, pues, que esa hermosísima señora que está presente, y que hasta ahora habéis tenido por mi hermana, no es sino mi verdadera esposa, llámola así en virtud de la palabra que nos dimos de serlo, y no se llama con el nombre de Felisinda, sino con el de Filomela, que es el que recibió en el bautismo. Y por el mismo estilo, yo, que hasta este punto he pasado por entre vosotros bajo el supuesto nombre de Lisandro, soy Narciso, su legítimo esposo. Ella es hija única y heredera del reino de Chipre y yo lo soy del de Creta. La desgracia tan lamentable que no sucedió cuando pasábamos desde su reino al mío, para desposarnos, nos obligó a peregrinar por el mundo bajo la cubierta de hermanos, lo cual hemos procurado acreditar del mejor modo que nos ha sido posible, sin haber dado jamás lugar a que pensamientos, palabras, ni obras lo desmintiesen. Reyes somos y como tales queremos recompensar los beneficios y mercedes que hemos recibido de todos vosotros. Pónganos el cielo en nuestra patria, que en ella quedaréis satisfechos vosotros y nosotros acreditados.

Estas razones de Lisandro llenaron de gozo los pechos de los circunstantes, especialmente llenaron el del capitán, el cual mandó al instante disparar toda la artillería, ordenó que se aderezase y adornase la nave con flámulas y gallardetes, dispuso que en el esquife se adelantasen algunos marineros a llevar tan alegres nuevas a Creta, e hizo que en cuanto fuese posible se publicase la alegría que a todos les había cabido.

En medio de tanto regocijo y en la mitad de tanto alborozo se mostraban algo melancólicos don Anselmo, su esposa, doña Clara, Constanza, Lenio y Delfina, en cuyos aspectos se dejaban leer las interiores ansias que les afligían, las cuales según se supo nacían de verse llevar a regiones donde se profesaba una religión tan contraria a la en que se habían criado. Pero se desvanecieron al punto sus tristezas, cuando supieron que los reyes entre que habían de vivir profesaban ocultamente la religión cristiana, noticia que les hizo admirar la piedad con que el cielo iban enmendando su contraria suerte.

Sano ya Lisandro de su herida, se hicieron a la vela, disparando nuevamente la artillería, poniendo sus alegres voces hasta el cielo los marineros y rompiendo de cuando en cuando el aire con alegres y festivos vítores, cuya alegría, cuyo estruendo y cuya confusión parece que detenían algún tanto la nave, a la manera para que los de Creta tuviesen lugar de hacer aquellas prevenciones y magníficos aparatos que pedía tan festivo hallazgo.

En resolución, porque ni de la alegría que los padres de Narciso y Filomela recibieron al verles, ni de las solemnes fiestas que se hicieron por el espacio de treinta días, ni del buen tratamiento y regalo que se les hizo en palacio a don Anselmo, doña Clara y Constanza, además de las privanzas a que fueron sublimados, hasta que acabaron cristianamente sus días, y también a Lenio y a Delfina, que no quisieron volverse a Italia, ni de otras muchísimas demostraciones que se hicieron, he de decir cosa que sea de provecho; lo dejaré a la consideración de cada uno, diciendo solamente por conclusión que Narciso y Filomela, después de haber dado rendidas gracias al cielo que les libró de tantos riesgos y peligros, quedaron solemnemente desposados con aplauso general de ambos reinos, habiendo subido de punto la nobleza y energía de su carácter con las lecciones que aprendieron en la escuela de las desgracias, que es en la que se forman los mayores hombres.

FIN